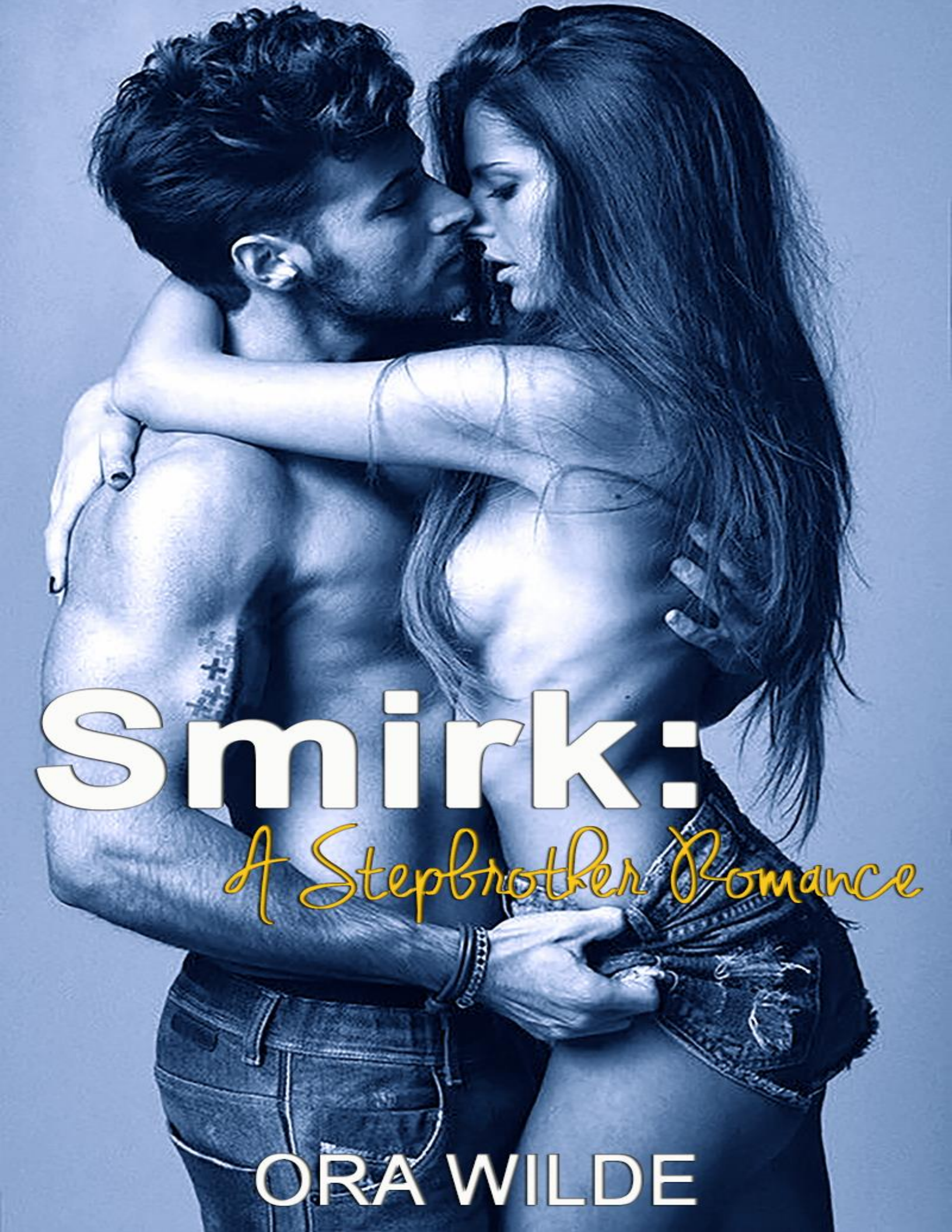
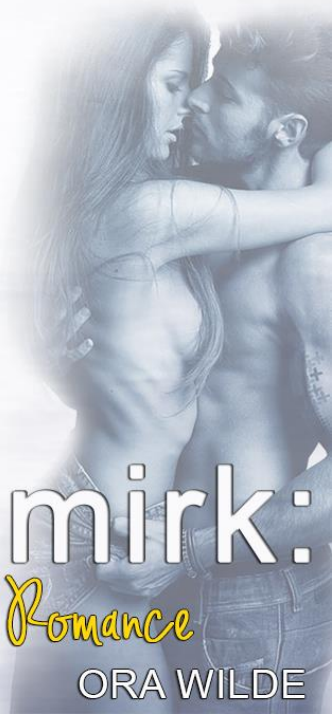

Smirk:
A Stepbrother Romance
ORA WILDE

El siguiente material es una traducción realizada por fans y para fans.

Beautiful Coincidence no recibe compensación económica alguna por este contenido, nuestra única gratificación es dar a conocer el libro, a la autora; y que cada vez más personas puedan perderse en este maravilloso mundo de la lectura.

Si el material que difundimos sin costo alguno está disponible a tu alcance en alguna librería, te invitamos a adquirirlo.



LIBRO GANADOR DEL 1ER LUGAR EN BOOKWARS 2DA EDICIÓN

Agradecimientos

Dirección de Traducción:

Itorres, Scherezade

Traducción e Interpretación:

Ana_Rmz, Andrea, CynthiaL, Fallon Aris Markov, Femme Fatale, Itorres, johanamancilla, Leon, Nora Greene, Scherezade

Corrección y Lectura Final:

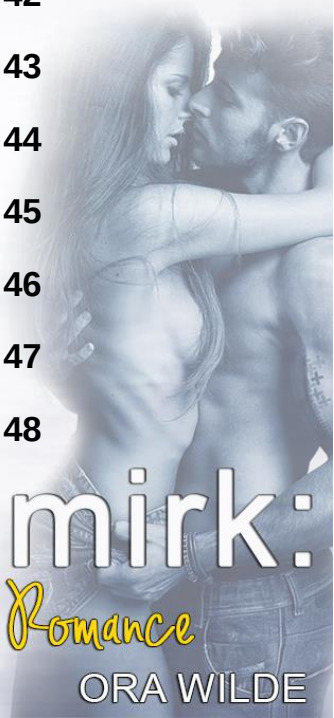
Scherezade

Diseño de Imagen:

Scherezade

Contenido

Ora Wilde	Capítulo 16	Capítulo 32
Sinopsis	Capítulo 17	Capítulo 33
Capítulo 1	Capítulo 18	Capítulo 34
Capítulo 2	Capítulo 19	Capítulo 35
Capítulo 3	Capítulo 20	Capítulo 36
Capítulo 4	Capítulo 21	Capítulo 37
Capítulo 5	Capítulo 22	Capítulo 38
Capítulo 6	Capítulo 23	Capítulo 39
Capítulo 7	Capítulo 24	Capítulo 40
Capítulo 8	Capítulo 25	Capítulo 41
Capítulo 9	Capítulo 26	Capítulo 42
Capítulo 10	Capítulo 27	Capítulo 43
Capítulo 11	Capítulo 28	Capítulo 44
Capítulo 12	Capítulo 29	Capítulo 45
Capítulo 13	Capítulo 30	Capítulo 46
Capítulo 14	Capítulo 31	Capítulo 47
Capítulo 15		Capítulo 48



Ora Wilde

¡Hola chicos! Mi nombre es Ora Wilde. Ora es la versión corta que se le da a mi nombre, Oracle. Mi mamá era una gran fan de los cómics, y cuando estaba embarazada de mí, A Killing Joke de Alan Moore salió y The Joker paralizó a Bárbara Gordon. Sus días como Batichica llegaron a su fin y se convirtió en Oracle... y un mes después de su debut, yo nací. Así que aquí estoy, Oracle Wilde a su servicio.

Escribo romances. Mis historias son en su mayoría basadas en mis propias fantasías, pero un gran número de ellas fueron escritas de experiencias personales compartidas por personas muy cercanas a mi corazón.

¡Espero que disfruten lo que les puedo ofrecer!

Sinopsis

PHOEBE

Hayden Summersmith.

Un joven muy talentoso, y lo sabe. Oh... él lo sabe tan, tan, taaaan bien.

Un rostro que agencias de modelos se están muriendo por asegurar.

Un cuerpo que deja un rastro de chicas desmayadas a donde quiera que vaya.

Un heredero multimillonario. Arrogante, vanidoso y cruel. La personalidad más popular y deseada de la UCLA.

También es un playboy... un imbécil que rompió el corazón de mi mejor amiga.

Cindy y yo ideamos un plan para darle un poco de su propia medicina. Las reglas eran simples: hacer que se enamorara de mí, para que yo pudiera aplastar a su frío, muy frío corazón con mi rechazo. Esto venía con una fuerte advertencia: bajo ninguna circunstancia nunca debería enamorarme de él.

Era un buen plan. Había solo tres problemas.

Primero, difícilmente soy la chica que puede ganar la atención de cualquier chico, más aún ser el objeto de su afecto.

Segundo… bueno, pronto nos enteramos que nuestros padres tienen fecha para casarse. En una semana, Hayden Summersmith será mi hermanastro.

Y tercero... ¿sobre esa fuerte advertencia? Es un poco más difícil de lo que esperaba...

Caray... desearía que la vida dejara de ser tan malditamente complicada.

HAYDEN

Phoebe Marie Ellison. Nerd, ingenua, y un poco redondeado aquí y allá. Ni siquiera le daría la hora del día si no fuera por una ridícula apuesta que hice con mi mejor amigo. Por lo tanto, voy a tener que ganarme su corazón y llevarla a la cama.

Muchas chicas han venido antes que ella. Así que muchas chicas han caído en mi trampa. Ella no debería ser diferente. Solo otro nombre que añadiré a mi pequeño libro negro de conquistas.

Pero, ¿por qué me hace reír de una manera que no he experimen-tado antes? ¿Por qué me hace escucharle cuando por lo gen-eral no me importa lo que digan los demás? ¿Por qué siempre me encuentro buscándola… extrañándola, incluso?

¿Por qué me hace así... de feliz?

Bueno, justo como lo esperaba, mi padre entró en la escena y arruinó algo que podría haber sido bueno.

Embarazó a su mamá, y ahora, están planeando casarse. Para esta hora la próxima semana, Phoebe y yo vamos a estar viviendo bajo el mismo techo, con solo una pared separándonos al uno del otro.

Esa pared no sería suficiente para protegerla de lo que tengo en mente.

Capítulo 1

HAYDEN

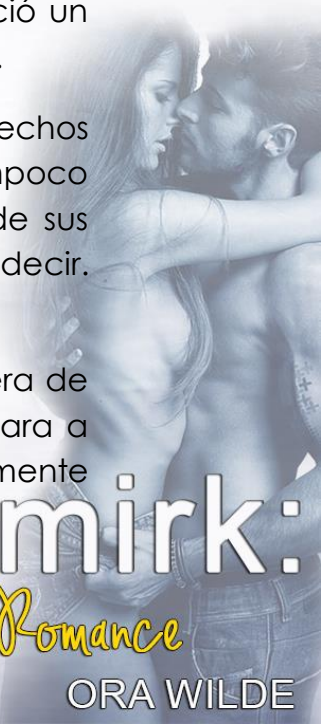
La piel entre su oreja y su cuello era tan suave como el terciopelo. Mi lengua se deslizó sobre su superficie con tanto fervor cuando la dulce esencia su perfume, el olor de las lilas y menta, prueba ser innegablemente atrayente. Y sus gemidos… su suaves y extasiados gemidos… hacen que la desee incluso más.

Al menos, eso era lo que la completa erección de mi polla me estaba diciendo.

Saliendo de mi bragueta que ella anteriormente había abierto, mi polla estaba en alto, apuntando hacia el techo del vehículo. Con habilidad su mano acarició su longitud con un ritmo tan perfecto y un apretón tan experto… Inmediatamente supe que había hecho eso antes. Continué enterrando mi boca en su cuello… más profundo… con más propósito… más apasionadamente… y ella apretó un poco más fuerte y acarició un poco más rápido, indicando que le gustaba lo que estaba haciendo.

Metí mi mano dentro de su blusa, llegando hasta su pecho. Sus pechos eran justo de la medida correcta… para nada pequeños, pero tampoco demasiado grandes para hacerlos espantosos. El área alrededor de sus tetas era firme y blanda. Tenía un buen cuidado de su piel, podía decir. Suave y blanquecina, se sentía incluso mejor con mi toque.

Allí, en el asiento trasero de mi Hummer, estacionada justo afuera de su casa en donde sus familiares estaban esperando a que ella llegara a casa, lo hicimos. El peligro de ser atrapados hizo la sesión entera altamente exhilarante... Y muy, muy excitante.



Excitados por los riesgos que estábamos tomando, comencé a lamer su cuello, procediendo hacia abajo hasta su clavícula… tan cerca de su escote… el mismo escote que siempre presumía en dónde sea que estuviera cerca de mí en las pocas últimas semanas. Probablemente me notó mirando cuando nos presentaron. Desde entonces, siempre usaba blusas muy reveladoras, con escotes que se hundían más y más profundo con los encuentros que siguieron.

Presioné su pezón, con gentileza al inicio, pero fue suficiente para hacerla chillar. Apliqué más fuerza, pinchándolo como si fuera una toronja entre mis dedos, y ella comenzó a gritar.

Era un animal sexual. Me hizo preguntarme cuánto ruido haría si estuviéramos al alcance de la privacidad de una habitación y la comodidad de una cama.

Mi mano se retiró de sus pechos, lo cual pude decir que la decepcionó. Pero cuando comencé a levantar su corta y volante falda y recorrí la cremosa piel de sus muslos internos, con mis dedos navegando hacia el borde de su ropa interior, delgada y de encaje; comenzó a respirar más fuerte con la anticipación de lo que estaba a punto de hacer. Deslicé dos dedos dentro de sus bragas y comencé a sentir su abertura… como si fuera entrada, ella comenzó a jadear.

La abertura entre sus piernas no fue difícil de encontrar. Estaba completamente depilada… perfectamente, de hecho, no sentí ni un vello incipiente. Su piel allí abajo era tan inmaculada como el resto de su cuerpo.

Mientras acariciaba la superficie de su coño, una placentera sustancia pegajosa se frotó en mis dedos.

Estaba mojada.

Estaba muy, muy mojada.

Mis labios encontraron los suyos y nuestras lenguas chocaron poco después. Era una salvaje. Su idea de un beso apasionado no involucraba gentileza. Mordió mis labios con sus dientes y luchó con mi lengua como si fuera carne cruda siendo pulverizada por un ablandador. Sus acciones me tomaron por sorpresa, pero rápidamente me ajusté.

En tan solo unos pocos segundos, descubrí que su desenfrenado

entusiasmo en realidad me excitaba todavía más.

Y entonces bajé sus bragas y las lancé a un lado del asiento. Sostuve sus caderas y puse su cuerpo encima del mío. Ella lo hizo por voluntad propia. Mientras se sentaba sobre mí, la longitud de mi polla se frotó contra su coño húmedo. Ella comenzó a frotarse de atrás hacia delante mientras continuaba masacrando mi boca.

—Oh mierda. Oh mierda. Oh mierda… —murmuró. No era la reacción más elocuente que había escuchado en la cumbre de la pasión, pero la forma en la que ella murmuró esas palabras fue algo divertido.

Mientras ella mecía su cuerpo encima del mío, mi polla involuntariamente se deslizó dentro de ella. No estaba preparada para esa repentina penetración. Gritó, muy fuerte, expresando astuta agonía y placer

Y ella se meció más violentamente, subiendo su ritmo con cada balanceo de su fino cuerpo. Se quitó su blusa y se bajó su bra. Se acarició sus pechos ante mí, lo cual encontré muy estimulante. Los alcancé con mi boca y los chupé por completo, uno y luego el otro. Ella gimió y gimió y gimió, y se meció más rápido.

—Oh… fóllame, Hayden… por favor —suplicó, lo cual encontré gracioso porque:

A. Ella era la que estaba controlando el ritmo; y

B. En efecto, ella era la que me estaba follando.

»Más fuerte… por favor… rápido… rápido… —añadió entre sus gemidos.

Su coño estaba apretado. No lo más apretado que he experimentado, pero era lo suficientemente bueno para un polvo rápido. No hizo ninguna contracción muscular, lo que hubiera hecho las cosas inmensamente gratificantes. Tenía que aprender ese método, tal vez. En un tiem-po, lo aprendería.

Pero no conmigo.

»Oh, Dios, Hayden, me corro… me corro…

¿Espera qué? ¿Tan pronto? Solo he estado dentro de ella por menos

de treinta segundos o algo así. Ni siquiera he encontrado mi completa excitación.

»Oh Dios, Hayden… me… corro… —chilló mientras sus piernas se tensaban y su cuerpo se sacudía—. Se siente… tan… jodidamente… bien… ¡mierda! Oh Dios… Oh Dios…

Su orgasmo pareció que fue más largo que la duración real de nuestro encuentro sexual. Me contuve de ver mi reloj para ver si la cronometré correctamente.

Y luego, pasó.

»Oh joder… joder… todavía me estoy corriendo, Hayden… eres tan jodidamente bueno —continuó su eufórico soliloquio—. Te… amo… Hayden… jodidamente te amo… Oh Dios… Oh Dios…

Oh no.

Tenía que decir eso.

Esto sí que sería un desastre que tendría que limpiar más tarde.

Estiró su cuerpo hacia arriba con una sacudida final antes de colapsar en mi pecho. Sostuvo mi mano y jugó con mis dedos. Luego me dio pequeños besos en el cuello. Quise recordarle que no había llegado al climax… que estaba muy lejos de ser gratificado… pero a este punto, no importaba. Había cosas más importantes sobre las cuales pensar.

»¿Lo disfrutaste? —preguntó afectuosamente.

—Eh… ajá… —contesté vacilante.

Sentí sus labios contra mi cuerpo mientras se curvaban en una sonrisa.

—¿Escuchaste lo que dije? —continuó preguntando.

Oh joder.

—Ehh… ¿qué te corrías? —contesté con una risa fingida. No estaba cómodo con la dirección que estaba tomando la conversación.

—No, tonto —se rio—. No esa parte. Lo que dije cuando me corría.

—Oh, eso. —No había punto en pretender que no lo escuché.

Prácticamente gritó esas palabras para que todo el mundo supiera.

—Lo digo en serio, sabes —me dio una reafirmación que no necesitaba… ni quería.

—Ajá. —¿Qué más podía decir?

Tenía que arreglarlo. Mantenerla colgando a una falsa esperanza sería despiadado. Soy un idiota, sí… un despreciable bribón… pero no era completamente desalmado. Tenía que decirle.

—Cindy… —comencé a decir—, no creo que debamos estar juntos.

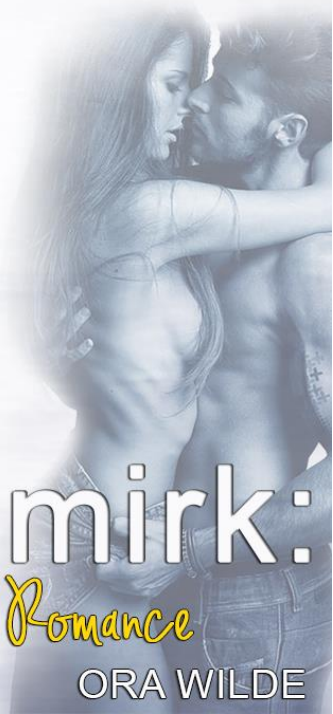
Ella se levantó de mi pecho. Su cara era una imagen de completo asombro. Estaba al borde de llorar, contenida quizá por la rabia que estaba comenzando a poseerla.

—¿Qué? —preguntó incrédulamente—. ¿Por qué?

Tenía que contestarle. Tenía que salir con algo creíble, algo que significara, algo que haría el dolor más soportable mientras curaba su corazón roto… algo a lo que pudiera aferrarse durante esas pocas noches de lágrimas que pasaría lamentando los *por qué* y los *qué podría haber sido*.

Algo especial. Algo original.

—Cindy —comencé a decir—. Lo siento. No eres tú. Soy yo.



Capítulo 2

PHOEBE

—¿Él dijo eso? —le pregunté incrédula, asombrada y enfurecida por lo que mi mejor amiga compartió. Estaba sentada al lado de ella en las bancas. El gimnasio estaba prácticamente vacío, salvo por el señor Sanders quien estaba fregando el suelo de la cancha.

—Sí —dijo mientras se limpiaba las lágrimas con una servilleta antes de soplarse la nariz—. ¡Ese idiota! ¡Ese estúpido, jodido idiota!

Con una mirada a Cindy fue suficiente para hacer que me preguntara sobre el chico que la acababa de dejar… en la manera más endemoniada. Un largo cabello rubio fresa, un par de hermosos ojos azules, una nariz pequeña que incluso modelos podrían envidiar, los labios más rojos que no necesitaban labiales, y un cuerpo que haría cualquier tipo de ropa bonita. Ella era la bonita chica prototípica de al lado, el tipo de chica que cualquier hombre estaría orgulloso de presentar a su madre, el tipo de chica que había nacido para ser venerada y fantaseada.

—¿Estás segura de que fue así exactamente cómo pasó? —pregunté de nuevo, todavía escéptica sobre lo que ella narró.

—¡Sí! —confirmó ruidosamente—. Ese pedazo de mierda me folló en su auto, luego rompió conmigo… solo así. *No eres tú, soy yo*. ¡Patrañas! ¡Al menos debería de haber merecido una mejor línea! ¡Lo juro, si escucho otro cliché en mi vida, explotaré!

—Chicos —pronuncié, simpatizando con su pena—. ¿Qué más puedes

esperar de ellos? Te usarán y luego te dejarán tan pronto como se cansen de ti.

—¡Guau, Phoebe! De repente eres la experta, ¿eh?

Era un comentario que de otra manera hubiera sido insultante. Pero Cindy ha sido mi mejor amiga desde el octavo grado. Y hemos mantenido nuestra amistad hasta ahora que somos de primer año en la UCLA. Éramos las únicas dos estudiantes de nuestra preparatoria que fuimos aceptadas aquí, y estábamos orgullosas de ello. Yo tenía una beca completa. Cindy tenía un otorgamiento atlético cuando fue aceptada como parte del equipo de la NCAA de voleibol de la escuela.

Aunque lo que era más importante, haber llegado a la UCLA estrechó nuestro lazo. Ella me conocía muy bien, y éramos lo suficientemente cercanas que ella podía decir lo que sea acerca de cómo era yo sin sonar ofensiva.

—Leo… un montón… y veo un montón de películas también —expliqué.

—Bueno, los libros de romance, las películas de romance… no son reales. La realidad es muy distinta. ¡La realidad apesta!

Asentí con la cabeza para coincidir con ella. La verdad, sin embargo, era que solo tenía una vaga idea sobre la agonía que estaba soportando. Nunca había tenido mi corazón roto. Nunca me había enamorado. Y ni siquiera nunca había estado en una cita de verdad… la noche de graduación con mi primo segundo no contaba.

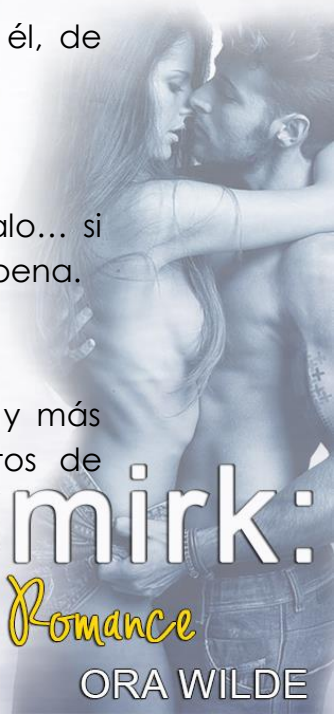
—¿Sabes qué, Cindy? —comencé a decir—, estás mejor sin él, de cualquier manera.

—¡Oh, grandioso! ¡Otro cliché! —replicó sardónicamente.

—No, no… es verdad —traté de convencerla—. Solo imagínalo… si terminaras con él, solo vivirías el resto de tu vida revolcándote en la pena.

—Supongo… —coincidió, muy para mi alivio.

Pero entonces comenzó a sollozar una vez más, más fuerte y más incontrolable que antes. Parecía tan inconsolable, y mis intentos de consolarla habían sido inútiles.



—Pero pensé que él era *el indicado* —añadió entre su lloriqueo y sorbidos—. Era tan agradable. Me enamoré inmediatamente de él, sabes. Sus ojos soñadores, esa mandíbula de granito, esas mejillas cinceladas, incluso esos estúpidos hoyuelos cuando sonreía. Y ese cuerpo… Oh Dios mío, Phoebe… ¿siquiera lo entiendes? ¿Cómo puedo olvidar un cuerpo como ese?

—Atracción física, nada más —dije mientras frotaba su espalda, esperando ser capaz de aliviar el dolor que estaba sintiendo.

—Sí… Estaba atraída físicamente a él, pero era mucho más que eso —defendió—. Todos mis sueños se centraron en él. Incluso se lo presenté a mis familiares. ¡Es el primer chico que han conocido!

Sus afecciones hacia él deben de haber sido muy profundas. Cindy ha salido con incontables chicos, pero nunca llevó a ninguno de ellos a casa para conocer a sus padres. El papá de Cindy era el vice alcalde de Chalfant, nuestro pequeño pueblo al este de California. Se mudaron a Woodland Hills después de su periodo y justo antes de que ella fuera a la universidad. Estaba de más decir que su padre era muy estricto y conservador.

—No importa, Cindy —dije—. Solo es un chico. Desechable. Reemplazable. —Estaba hablando basada en la experiencia. Ella había tenido su corazón roto antes, pero no tan mal como esto. Pero en el pasado, se recuperó. Incluso hubo una vez en la que se consiguió un nuevo novio solo un par de días después de que hubiera roto con el anterior.

—¡No, él no es solo un chico! —declaró inflexible mientras se frotaba la cara con sus manos—. ¡Él es Hayden Summersmith! ¡*Él* Hayden Summersmith!

No tenía que alargar su nombre. Lo conocía. Todos en el campus lo conocían. Retoño de una de las familias más ricas del país, si no es que del mundo. El más joven en una larga línea de magnates y políticos y filántropos que prácticamente construyeron las bases del estado de Ohio.

Incluso conducía una Hummer negra por el campus. Cuando no estaba con el humor de traer ese monstruo de vehículo, llevaba su Ducati, dejando un rastro de chicas desvaneciéndose y soñando por su atención.

Uno pensaría que estaba dedicándose a una carrera de alto nivel, como un pre-programa de leyes, o un pre-programa de medicina como yo, o un curso de ingeniería, o incluso uno relacionado con negocios.

Pero no.

El heredero billonario en realidad era un estudiante de Filosofía.

—Sabes, tiene una reputación insalvable —le recordé—. Es un mujeriego, Cindy. Sé que sabías eso cuando comenzaste a salir con él.

—Sí, pero también sabía que podía cambiarlo —contestó firmemente, aunque su convicción desapareció cuando recordó que él ya no estaba, y comenzó a llorar una vez.

—Un leopardo jamás cambia sus manchas.

—¡Oh, cállate! ¿Otro cliché? ¿En serio?

—Lo siento…

Nos quedamos sentadas en la banca por varios minutos, calladas y quietas. Ella trató de procesar todo lo que había pasado. Solo quería estar con ella y consolarla tanto como pudiera. Es para lo que son los amigos, después de todo.

—A él… deben de enseñarle una lección —dijo finalmente. Vi que sus manos se cerraron en puños. Vi sus labios abriéndose para ver cómo estaba apretando los dientes. Quien sea que haya acuñado la frase de: *el infierno no tiene tanta furia como la mujer desdeñada* no debía de estar familiarizado con Cindy. Cuando está enojada… realmente enojada… no se detiene hasta que se desquita.

—No puedes solo… no lo sé, ¿seguir adelante? —Era un intento final de evitar una catástrofe.

—¡No! —gritó—. ¿Es un mujeriego? ¡Vamos a ver cómo se sentiría si él es el utilizado!

Oh, no.

—¡Cindy… no lo hagas! —le advertí—. No le ruegues que te acepte otra vez solo porque quieres tener tu venganza. Eso no va a terminar bien.

¡Eres digna de más que eso!

Me dio una mirada confusa.

—¿Quién te dijo que regresaré con ese idiota? —preguntó.

—Eh… dijiste algo de darle una cucharada de su propia medicina, ¿no? —le recordé.

—Sí… pero eso no significa que yo tenga que hacerlo.

—¿Eh? ¿Entonces quién?

Y por primera vez desde que la vi en ese día, ella sonrió ampliamente. Aunque había algo distinto en su sonrisa… algo que estaba repleto de algo inimaginable y premonición. No me tomó mucho tiempo descubrir porque me sentía de esa manera.

—Tú lo harás, querida —contestó pícara—. Tú jugarás con el mujeriego.

Capítulo 3

HAYDEN

Francamente, no podía recordar su nombre.

Pero estaba sentada en mi regazo mientras yo estaba sentado en una de las bancas justo afuera del edificio de Artes y Ciencias. Estaba solo, al inicio, manera en la que prefería estar en una perezosa tarde de lunes. Pero luego, ella vino, subiéndose y saltando sobre mis rodillas, lanzando sus brazos alre-dedor de mi cuello, presionando sus tetas contra mi brazo, meciendo su animado trasero para que lo sintiera, susurrando palabras en un arrastrado, que solo podía ser descrito como infantil.

—Pobrecito, no estés solitario —ronroneó con una voz que probablemente pensaba era linda—. Estoy aquí y voy a cuidar bien de ti —añadió mientras jugaba con mi nariz con su dedo. Rápidamente aparté su mano.

Sí, no podía recordar su nombre… pero sí recordaba su buena figura y su cara *pasable*. Dormí con ella una… o dos… o quizá tres veces. En el dormitorio de Zack. En su dormitorio. En el laboratorio de inglés. No podía recordar en dónde, pero es no importaba en realidad.

Respondí sus actos afectivos con fingida educación. Podía pretender que la conocía bien íntimamente. Estaba acostumbrado al disimulo.

»¿Cómo estuvo tu día, dulcecito? —continuó arrullando, mientras se movía salvajemente para darme una mejor sensación de sus pechos. No

sabía en dónde poner mis manos, por lo que las pasé sobre su cintura y las dejé sobre sus muslos. Luego sentí su piel desnuda y noté que estaba usando los pantalones cortos más cortos que alguna vez había visto. —Malcriado —murmuró obscenamente.

Quité mis manos de ella tan rápido como pude y las puse detrás de mi cuello. Algunas de las personas que pasaban nos miraban, y eso me hizo sentir algo incómodo.

De repente, ella llevó su cabeza más cerca de la mía, y frotó su nariz con la mía.

»?Has sido un buen chico? —preguntó, todavía con su pueril tono irritante—. ¿Qué es lo que quiere mi *bebé*…?

Fue allí cuando la empujé. Pude haberla empujado un poco fuerte porque casi se cayó de mi regazo.

»¿Qué carajos? —gritó en asombro mientras se agarraba de mi pierna para sostenerse.

—Por favor… no me hables a mí así —pedí. Estaba respirando más rápido que antes y mi voz era más fuerte de lo normal. Me di cuenta de que estaba enojado, y estaba intentando lo mejor que podía retener mi furia.

Ella se levantó y cruzó sus brazos sobre sus pechos. Me dio una mirada afilada.

—¡Eres tan jodidamente exasperante! —dijo furiosamente—. ¡Eres tan idiota! Probablemente ni siquiera sabes mi nombre, eh?

Me encogí de hombros y le di una sonrisa sardónica.

Ella me alzó sus dos dedos de en medio frente a mí y se esfumó, fuera de la vista.

¡Paz y silencio, al fin!

Sin embargo, mientras extendía mis brazos sobre el respaldo de la banca, una voz familiar me saludó.

—¿Qué fue todo eso, hermano? —me preguntó mientras se sentaba a mi lado y le daba a mi pecho un codazo amistoso.

—Solo una chica —contesté.

—Se veía buena —dijo—. ¿Cuál es su nombre?

—No lo sé —repliqué.

Se rio entre dientes.

—Como esperaba —dijo.

Conocí a Donnie cuando estaba en primer año. Nos volvimos amigos casi inmediatamente. Estuvimos juntos como neófitos de Epsilon Gamma Omega. Nos volvimos hermanos de fraternidad casi al mismo tiempo. Ahora, él era un senior graduándose. Todavía tenía sesenta unidades más en camino, lo cual me tomaría al menos dos años para completarlas, si me enfocaba con todo por cuatro semestres. De alguna manera, dudaba que fuera capaz de eso. La universidad era divertida. No estaba apresu-rado por terminar.

—¿Alga aventura digna de contar que quieras compartir? —preguntó, concerniente a lo que alguna vez describió como mis *conquistas.*

—¿Digna de contar? No realmente —dije casualmente—. ¿Cómo están tú y Elaine?

—Estamos bien, bien. Acabamos de celebrar nuestro décimo mes de aniversario el sábado pasado. Dos meses y nuestra relación tendrá un año.

—¿Aniversario de mes? ¿En verdad celebran esas cosas?

—No es mi idea, hermano. Pero ya sabes cómo son las chicas.

—Sí. Son criaturas complicadas.

—¿Complicadas? ¿Esa es la razón por la cual no las tomas en serio?

—Solo no me gusta la idea de ser encadenado, ¿sabes? La vida es demasiado corta. ¿Cómo sacarle el mayor provecho si mis días giran alrededor de una sola persona?

—Puedo ser una experiencia satisfactoria, hermano.

—Lo dice el chico que celebra *aniversarios de mes.*

—¡Oye! ¿Por qué no lo intentas? ¿Una relación? ¿Una relación real,

genuina y monógama? ¿Quién sabe? Podría darle significado a tu vida.

—Mi vida así como es, está llena de significado.

—Más significado, quiero decir.

—Eso… no es posible.

—Solo una vez, hermano.

Donnie estaba siendo inusualmente persistente. No es como si no hubiera intentando cambiar mis maneras de ser antes… pero sus intentos previos fueron clandestinos… Manejados torpemente, pero a pesar de todo sutiles. Pero esa tarde, él estaba siendo directo y de alguna forma forzado.

—Donnie, puedo tener a la chica que sea —le dije. No era una habladuría. Era verdad. Sabía lo que tenía, y sabía que lo que tenía era deseable para ellas—. ¿Por qué debería de asentarme con solo una? —Porque esa quizá podría ser la indicada… sabes… una chica que puede hacerte feliz por el resto de tu vida. Una chica con la que puedes envejecer. Una chica sin la que no serías capaz de vivir.

No estaba siendo solo persistente, parecía. Él también estaba siendo muy dramático.

»¿Estás tomando Prozac? —tuve que preguntar.

Se rio.

—Hayden, te amo, hermano, pero creo que algunas veces, piensas demasiado bien de ti mismo.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que puedas conseguir a *cualquier* chica que quieras. Estoy seguro de que hay alguien allí afuera que sería capaz de resistir tus encantos.

Descarté su comentario con una risita. Pensé que me conocía muy bien. Quizá podría haber estado equivocado. Él estaba hablando con un chico que nunca antes ha sido rechazado. Nunca.

»En verdad —añadió—. Estoy seguro… muy seguro… de que hay una chica allí que sería capaz de decirte que no.

—Muéstrame —lo reté.

Sus ojos escanearon el área alrededor de nosotros. Estudió a cada fémina que pasaba, incluso aquellas que estaban lejos de nosotros. Le tomó unos minutos antes de que sus ojos se iluminaran.

—¡Allí! —exclamó—. ¡Justo allí!

—¿En dónde?

—Bajando las escaleras principales… ¿La ves?

Me volteé para mirar hacia donde estaba apuntando. Y entonces la vi.

Coletas. Un jumper de mezclilla con una blusa muy holgada debajo. Sucios tenis blancos. Libros asegurados en sus brazos. Una mochila que probablemente era una donación de su hermano. Y unos lentes que eran lo suficientemente gruesos para servir de tabla de cortar. Torpemente miró alrededor como si estuviera perdida, casi pasando por alto un escalón y bajando hasta el pavimento.

—¿Ella? —pregunté, para asegurarme de que Donnie se refería a la misma chica.

—Síp —confirmó—. Dudo que seas capaz de ganarte su corazón… y llevarla a la cama —añadió con una sonrisa maliciosa.

—Es de primer año —le recordé. No sabía quién era, pero se veía muy joven, y cargaba todos sus libros con ella. Solo estudiantes de primer año eran así de… extremadamente diligentes.

—¿Y qué? —remarcó—. No es como si no hubieras follado con chicas de primer año antes.

—Pero ella es… ella es… —Quería ser lo más políticamente correcto que podía, pero Donnie era un amigo, y los amigos podían hablarse libremente los unos a los otros—. Ella es un poco demasiado… saludable… para mis gustos.

—Eso… podría ser verdad —coincidió tentativo—. Pero, oye, ¿no dijiste que podías tener a *cualquier* chica que quisieras?

Maldición. Me estaba acorralando. ¿Pero por qué? ¿Cuál era su punto?

—Tranquilo —le dije—. Solo le guiñaría un ojo y estaría suplicándome que la tomara.

—Pareces muy seguro de eso.

—¿Chicas como esas?¿Nunca besadas, nunca tocadas? ¿Qué no han tenido un novio desde que nacieron? Solo le prestaré algo de atención y estará gateando hasta mí en un santiamén, suplicando por algo de amorosa atención.

Otra vez, Donnie se rio.

—¿Quieres poner eso a prueba? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Una apuesta.

—Oh… qué original —repliqué sarcásticamente.

—Solo quiero saber qué tan seguro estás de tu declaración, hermano.

—Dime esta apuesta que tienes en mente.

—Tu Hummer a cambio de mi Playstation 4.

—Eso es difícilmente justo.

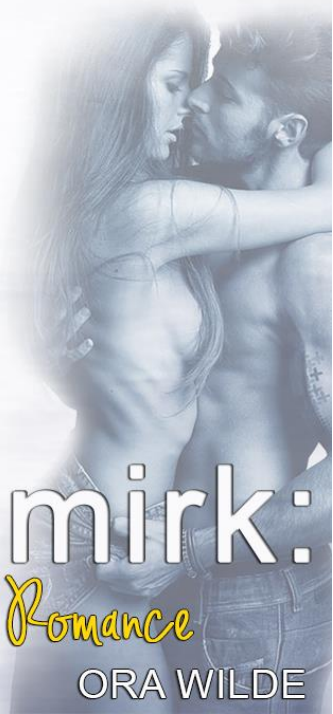
—Eres un chico rico. Mi PS4 es mi más preciada posesión. Además, ¿temes perder?

Me estaba provocando para aceptar su ridículo intercambio. Me conocía lo suficiente para saber mi debilidad: mi orgullo.

—De acuerdo, Donnie. Si no me la llevo a la cama para el final de la semana, mi Hummer es tuya. Pero logro desflorar a esa inocente en ese periodo, tu estúpida consola de videojuegos será mía.

—¡Hecho! —accedió rápidamente.

—Ahora, si me disculpas —dije mientras comenzaba a levantarme de la banca—, tengo trabajo que hacer.



Smirk:
A Stepbrother Romance
ORA WILDE

BEAUTIFUL Coincidence

Capítulo 4

PHOEBE

—A un así no pienso que sea una buena idea —le dije a Cindy mientras nos reuníamos de nuevo esa misma tarde en la Pizzería Alvin, un restaurante que solo era una piedra aventada fuera del campus.

—¡Pero funcionó! —se entusiasmó—. ¡Realmente funcionó, joder!

—¿Estás segura? —le pregunté, mi corazón estaba lleno de perturbación.

—¡Sí, Phoebe! —verificó—. Donnie me mandó los detalles. ¡El hizo su parte muy bien!

—¿Y Hayden Summersmith no sabe que Donnie es tu primo? —traté de clarificar de nuevo.

—¡Demonios, no! Él y Donnie han sido amigos como por cuatro años. Si ese idiota supiera que era la prima de su amigo, ni siquiera hubiera considerado salir conmigo. Confía en mí, Phoebe… ese idiota no tiene idea, ninguna idea, de lo que le espera.

—No lo sé, Cindy —dije, con mi voz casi quebrándose con ansiedad y pavor—. No… no estoy realmente hecha para esto…

—¡Tonterías, Phoebe! ¡Eres la chica perfecta para este plan!

—No, lo soy. Es decir… mírame —la reté—. No soy el tipo de chica delgada con la que él saldría.

—¡Oh, no seas una reina del drama! Solo es gordura de bebé.

—Has dicho eso durante cinco años —le recordé hoscamente.

Ella acercó su silla a la mía y me dio un abrazo. Descansó su cabeza en mi hombro mientras continuaba deprimida, con frustración porque ha-bía accedido a su plan, y con miedo por lo que estaba por venir.

—Sí… no eres delgada como esas modelos de *Victoria's Secret* —murmuró—. No serás capaz de usar ropa con la que fantaseas. Y puede que no ganes la atención inmediata de los chicos. Pero Phoebe, estoy siendo honesta… cuando logren pasar algo de tiempo contigo, se darán cuenta de lo que yo ya sé.

—¿Y qué es eso? —pregunté en confusión.

—Que tú eres más hermosa de lo que ellos pueden siquiera imaginar.

Ella era dulce. Siempre era dulce. Pero en ese momento, no sabía si estaba siendo honesta o solo me estaba alentando a apegarme al plan que había diseñado. Golpeé el puente de los lentes… un hábito que siem-pre tenía cuando fuera que confrontaba trabajo que necesitaba hacerse.

—Eres mi amiga… mi querida, querida amiga… mi mejor amiga —añadió, validando mi pensamiento de que me estaba alzando el espíritu para darme la confianza de aguantar su vengativo plan—. Por favor, Phoebe… haz esto por mí… estamos en esto juntas…

Dejé salir un pesado suspiro.

—Entonces… ¿cuál es el siguiente paso? —le pregunté, con notable resolución… aunque no estaba segura de sí era genuina o simulada.

Entusiasta se levantó y me lanzó una gran sonrisa.

—Bueno, basada en mi investigación, la cual está basada en mi experiencia con ese cabeza de chorlito… intentará establecer contacto —declaró—. Lo hará parecer accidental para que te imagines la idea de que podría ser el destino.

—¿Un encuentro fortuito?

—¡Sí!

—Entonces, ¿qué debería de hacer?

—Solo seguir la corriente.

—¿Seguir la corriente?

—Sí. Actúa sorprendida. Finge que no lo esperabas. Eso le haría pensar que su perversa táctica está funcionando.

—¿Recuerdas que soy una desastrosa actriz, verdad?

Es verdad. Una vez, cuando estábamos en segundo año de preparatoria, me pidió que le dijera a su papá que durmió en nuestra casa, lo cual explicaría por qué no fue a casa la noche anterior. Dije mi parte, pero cuando su papá comenzó a lanzarme preguntas, me debilité como hielo bajo el sol. Tartamudeé y balbuceé y casi me desmayé. Tuvimos suerte de que su papá tuviera prisa por atender una reunión del pueblo ese día.

—Deja que el odio te motive, Phoebe —sugirió.

—¿Qué odio?

—Tu odio por él… en mi beneficio. ¡Oye, soy tu mejor amiga! ¡Mi enemigo se supone debe de ser también tu enemigo!

—Claro —repliqué cínicamente.

—Solo recuerda lo mucho que lo odias, y eso te dará la convicción para llevar a cabo nuestro plan.

—De acuerdo —dije mientras asentía—. Pero si logro sacarlo adelante… si logro tener éxito en fingir que no sabía nada sobre su falso encuentro accidental… ¿qué pasa luego? ¿A dónde se dirige esto? ¿Cuál es tu fin del juego?

Ella se detuvo para considerar mi pregunta. Se frotó la barbilla por unos segundos antes de responder mi pregunta.

—Tendrás que hacer que se enamore de ti —me dijo.

—No sé si eso siquiera es posible —expresé mi duda.

—¡Es posible! —exclamó—. ¡Es muy posible! Trabajaremos juntas en eso. Nos aseguraremos de que codicie tu corazón.

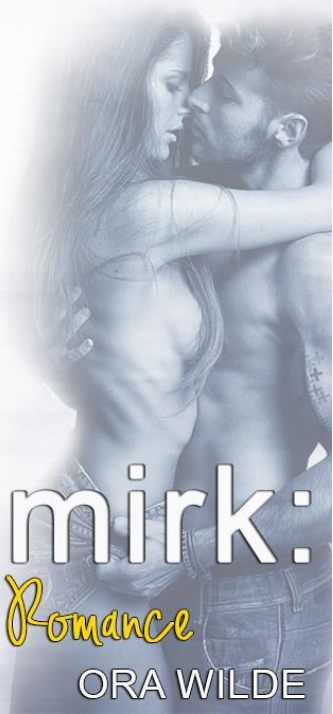
—Asumiendo que él se va a enamorar de mí, y esa es una gran suposición, ¿luego qué? ¿Cómo te dará eso el desquite que estás buscando?

—Cuando se enamore de ti, Phoebe —replicó con una sonrisa de suficiencia—, lo botarás. Le harás sentir el mismo tipo de dolor que ha infligido en mí… y en muchas mujeres antes de mí.

Eso sonaba tan malvado. Era algo que nunca había soñado hacerle a otra persona. Nunca había querido ser lastimada así, y nunca deseé lastimar a otra persona de la misma manera. Pero Cindy… Cindy es mi amiga… lo más cercano a una hermana que alguna vez he tenido. Debería de hacer esto por ella para que ella pueda seguir adelante.

»Pero siempre recuerda una cosa, Phoebe —añadió rápidamente—. Lo que sea que pase, lo que sea que haga… nunca te enamores de él.

Esa era la única parte de su plan en la que estaba confiada.



Capítulo 5

HAYDEN

Tuve que coquetear con la recepcionista del escritorio de Asuntos Estudiantiles para sacarle detalles de ella y su horario.

Fue una manera bastante agotadora de comenzar una mañana de martes. Pero era algo que tenía que hacer. Una apuesta fue hecha, y mi reputación estaba en juego.

Al principio, la recepcionista, una estudiante voluntaria, estaba dudosa de proveerme lo que buscaba. Una simple sonrisa y unas pocas palabras adulantes, la hicieron cambiar de opinión.

Leo los documentos que fotocopió para mí.

Su nombre es Phoebe Marie Ellison.

Justo como lo supuse, era una estudiante de primer año. Graduada con honores de la secundaria Chalfant. Estaba buscando una licenciatura en Ciencias Biológicas, un preliminar para la escuela de medicina probablemente. Estaba matriculada en UCLA bajo una beca académica completa.

Nada mal. Una ganadora.

Volteé la página para descubrir más de mi prospecto. No… Tacha eso. Ella no era un prospecto. La naturaleza de un prospecto hospeda la posibilidad de un fracaso. No hay fracasos cuando tienes la certeza.

Esta Phoebe Marie Ellison no era un prospecto.

Era un blanco.

El próximo grupo de detalles revelaban su horario. Revisé mi reloj. Decía 9:08A.M. Se suponía que ella estaba en el pabellón de química para su clase de química de las 11. Sale a las 9:20. Si me apresuro, podría ser capaz de alcanzarla ahí.

El pabellón de química estaba a diez minutos desde la oficina de registro. Tuve que pisar el acelerador para poder ganar un par de minutos. Eran ya las 9:19 cuando llegué. Su salón estaba en el cuarto piso, y el pabellón de química era uno de los edificios más viejos en el campus que aún debe tener su propio ascensor. Tenía que precipitarme escaleras arriba solo para alcanzarla a tiempo.

Una vez que alcancé el piso, me lancé hacia el salón donde era su clase. Me detuve justo afuera de la puerta mientras trataba de recuperar el aliento. Revisé mi reloj de nuevo, 9:21. La clase debería haber acabado. Probablemente estaba ocupada recogiendo sus cosas para poder ir su próxima clase.

Pensé en qué debería hacer.

¿Preguntarle qué hora era, quizás? A menudo esa era una presentación efectiva.

¿Actuaría perdido y le pediría direcciones, tal vez? No. Los escenarios que se podían ramificar serían demasiado complejos.

Podría solo decirle hola y sonreírle. Independientemente de cómo me presentara, sabía, sin duda, que ella lo consideraría muy halagador y sería mía poco después.

Tomé una respiración profunda… un jadeo final para deshacerme de todo el ahogo y resoplido que mi prisa había causado. Entonces abrí la puerta y entré al salón.

Para mi sorpresa, el salón estaba lleno de estudiantes que estaban ocupados con sus frascos y mecheros. La profesora estaba al frente, otorgando una lectura la cual perturbé. Me dio una mirada desconcertada… así como el resto de la clase… incluyéndola. Estaba sentada en la tercera fila, en una mesa que estaba destinada para dos personas aunque estaba sola con su tarea de química.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó la profesora, una mujer de mediana edad que usaba el cabello en una elegante cola de caballo.

—Uhm… —Raramente me quedaba sin habla. Siempre he considerado mi ingenio como una de mis más confiables cualidades. Pero en ese momento, confrontando una situación que nunca me esperé, con todos los ojos del salón enfocados en mi ser estupefacto, encontré muy difícil pensar en una respuesta adecuada.

—¿Estás perdido? —preguntó de nuevo la profesora. Debe tener cuarenta y algo, pero era bastante bonita, especialmente con la manera en que entrecerraba los ojos para expresar desconcierto.

—No, no… no estoy perdido —respondí con una sonrisa que sabía la desarmaría—. Realmente… bueno… se supone que estoy en esta clase.

Escuché unas risitas. Escuché chácharas. Escuché murmullos alegres. Todos ellos con textura femenina. Era fácil distinguir. Ya estaba acostumbrado.

—Lo siento —replicó la profesora, pareciendo atónita—. No te he visto aquí antes.

—Es mi primer día —dije, aun sonriendo.

—¿Primer día? —pronunció con incredulidad—. Pero los exámenes parciales vendrán la semana después de la próxima.

—No se preocupe por mí, Señora. Me pongo rápido al día… especialmente cuando encuentro la materia fascinante.

Volteé la mirada hacia Phoebe Marie Ellison. Había una mirada extraña en su rostro que no pude descifrar. Era como si estuviera sobrecogida, nerviosa y furiosa al mismo tiempo.

—¿Se ha matriculado para esta clase, señor…. —preguntó por mi nombre.

—Summersmith —respondí—. Hayden Summersmith.

Más risas. Más parloteo. Más murmullos.

—Bueno, señor Summersmith, ¿está matriculado en esta clase? — repitió la pregunta.

No lo estaba, pero me las ingenié para establecer una relación cercana con la estudiante voluntaria en las oficinas de Asuntos Estudiantiles más temprano, así que estaba confiado en que sería capaz de arreglar las cosas para mí.

—Sí, lo estoy, Señora —dije.

—Muy bien, por favor tome asiento en la primera fila —instruyó mientras señalaba la mesa vacante a su derecha.

—En realidad, me preguntaba si podía sentarme justo aquí —sugerí en cambio, señalando a la mesa de Phoebe Marie Ellison.

Los ojos de Phoebe se abrieron. En realidad, fue divertido.

—Bien —estuvo de acuerdo la profesora—, creo que la señorita Ellison será capaz de ayudarlo a ponerse al día.

—Oh, espero que lo haga —comenté con una sonrisa.

Procedí a donde estaba Phoebe Marie Ellison y me senté a su lado. Su postura era tan tiesa. Ella era como un zombi petrificado, congelado en su asiento como una antigua estatua que ha permanecido sin moverse por siglos. Ni siquiera me miró. En cambio, su mirada estaba enfocada en el pizarrón detrás de la profesora. Eso era muy extraño, considerando que nada estaba escrito en su superficie.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Si-Sí —me respondió, tartamudeando mientras entregaba la única palabra a la que llamaba respuesta.

Le di una sonrisa cálida, una que no vio ya que, por alguna indescifrable razón, se negaba a mirarme.

—Muy bien entonces, señorita Ellison —dije mientras jugueteaba con los tubos de ensayo alineados en la estantería en mi lado de la mesa—. Supongo que tenemos química juntos.

Capítulo 6

PHOEBE

No se suponía que sucediera de esta forma.

Se suponía que él hiciera algo simple, algo obtuso, algo corriente… como pretender que se tropieza conmigo para ayudarme a recoger las cosas que tirara en el piso, o robar un libro para que pudiera devolvérmelo y comenzar una conversación, o, no sé… detenerme en el pasillo para preguntarme qué hora era.

No se suponía que fuera así… así… de intrusivo… de violatorio…

Aun así, ahí estaba, justo a mi lado, en *mi* mesa, en *mi* clase de química. *¡Clase de química!* Él es del último año de Filosofía, ¡por el amor de Dios! ¡Química ni siquiera era parte de su currículo!

No lo podía mirar. Estaba tan horrorizada por su repentina presencia, escandalizada por su espectáculo de fanfarrón, aterrorizada por el pensamiento de que inmediatamente vería a través de mí y la farsa en la que me había metido Cindy.

Pero sentía algo más, algo que trataba tanto no admitir. Mientras más trataba de negarlo, como sea, más poderoso se volvía.

Estaba molesta conmigo misma por quedar atónita por la determinación que había mostrado, maravillada por el carisma que claramente poseía y, en la manera más taciturna posible, emocionada por lo lejos que llegó solo para conocerme.

¡No Phoebe! ¡Líbrate de esto!

¡Es parte del juego que está jugando… su modus operandi!

No seas una idiota. En el momento que bajes la guardia será el momento en que termines como las otras chicas cuyos corazones ha asesinado.

Mis ojos bajaron a mi mesa y a los frascos que esperaban mi atención. Un plato lleno con bicarbonato de sodio a mi izquierda, y una botella de ácido acético a la derecha. Se suponía que observara la producción de dióxido de carbono cuando se mezclara. Debo concentrarme en la tarea. No debería dejar que me distrajera.

Pero mi mirada inexplicablemente deambuló hacia su lado del escritorio. Él estaba solo jugueteando con unos contenedores enfrente de él, acariciando el cuello del frasco, preguntándose quizás qué debería hacer con ellos.

Traté de mirar a otro lado.

Traté.

Pero la vista de sus brazos muscularmente rudos y sus manos tuvieron a mis ojos pegados por unos pocos segundos.

Tenía grandes manos.

Recuerdo lo que Cindy una vez dijo… que el tamaño de las manos de un hombre era indicativo del tamaño de su…

—¿Vara? —pronunció repentinamente.

Estaba pasmada más allá de creer, tanto que casi golpeo el tubo de ácido acético mientras me giraba y me sentaba. Rápidamente, traté de reacomodar mi postura. Pretendí arreglar los bordes de mi silla, esperando que él no se hubiera percatado de mi reacción perpleja por nada.

—¿Qué? —pregunté con calma fingida.

—¿Puedes pasarme la vara de revolver, por favor? —completó su oración. Aún tenía esa sonrisa desagradable en su rostro… una que estaba

llena de arrogancia y sugerencia y presunción… una que era molest-mente desconcertante.

Agarré el agitador que estaba al lado de la estantería de tubos de ensayo y se lo pasé. La piel de su mano… su gran, robusta mano… rozó la mía mientras reclamaba el objeto. Una repentina oleada de emoción atravesó mi cuerpo… así como se sentiría un gato cuando es golpeado por un rayo en el medio de un campo vacío durante una tormenta eléctrica… o quizás… como lo haría un criminal convicto cuando la palan-ca de su silla eléctrica es finalmente halada. Lo último parecía una analogía más apropiada.

Noté que su sonrisa presumida se hizo aún más amplia.

Oh por Dios.

¿Acaso notó cuánto me afectó su toque? ¿Dónde estaban los signos visibles de mi perturbación? Estaba… ¿sonrojándome?

»Soy Hayden, por cierto —se presentó bastante tardío.

—Sí, lo sé —le respondí indiferentemente mientras volteaba la atención hacia los materiales al lado de mi mesa.

—Ya veo —dijo con una confianza desbordante.

—No, me refiero… tú te presentaste a la profesora cuando entraste al salón, ¿cierto? —le recordé, lo menos que él asumiría era que yo era una de las chicas que habían estado acosándolo por años.

—Oh… supongo que lo hice. —Parecía lamentarlo, dándose cuenta que no fueron sus encantos los que me hicieron saber su nombre—. Bueno, solo para propósitos formales, soy Hayden Summersmith. ¿Cuál es tu nombre? —Sus palabras irradiaba la inocencia de una criatura indefensa.

Él era un buen actor, le daría eso.

—Phoebe —respondí casualmente mientras continuaba mezclando el ácido acético con agua.

—Bueno, Phoebe… es un placer conocerte —dijo extendiendo su mano para estrechar la mía.

¡Oh no, no lo hagas! ¡No de nuevo!

Pretendí no ver su oferta de estrechar manos. Tomó un par de segundos antes que retirara su mano. Pero continuó mirándome con sus brazos descansando en la mesa. Él aún exhibía esa sonrisa exasperante.

Traté de pensar en otras cosas solo para tener mi atención lejos de él.

Es un mujeriego, Phoebe, recordé las palabras de Cindy. *La peor clase de mujeriego que hay.*

Él es un maestro de trampas de mentiras.

Cae en una, y caerás con él.

Confío en ti. Eres más astuta que él. Serás capaz de ver sus planes nefastos a un kilómetro de distancia.

Lo que sea que suceda, lo que sea que haga… ¡nunca te enamores de él!

Caray. Amor. Es una palabra grande. No he estado enamorada en mi vida entera. El único amor que conocí fue el que compartía con mi mamá. A veces me preguntaba, ¿había otra clase de amor? ¿Necesito otra clase de amor? ¿Era este el tipo de amor siquiera necesario en mi vida?

Con mi propósito renovado, giré el rostro para encararlo. Quería comenzar una conversación con él… de una variedad indiferente… solo para hacerle saber que lo que sea que haya planeado, no funcionará jamás en mí.

Pero mientras volteaba mi cuerpo hacia él, me quedé atónita al ver que él ya estaba levantado, su delgado y robusto cuerpo saltando sobre mí como si estuviera alcanzando algo detrás de mi asiento. Me encontré con él con tanta fuerza que el contenido del frasco que estaba sosteniendo se chorreó todo sobre su camiseta azul claro.

Oh no…

Rápidamente se frotó el líquido, agarrando unas servilletas de la mesa mientras trataba frenéticamente de limpiar la enorme mancha que se había formado en la tela de su camiseta.

—Oh Dios, lo siento —me disculpé angustiosamente—. No te vi allí. Lo siento. —Agarré algunas servilletas también y lo ayudé a limpiar la mancha que aún estaba húmeda en su camisa.

El alboroto robó la atención de la clase entera, incluso la de la profesora.

—Está bien —dijo—. No es gran cosa.

Su calma… su paciencia… su porte… ¿por qué lo encontraba tan atractivo incluso en ese momento, con todo lo que estaba pasando?

Entonces él comenzó a olfatear.

—¿Qué es ese olor? —preguntó, perplejo, con su cara torcida en disgusto.

—Uhm… —Tenía miedo de responder—. Ácido acético —dije finalmente, balbuceando mi respuesta con la esperanza que no lo oyera para que no tuviera que preguntar la verdadera naturaleza del químico.

Él olfateó de nuevo, levantando su camisa a su nariz y dándome una muy, muy cercana vista de sus abdominales marcados… rígidos… definidos… deliciosos…

Algunas de las chicas detrás de mí también lo vieron ya que escuché un jadeo colectivo que succiono el aire de la habitación.

—Huele como a vinagre —remarcó con una pista de repulsión en su rostro.

Entrecerré los ojos mientras mi boca comenzaba a arrugarse.

—Bueno… el ácido acético es vinagre —expliqué, aun balbuceando, pero la mirada estupefacta en su rostro me reveló que escuchó cada palabra que dije.

Capítulo 7

HAYDEN

—¿Puedo tomar prestada una camisa de repuesto? —le pregunté a Donnie mientras continuaba riéndose del infortunio que acababa de compartir. Está-bamos descansando en la parte trasera de mi Hummer, su escotilla estaba levantada para darnos alguna cubierta del sol de mediodía.

Él abrió su bolso del gimnasio y me pasó una camiseta Nike negra con grandes letras blancas en negrita, deletreando *Especialista en todas las posiciones*. Pertenecía al baloncesto, pero el doble sentido le daba un buen toque. Solo era una camiseta Nike. No me gustaba la textura de la tela. Hacía que me picara la piel. No era Orley o Gieves & Hawkes o Ralph Lauren… pero debería ser suficiente.

Era mejor que oler a vinagre, de todas formas.

—Entonces, ¿te estás echando para atrás? —preguntó—. ¿La Hummer es mía? ¿Puedo llevármela a casa esta noche?

—¿Estás bromeando? —repliqué—. Esto va a ser muy fácil.

—¿No es el fin de semana muy pronto? —cuestionó con preocupación, dudando de mi habilidad para ganar la apuesta.

—No, es más que tiempo suficiente —le dije—, como ya he dicho… esto va a ser muy fácil.

—De todas formas me pregunto, ¿qué te hace decir eso?

—Es virgen.

—¿En serio? ¿Y qué te hace estar seguro de esa observación? ¿Le metiste el dedo hasta que este no pasó más porque su himen estaba bloqueándolo? —Comenzó a carcajearse.

—No, pero todas las indicaciones apuntan a esa conclusión. Nunca tuvo un novio. Se agita visiblemente cuando un hombre se aproxima. Se encoge con el mero toque de mi mano. Se sacude fácilmente con la más mínima atención que le lancen. A esa chica jamás la han follado. Incluso hasta dudo si ha sido besada.

—Bastante… perceptivo —comentó Donnie mientras aparentemente se ahogaba de asombro. ¿O era envidia? No podría decir realmente—. ¿Has terminado por hoy? —preguntó—. ¿Continuarás mañana?

—No. El día apenas ha empezado. Tengo algo en mente para más tarde. Estará en el edificio de Artes y Letras. Clase de Humanidades a la una. Se llevará una fantástica sorpresa. Y vendrá rogando para salir conmigo. ¿Y sabes qué pasará luego, no?

Donnie sonrió, reconociendo que sabía perfectamente a lo que me refería. Pero había algo en su sonrisa que me hizo sentir que aún dudaba de mí.

Entonces mi teléfono repicó. Revise la pantalla y vi que era una llamada entrante de mi padre. Medité si debía responder o no. Después de unos segundos, decidí deslizar la llamada a la derecha y me preparé para un jarabe de lengua masivo.

»¿Hola? —saludé. Estaba esperando que su voz furiosa retumbara en el parlante, lo suficientemente fuerte para que Donnie escuchara. No sucedió. En cambio, fui saludado por una voz de mujer, calmada, gentil y educada.

—Hola Hayden —dijo. Era la señora Walter, la secretaria de mi papá. Ha trabajado para él por décadas.

—Emmy… ¡hola! —respondí—. ¿Qué puedo hacer por ti esta linda tarde de martes?

—Uhm… Hayden… tu padre me pidió que te llamara con respecto a unos recibos de la escuela que recibió hoy temprano. Se estaba preguntando por qué estabas matriculado en solo cinco unidades este semestre, cuando te sugirió específicamente que las tomaras todas.

—¿*Sugirió* específicamente? —repetí burlonamente—. Él no *sugirió* nada, Emmy. Él me *ordenó* que tomara veinticinco unidades.

—Lo siento, Hayden. No era consciente de eso —dijo cínicamente, provista de simpatía y calidez.

—¡Veinticinco unidades! ¿Sabes lo pesado que es eso? Eso es como cuarenta horas de clase por semana. ¡Por semana! Si hubiera obedecido su *sugerencia*… ¡estaría escuchando a mis profesores incluso en mis sueños! ¡Quizás hasta comparta la cama con ellos! —No es que no haya sucedido antes, pero esa es una historia para otro día.

—Bueno, tu papá me acaba de decir que no está contento con las escasas unidades que tomaste este semestre, Hayden —continuó con su tono emocionalmente indiferente.

—Bueno, puedes informarle a mi padre que si quiere decirme algo, debería ser un hombre y decírmelo en mi cara. —Mi voz estaba tan fuerte que prácticamente estaba gritando. Mis músculos se tensaron y estaba respirando pesadamente, subconscientemente trataba de recuperar el aliento. Fue solo así que me di cuenta cuán enojado realmente estaba.

Escuché a la señora Walters aclarar su garganta.

—Hayden, fuera de todo… nos hemos conocido el uno al otro por demasiado tiempo—. El cambio en su voz fue notable. El monótono tono distante, que sonaba como una grabación se había ido. Reemplazado por una voz que era cariñosa, afectuosa y amable. —Eres un buen chico. Así que de donde sea que provenga esta ira… te lo ruego… por favor, arréglalo.

—No hay nada mal conmigo, Emmy —chasqueé, ofendido por su última declaración—. Yo no necesito arreglar nada.

—Quizás nada esté mal contigo —continuó diciendo—, pero tu relación con tu padre es menos que la ideal. He sido hija y soy madre, Hayden. Sé lo devastador que es para ambas partes. Así que por favor… sé

el mejor hombre… arréglalo… arréglalo antes que las cosas se dañen y sean irreparables.

Respondí con silencio.

»Eres un buen chico, Hayden —agregó—. Sé que sabes qué es lo que debería hacerse.

Y con esas palabras, terminó su llamada, y me quedé aferrado al teléfono por un rato antes de ponerlo de nuevo en mi bolsillo.

—¿Problemas en casa? —preguntó Donnie. Él había sido una audiencia renuente durante esa conversación. Aunque no era la primera vez.

—No es gran cosa —dije, calmando su preocupación—. Mi padre acaba de descubrir cuantas unidades tomé este semestre.

—Apuesto a que no está muy satisfecho.

—No lo sabría. No tuvo las agallas de llamarme. Le pidió a su secretaria que lo hiciera.

—Debe estar muy ocupado… como siempre.

—Gracioso. Él siempre tiene las manos metidas en todo, pero cuando se trata de su propio hijo, no puede apartar unos pocos segundos para decirle lo que quiere decir.

—Eso es un fastidio.

—Estoy acostumbrado. Él quiere que termine mi carrera en cinco años.

—Debiste haberla terminado en cuatro. Deberías estar graduándote conmigo este semestre.

—¿Cuál es el apuro? La universidad es divertida.

—¿Divertida? Hermano… te he conocido por cuatro años, y no me atrevería a usar la palabra "divertido" en la misma oración que tu nombre. Más a menudo que no, pareces… distante. Pareces… aburrido.

Me reí con su comentario.

—¿En serio? La ociosidad es una fase natural en la vida de cual-quiera. Pero tengo mis métodos… para entretenerme.

—Apuesto a que sí respondió entre risas.

—Hablando de entretenimiento, la hora del almuerzo casi ha terminado —dije después de mirar mi reloj.

—¿Y?

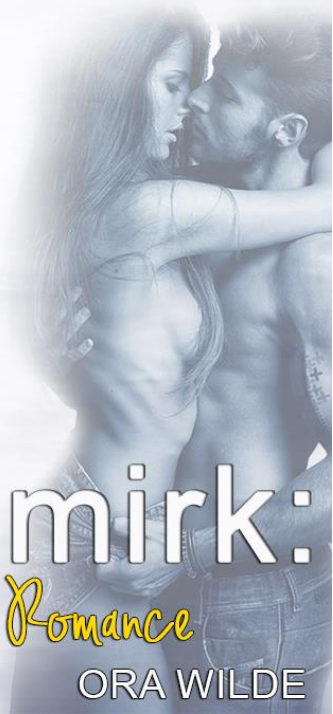
—Me tengo que ir.

—¿A dónde?

—Al edificio de Artes y Letras, ¿recuerdas? ¿La nueva? ¿Nuestra apuesta?

—Ah.

—Para esta hora mañana —proclamé severamente—, la nueva será mía para tomarla.



Capítulo 8

PHOEBE

—Entonces, ¿qué ven en esta imagen?

La pregunta de la profesora, acoplada con la imagen de dos esqueletos preservados impecablemente, reposando en el suelo y encerrados en un abrazo que era proyectado en la pantalla blanca detrás de ella, ganó la atención entera de toda la clase. Era la fotografía de restos de esqueletos de dos amantes que fueron enterrados por ceniza y piedra fundida que llovió en ellos durante la más devastadora erupción volcánica en la historia hace muchos, muchos siglos.

Observé la imagen más de cerca.

Entonces me di cuenta que no parecían amantes abrazándose uno al otro. El hombre estaba un poco más elevado que la mujer, y ella parecía que escalaba a sus caderas.

Ella parecía estar limpiando algo de su cuerpo.

Oh Dios… ¡espero que no haya sido vinagre!

Horas han pasado desde ese humillante accidente durante la clase de química. No he visto a Hayden Summersmith desde entonces, para mi alivio. Aparte de las disculpas que espeté innecesariamente, no sabía qué más decirle. Su ausencia hizo la vergüenza más soportable para mí.

—Los famosos amantes de Pompeya… o lo que queda de ellos al menos —dijo melancólicamente la profesora. Ella en realidad se rio con esa

adición—. Abrazándose el uno al otro… enlazados para toda la eternidad. Clase… ¿Qué nos dice esto del amor, en el contexto mayor-mente usado por poetas y novelistas?

—Que el amor no está consolidado por el tiempo —recitó uno de los estudiantes.

—Bien, bien… ¿Qué más? —La profesora parecía buscar más respuestas.

—El amor es más grande que la muerte —habló otro.

—Excelente. ¿Hay más puntos de vista que quieran compartir?

—Que el amor, como la muerte, es inevitable —declaró alguien.

—Bueno… eso es de una novela. Bien, bien. ¿Qué más?

La clase entera estaba sumergida en sus pensamientos, tratando de encontrar más significados a la imagen que aún estaba siendo mostrada en la pantalla.

—Que sí existe el amor a primera vista —dijo alguien de repente en voz alta.

Todos mis compañeros de clase expresaron sorpresa. Rápidamente giraron su atención a la persona que sugirió esa interpretación superficial, casi absurda. Seguí sus miradas, y luego…

Lo vi.

De nuevo.

Estaba de pie en la puerta, usando una camisa negra. No estaba acostumbrada a verlo así. Siempre ha sido de vestir inteligente, prefería mezclar y juntar ropa semi-formal y atuendos casuales. Pero en ese momento, con él usando una camisa que prácticamente invitaba al desdén *(¿Especialista en todas las posiciones?* ¿En serio?), lucía tan… relajado… tan guapo y atractivo…

Salí de mi asombro y noté algo peculiar. Estaba sosteniendo algo en sus manos, empuñándolo con un orgullo agotador que estaba manchado con pistas de inquietud.

Un ramo de flores…

Rosas…

Blancas y frescas y olorosas…

¡Oh mierda!

—¿Repita de nuevo, señor? —le pidió la profesora, curiosa de lo que había compartido.

—Amor a primera vista, Señora —repitió con lo que se había convertido en su marca de sonrisa arrogante.

La mayoría de la clase se rio de él. Algunos, por otro lado, estaban aún muy ocupados murmurando sobre la repentina presencia de nuestro místico visitante... y era seguro que todas eran mujeres.

Instintivamente, me mordí las uñas… un hábito que siempre exhibía cuando me estresaba o me sentía nerviosa. Él estaba ahí, en mi clase, con una docena o algo así de rosas. La única razón por la que fue a mi salón era para verme, para ganar la apuesta que él y el primo de Cindy hicieron. Nunca, jamás esperé que hiciera sus movimientos tan… tan... públicamente.

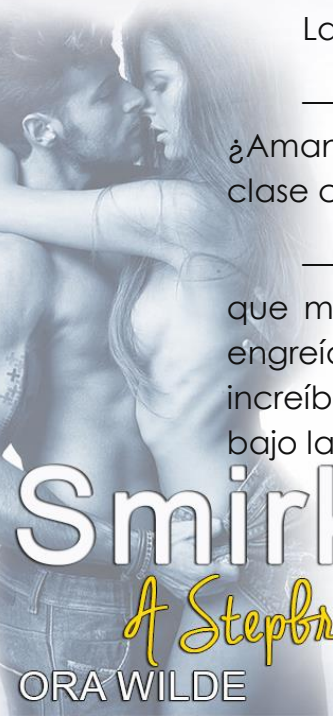
—Lo siento, señor… —La profesora hizo que la última palabra permaneciera en su boca, esperando solicitar una presentación del invitado inesperado.

—Summersmith —respondió—. Hayden Summersmith.

Las personas a mi alrededor comenzaron a susurrar inmediatamente.

—Bueno, señor Summersmith, no veo la conexión —dijo la profesora—, ¿Amantes malogrados y amor a primera vista? ¿Está seguro que está en la clase correcta señor?

—En realidad, solo vine a entregar estas —respondió con una sonrisa que muchas habrían encontrado adorable… pero yo no. Estaba siendo engreído. Sostuvo sus manos sobre su abdomen, esos sorprendentes e increíbles abdominales, agarrando el hermoso arreglo de flores que relucía bajo las luces.



Como si fuera una señal, todas las chicas ronronearon con travieso placer, imaginando quizás que serían las receptoras de su intento amoroso.

Comenzó a caminar pasando a la profesora, pasó la fila del frente, antes de detenerse mientras hablaba de nuevo.

»Es solo una fotografía de restos que meramente sugirió lo que fue y pudo haber sido —explicó—. Pero el hecho es que… ninguno de nosotros estuvo ahí. Ninguno de nosotros sintió el aire ardiente que señalaba una muerte inminente. Ninguno de nosotros sintió la desesperación en Pompeya… cuando su mundo estaba quemándose y la posibilidad de escapar era nula. Ninguno de nosotros estuvo ahí cuando los cielos se tornaron rojos y su ciudad se ahogó en gritos de horror y desesperación.

—¿Y su punto es? —preguntó la profesora, bastante impaciente, visiblemente retada por este extraño que, en lugar de contestar su pregunta, decidió desconfiar de los méritos de su pregunta.

Él continuó caminando hacia la segunda fila, con pasos calculados que exigieron la atención de todos.

—Mi punto es que… no sabemos —contestó—. Podemos solo asumir. ¿Y si esos huesos fueron de una pareja que estaban tratando de estrangularse el uno al otro hasta la muerte porque se habían cansado de las durezas de la vida matrimonial? ¿Y si esos huesos pertenecieron a un pedófilo y su muy joven pareja, y él la abrazó con fuerza… no para cuidarla… sino para preservar su propiedad? ¿Y si esos huesos pertenecían a un hombre… y a una mujer que le estaba dando sexo oral?

La clase entera rio. Sorprendentemente, la profesora sonrió y admitió el humor en sus palabras.

El caminó pasando la segunda fila, hacia la tercera, pasó las primeras columnas de asientos, hacia el medio…

Hacia donde estaba yo.

Oh no…

»No sabemos lo que realmente sucedió —continuó exponiendo—. Solo podemos asumir. Y yo preferiría hacer una suposición feliz. Eran completos extraños unos pocos segundos antes de sus muertes. Él la vio e

inmediatamente se enamoró de ella. Que cuando el cielo ardiente descendía sobre ellos, él hizo lo única cosa que podía en ese momento.... La única cosa que su corazón deseaba. La abrazó. Trató de protegerla. Y mientras eran sepultados en piedra ardiente y polvo en llamas… él continuó abrazándola… la mujer que adoraba… la mujer que inmediata-mente supo era para él… un amor a primera vista que, trágicamente, también era la última.

Él llegó a mi escritorio y colocó el arreglo en su superficie. Desde las esquinas de mis ojos, vi los rostros de mis compañeros de clase con sus ojos y sus bocas abiertos Estaban más allá de estupefactos. No podían creer que yo, la chica rellenita con anteojos tan gruesos como libros, estaba siendo cortejada por la más deseada personalidad de la escuela.

Él me dio una mirada rápida y sonrió. No vi arrogancia en la forma que sonreía. Vi honestidad… y eso me asustó.

Se giró para ver a la profesora y continuó hablando.

»Pero no tiene que ser recordado como un cuento triste —dijo mientras dejaba mi asiento y empezaba a caminar hacia la puerta de la que había salido. —Fue un amor tan grande que comenzó con una mirada solitaria… y fue inmortalizado por generaciones para presenciar y recordar.

—¿Recordar qué? —preguntó la profesora, su mirada fija atenta-mente en él. Estaba encantada por lo que estaba compartiendo.

—Que el amor a primera vista no es un mito —respondió encanta-doramente antes de salir por la puerta y dejar la habitación completa-mente.

Inmediatamente, las personas comenzaron a charlar. Algunos de ellos trataron de llamar mi atención, queriendo obtener los jugosos detalles detrás de su exhibición amorosa. No era capaz de darles ni un momento de mi tiempo. No porque no quisiera. Era en realidad la primera vez que la gente me notaba de esa manera… la primera vez que era objeto de sus conversaciones.

Era porque no podía.

Observé el arreglo que dejó en mi mesa. Las flores eran muy lindas. Los pétalos estaban nuevos y frescos. Los brotes aún debían florecer, prometiendo que podría olfatearlos por un largo periodo de tiempo.

Había una nota atada a la cinta que unía el arreglo. Ajusté mis anteojos y miré más de cerca. Contenía un mensaje.

¿Estás libre mañana en la noche?

Por favor di que sí.

Envíame un mensaje de texto...

Seguido por un número. Su número celular. Mordí mis labios mientras arrugaba la nariz. Todos los eventos que habían sucedido hasta ahora me tenían aturdida y confundida… y el día no había terminado aún.

Una parte de mi estaba alegre porque todo estaba saliendo de acuerdo al plan de Cindy.

Pero una porción más grande de mi alma estaba gritando dentro… debido a una sensación abrumadora de inquietud más que cualquier cosa.

Hayden Summersmith… eran un gran enigma. Era elocuente y listo, aun así escogió la vida de un delincuente que flotaba sin rumbo durante sus años en la universidad. Era un romántico, por lo que sus palabras revelaban, y aun así prefería romper corazones que cuidar de ellos. Era la figura masculina más popular del campus, podría fácilmente mezclarse con cualquier persona con la que quisiera estar asociado, y aún permanecía solitario… casi hermético… solo prefiriendo la compañía de unos pocos seleccionados.

Tenía todo a su favor.

Pero optó por vagar sin rumbo, dejando atrás un rastro de chicas llorosas y sueños destrozados, atravesando un camino que podría seguramente dirigir al desastre.

Él era un misterio.

Él era problemático.

Aunque era fingido, me deseaba.

Y estaba aterrada por el hecho de que, no importa cuán minúscula, existía una posibilidad que me sintiera de la misma manera.

Capítulo 9

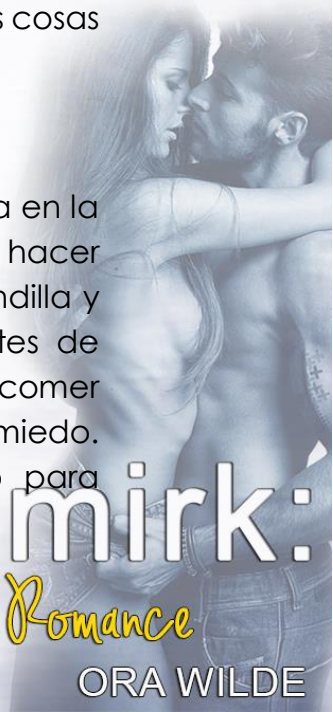
HAYDEN

—¡La próxima vez, vas a encontrar otra ruta! —¿Entiendes , novato?

Por supuesto no pretendía ser tan cruel, Zack era un chico grande, corpulento, excesivamente musculoso que fue bendecido con los dones físicos de un atleta profesional, pero maldecido con la comprensión de un estudiante de octavo grado. Un apoyador de los Bruins, su elegibilidad académica ha sido cuestionada en el lapso de tres años… desde que fue entrevistado durante un juego televisado a nivel nacional. Era un intercambio sincero, uno que no estaba destinado a ser serio. Le preguntaron, que encontraba más atractivo en una mujer. ¿Su respuesta? *Me gustan las chicas con piernas de piernas largas.* Eso provocó algunas banderas rojas. Afortunadamente algunos de los grandes refuerzos de todos los tiempo, mi padre incluido, fueron capaces de arreglar las cosas detrás de escena.

Zack es un idiota. Pero es un idiota agradable. Es un idiota leal.

Cuando el pobre estudiante de primer año, pasaba por la mesa en la esquina de la Oficina Titular y la Biblioteca Central, Zack tenía que hacer algo. Consideraba esa mesa como el lugar especial de nuestra pandilla y la hemos conservado para nosotros desde que éramos estudiantes de segundo año. El error del de primer año, fue que pensó que podía comer ahí. Zack inmediatamente le gritó y el de primer año casi lloraba de miedo. Zack no pensaba hacerle daño, solo era su método preferido para



ahuyentarlo, pero la mera visión de su enorme tamaño sobre el frágil cuerpo del de primer año, era suficiente para aterrorizar a cualquiera.

—No creo que regrese, jefe —me dijo, con un rayo de orgullo, mientras el de primer año correteaba a otro edificio, muy probablemente.

Solo le sonreí, mientras me sentaba en una de las sillas de la mesa de piedra que él sentía que defendía.

—No tienes que ser tan despiadado. —le dije—. Él prácticamente se orinó en sus pantalones.

—Pero jefe, ¡es un novato! —se justificó rápidamente, con la que era por lejos una de las cosas más lógica que alguna vez salió de su boca.

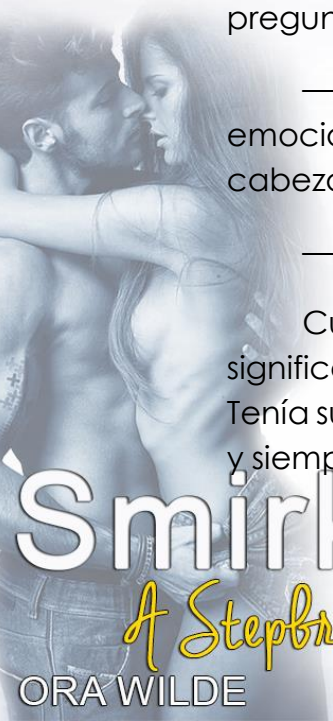
La UCLA era como una gran fraternidad. Los de primer año, quienes burlonamente eran llamados novatos, eran como neófitos. Los de años superiores, como se suponía, les hacían pasar un mal rato. Un derecho de paso, por así decirlo. Siempre ha sido la tradición de la escuela, una tradición consagrada que estaba destinada a hacer que los estudiantes de primer año apreciaran lo que tenían, haciéndolos trabajar duro para probar su valor. Los de primer año tenían prohibido negar los deseos de los estudiantes de grados avanzados. Ellos solo tenían que soportar las dificultades, así como la humillación ocasional, durante la totalidad de su año inicial en la universidad. Una vez ellos se volvieran de segundo año, sería su turno para unirse a sus mayores *para vengarse* del nuevo grupo de estudiantes.

—De todos modos, Zack… ¿cómo va la práctica de fútbol? —le pregunté, desviándome del tema.

—¡Va bien, jefe! El entrenador tiene algunas jugadas nuevas. Estoy emocionado por ejecutarlas. Bueno… estoy emocionado por cortar las cabezas de las personas de sus gargantas.

—Ya veo —le respondí con un suspiro.

Cualquier conversación con Zack, ya sea una simple charla o algo más significativo, estaba segura que sería enervante. Él vivía en su propio mundo. Tenía su propia manera de ver las cosas. La mayoría de ellas no tenía sentido y siempre sentía que salía más tonto después de cada conversación con él.



Pero de nuevo, Zack es un bruto con un corazón amable y me he vuelto bastante aficionado de este oso de hombre.

Aunque mientras más pronto pudiera preguntarle sobre mi intención, más pronto podría terminar nuestra pequeña conversación.

—Escucha Zack —comencé a decir—. ¿Aún estás en contacto con aquellas…ya sabes?

Me estaba refiriendo a sus… conocidos… del este de L.A. quienes estaban involucrados con, por decirlo suavemente, negocios menos comunes. Estaban en crímenes pequeños… como la venta de marihuana y el robo de autos que accidentalmente eran dejados abiertos. Nada importante, lo que los hace perfectos para lo que tenía en mente.

—Oh… ¿te refieres a Tommy Boy y Estregan? —preguntó, mientras su cara se iluminaba con una entusiasta e infantil sonrisa.

—Sí, sí… ellos —le confirmé—. Me preguntaba si querían hacer un pequeño trabajo para mí. No estarían cometiendo ningún crimen, para variar, pero aún es bueno para ganar dinero fácil.

—Hmmmm… —Puso su mano en su barbilla y comenzó a pensar… lo que, considerando a su representante, era un espectáculo bastante gracioso—. ¿De cuánto estamos hablando, jefe?

—Doscientos. Solo por una noche. En realidad, todo el asunto ni siquiera durará más de cinco minutos.

Sus ojos se abrieron, sorprendido por la cantidad que estaba dispuesto a pagar.

—¿Necesitas a uno de ellos o ambos, jefe? —preguntó—. Cien sería suficiente para cualquiera de ellos.

—No. Doscientos. Para cada uno —le aclaré.

Sus ojos se ampliaron aún más y su mandíbula casi cayó al piso. Para él, muy probablemente, doscientos dólares era una oferta bastante generosa para una tarea que podría ser cumplida más rápido que un receso. Pero no estaba preocupado por la cantidad. Era solo dinero. Era para ser gastado.

—Yo… voy a darles una llamada tan pronto como sea posible, jefe —contestó Zack, todavía en un estado de incredulidad.

—¡Excelente! Dales mi contacto en cuanto te comuniques con ellos.

—¡Lo tienes, jefe!

Mientras procedía a caminar hacia mi Hummer, mi teléfono sonó de nuevo. Era el número de mi padre, y seguramente, Emmy respondería si atendía la llamada.

En efecto, la voz de mi Sra. Walters me saludó en cuanto contesté.

—Hayden, tu papá quería que te informara que desea tu compañía para la cena esta noche —dijo.

—Bueno, tendré que comprobar mi agenda, Emmy —respondí más bien con altanería—. Por favor dile que la vida universitaria puede ser una asesina y siempre estoy ocupado.

—Bien, lo haré, Hayden. Pero por si acaso decides unirte a tu padre esta noche, dirígete a Mario's Kitchenette. Está en el extremo sur de Rodeo Drive.

—Caray, Emmy… sé dónde está. He estado viviendo en Beverly Hills desde que nací. Y no, no puedo garantizar mi presencia. Como he dicho, estoy ocupado con la universidad.

—Hayden… tu papá es muy insistente en su deseo de cenar contigo. Creo que tiene algo muy importante que compartir.

¿Importante? Un acuerdo de negocios, con trajes conservadores que requieren un bonito retrato familiar, estaba seguro. Por supuesto, esa familia solamente consistía en dos personas: él y yo, haciendo incluso más obligatorio para mí, aceptar su invitación.

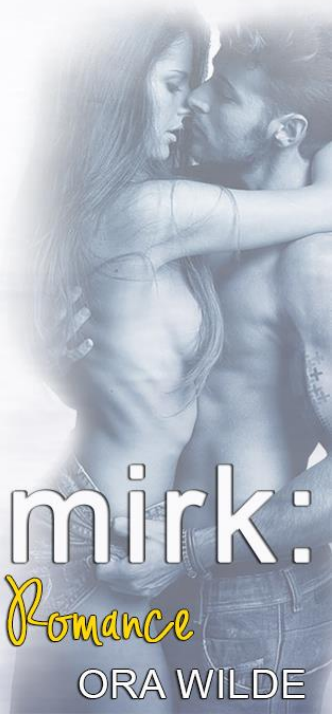
—Voy a ver, Emmy —dije sombríamente—. Y gracias por decírmelo. Y gracias por ser más un padre para mí, que mi viejo.

Se rio ligeramente y me recordó, de nuevo, que pensaba en mí como un *buen chico*. Terminó la llamada con una despedida cortés.

Oh, bien…

Bien podría cenar con él esta noche. Mañana no sería posible.

Para mañana… podría estar cenando con, y en, una virgen.



Capítulo 10

PHOEBE

—¿Qué? ¡Por supuesto que deberías decir que sí! ¡Duh!

Cindy estaba gritando emocionada en clase mientras esperábamos a que llegara nuestro profesor de matemáticas. Matemáticas 11 era la única materia que compartíamos. Yo era una estudiante de Biología y Fisiología Integrada mientras ella estaba persiguiendo una carrera en compromiso cívico. Ni siquiera sabía que existía ese curso si ella no me decía sobre eso en Abril pasado cuando recibimos nuestras cartas de aceptación.

—Pero dijiste que no debería enamorarme de él —le recordé—, que debería hacer que él se enamore de mí... si alguna vez fuera posible... y que debería romper su corazón.

—¿Hola? —se burló— ¿Cómo se enamorará de ti si no tiene la oportunidad de pasar tiempo contigo?

—Así que, ¿debería decir que si? ¿A esta invitación para una cita?

—¡¡¡Si!!!

—¿Para mañana por la noche?

—¡Cuanto antes mejor, Phoebe!

Oh no....

—Uhm... No creo que debería mandarle un mensaje de texto tan pronto —expresé mi duda—. Quiero decir... va a pensar que soy fácil o algo así.

—¿Qué mierda? —Cindy reaccionó incrédulamente—. ¿Por qué debería importarte algo como eso? Se supone que tengas una cita con él, hacer que se enamore de ti, luego romper su negro, negro corazón. No importa si él piensa en ti como la segunda Madre Teresa o como una perra lasciva.

Puse mi dedo sobre mis labios para recordarle que mantuviera su voz baja mientras ya estábamos obteniendo algo de atención. Lo que menos queríamos era que otras personas descubrieran sobre nuestro plan… personas que podrían conocer a Hayden e informarle sobre nuestra intriga.

—Aun así —comencé a decir—, no creo que sea... creíble... si voy a contestarle tan pronto.

—Phoebe... cuanto antes salgas con él, antes tendremos nuestra venganza.

—Le mandaré un mensaje de texto esta noche o mañana por la mañana. Eso estará bien.

La ansiedad en su rostro desapareció y fue reemplazado por un ceño fruncido. Asintió vacilante para dar su consentimiento.

Matemática 11 era mi última materia del día. Después que la clase terminó, dije adiós a mi mejor amiga. Ella dijo que se iba directo a casa, pero esperaría por cualquier actualización de mi parte. Me sentí tan cansada por los eventos que ocurrieron en el día. Anhelaba la comodidad de mi cama. Dormir. Un buen sueño. Necesitaba eso, para vigorizar de nuevo mi cansado cuerpo. Pero todavía tenía una cosa que hacer antes de que pudiera irme a casa.

Práctica de banda.

Me uní a la banda no por mi profunda inclinación a celebrar el concepto desencarnado de espíritu escolar con el resto del cuerpo estudiantil. Mi motivo era mucho más simple, reconocido, un poco egoísta.

No quería tomar ninguna clase de educación física.

No era físicamente dotada por ningún deporte, sin contar el ajedrez. Bueno no era físicamente dotada en absoluto, punto. Temía al uniforme que me habían obligado a usar. Los pantalones cortos eran muy cortos, y no eran muy favorecedores para mis muslos. Las camisetas eran muy ajustadas, tanto, que no era capaz de ocultar las porciones más redon-deadas de mi cuerpo.

Unirse a la banda incluía una gratificación: una exención de tener que asistir a las clases de educación física. Las horas que pasaría practi-cando con el grupo y tocando para la escuela contarían para aquellas unidades en su lugar.

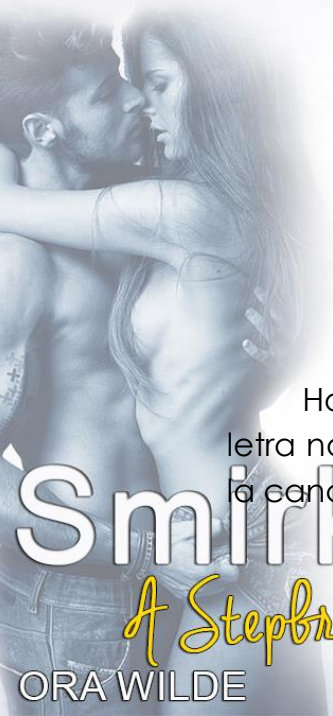
El salón de la banda estaba ubicado atrás del edificio de Artes y Ciencias. Tan pronto llegué. Fui recibida por los otros miembros que ya estaban ahí. Recogí mi instrumento, el violín, y comprobé que las cuerdas estuvieran afinadas. Cuando todo estaba en orden, me senté en mi rincón favorito y comencé a tocar.

Era un arreglo de la canción favorita de mi mamá, *Ella se mueve de maneras misteriosas* de U2. Eliminé los elementos de rock y lo hice más lento… suave. A mis compañeros de banda les gustó. Creo que es porque se acostumbraron a escucharlo. Era la pieza que siempre tocaba antes de que los ensayos comenzaran... un hábito que nunca fallaba para ponerme en sintonía.

Mientras estaba rasgueando las cuerdas con un arco, estaba cantando la canción en mi cabeza.

Johnny toma un paseo a la luna con tu hermana
Deja que su pálida luz llene tu habitación
Has estado viviendo en el inframundo
Comiendo de una lata
Has estado huyendo
De lo que no entiendes…

Honestamente, no sabía por qué mi mamá amaba esa canción. La letra no tenía sentido. ¿Era la melodía, tal vez? Es muy pegadiza. O tal vez la canción le recordaba un cariñoso recuerdo, un tiempo más feliz, cuando



ella y papá eran jóvenes... cuando todavía estaban enamo-rados… cuando él todavía estaba con nosotras.

O tal vez, era por una razón superficial. Tal vez, ella solo encontraba a Bono caliente como el infierno, y lo imaginaba siempre que escuchaba esa canción.

Continué recitando la letra silenciosamente mientras mi arco alternaba trazos largos y cortos para interpretar el filo orquestante de la canción.

Amor...
Ella está adormilada
Tú te deslizas hacia abajo
Ella estará ahí cuando caigas al suelo
Todo está bien, todo está bien, todo está bien
Ella se mueve de maneras misteriosas
Todo está bien, todo está bien, todo está bien
Ella se mueve de maneras misteriosas

Luego una melodía…

Del piano al otro lado de la habitación...

Alguien estaba tocando...

La misma canción que yo estaba tocando...

La misma canción que estaba cantando en mi cabeza...

Todos en la habitación voltearon su atención hacia la persona que había tomado el piano y mi representación del clásico de U2. Estaban sorprendidos de que un extraño se hubiera infiltrado en nuestras filas. Aunque, el extraño no estaba afectado por las miradas. Él solo... él solo siguió tocando, con sus ojos cerrados y balanceando su cabeza con la música que sus expertos dedos creaban. Estaba perdido en su propio mundo, en el mágico sonido que orquestaba la sala.

Mis compañeros de banda lo observaron con admiración y reve-rencia.

Yo, por otro lado, estaba aturdida con el encanto prohibido y el

tormento sentido de la horripilante perdición.

Hayden Summersmith me siguió, otra vez, por tercera vez hoy.

Su persistencia podría haber sido entrañable, si no fuera por el hecho de que sabía lo que quería de mí.

Entonces eso pasó.

Una sola nota que terminó su propia rendición de la canción que, curiosamente, imitaba perfectamente a la mía.

Él cantó las últimas líneas sin importarle quién estaba allí o quién podría estar escuchándolo...

Levanta mis días
Ilumina mis noches
¡Si!

Un hormigueo comenzó en mis entrañas y subió a mi pecho. Una descompuesta angustia que fue agravada por un profundo sentido de anhelo. Un cosquilleo en mi mente que me recordó qué era y qué debía ser...y qué *podría* ser si solo lo dejaba ir y seguía mi corazón.

¿Qué me hizo sentir así? ¿Fue la manera en que cantó esas líneas finales de la canción, con tanta pasión, sinceridad y verdad? ¿Era porque era la primera vez que lo vi tan honesto, desprovista de la pomposidad que usualmente encendía el aire alrededor de él?

Sacudí mi cabeza arrastrándome de vuelta a la realidad.

Él es Hayden Summersmith, el más diabólico rompe corazones que el mundo jamás ha conocido, el chico que dejó a mi mejor amiga después de tener sexo con ella, el chico que hizo lo mismo a incontables mujeres desde Dios sabe cuándo.

El chico con el que se suponía debía salir en una cita.

El chico del cual sus afectos se suponía ganaría.

El chico al cual se suponía debía rechazar.

Todos aplaudieron su improvisada interpretación. Algunos incluso pidieron una repetición. Un par incluso preguntaron si se estaba uniendo a la banda. Él solo respondió con su característica sonrisa, e inmediata-mente, vi su arrogancia volver.

Él se paró y se acercó a mí.

Oh, mierda...

Él mostró su arrogante sonrisa y extendió sus manos a los lados como si quisiera que lo viera...todo de él.

—Oye —me saludó con una voz que era imperiosa—. Supongo que hacemos hermosa música juntos.

Quería encogerme al escuchar esa línea. Era tan contrita... tan insolente... tan banal... aún, había algo un poco entrañable en el modo en que habló.

—Así que... ¿Podemos cenar mañana por la noche? —fue rápido en añadir.

Él no esperó por mi mensaje de texto. Me preguntó justo allí y entonces, ansioso por mi respuesta.

Las palabras de Cindy hicieron eco en mi cabeza.

¡Por supuesto que deberías decir que sí!

Cuanto antes salgas con él, antes tendremos nuestra venganza.

Haz esto por mí, Phoebe. Soy tu mejor amiga.

Mi enemigo, también es tu enemigo.

Incliné mi cabeza con insoportable renuencia. No quería. No estaba destinada para ese tipo de cosas. No soy el tipo de chica que iría a tal longitud solo para enseñarle a un chico una lección.

No soy la clase de chica de quien él pude enamorarse.

—Por favor, di que sí —suplicó, todavía con un ardor narcisista—. Me estoy muriendo por conocerte, Phoebe Marie Ellison.

Podría haber preguntado cómo sabía mi nombre completo, pero no lo

hice. Estaba demasiado preocupada con mis pensamientos... con la respuesta que se suponía debía dar. No quería. Realmente no quería. Me recordé a mí misma que tenía una elección, que a pesar de los deseos de Cindy, todavía podía decir que no.

—Phoebe... realmente quiero pasar algo de tiempo contigo —dijo, esa vez con un tono de autenticidad que era, reconocidamente, conmovedor. Era un buen actor. Me hizo creer en la fingida pureza de sus intenciones.

—Está bien —murmuré, una respuesta de la que sabía iba a arrepentirme.

Capítulo 11

HAYDEN

No me molesté en hacer uso del valet parking. Simplemente me detuve en la carretera a pocos metros de la Cocina de Mario, justo enfrente de una señal de *No Estacionarse,* y dejé mi vehículo ahí. No estaba planeando quedarme mucho tiempo. Una cena rápida, una charla amable, y estaría fuera.

El recepcionista, un hombre viejo quien había estado trabajando en el restaurante desde que era un niño, me dio la bienvenida. Me llevó hacia la mesa en el rincón elevado que estaba reservado para invitados especiales del establecimiento. Mi padre ya estaba ahí, esperándome, revisando algunos documentos que trajo con él.

Me invitó a cenar, y aun así trajo algo de trabajo con él. Típico.

Me acerqué a la mesa, saqué una silla opuesta a la suya y me senté. Ni siquiera se molestó en saludarme. Sus ojos no se despegaron de los papeles que estaba estudiando. No me dio la cortesía de su mirada.

Su cabello, de un largo medio y blanqueado por la edad, me hizo preguntarme: ¿Me veré así cuando sea viejo? ¿Arrugado y de mal humor e indebidamente indiferente incluso ante mi propio hijo?

Llamé al camarero y le pedí el menú. No lo necesitaba. Habíamos comido aquí incontables veces antes, así que prácticamente había memorizado todo lo que tenían para ofrecer. Pero leer el menú, o pretender leerlo, al menos, me daría una razón para no abrir mi boca.

Pero al final no resultó.

Él fue el primero en hablar, con un todo tan seco que me hizo querer gruñir. Gracioso. El viejo Summersmith y su voz tan fría como el invierno. Hablando de oxímoros.

—Llegas tarde —dijo sin emoción.

—Dejé mi Rolex en casa —mentí. De hecho lo perdí con Jeremy en una apuesta. Malditos Lakers.

—¿No tienes otros relojes? —preguntó.

—Los tengo, pero ese Rolex es mi favorito. Me lo diste tú. —Otra mentira. Solo le dije lo que quería escuchar, así me permitiría irme tan pronto como fuera posible.

Otra ronda de silencio siguió. Pedí mi orden y le pedí al camarero que se apresurara. Le dije que estaba muriendo de hambre. Era la tercera mentira que había dicho en un lapso de dos minutos. La verdad es que perdí mi apetito en el camino a Rodeo Drive. Encontrarme con él tenía ese efecto.

Mi padre firmó algunos papeles y los colocó en un folder de cuero. Entonces me miró, lo que encontré algo sorprendente. Todo este tiempo, pensé que terminaríamos la cena sin mirarnos el uno al otro.

—Hayden, tu madre se fue desde hace mucho tiempo —mencionó. Estuve sorprendido por sus palabras.

Guau.

¿De dónde vino esto? Él no había hablado de ella por años.

Me sentí ansioso sobre nuestro inicio de conversación.

—Doce años —le recordé—. ¿Por qué sacas esto de pronto?

—Sí, han sido doce años y unos cuantos meses —continuó—. Parece que ha sido más tiempo que eso, y ya es hora de seguir adelante.

—Lo he superado —remarqué. La cuarta mentira de la tarde.

—Es bueno escucharlo. También lo he superado.

Alcé mi ceja, desconcertado por lo que trataba de decir.

—Y yo que pensé que nunca te importó —dije con una sonrisa burlona.

—No sé si eso es sarcasmo u honestidad —disparó de regreso, su voz un poco alta. Lo estaba enfadando. De nuevo.

—Fue una observación —murmuré, aún con una sonrisa que estaba llena de odio y rabia.

Se retiró a la parte más lejana de la silla y descansó su espalda contra el respaldo. Dejó salir un profundo suspiro.

—Sigues pensando que es mi culpa que tu madre se fuera ¿correcto? —preguntó, sus cejas, envejecidas y grises, se encontraron en el medio, dando a entender su molestia.

—Tú dijiste eso, no yo —respondí con simulada apatía. La quinta mentira. En mi corazón de corazones lo odiaba por lo que había pasado con mi madre.

—No sé ni siquiera como hacerte cambiar de opinión —dijo con un tinte de resignación—. No estuviste ahí durante los días que siguieron a su… su… su muerte. No lo sabes. Nunca sabrás lo que pasó realmente… cómo pasó en realidad. Todo lo que tienes es mi palabra, y ni siquiera puedes confiar en eso.

No era la primera vez que estábamos teniendo esa discusión. El tema había salido varias veces antes. Todas ellas terminaban conmigo alejándome. Sabía exactamente qué esperar, por lo que inmediatamente continuó hablando antes de que siquiera pudiera ponerme de pie.

»Pero esa no es la razón por la que te invité a cenar —divulgó.

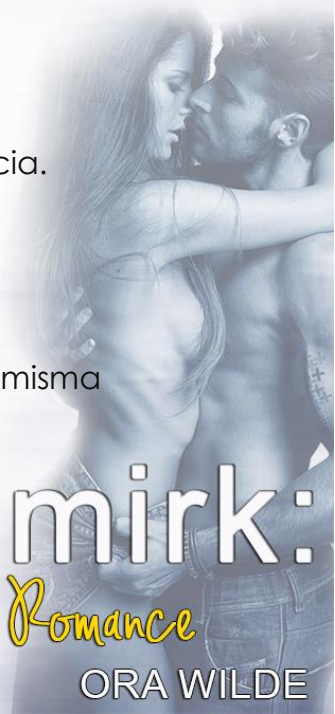
—¿Entonces cuál? —pregunté, ignorando el valor de la paciencia.

—Quiero decirte que he seguido adelante…

—Sí. Ya mencionaste eso antes.

—… y he encontrado a alguien que puede amarme de la misma manera que tu madre lo hizo hace mucho tiempo.

—¡¿Qué?!



No podía creer lo que escuchaba. No podía creer en la audacia de este hombre. Me estaba diciendo que había remplazado a mi madre. Estaba sugiriendo que debía olvidar todo sobre mi mamá así podía seguir adelante como él lo había hecho.

—Me escuchaste, Hayden —procedió a decir. —He encontrado a alguien… y nos vamos a casar.

No. No. No…

—Bueno, espero que tú y tu esposa tengan un felices para siempre, padre —respondí, apretando mis dientes y tratando de calmar mi ira—. Oh y amablemente dile a esa perra que digo hola. —Me puse de pie y lancé a la mesa la servilleta que antes había colocado en mi regazo.

—¡Hayden! ¡Cuida tus modales muchacho! —gritó. Estaba furioso también. No le importaba si las otras personas lo escuchaban… lo cual era algo raro.

Una sonrisa satisfecha se formó en mi cara mientras comenzaba a alejarme.

»La boda es la siguiente semana, —informó antes de que pudiera dejar la mesa—. Y espero que estés ahí.

Chasqueé mi lengua con disgusto. No solo estaba más que dispuesto a olvidarse de mi madre, estaba bastante dispuesto a remplazarla también.

—¿Por qué carajos debería estar ahí, *padre*? —pregunté burlón.

—Porque serás mi padrino —fue su simple respuesta.

¡Joder!

Capítulo 12

PHOEBE

—Phoebe, tenemos que hablar.

Tragué algo de aire mientras esperaba lo peor. La voz de mi mamá era firmemente severa. Solo utilizaba ese tono cada vez que era muy seria sobre algo… como cuando descubrió que solo obtuve una B+ por uno de mis exámenes en la preparatoria ("¿Cómo vas a poder entrar a una escuela de la Ivy League con una nota como esa?"), o cuando me salté una clase en mi último año porque tenía que terminar un proyecto para otra materia ("comienza con un simple acto de delincuencia, y rápidamente se intensifica a algo peor… muy pronto, estarías robando tiendas de conveniencia"), o cuando descubrió una entrada arrancada de mi diario sobre mi enamoramiento secreto por Kevin, a quien nunca le había hablado siquiera una palabra en todos los cuatro años ("dime honestamente, y confía en que no te amaré menos. ¿Tuviste sexo con él?"). Ha sido una estricta disciplinaria quien era excesivamente protectora conmigo desde el divorcio, cuando tenía solo cinco años. Siempre intenté entenderla. Los rigores de ser una mamá soltera podrían haberla empujado a extremas medidas de crianza, a pesar de que se ha suavizado mucho en el transcurso de los siete años que siguieron.

Me preguntaba cuál era la causa de su consternación en la noche de un jueves mientras me recibía en la puerta de nuestra casa de una sola planta en las afueras de Van Nuys, tan pronto como llegué a casa de la escuela en un día muy, muy cansado y emocional.

Oh no…

¿Descubrió lo de Hayden Summersmith y sus falsos avances? ¿Quién le podría haber dicho? No conocía a nadie de UCLA salvo por Cindy…

Cindy…

¡Oh mierda! ¿Qué tipo de acto traidor cometió?

—¿Qué tenemos que discutir, mamá? —le pregunté, haciendo mi mejor esfuerzo para esconder mis nervios.

Me guio hacia la sala de estar donde me pidió que me sentara en el sofá… un signo revelador de que sobre lo que quería hablar era, de hecho, muy grave. Fue a la cocina y preparó dos tazas de café. Volvió al sofá y me ofreció una taza antes de sentarse a mi lado.

La tensión continuaba controlándome mientras tomaba un sorbo del café que hizo.

Tomó un par de minutos en silencio antes de que comenzara a hablar una vez más, tomando una respiración muy profunda antes de abrir la boca.

—Phoebe… han pasado años desde que tú papá y yo nos separamos —me dijo, casi mecánicamente, como si hubiera ensayado mucho tiempo esa línea—. Te cuide bien, ¿cierto, cariño?

—Sí, lo hiciste, mamá —respondí. Sus palabras eran tiernas, pero sentí que algo más se escondía detrás de su cariñosa pregunta—. ¡Ha sido genial! Y aprecio todo, todo, lo que siempre has hecho por mí.

Me sonrió, agradecida por mi respuesta.

Es verdad. Pasó por mucho solo para asegurar mi buena salud y desarrollo adecuado. Hubo un tiempo, cuando tenía siete años, que me dejaba con mi tía Tessie, su mejor amiga, desde temprano en la mañana hasta casi medianoche porque tenía que trabajar tres turnos solo para llegar a fin de mes. Llegaba a casa exhausta, sin embargo, siempre encontraba tiempo para leerme un cuento antes de dormir o cantarme una canción hasta que me quedaba dormida… e incluso como niña, no me quedaba dormida fácilmente, lo cual hacia las cosas doblemente difíciles para su cansado cuerpo. Cuando llegué a la UCLA, dejamos nuestra pequeña casa en Chalfant solo para mudarnos a una casa más pequeña en el cercano

Van Nuys, a unos pocos minutos del campus. Pasó un tiempo difícil obteniendo un préstamo bancario para ese propósito. Le dije que mudarnos a una nueva casa no era necesario, que podía conseguir una habitación de residencia, que rentar un lugar para mí sería una opción más asequible. Rechazó mi sugerencia. *Esto es por tu futuro*, dijo, *entre más cerca estemos de la escuela, más tiempo puedes pasar estudiando y descansando.*

—Tienes diecinueve años… —continuó.

—¡Veinte, mamá! —la corregí.

—Oh, sí, lo siento… veinte. Por favor perdóname. Nunca quise realmente que crecieras tan rápido. Siempre quise que fueras mi bebé por siempre.

—Seré tú bebé por siempre —la tranquilicé mientras sostenía su mano y la colocaba en mi regazo—. ¿Pero no estamos divagando, mamá? — Seguía nerviosa por la seriedad que mostró antes.

—Sí, sí… bueno… veras… —Tragó algo de aire, como si tuviera miedo de continuar—. Bueno, tienes veinte ahora, Phoebe… muy pronto, comenzaras una familia propia…

—¡Mamá! —interrumpí. No estaba muy cómoda sobre temas así.

—Es verdad. No podemos negarlo. Todo lo que quiero decir, en realidad, es que tengo miedo, Phoebe. Tengo miedo de que una vez que te mudes para tener una vida propia, estaría sola. Por todos estos años, siempre te he tenido viniendo a casa. Y cuando te mudes, cuando vayas a tener una familia propia… bueno… solo seré yo.

—Siempre puedes vivir con nosotros —le dije, absteniéndome de discutir con ella supuestos hipotéticos. Estaba siendo muy emocional, y tenía que ofrecerle consuelo.

Consuelo que, como finalmente descubrí, no era realmente necesario.

—Bien, bien… voy a ir directo al grano. Phoebe estoy saliendo con alguien.

¿Qué demonios?

—¡Mamá! ¿De verdad? ¿Desde cuándo? ¿Quién es? ¿Cómo lo conociste? ¿Qué edad tiene?

Me di cuenta demasiado tarde que la bombardeé con preguntas que eran demasiadas para recordar, más que responder con una sola respuesta. Para mi sorpresa, con entusiasmo abordó todas y cada una de las preguntas que hice.

—Hemos estado saliendo por cerca de seis meses. Lo conocí en un evento de caridad que organicé, su compañía era uno de los principales patrocinadores. Tiene cincuenta y ocho. En cuanto a quien es… bueno… mantendré eso como una sorpresa, porque te lo presentaré muy, muy pronto. Me ha estado molestando para conocerte.

¡Guau! Esa fue una sobrecarga de información importante, que era casi imposible de procesar. Me dejó con una extraña sensación de desconcierto. No es que me sintiera traicionada por la aventura secreta de mi mamá. Estaba realmente feliz por ella. Se merecía el mejor tipo de felicidad en su vida, por todo lo que ha sacrificado, por todos los dolores de cabeza y desilusiones que tuvo que soportar.

Es solo que… bueno…creo que me he vuelto protectora de mi mamá también, y las incertidumbres en torno a ese nuevo capítulo en su vida me preocupaba un poco.

—Cincuenta y ocho, ¿uh? —dije mientras fijaba mis gafas, porque casi se caen con todo el movimiento de cabeza que hice respuesta a sus revelaciones—. ¡Oh Dios mío! —grité, cuando una aterradora comprensión me paso por la cabeza—. ¿Estás segura que no está casado?

Mi mamá desestimó mi preocupación con una sonrisa.

—Lo estuvo —respondió—. Pero ha estado soltero por muchos, muchos años.

—¿Y tiene su propia compañía? —continué presionando—. Debe ser inmensamente rico, mamá…

—Es acomodado —confirmó—. Pero es todo por décadas de trabajo duro y planificación inteligente. Su riqueza no es *sucia* en lo absoluto.

Hice una pausa para contemplar todo lo que mi mamá compartió. La alegría en su rostro era innegable. Eso era lo más feliz que la había visto desde, bueno, desde siempre. Era solo una niña cuando ella y mi papá se separaron, pero todavía podía recordar los años antes de eso… y ella nunca se vio así de feliz. Había algo sobre este hombre, quien se negaba a nombrar por el momento, que impulsaba su corazón y le recordaba el regocijo que había estado faltando tanto en su vida.

—Estoy muy, muy, muy feliz por ti, mamá —le dije mientras apretaba su mano. Ella la apretó de vuelta, igual de fuerte que yo.

—Hay dos cosas más que quiero decirte, Phoebe…

Oh no. ¿Hay más? ¿Serían igual de trascendentales como la que acababa de divulgar?

Ella asimiló mis ojos agrandados, rebosantes de sorpresa, como un signo de que podía continuar con su noche de revelaciones.

—Nos… nos vamos a casar.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo?

—La próxima semana.

—¿Tan pronto?

—Sí.

¡Oh Dios mío! ¡OhDiosmíoohDiosmioohDiosmio!

¿Qué está sucediendo? Es como si me alejara para la escuela por un día, y cuando llegara a casa, todo el mundo hubiera cambiado.

—Lo siento, mamá… todo esto… solo es demasiado para digerir.

—Lo entiendo, cariño. Está bien. Sé que tienes algunos miedos sobre cómo las cosas podrían ser diferentes de aquí en adelante. Pero te aseguro, nada ha cambiado. Vamos a recibir a un nuevo hombre en nuestra familia, y eso debería ser bueno, ¿cierto? Es un hombre agradable. Un agradable y maravilloso hombre.

Solo asentí. De hecho, tenía mis reservas, pero ella estaba feliz…y no alejaría eso de ella. La amaba tanto que no quería nada más que lo mejor para ella.

—¿Cuál es la otra cosa? —le pregunté.

—¿La otra cosa?

—Sí, mamá. Dijiste que habías otras dos cosas que querías compartir. Una fue tu próxima, y salida de la nada, boda. ¿Cuál es la otra?

—Oh… sí… gracias por recordármelo. Bueno.

—¿Bueno?

—Uhm…

—Solo dilo mamá.

—Bien. ¿Phoebe? Estoy embarazada.

Y como si sus anuncios de esa noche no fueran lo suficientemente impactantes, dejó caer otra bomba.

—¿Qué? ¡Oh Dios mío! ¿No estás como… ya en la menopausia?

—Oh no, no, no, cariño —contestó inmediatamente—. Solo tengo cuarenta y cuatro.

—Bien… ¿pero no eres demasiado vieja para tener un bebé? — Estaba hablando muy rápido, un triste rasgo que siempre tenía cuando me sacaban de mi zona de confort.

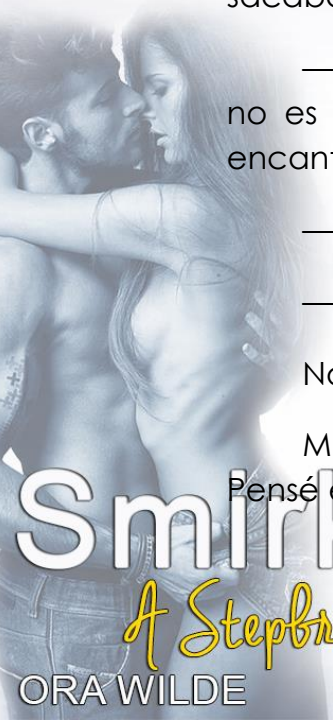
—Quedar embarazada a mi edad es un hecho poco probable… pero no es completamente imposible. Y bueno, supongo que, esto… —frotó encantadoramente su barriga—, esto es un milagro.

—¿Cuánto tiempo has estado embarazada, mamá?

—Por casi tres meses.

No era de extrañar que programaran la boda tan pronto.

Me desplomé sobre el sofá, demasiado débil para hacer algo más. Pensé en las cosas que había dicho. Entonces, conoció a un tipo y se van a

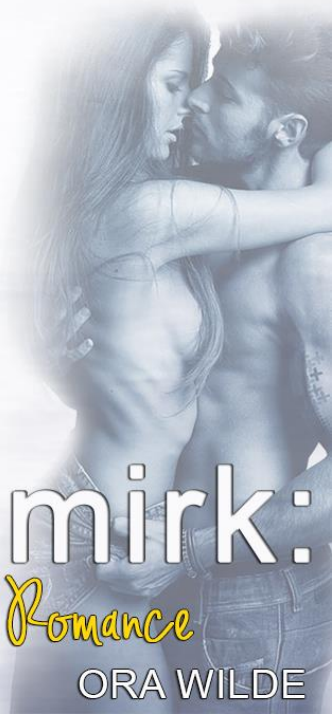


casar. Y él la embarazó. Eso no es tan malo. Se estableció una boda y todos seremos parte de una familia más grande pronto. Un bebé debería ser una bienvenida adición.

—¿Es niño o niña? —le pregunté, una sonrisa se comenzó a formar en mi rostro.

—Es demasiado pronto para decirlo —respondió.

—Bueno… espero que sea un niño —dije—. Siempre he querido tener un hermano.



Capítulo 13

HAYDEN

—Señor, la reserva está lista. Gracias por continuar con su preferencia. *Domo arigato*[1].

Bajé mi teléfono y me enfoqué en la carretera. Sin problemas aseguré una reservación en el restaurante Urasawa, en Beverly Hills era el establecimiento de comida japonesa de gama alta más popular. Tenía que darle las gracias a mi apellido por eso.

Summersmith.

Hubo momentos, cuando era pequeño que me preguntaba por qué ese apellido... mi apellido... demandaba tanto respeto y admiración, e incluso el miedo de la gente. Para mí, en ese entonces, era solo un apellido... una etiqueta con la cual era identificado. Entonces crecí y empecé a presenciar a mi padre en su elemento. Y empecé a saber... más allá de la duda... por qué nuestro nombre se sostenía en tan alta estima.

Ha habido muchas palabras usadas para describir a mi padre... perfeccionista, adicto al trabajo, profesional, centrado, apasionado... sin piedad. Aunque las personas que trabajan y han trabajado para él nunca cuestionaban su decisión de llevar a nuestra compañía a lo más alto de la industria, estaban menos que satisfechos con la forma en que llevaba el negocio. Muchas veces, ha sido etiquetado como un explotador... un tirano

[1] **Domo arigato:** En japonés en el original; significa muchas gracias, de manera formal.

antipático que gobernaba con mano de hierro, justo en su juicio, pero duro con sus castigos.

Piensan que estaba loco.

Mi experiencia con él fue mucho peor.

Eso me hizo reflexionar, pensar... ¿qué palabras usarían las personas para describirme? *¿Arrogante? ¿Vanidoso? ¿Altivo? ¿Engreído?* Esas son las respuestas obvias, y en realidad me deleito en el hecho de que yo demandaba tales adjetivos. Pero, ¿cuáles más? ¿Qué otras palabras se pueden decir para definir quién era yo?

¿Hermoso? ¿Elegible? ¿Un buen prospecto? Esas son palabras poco profundas que solo una chica superficial diría. Son demasiado intrascendentes... demasiado inmaduras.

¿Silencioso? ¿Intenso? ¿Embustero? Me reí ante esas descripciones.

¿Complicado? Eso encaja bien.

¿Desconcertante? Un término demasiado común, pero un poco apropiado.

¿Misterioso? ¿Quién demonios soy? ¿Un vampiro?

¿Roto?

Ese último pensamiento me hizo temblar, una sensación a la que no estaba acostumbrado, un sentimiento que siempre temí desde el día que ella dijo esa palabra. La odié desde entonces, y nunca la visité de nuevo, para disgusto de mi padre. Ella no tenía derecho a decir eso... ¡ningún derecho en absoluto! No estaba *roto*. Yo sabía la verdad. Sabía lo que realmente sucedió. Ella no podía desestimar lo que yo si acaso designaba como una persona *rota*. Eso fue una cosa muy poco profesional para decir.

Mis manos temblaban, por lo que era difícil mantenerme manejando. Tuve que estacionar mi vehículo en la carretera a lo largo de Sunset Boulevard. Era una zona de no estacionarse, pero no me importó. No estaba en condiciones de conducir. Si me obligaba a manejar la Hummer, un accidente podía ocurrir. Podría herir a alguien. Podría matar a alguien. Era egoísta y despreciable y asqueroso, sí. Pero no era completamente despiadado. No era un asesino.

A diferencia de él.

Cerré mis ojos y apoyé la espalda contra el asiento del conductor. Pensamientos felices, me recordé a mí mismo, tengo que pensar pensamientos felices.

De mi madre y lo mucho que me amaba.

De mis amigos, no importa cuán pocos eran, y las cosas ridículas que hicimos para divertirnos.

De las chicas con las que he estado; tan fugaces como esos periodos pudieron haber sido, aun así proporcionaban cierta diversión y gratificación.

De la apuesta que Donnie había propuesto, y cuán motivado estaba para demostrar que él estaba equivocado.

De la cita con la virgen de primer año esta noche, y cómo me gustaría ser capaz de decirle a Donnie que perdió nuestra apuesta al día siguiente.

Mi respiración se normalizó. Dejé de temblar. Estaba en pleno control de mi cuerpo una vez más. Encendí el vehículo una vez más y continué conduciendo hacia el campus.

Ha habido momentos como estos en que sentía que estaba perdiendo la cordura... con ira y miedo y rencor... pero he aprendido a manejarlos a lo largo de los años.

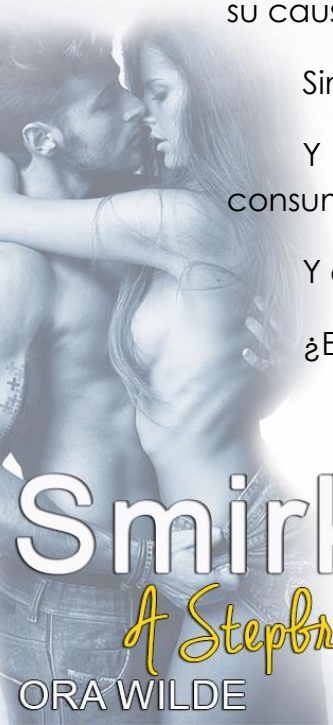
Sin importar cuánto lo intentara, sin embargo, no podía deshacerme de su causa. Simplemente no puedo enterrar el recuerdo del que quiero huir.

Simplemente no puedo olvidar.

Y cada vez que salía a la superficie, siempre amenazaba con consumirme... destruirme.

Y cada vez... cada maldita vez... me hacía preguntarme...

¿Estaba realmente *roto*?



Capítulo 14

PHOEBE

Desde alrededor de las tres de la tarde hasta temprano en la noche, Cindy y yo tratamos de encontrar maneras de trabajar mis limitaciones.

No podía usar ropa de mangas cortas ya que hacía que mis brazos se vean flácidos, más de lo que ya estaban. No podía usar faldas o vestidos cortos porque solo remarcarían mis muslos que eran demasiado redondos para estar bien proporcionados. No podía recoger mi cabello porque haría que la gente se concentrara en mi cuello que era muy grueso. Y no estaba cómoda usando lentes de contacto porque hacían que mis ojos piquen, así que el atuendo que elegiríamos debía tomar mis anteojos en consideración.

¿Y tacones? Caray. La única vez que usé tacones fue durante mi graduación en la preparatoria. Preferiría usar mis Chucks.

Mi habitación se ha convertido en un desastre, lo que me hacía sentir un poco incomoda. Siempre mantenía el orden. Siempre quise todo organizado. Que mi cama se viera como el mar después de un naufragio no me complace ni un poco. Ropa, mía y de su mamá (eran ambas del mismo tamaño), estaba esparcida por todas mis sabanas.

Cindy hizo su camino de puntillas alrededor de la habitación y de mí por horas mientras yo estaba sentada en una silla enfrente de mi vestidor, mi espalda giró contra el espejo según sus instrucciones. Ella se movió con la elegancia de una bailarina, sus manos balanceándose de un lugar a otro antes de colocarlas en mi cara y mi cabello. Un delineador aquí. Una

máscara de pestañas allá. Ups no te olvides de la base. Una plancha de maquillaje. Docenas de lápiz labial de diferentes tonos. Una caja llena de servilletas que estuvo completamente consumida antes del anochecer. Admiré su paciencia. Lo que ella hizo era físicamente agotador, aun así nunca la escuché quejarse, ni siquiera una vez.

Antes de que el reloj diera las siete, ella me miró de cerca... y sus pupilas casi saltan fuera de sus ojos.

—Oh. Por. Dios. Phoebe... te ves... te ves... en realidad... no pareces tú. ¡Pareces una diosa!

—¿En serio? —respondí con un tono sarcástico—. ¿Cuál diosa? ¿Shiva?, la que tiene, como, una docena de brazos y comía hombres en la cena. —¡Ja! Ella probablemente comía un poco de más si yo realmente me veía como ella.

—No seas tonta, Phoebe. ¡Hablo en serio! Te ves... te ves... asombrosa.

Ella giró mi silla por completo para que pudiera verme en el espejo.

Jadeé cuando vi mi reflejo.

Todavía era regordeta, eso era seguro. Pero de alguna manera, algunas de mis cualidades rescatables fueron destacadas y ellas me hicieron ver más... presentable. Su elección del vestido de tirantes que se extendía hasta mis tobillos fue un golpe un genial. El atuendo hacía que mis brazos se vieran más delgados, mis pechos lucían firmes, en lugar de solo grandes, mi vientre más plano, y mis caderas con más curvas...en un sentido bueno y atractivo. Las joyas que me pidió que usara me hicieron brillar con elegancia. Mi cabello estaba suelto, y rizado en las puntas, dándole una apariencia sensual.

Y mi cara...

Oh Dios mío... mi cara...

A penas reconocí mi propia cara.

El maquillaje que ella puso en mi creó la perfecta curva que hacía a mi estructura facial lucir más definida y mi nariz más estrecha. El lápiz labial rojo suave era el complemento perfecto para el vestido que usaba. Mis pestañas

eran prácticamente perfectas. El delineador de ojos que usó en mí, con tonos de rosa y negro, hacía a mis ojos lucir seductores.

»Si yo fuera un chico, totalmente lo haría contigo —lo dijo con orgullo.

Eso debería haber sonado raro, pero en el momento, yo estaba tan asombrada por cualquier magia que ella había tejido en mí que en realidad tomé su comentario como halagador.

—¡No puedo esperar para ver la mirada en su cara cuando te recoja! —Se entusiasmó vengativamente.

—Uhm, Cindy, se supone que él no debe verte conmigo, ¿recuerdas? —le dije, mientras parecía haberse olvidado sobre esas pequeñas complejidades de su plan.

—Bueno, puedo echar un vistazo desde tu ventana —sugirió con una sonrisa torcida.

—Muy arriesgado. Solo déjame manejar las cosas, ¿está bien?

—Entonces, está bien. —Agarró algo de una de las muchas bolsas que trajo con ella antes de acercarse a mí desde atrás—. Sabes... hay una cosa que falta para completar el conjunto.

Ella ubicó en mi cabeza una tiara plateada, mezclada con intrincados diseños y algunas piedras claras. Era hermosa. No pensé que fuera posible hacer todo incluso más fabuloso, pero la tiara probó que estaba equivocada.

—¡Ahí lo tienes! Oh por... ¿Phoebe? ¡Te ves como una princesa!

—¡Sí, claro! —comenté con mucho escepticismo—. No soy una princesa... y él no es el príncipe encantado.

—A pesar de todo...estoy muy segura de que ganarás su atención, y muy posiblemente su corazón. ¡Eso es, Phoebe! ¡Vamos a conseguir nuestra venganza! ¡Vamos a darle a ese idiota el dolor y la vergüenza que justamente merece!

Ella sostuvo mis hombros y sacudió mi cuerpo con entusiasmo. Yo solo asentí y la mire con una sonrisa en blanco. Ella estaba tan segura de que iba

a ser capaz de ganarme su corazón. Yo no estaba tan confiada, y las razones, sin importar cuan ocultas estaban esa noche, eran bastante obvias.

Y ella quería que rompiera su corazón, en la manera que él había roto muchos corazones antes.

No sabía si tenía en mí ser tan mala y monstruosa.

Entonces, un bocinazo. Desde afuera de mi ventana. Enfrente de nuestra casa.

Era él.

Solo podía ser él.

Sentí mi corazón acelerase más rápido que esa vez que me hicieron completar una carrera obligatoria de atletismo de cien metros en la preparatoria. Sin mover un musculo, mi respiración se aceleró, y lo suficientemente pronto, estaba jadeando. Mi cuerpo comenzó a temblar, y me sentí tan débil que no podía agarrar el apoyabrazos de mi silla.

—¡Phoebe, él está aquí! —gritó Cindy—. ¡Es hora del espectáculo!

Tomé una respiración profunda antes de responder.

—Solo acompáñame abajo y ayúdame a corroborar la excusa que le di a mi mamá —le dije—. No dejes la casa. Ella puede verte.

Asintió agudamente antes de ayudarme a levantarme. Me recordó que no tenía puestos mis zapatos... algo que olvidé completamente considerando el combate extremo con la ansiedad que estaba aguantando.

—Toma —dijo mientras colocaba un par de zapatos plateados de tacón y punta abierta ante mis pies.

Rápidamente me los puse. Luego comencé a caminar e inmediatamente, mis pies comenzaron a doler y mis pantorrillas se pusieron rígidas.

—No estoy acostumbrada a usar tacones —le dije.

—¡Maldición! Solo... solo camina lento —sugirió, en pánico, mientras se nos acababa el tiempo.

Smirk.
A Stepbrother Romance
ORA WILDE
BEAUTIFUL Coincidence

Mientras bajábamos las escaleras, mi madre se acercó a saludarnos. Ella se detuvo en seco en su camino tan pronto me vio.

—¡¿Qué carajos?! —gritó. Nunca antes la escuché decir una palabrota. Ella estaba *así* de sorprendida—. ¿Phoebe? Te ves... te ves hermosa... tan hermosa...

Sus ojos comenzaron a hincharse, como si de repente se diera cuenta que su bebita no era más una niña. Hubiera sido conmovedor, pero estaba por cumplir veintiuno. No he sido una niña por años.

—Gracias —mascullé mientras ella solo se quedaba allí por un tiempo muy largo, aturdida y al borde de las lágrimas—. No seas tan melo-dramática, mamá.

—¿Cómo no podría serlo? Mi niña... está saliendo en una cita...

—Es solo una cita.

—¿Quién es él?

—Te lo dije, es solo un chico de la escuela.

—Vamos, te acompañaré hasta su auto. Me puedes presentar con él.

—¡Mamá! ¡Ya hemos hablado sobre esto! —le recordé—. Te lo dije, él es tímido y tú solo lo pondrás más nervioso. —Era una mentira, pero esa cita era solo cosa de una vez. No quería que mi madre conociera a alguien que no verá otra vez.

—Está bien, está bien... así que, ¿ahora qué? —preguntó—. ¿Voy a quedarme aquí, dentro de la casa, y tú vas a caminar sola hacia su auto?

—¡Y sus brazos esperándote! —añadió Cindy maliciosamente.

—¡Silencio! ¡Ustedes dos! —les dije—. Es solo una simple cita, nada más. Mamá, por favor quédate adentro con Cindy, y no te atrevas a echar un vistazo. Él es realmente... complicado... y no le gusta ser el centro de atención.

¡Lo que es exactamente opuesto a lo que realmente era!

Otro bocinazo.

—El Sr. Misterioso está poniéndose impaciente —comentó mi mamá—. Ve —dijo mientras limpiaba las lágrimas que goteaban de sus ojos.

—¡Diviértete! —habló Cindy, guiñándome un ojo mientras mi madre no estaba mirando. Yo solo suspiré.

Salí de la casa e inmediatamente cerré la puerta antes de que ellas fueran capaces de echar un vistazo. Caminé, lentamente, como me aconsejó Cindy, hacia la Hummer estacionada en el borde al final de nuestro camino de entrada. Ligeramente subí el dobladillo de mi vestido para asegurarme de que no se enganchara en mis estúpidos tacones. Mi cabeza estaba cabizbaja mientras estaba caminando hacia su vehículo.

Cuando estaba a algunos pasos de distancia, levanté la cabeza...

Y lo vi.

Un abrigo negro sobre su camisa polo violeta que aparentemente estaba hecha de seda. Unos jeans que estaban lo suficientemente ajustados para revelar la robusta forma de sus muslos y piernas. Su usualmente cabello presuntuoso, corto y negro, estaba hacía atrás, revelando el hermoso perfil de su rostro. Sus ojos esmeralda enmarcadas por sus gruesas pero resistentes y atractivas cejas, sus mejillas y su mandíbula como esculpidas por los mismos dioses, y su cuadrada barbilla que añadía incluso más virilidad a su elegantemente dura apariencia. Él estaba descansando su espalda a un lado de su Hummer. Sus brazos estaban cruzados, y en una mano llevaba algo...

Una rosa de tallo largo... tan blanca como las del ramo que me dio ayer.

Lo miré y él estaba sonriendo. Hoyuelos formados en sus mejillas.

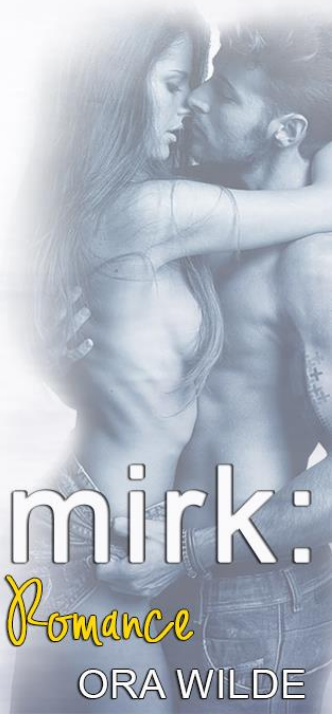
Mis rodillas se debilitaron instantáneamente. Mi cuerpo quería derrumbarse en el pavimento en el que estaba caminando. Un sentimiento extraño se formó en mi vientre y rápidamente se extendió por todo mi cuerpo. Y mi ropa interior, un tanga negro que era, otra vez, la sugerencia de Cindy, se volvió un poquito pesada. Me tomó un par de segundos darme cuenta que su pobre tela no era suficiente para cargar con la piscina de humedad que se formó en su base.

Tragué saliva con horror, regocijo y modesta rendición.

Antes de salir de nuestra casa, sabía lo que debía hacer.

Justo ahí y entonces, aunque, cuando estaba a unos pocos pasos lejos de él y su mirada estaba derritiéndome donde estaba parada, sentí que estaba ahogándome en el mar de incertidumbre.

Y... y creo que me gustó ese sentimiento.



Capítulo 15

HAYDEN

¡Guau!

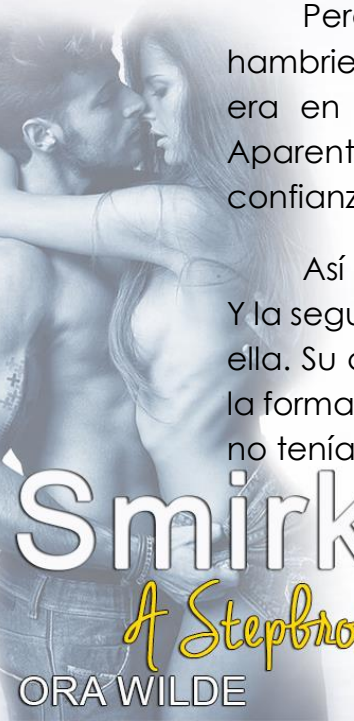
Esperaba que se vistiera y se arreglara, pero completamente no imaginé que ella fuera así de… de… de maravillosa.

La primer cosa que noté sobre ella fueron sus pechos. Eran deliciosamente grandes. No había sido capaz de observarlos antes. El día anterior, cuando traté de cortejarla para que dijera que sí, usaba un overol de mezclilla sobre una camiseta suelta que ocultaba todos sus atributos. Ahora que estaba usando un vestido bastante entallado, sus tetas se habían vuelto prominentes. Era difícil no notarlas.

Y era incluso más difícil alejar la mirada.

Pero traté. No quería que pensara que era alguna clase de animal hambriento de sexo que trataría de dormir con ella esa noche… aunque esa era en realidad mi intención. Tenía que jugar bien. Ser un caballero. Aparentar sinceridad. Proyectar el ser inofensivo. Tenía que ganar su confianza. Tenía que ganar la apuesta.

Así que tan duro como era, mis ojos dejaron sus pechos y miré su cara. Y la segunda cosa que noté sobre ella esa noche fue su sonrisa, o la falta de ella. Su cara era más hermosa que ayer, gracias al maquillaje que usaba y la forma en que estilizó su cabello. Pero la expresión de su cara indicaba que no tenía confianza.



Desconcertada, inestable, vacilante… la presa perfecta.

Forzó una sonrisa en su cara cuando me vio. Caminó hacia mí, cojeando como si solo tuviera una pierna sana. Miré su cara y la manera en la que pisaba inestablemente con cada paso que daba, pensando en cómo podía mantener el balance con los tacones que estaba usando. Cuando estuvo a unos pasos de mí, sus tacones cayeron en la dirección incorrecta, colapsando a un lado y arrastrando su cuerpo entero hacia abajo.

Instintivamente, me lancé hacia adelante y tomé su brazo. Su piel era flexible y cálida. Pero había incontables puntos pequeños sobre toda su piel… puntos que parecían estar incitados por mi toque. Los había encontrado antes, con otras chicas. Inconfundibles signos de una inminente conquista.

Piel de gallina.

La atrapé antes de que cayera. Esperaba un gracias. En su lugar, me dio una mirada de resignación, avergonzada de lo que había pasado, disculpándose por su torpeza.

Tardó menos de un segundo, pero lo sentí. Mi corazón hizo una pausa antes de continuar, una interrupción pasajera a su ritmo. No era nada. No debía de ser nada. Solo un síntoma de la adrenalina que había gastado, lo más probable.

La ayudé a levantarse y sostuve su brazo. La piel de gallina seguía ahí, cada punto temblaba al sentir mi piel. La victoria estaba cerca.

—Te ves hermosa esta noche —dije mientras la conducía al asiento de pasajero.

Regularmente, las chicas apreciaban comentarios como ese. Algunas de ellas incluso se sonrojaban. Algunas lo ignorarían como un cumplido vacío, aunque sus acciones el resto de la noche sugerirían lo mucho que apreciaban esas palabras.

¿Pero ella? Actuó como si no hubiera escuchado nada. Su cara estaba pintada con una apariencia pálida. ¿Era porque no estaba acostu-brada a salir? ¿O porque simplemente no sabía cómo reaccionar? ¿O tal vez porque seguía avergonzaba por el incidente con sus tacones?

Dulce.

La ayudé mientras se colocaba en su asiento, el cual estaba un poco más elevado que en otros vehículos. Se sentó alrededor de un metro sobre mí. Fue cuando tomé sus tobillos. Estaba tan sorprendida que probablemente quería golpearme con su bolso.

—¿Qué-qué estás haciendo? —preguntó nerviosa… las primeras palabras que me había dicho en la noche.

Solo le di una sonrisa segura.

Desaté sus zapatos, uno después del otro, y los dejé caer en el suelo.

»¿Qué-qué? ¿Por qué? —preguntó en completa confusión.

—¿Nadie los robará de este lugar? —le pregunté.

—No lo creo… —fue su nerviosa respuesta.

—Bueno.

—¿Bueno? ¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso? ¿Qué-que se supone que voy a usar?

No le respondí. Comencé a manejar, sin expresión, sin mencionar una sola palabra. Cuando las chicas son dejadas en la oscuridad así, molestas y ansiosas y asustadas, solamente hacían la eventual sorpresa mucho más grande.

Manejé como un loco. Rodeo Drive, el cual estaba pasando Venture Avenue y a lo largo de Bel Air, estaba a unos buenos quince minutos lejos de Van Nuys. Llegué en siete minutos.

La ayudé a salir de mi Hummer. Estaba renuente a dejar el vehículo, preocupada sobre el pensamiento de tener que caminar descalza en un elegante distrito. Finalmente se dio cuenta de que no tenía elección. Con sus dedos curvados, caminó conmigo. Tomé su mano y la coloqué alrededor de mi brazo, solo para hacerle saber que cuidaba su espalda. Me dio una perpleja mirada, antes de morder su labio y dar el primer paso. Caminé lentamente, el paso que sabía que necesitaba. Nos tomó unos cuantos minutos antes de que llegáramos hasta la acera. Una línea de tiendas de alta gama y restaurantes nos saludó. Ella siguió mirando alrededor del área,

preocupada de que las personas pudieran notar que no estaba usando zapatos.

Una vez que llegamos a Nike Town, tomé su mano y la llevé dentro. Una dependienta se nos acercó rápidamente. Miré los pies de mi cita, sus dedos aun curvados mientras trataba de esconderlos debajo de los bordes de su vestido.

—¿Tienes algunos Retro Jordan? —pregunté.

—Una línea completa, señor —contestó entusiasmadamente la dependienta.

—Deme un par de la serie 5 para mujer —dije.

—¿Qué número señor? —quiso saber.

—Número 8.

Los ojos de mi cita se ampliaron y me miró con su boca abierta. Fingí que no lo noté. La conduje hacia el sofá y le señalé que se sentara. No me había encontrado con ninguna resistencia. Hizo lo que le pedí. La dependienta regresó con un par de tenis de corte alto de un blanco brillante. Tomé una pieza. Entonces tomé el tobillo de mi cita. Ella saltó con mi toque. Estabilicé mi mano y deslicé el tenis en su pie. Su mirada de confusión no tenía precio. Le pedí el otro pie. Ella lo extendió de buena gana. Una vez que estuvo puesto, tomé su mano y la ayudé a pararse. La llevé hacia el espejo. Caminó con reservas, pero la comodidad que sentía era demasiado obvia para que la viera. Miró su reflejo, pero no se enfocó en su cara o su cuerpo como la mayoría de las mujeres lo harían. En lugar de eso, miró sus pies, tímidamente giró sus zapatos de izquierda a derecha, cambiando el peso furtivamente hacia el talón para revisar su peso.

Le quedaban bien.

Le di a la dependienta mi tarjeta de crédito. Unos cuantos minutos más tarde, dejamos el establecimiento.

Entonces, lo vi.

Algo que había llegado a conocer muy bien. Un signo seguro de que ella sería mía esta noche.

Sus labios se abrieron, exponiendo sus dientes de un blanco inmaculado.

Estaba sonriendo.

La primera sonrisa que le había visto desde que nos conocimos.

Y como era siempre el caso, cuando una chica abría sus labios así, sus piernas lo harían pronto.

Capítulo 16

PHOEBE

¿Cómo sabía mi número de zapato?

Podría haberle preguntado, pero no lo hice. Estaba callado. ¿Él era así realmente? ¿O solo se sentía tímido de hablarme, como yo con él?

¿O esta era la famosa incomodidad de una primera cita de la que siempre había escuchado y leído antes? Quizá sí. No lo sabía. En realidad esta era mi muy primera cita en toda mi vida.

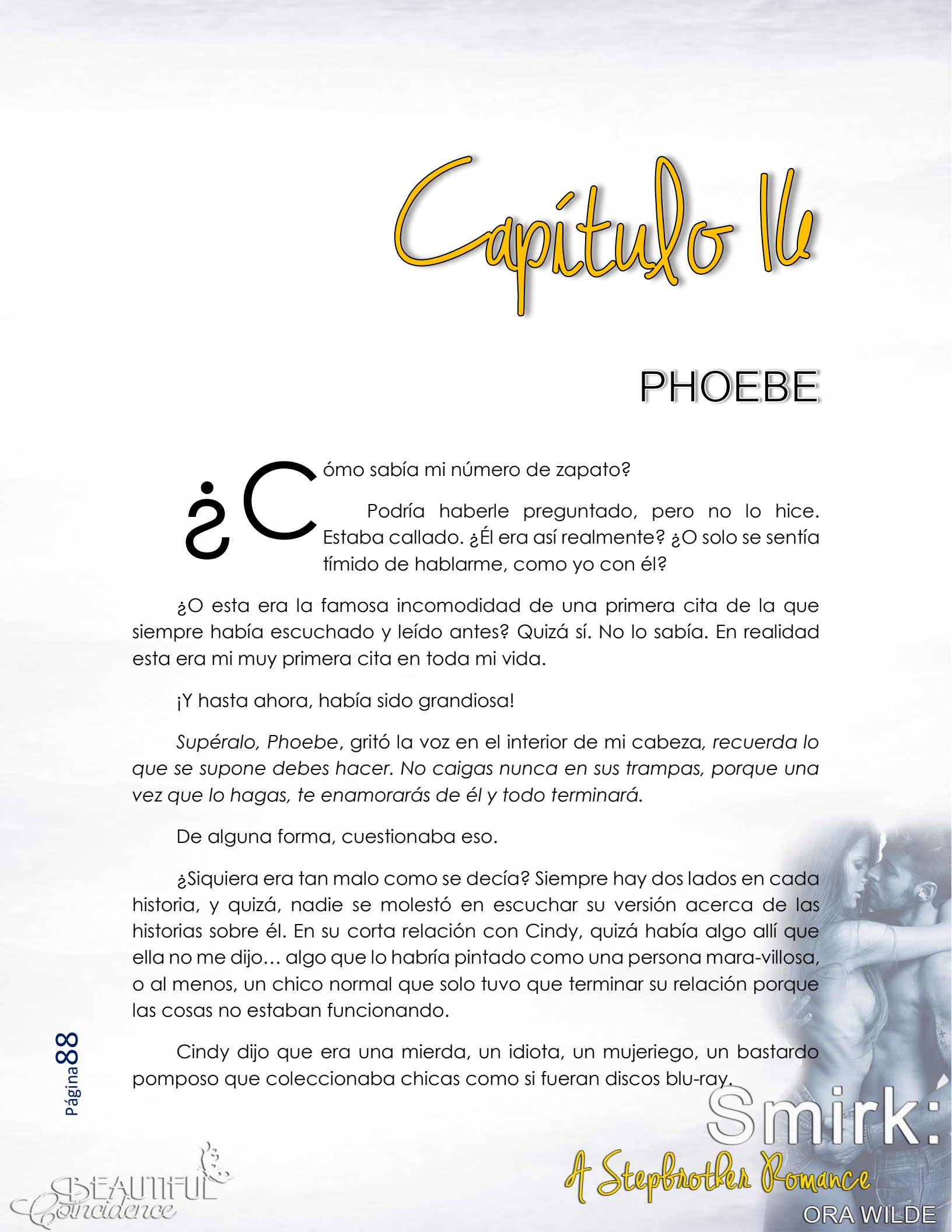
¡Y hasta ahora, había sido grandiosa!

Supéralo, Phoebe, gritó la voz en el interior de mi cabeza, *recuerda lo que se supone debes hacer. No caigas nunca en sus trampas, porque una vez que lo hagas, te enamorarás de él y todo terminará.*

De alguna forma, cuestionaba eso.

¿Siquiera era tan malo como se decía? Siempre hay dos lados en cada historia, y quizá, nadie se molestó en escuchar su versión acerca de las historias sobre él. En su corta relación con Cindy, quizá había algo allí que ella no me dijo… algo que lo habría pintado como una persona mara-villosa, o al menos, un chico normal que solo tuvo que terminar su relación porque las cosas no estaban funcionando.

Cindy dijo que era una mierda, un idiota, un mujeriego, un bastardo pomposo que coleccionaba chicas como si fueran discos blu-ray.



Pero el hombre que sostuvo mi mano en ese particular momento…. El hombre que me acaba de comprar unos tenis muy bonitos para no tener que caminar en estos incómodos y dolorosos tacones… el hombre que alzó mis pies y me ayudó a probármelos… era completamente distinto a cómo me lo describió Cindy.

Y hay algo más acerca de él que me hacía preguntarme sobre su verdadera personalidad.

Se alejó tan rápido de nuestro lugar en Rodeo Drive, pasándose tres luces rojas y fallando en desacelerar en los pasos peatonales en el camino. Aun así, antes de que llegáramos al norte de Bel Air, frenó abruptamente, deteniendo el vehículo y lanzando nuestros cuerpos adelante. Podríamos haber golpeado el tablero si no hubiera sido por los cinturones en nuestras cinturas. Lo miré y estaba señalando a alguien enfrente de nosotros, diciéndole a ella o a él que siguiera adelante. Volteé mi mirada hacia la dirección que estaba viendo. Allí vi a la mujer de mediana edad, empujando un carrito de compras y cargando un bebé en sus brazos. Estaban cruzando la calle, se detuvieron en el costado del camino para dejarnos pasar. Pero él detuvo su Hummer y les permitió cruzar. Con una sonrisa apreciativa, la madre le asintió mientras apresuradamente lanzaba su carrito por la calle con su otra mano sosteniendo al niño en un fuerte abrazo.

Volteé mi cabeza para mirar a mi cita.

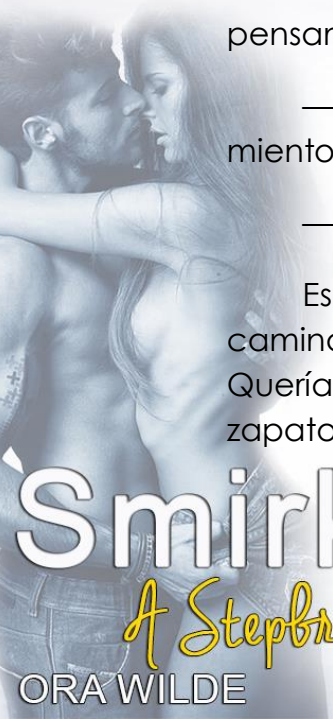
Estaba sonriendo. A ellos. Era una hermosa sonrisa… tan tranquila, cálida, genuina.

Y fue la primera vez en esa noche cuando comencé a considerar los pensamientos de que él podría ser…

—¿El Elegido? —preguntó de la nada, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —pregunté.

Estaba agarrando mi mano todavía, llevándome hacia el lado sureste, caminando casualmente en un paso que pensaba conveniente para mí. Quería decirle que podía caminar mejor, con la placentera sensación de los zapatos que él me dio, y que podíamos caminar más rápido. Estaba



muriéndome de hambre, pero no planeaba añadir eso a las cosas que quería decirle.

No podía decir lo que quería decir. Nunca me habló desde esa vez en la que lanzó mis zapatos en nuestro césped. No quería ser la que rompiera el silencio. Él era el chico. Ese era su trabajo.

Y cuando finalmente habló, fue como si pudiera leer mi mente.

Apuntó hacia un poster de película que estaba exhibido enfrente de la Sala de Proyección Aidikoff, el más famoso cine de Beverly Hills. Era para la película *El Elegido*, la cual protagonizaba Jet Li.

—¡Esa película es vieja! —dijo—. ¿Creo que del 2001? ¿Por qué la están pasando ahora?

Di un suspiro de alivio. No era un psíquico después de todo.

—Probablemente la temporada baja antes del verano —dije casualmente.

Se volteó a mirarme, sonriendo. No fue una sonrisa de suficiencia esa vez. No había ningún rastro de sarcasmo o malicia en su sonrisa. Era como una sonrisa de disfrute… una sonrisa nacida de estar sorprendido por algo que era totalmente inesperado.

—¿La temporada baja antes del verano? —expresó su confusión—. ¿Qué es eso?

—Bueno, la mayoría de los estudios productores lanzan sus películas durante el verano, ¿no? —comienzo a explicar—. El verano es la cúspide de sus negocios, porque es cuando los niños están de vacaciones, cuando los amigos están libres para divertirse y cuando las familias están completas para disfrutar actividades juntas. Entonces… los estudios productores evitan los dos meses antes del verano para permitirles enfocarse en sus esfuerzos de mercadotecnia, y sus presupuestos supongo, en la temporada alta.

Mantuvo su sonrisa mientras asentía en acuerdo.

—¿Cuál es tu especialidad, de nuevo? —cuestionó curiosamente.

—Biología —contesté—. Biología integrativa y fisiología, en realidad, pero solo es Biología con una descripción presumida.

—Oh… y aquí estoy pensando que eres una estudiante de Mercadotecnia o Administración.

Me reí tan fuerte que casi resoplé. ¡Gracias a Dios que fui capaz de controlarlo! ¡Hubiera sido vergonzoso!

—Creo que hay muchas suposiciones equivocadas sobre mí —murmuré sin siquiera pensarlo. Esas palabras solo fluyeron de mi boca.

—Bueno, eso nos hace dos —dijo mientras su mirada dejaba la mía y miraba hacia adelante, hacia el camino que separaba el otro lado de la calle.

Fue a mi otro lado, escudándome de los vehículos que pasaban, levantando su mano para pedirles que se detuvieran… luego me apresuró por el camino hacia los siguientes establecimientos. Ese fue un gesto… caballeroso. Otra entrada que podía añadir a la lista d cosas que no sabía sobre *el* Hayden Summersmith.

—Entonces, ¿cuáles son las otras suposiciones equivocadas sobre ti? —pregunté, de nuevo, sin cuestionar suficiente mi pregunta.

—¿Otras? —Me dio una mirada desconcertada.

¡Oh, mierda!

¿Acabo de revelarle el hecho de que tenía algunos pensamientos preconcebidos sobre él… pensamientos que logró cambiar con sus ademanes caballerosos esa noche?

Creo que notó lo aturdida que me puse porque decidió cambiar el tema él mismo.

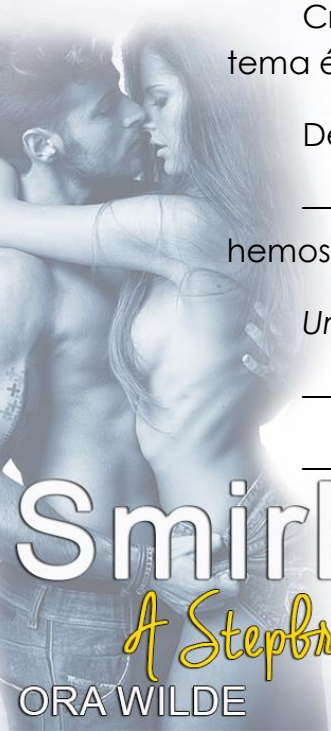
De nuevo, otro gesto noble que apreció mucho.

—Aquí estamos —anunció con entusiasmo—. ¡Finalmente! ¿Cuánto hemos estado caminando?

Unos veinte minutos o más, estaba segura.

—No lo sé —le dije—. No me di cuenta del tiempo.

—Bueno, estamos aquí ahora. Debes de estar hambrienta.



¡Oh sí, lo estaba!

—Estoy bien —dije, contrario a lo que mi gruñón estómago estaba gritándome—. Pero un buen y cómodo asiento estaría bien.

El anfitrión nos saludó. Hayden no tuvo que decirle su nombre. El oficial inmediatamente lo reconoció y le habló con respeto y admiración. Llamó a un camarero que nos acompañó a nuestra mesa, un poco más que caro restaurante que no era tan grande, pero era cómodo. Hayden sacó una silla para mí y me ayudó a sentarme. Luego procedió a ir a su propio asiento. El camarero encendió una vela en medio de la mesa y proveyó un menú para cada uno.

Estudié lo que ofrecían, pero todo parecía muy extraño para mí. Las únicas comidas japonesas que he comido eran el shushi y las galletas de algas. Los nombres de los platos en el menú me confundieron, y en cierta forma, los encontraba intimidantes. *Kumasu Kuan. Yaki. Shokuji. Tsukuri. Takiwase. Mitzugashi.* No entendía ninguno de ellos, y sus correspondientes fotografías no ayudaban. Lo único que reconocía de las imágenes era el arroz.

Podría haber preguntado al camarero, pero no lo hice. Me maldije por ser tan tímida.

Los aperitivos complementarios fueron servidos. El camarero lo identificó como carne de tiburón finamente cortada y freída a la perfección. Hayden tomó un bocado. Supongo que tenía tanta hambre como yo.

Sentí que tanto Hayden como el camarero estaban esperando mi orden. Estaban peculiarmente callados. Hayden seguía leyendo el menú, algo con lo que seguramente estaría familiarizado dado el hecho de que el anfitrión estaba familiarizado con él. El camarero solo estaba esperando enfrente de nuestra mesa con una sonrisa educada que nunca dejó, con una pluma en la mano y un papel en la otra.

¿Qué debería ordenar? ¿Qué debería ordenar? ¿Qué debería ordenar?

Incluso en la soledad de mis pensamientos, hablaba muy rápido cuando sea que estuviera nerviosa.

Luego vi la imagen de algo que parecía como pescado al vapor.

—Me gustaría probar el *Shirako* —dije, refiriéndome al nombre que acompañaba la foto.

De repente, Hayden pareció ahogarse en lo que estaba masticando, casi soltando la comida que estaba en su boca.

—No-no querrías ordenar eso —dijo rápidamente antes de tomar un sorbo de agua.

—Pero luce tentador —traté de razonar, esperando poder ser capaz de ocultar mi ignorancia sobre la cocina japonesa.

—No, confía en mí… no es una buena idea…

—Pero luce delicioso. Ya casi puedo imaginarlo *en mi boca* —bromeé con una gran sonrisa.

—Eh… ¿Phoebe? ¿Sabes lo que es el *Shirako*? —preguntó con una preocupación alarmante.

Quería decir que sí, pero temía que solo complicaría un tema tan pequeño.

—En realidad, no —admití con renuencia.

—¿Phoebe? *Shirako* significa esperma de pescado.

En ese momento, quise cerrar mis ojos y suplicar al suelo que se abriera y devorara toda mi existencia.

Capítulo 17

HAYDEN

Debo admitirlo, encontré sus palabras bastante tentadoras.

Ya puedo imaginarlo en mi boca, dijo en referencia a un plato compuesto por espermatozoides de peces. Ese comentario solo envió al alza mi imaginación.

Pero yo tenía un papel que jugar y un juego que ganar. No le daría la más mínima idea de cómo sus palabras, inadvertidas como pueden haber sido, me excitaron. Además, su honesto error era bastante divertido… adorable, incluso.

Su rostro enrojeció de vergüenza. El camarero hizo todo lo posible para mantener una cara seria. Tenía que hacer algo para consolarla y garantizar una velada más agradable.

—Tienes razón, sin embargo —le dije—. Es delicioso. Pero no creo que lo encontraras apetitoso ahora que sabes lo que es.

Ella asintió con la cabeza tímidamente.

—¿Te gustaría que ordenara por ti? —pregunté.

Ella asintió una vez más con retraída gracia.

—Pediremos la caja de tempura bento —le dije al camarero—. Una para cada uno, por favor. Y una botella de Vega Sicilia, Único.

Ah. Vino tinto. No me importaba el precio. Era lo suficientemente dulce para ser susceptible a su gusto, pero lleno de un golpe poderoso que con toda seguridad la aflojaría mientras más profunda se volviera la noche.

Mientras estábamos esperando nuestra comida, decidí hacerle algunas preguntas… para llegar a conocerla mejor… para descubrir la naturaleza de mi presa así podría ajustar mis planes más en consecuencia.

—Dime algo sobre ti, Phoebe —pedí.

—¿Cómo qué? —preguntó ella, su mirada de mortificación pasada.

—Cualquier cosa. Cualquier cosa que tú quieras compartir.

—No hay nada especial en mí —respondió ella, muy segura de su respuesta—. Vivo con mi mamá en Van Nuys, como tú muy bien sabes. Nos acabamos de mudar allí cuando comenzó el año escolar. Vivíamos al este de California. Chalfant para ser exactos.

—¿Y dejaste ese lugar solo para estar cerca de la UCLA?

—Sí. Al principio, yo no quería. El alquiler de un dormitorio habría sido una opción más práctica. Pero mi mamá insistió. Así que compró una casa en Van Nuys. Es pequeña, como viste, pero bastante cara. Yo siempre le recuerdo acerca de eso todas las mañanas. Fue realmente una mala decisión por parte de ella. Dejó un buen trabajo en Chalfant y comenzó de nuevo cuando llegamos aquí.

—¿Todo eso solo para hacerlo conveniente para que llegaras a la escuela?

—Bueno… básicamente… sí.

—No sé tú, pero es bastante evidente para mí que te quiere mucho.

Se acomodó en su asiento. Lo que le dije claramente la afectó. O era un hecho que ella no quería oír, o algo de lo que no quería darse cuenta. Unos segundos de silencio siguieron antes de que hablara de nuevo.

—¿Qué acerca de ti? —preguntó—. Dijiste algo acerca de que las personas tienen la impresión equivocada de ti. ¿Qué te hizo decir eso?

Había un cierto tipo de celo en la forma en que hizo su pregunta, dejando al descubierto su afán de saber más sobre mí. Era una señal de bienvenida… otra garantía de que yo sería capaz de reclamarla esa noche.

Pero no sabía cómo responder a su pregunta. Solo dije eso porque sonaba tan conmovedoramente misterioso, y el misterio ha sido siempre un afrodisíaco para las chicas. Sabía, sin embargo, que a menudo era mal entendido, descartado como un personaje superficial con todos mis caprichos y preferencias, más aún con lo aparentemente crueles que eran. Yo no tenía explicaciones para eso, sin embargo. Era justo lo que soy. Era solo… yo.

—No sé, de verdad —le dije—. Es solo una sensación que tengo cuando me encuentro con la gente.

—¿De verdad? Pero debe haber algo acerca de ti para que sientas que te están malentendido, ¿verdad? Quiero decir, la palabra malentender involucra partes dispares: la tuya y la de ellos. Tú tienes una idea acerca de lo que ellos piensan de ti, pero tú sabes que ellos están equivocados. ¿Por qué?

Semántica. Ella estaba tratando de engañarme con sus palabras, para hacerme abrirme ante ella, para revelar quién era yo realmente. Eso no funcionaría conmigo, pero la aplaudiría por su valentía.

El camarero llegó con la botella de vino tinto, la cual destapó ante nosotros. Sirvió un poco en su copa antes de llenar la mitad de la mía. Le hice un gesto para que fuera más generoso con su servicio. Él obedeció y la llenó copiosamente. Tomé un sorbo y le sonreí.

—Por lo tanto, quieres saber más sobre mí, ¿eh? —pregunté con una mirada que indicaba que estaba sobre ella.

Ella en realidad tragó incluso antes de que pudiera lograr probar su vino. La hice sentir incómoda una vez más, y eso me dio cierta satisfacción.

»Entonces, ¿qué es, exactamente, lo que quieres saber de mí, señorita Phoebe Marie Ellison? —Mi sonrisa se amplió aún más cuando la vi brincar cuando mencioné su nombre completo.

—Uhm-uhm… —tartamudeó. Ella estaba atrapada. Era vulnerable. Estaba *casi* madura para la cosecha—. ¿Po-podemos comenzar con tu familia?

Su pregunta me tomó por sorpresa. No era algo para lo que estaba preparado en responder. No era algo que quería responder… no a una virtual desconocida que no era más que el objeto de una apuesta, a quien ni siquiera intentaba ver de nuevo la próxima semana.

Ella era aguda, sin embargo. Inmediatamente se dio cuenta de la agitación que traté de ocultar. Tomó la iniciativa de cambiar el tema.

»Podemos hablar de tu curso —procedió a decir—. Filosofía. Eso es… interesante.

Grandes senos. Joven. Poseedora de un poco de encanto. Y ahora… demostraba ser comprensiva también.

Debe haber más en esta chica de lo que he llegado a conocer hasta el momento.

—¿Cómo sabías que era estudiante de filosofía? —pregunté, perplejo por lo que acababa de decir.

—Uhm… uhm... no lo sé. No puedo recordar. Tal vez oí a algunas personas mencionarlo. O tal vez… tal vez… te vi antes en el edificio de Artes y Ciencias. Ahí es donde se cursaban las asignaturas de Filosofía, ¿verdad? Sí… sí… tal vez eso es.

¡Esta chica seguro que habla rápido! ¿O era porque estaba nerviosa de cómo sus propias palabras revelaban lo interesada que estaba en mí? Yo nunca le dije cuál era mi curso. Ella debe haber hecho algo de investigación. Me pregunté qué otra información se las arregló para descubrir acerca de mí.

—¿Qué pasa con la Filosofía? —pregunté, sabiendo a donde estaba conduciendo la discusión.

—¡Nada! —exclamó ella a la defensiva, como si fuera sorprendida fuera de guardia por mi pregunta.

La miré fijamente. Ella no estaba en la liga de las chicas con las que he salido antes, eso es seguro. Pero tenía un atractivo que se estaba volviendo

innegable mientras la noche continuaba. Simplemente no podía poner mis dedos en torno a ese aspecto particular de su ser que causaba tal encanto.

¿Era su disposición aparentemente inocente? La forma en que actuaba, la manera en que hablaba, la forma en que preguntaba acerca de las cosas… no había toque de malicia, ni mancha de hastío, ni indicios de sarcasmo, ni odio… no era rápida en juzgar y, por lo que podía decir, no tardaba en perdonar.

Ella era una paradoja andante… una hermosa contradicción. Su entusiasmo desmentía su timidez. Su curiosidad desacreditaba sus reservas. Se movía con gracia torpe y hablaba con vacilante perspicacia. Y su torpeza solo la hacía aún más fascinante.

Sin su conocimiento, sus inseguridades se han convertido en sus puntos fuertes.

—En la historia de la humanidad —empecé a decir—, la filosofía fue el primer curso que se ha sido ofrecido en un ambiente que se asemeja mucho al mundo académico de hoy en día.

Ella me miró extrañamente mientras escuchaba lo que yo estaba diciendo. Estaba centrando su mirada en mí, parecía… como que estaba ejerciendo tanto esfuerzo en hacerlo que sus ojos casi se encontraron en el centro. Debía haber sido un espectáculo humorístico. De hecho, lo encontré lindo.

»Sócrates, por ejemplo, reunió a las mentes jóvenes bajo la sombra del primer árbol que pudo encontrar —continué—, y allí les enseñaría. No mediante la entrega de un aburrida conferencia tras otra, sin embargo.

—Entonces, ¿cómo? —preguntó con el entusiasmo que he notado antes. Tenía su completa y total atención.

—Básicamente, Sócrates solo le permitiría a los estudiantes enseñarse a sí mismos —dije.

—¿Eh? —respondió ella con una expresión aturdida que la hacía parecer aún más encantadora.

—Sócrates los animaría a hacer preguntas —le expliqué.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Preguntas sobre cualquier cosa. Una vez que un estudiante hacía una pregunta, todo el mundo trataría de responder. Posteriormente, Sócrates haría otra pregunta relacionada con la respuesta a la que llegaron. El resultado es un aluvión incesante de preguntas y respuestas e incluso más preguntas.

—Eso suena tan… agotador… —dijo con la fascinación de un niño.

—Sí, supongo que sí —estuve de acuerdo con una risita.

—¿Cuándo termina el interrogatorio?

—Cuando encuentran una respuesta incuestionable, creo… una conclusión definitiva.

—¿Y que si no lo hacen?

—Entonces, Sócrates haría más preguntas.

—¿Continuaría indefinidamente?

—Si ellos querían, a menos que les diera hambre y decidieran comer, supongo.

—En este caso, todas las preguntas… todas serían inútiles, ¿no? Debido a que no van a ser capaces de obtener la respuesta que querían.

—No exactamente. Ves, los estudiantes de Sócrates eran obligados a llegar con preguntas y dar algunas respuestas. Al hacerlo, estaban pensando en la forma de pensar… en cómo ser críticos acerca de las cosas… cómo analizar los detalles más simples y más grandes… cómo perseguir constantemente el conocimiento y abrazar la infinitud de tal esfuerzo.

—Ahhh… es como lo que dicen… un destino es solo un lugar y la verdadera aventura está en el viaje… —dijo con una sonrisa alegre, como si estuviera feliz por la comprensión de algo importante.

—Exactamente —le contesté—. Eso es lo que ha sido etiquetado como el *Método Socrático*, un proceso de consulta y discusión con el propósito de la iluminación.

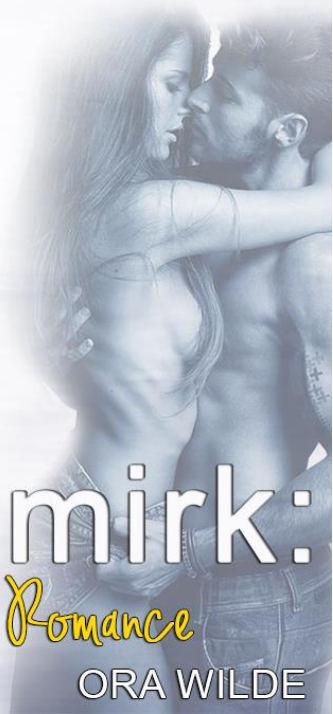
—¡Guau! No puedo creer que, en tan solo un minuto o dos, te las arreglaste para convencerme de que la Filosofía puede ser en realidad… *interesante*. —Su entusiasmo se desvaneció antes de decir esa última palabra. Inclinó su cabeza, como si pensara que más probablemente estaría ofendido por su noción anterior acerca de mi curso elegido.

—Bueno, estoy feliz de que yo haya demostrado que estás equivocada —pronuncié con una sonrisa—. Con suerte, seré capaz de hacer eso por el resto de la noche.

Ella levantó la cabeza y sonrió.

Y fue en ese momento cuando tuve mi propia comprensión: que la noche no tenía que ser un ejercicio superficial con el propósito de ganar esa apuesta.

En realidad, yo podía disfrutar de su compañía.



Capítulo 18

PHOEBE

La cena estuvo suntuosa y el vino rojo estuvo incluso más delicioso. Era la primera vez que conseguía probar un vino que costara más de $3.99, y debo decir que, aunque esa botella de Vega Scilia tenía un precio de quinientos dólares (que logré ver del menú), la diferencia en sus gustos es mayor que la disparidad de sus precios.

Lo disfruté tanto que podría haber bebido más de lo que debería.

Como era de esperar, Hayden se mantuvo incitándome a beber. Dijo que quería que disfrutara de esa noche que estábamos compartiendo juntos. Por supuesto, sabía que él tenía otros planes… planes para los que yo tenía algunas contramedidas.

Cuando empezamos a hablar durante la cena esa noche, estaba un poco tímida. Me he relajado desde entonces. No sabía si era a causa del alcohol o porque me estaba poniendo más cómoda con su compañía. Profundamente deseaba que no fuera lo último.

Sorpresivamente, estábamos compartiendo algunas risas mientras terminábamos nuestra comida. Me contó historias sobre sus hazañas en la preparatoria. Encontré su historia sobre la cita con la hija de su director, como la más divertida. El director, de hecho lo atrapó besándose con ella en la oficina de la facultad. Dijo que el director quería expulsarlo ahí mismo, pero su papá sobornó al consejo escolar con la donación de una nueva ala para su biblioteca.

Bebe. Bebe. Sé feliz. Solo vivimos una vez.

Si tuviera un centavo cada vez que él dijera esas palabras, sería tan rica como él.

Rica.

Lo extraño de Hayden Summersmith es que nunca alardeaba de lo rico que era. Compartió relatos sobre como su papá era rico más allá de lo que se creía, pero siempre, siempre agregó una advertencia: que el dinero que su padre gastaba era de él y solo de él. Hayden se hacía parecer ser un tipo normal, con sueños normales y un estilo de vida normal, quien casualmente era el único heredero de una empresa de mil millones de dólares que poseía casi una cuarta parte del estado de California.

Eh.

¿Normal? ¿Él?

—Conduces una Hummer, ¡por el amor de Cristo! —le dije entre mis risitas.

—Una Hummer, que mi papá me dio —condicionó, riéndose conmigo.

—Aun así… no cuento eso como *normal.*

—¡Oye! Que mi vehículo sea una Hummer, es irrelevante. Tengo una licencia, por lo tanto, conduzco. Y obtuve mi licencia de la manera antigua, que conste.

—¿Tu papá compró una nueva casa al examinador? —le pregunté, riéndome.

—Nah. Solo un asiento de primera fila a un partido de los Clippers —dijo—. Estoy bromeando. Tomé el examen, como tú lo hiciste. Tuve que soportar como… de hostil… era el examinador.

Hice una pausa y tragué algo de aire. Asumió que ya tenía mi licencia. La verdad era que, no sabía conducir.

Él notó el cambio en mi humor y sonrió.

—Puedo enseñarte a conducir si quieres —ofreció.

—Podría arruinar tu *oh tan* preciosa Hummer. Estoy segura que no quieres perderla.

Y al igual que antes mientras bebía, vi la misma reacción de él… la que era inquietantemente peculiar. Luego recordé la apuesta que aceptó… un silencio siguió e incomodidad poco tiempo después. Era el tipo de incomodidad que ni siquiera una porción abundante de alcohol sería capaz de desechar.

—¿Sabes qué? —finalmente rompió el muro de silencio que se levantaba entre nosotros—. Conozco este lugar. Es realmente agradable. Me gustaría llevarte allí.

—Me encantaría —mentí.

¿Era una mentira? Luché con la idea de que pudiera estar disfrutando de su compañía más de lo que debería.

—Puedo llevarte allí… —Se detuvo a ver su reloj. Sus ojos se ampliaron cuando vio la hora—. ¡Vaya! Puedo llevarte allí ahora mismo.

Sin esperar por mi respuesta, levantó su mano para llamar la atención del camarero.

Preguntó por la cuenta antes de sacar su billetera y extraer su tarjeta de crédito.

Estaba apurado. Pero, ¿por qué?

—Nunca llevas dinero en efectivo, ¿verdad? —le pregunté, una pregunta que simplemente escapó de mi boca.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Una presunción. Con la esperanza de que conseguirá una respuesta que lleve a más preguntas… como Sócrates.

—Ahhhh —respondió con una sonrisa de satisfacción—. Eres una estudiante rápida, padawan[2].

¿Padawan?

[2] **Padawan:** termino perteneciente a la franquicia Star Wars (La guerra de las Galaxias). Un Padawan o Aprendiz Padawa, era un niño, o en algunos casos un adulto, que comenzaba un serio entrenamiento por parte de un Caballero Jedi o un Maestro Jedi.

Esa referencia me hacía cosquillas en mis tripas. ¿Podría ser posible que *el* Hayden Summersmith, *el* pomposo, mujeriego, enigmático Hayden Summersmith, fuera en realidad un *geek* de clóset?

Esa idea lo hacía bastante atractivo.

Más atractivo, para ser precisa.

Phoebe… mantén ese alcohol en tu barriga y no dejes que nuble tu mente. No caigas por sus trampas. No caigas por él.

¡Oh, cállate, Sra. voz en mi cabeza! Soy una chica grande, figurada y literalmente. Sé cómo manejar esto. Solo… confía en mí, por una vez.

En cuanto el camarero devolvió su tarjeta de crédito, Hayden vio su reloj una vez más e hizo una mueca. ¿Por qué estaba tan preocupado por la hora? Rápidamente se levantó y fue a mi lado de la mesa. Retiró la silla para mí, uno de los muchos actos de caballerosidad que mostró esa noche. Me ofreció su brazo, que gustosamente sostuve, luego me dirigió a la salida.

—¿No estás… avergonzado de estar conmigo? —pregunté. Era una de esas preguntas que, normalmente, ni siquiera me habría atrevido a preguntar. Pero estaba un poco borracha, ciertamente, y de alguna manera, era en realidad lo suficientemente valiente para expresarla.

—¿Por qué debería estar avergonzado? —quería saber.

—Para empezar, no soy bonita. A diferencia de las chicas con las que creo que sales. No soy tan elegante como ellas. No puedo ser tan interesante como ellas. Y seguramente, no soy tan delgada como lo son ellas.

—Tienes razón —respondió—. No eres bonita.

¿Qué podía decir? La verdad duele. Siempre lo hace. Al menos era honesto al respecto. Pero entonces, continuó con lo que estaba diciendo…

»Eres hermosa. Así que… no, no estoy avergonzado de estar contigo. Estoy muy orgulloso por ser visto contigo.

No podría explicar cómo me sentí en ese instante. Todo lo que puedo recordar es que sostuve más fuerte su brazo, mientras lo miraba con

asombro y admiración. Con la esperanza de que no fuera la persona que me dijeron que era.

Capítulo 19

HAYDEN

Eran las 10:18 P.M. Estábamos retrasados. Les pedí estar ahí, en el callejón a cinco minutos de Urasawa Restaurant, un poco más allá de la curva que conducía a South Beverwil Drive. 10 P.M. cortante, les dije. Todavía deben estar ahí. Les pagué un buen dinero por estar ahí. Unos pocos minutos de espera no deberían ser un problema. No deberían.

—Pareces nervioso —dijo Phoebe mientras salíamos del restaurante.

—¿Qué? Oh no… no lo estoy. Solo estoy… uhm… preocupado por algo.

—¿Qué una de tus ex pueda verte conmigo? —preguntó con una sonrisa avergonzada.

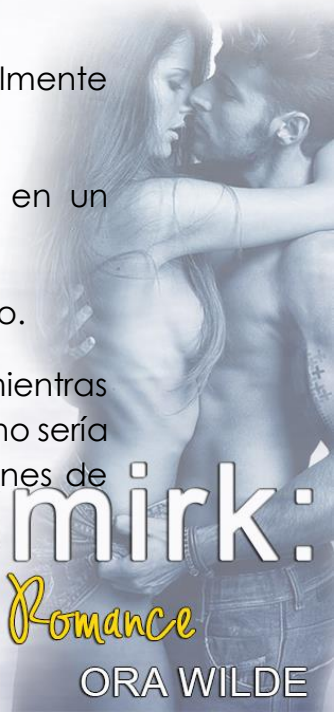
—No, no… no es eso. Francamente, en realidad no me preocupo de cualquiera de ellas.

—¡Ajá! Así que simplemente admites que tienes ex. Eso no es realmente sorprendente. Pero, ¿cuántas?

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué estaba haciendo tantas preguntas en un momento como este? Debe ser el vino…

—Solo un par —mentí—. Aunque ninguna de ellas fueron en serio.

Eso la alegró, creo, porque empezó a dar pequeños saltos mientras caminaba. Era fácil de complacer. De manera muy fácil. Obtenerla no sería difícil. Todo estaba saliendo de acuerdo al plan. Ahora, si los matones de



Zack mantenían su parte del trato. Mientras nos acercábamos al callejón en donde les pedí que esperaran, vi sus sombras ocultándose en la oscuridad. Me sentí aliviado. Este era el penúltimo paso para reclamar mi presa.

Solo tenían que hacer su parte.

Y lo hicieron.

Rápidamente, como panteras saltando sobre su desventurada presa, nos rodearon. Ambos sostenían cuchillos, amenazándonos con daños corporales si no entregábamos lo que nos exigían.

—Entréganos ese bolso —ordenó el más pequeño, Estregan, si yo recordaba su nombre correctamente, señalando el bolso naranja que Phoebe llevaba.

Ella fortaleció su agarre en mi brazo. Puse una fachada valiente mientras la tiraba detrás de mí, protegiéndola de los supuestos atacantes.

—Señorita, no queremos que nadie salga herido —agregó el tipo más grande, Tommy Boy—. Solo entregué el bolso y todo esto habrá terminado.

—Bien, bien… cálmense, chicos —pronuncié, de acuerdo con el guion que habíamos discutido—. Cooperaremos, no hay necesidad de violencia.

—¿Qué? —preguntó Phoebe con incredulidad—. No, no… no voy a darles mi bolso —dijo con una valiente convicción que reemplazó el miedo que anteriormente había mostrado.

—Phoebe… estos chicos son peligrosos —traté de explicar.

—¡Sí, sí… somos jodidamente peligrosos, señora! —corroboró histriónicamente Estregan, para mi gran consternación.

—Pe-pero… —empezó a razonar. Yo la corté.

—Es solo un bolso, Phoebe —le susurré—. Reemplazaré todo el dinero que hay ahí.

—Bien, entonces —gritó Tommy Boy—. ¡Dame ese maldito bolso, ahora!

Él alcanzó el bolso que Phoebe estaba agarrando con toda sus fuerzas.

Ese era el plan. Ellos le robarían. Yo los perseguiría. Phoebe se quedaría atrás. Lejos de su vista, ellos me devolverían su bolso, y nos iríamos cada uno por nuestro lado. Le devolvería su bolso y ella estaría en deuda conmigo. Me vería como alguien heroico, alguien que podía protegerla, alguien en quién podía confiar y tendría fácil acceso a su coño virgen.

No esperaba la serie de eventos que siguieron.

Mientras Tommy agarraba su bolso, ella rápidamente retiró su mano.

Luego lo pateó en las bolas.

Un golpe sordo seguido por gritos de dolor primal siguieron. Él cayó al suelo, aferrándose a sus testículos. Phoebe se movió hacia él y pateó sus brazos repetidamente.

—Oh, mierda… señora… por favor deténgase —suplicó mientras gruñía en agonía y horror.

—¡No vuelvas a tocar mi bolso! —gritó mientras continuaba pateándolo.

Estregan rápidamente se lanzó al final del callejón, la mirada de miedo en su cara era inconfundible.

Traté de llegar entre ella y el agresor caído, pero me empujó lejos mientras continuaba atacándolo.

Otra patada.

»Esta es por arruinar nuestra encantadora noche.

Y luego otra.

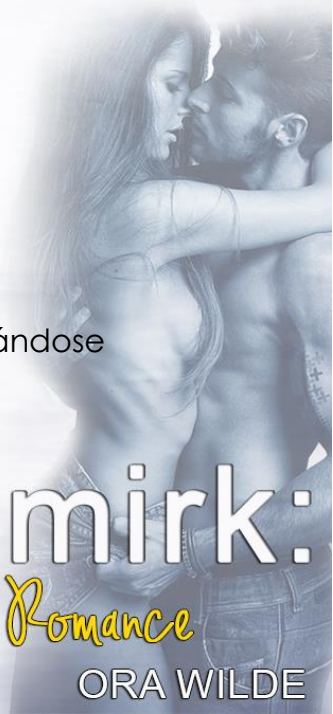
»Esta es por todas las otras chicas que has victimado antes.

Sostuve sus brazos y con todas mis fuerzas, la contuve.

—Suficiente, Phoebe —le aconsejé—. Él está abatido y fuera.

Ella aún estaba lívida. Entonces me miró, con sus ojos preguntándose qué estaba haciendo yo y lo que esperaba que hiciera.

—Será mejor que llamemos a la policía, Hayden —sugirió.



Oh mierda.

—Uhm… escucha Phoebe… Creo que él ha aprendido su lección —dije.

—¡¿Ha aprendido su lección?! —me gritó—. ¡Si lo dejamos ir, solo hará lo mismo a otras personas! ¡Realmente tenemos que llamar a la policía para que ellos se lo lleven!

—Oh no, por favor no, no la policía. —Tommy Boy gimió, mientras estaba enroscado como un gran balón en el pavimento.

—Sí, pero eso significa que tenemos que presentar una denuncia, presentar un montón de documentos y asistir a muchas audiencias.

—Sí… eso es verdad… demasiado trabajo —agregó Tommy Boy mientras continuaba quejándose.

—Cállate —le gritó Phoebe—. Cállate o voy a golpearte con el bolso que trataste de robar.

—No, no, no… por favor señora… lo siento mucho —graznó mientras cubría su cabeza.

—Phoebe… solo dejémoslo —le dije una vez más—. No será capaz de robar nada. No pasa nada. Estoy seguro que no va a hacerlo de nuevo. No dejemos que esto arruine nuestra noche.

Aunque esto ya ha arruinado mis planes. ¡Mierda!

Ella le dio una mirada fulminante antes de responderme.

—Supongo que tienes razón —dijo, para mi alivio—. Pero si este idiota hace algo como esto de nuevo… —continuó con un tono alto mientras lo amenazaba con patearlo una vez más.

—No, no… no lo haré, no lo haré… lo prometo —le aseguró Tommy Boy mientras se escondía de terror.

—Bien, entonces —pronuncié—. Vamos a… vamos a dejarlo aquí e ir a donde se supone que debemos ir.

Sostuvo mis brazos una vez más, sin apartar la mirada de su atacante fallido.

—Esto ni siquiera vale doscientos dólares —murmuró el idiota.

—¿Qué dijiste? —le preguntó con enfado, mientras se acercaba a él nuevamente.

—No dijo nada —Intervine rápidamente—. Probablemente está alucinando.

»Vamos, ahora, Phoebe. Salgamos de aquí.

Afortunadamente, caminó conmigo hacia el otro extremo de Rodeo Drive en donde estaba estacionado mi vehículo.

—Eres demasiado gentil —habló mientras estábamos a medio camino hacia nuestro destino.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—El trató de robarnos, pero tú aún querías dejarlo ir así como así.

—Bueno… supongo que a veces puedo ser demasiado benevolente para mi propio bien—mentí.

—No habría robado mucho, sin embargo —dijo—. Solamente tengo como diez dólares en mi bolso.

—¿Qué? ¿Por qué estuviste tan protectora entonces? ¡Con riesgo de tu propia vida en eso!

—¿Hola? ¡Es una Dolce & Gabana! Es mi única pieza de marca. Y es una de segunda mano de mi tía. Valor sentimental.

—Ya veo… pero aun así…

—¡Oye! Solo las chicas entenderían.

—Supongo que sí.

Llegamos al estacionamiento y la ayudé a entrar en mi Hummer. Fui al asiento del conductor y nos fuimos. Tuve la suerte de haber escapado de ese incidente sin ser descubierto. Pero de alguna manera, una parte de mi estaba furiosa. No estaba acostumbrado a que una llave ingle-

sa interrumpiera mis planes. Y ahora, tenía que idear un nuevo curso de acción. Conduje durante unos cinco minutos, inseguro de a dónde debía llevarla, pensando en lo que debía hacer a continuación. Mi mente estaba tan nublada con frustración que no se me podía ocurrir algo.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuándo se dio cuenta que estábamos conduciendo en círculos.

—Uhm… Phobe… creo que bebí demasiado —dije—. ¿Estaría bien si te llevo de vuelta a casa?

—Está bien —respondió. Sentí el mal humor en su voz.

Se suponía que debía hacerlo con ella en el estacionamiento, pero los matones a sueldo de Zack fueron tan incompetentes que arruinaron lo que tenía en mente.

No importa.

Podría conducir lentamente para darle tiempo suficiente para enfriarse. Luego, podría hacerlo con ella enfrente de su casa. Hice esto el fin de semana pasado, de todas maneras. Y esa noche terminó conmigo follando a una chica y rompiendo su corazón. No hay ninguna razón por la qué no volvería a suceder.

Capítulo 20

PHOEBE

Estacionó en el costado de la carretera enfrente de nuestra casa, el mismo lugar donde esperó por mí cuando me recogió esa misma tarde. Las luces en la casa estaban apagadas. Mamá estaba, muy probablemente, ya dormida. Tenía que despertarse temprano mañana… un par de clientes con quienes reunirse (sus últimos antes de que terminara sus obligaciones), una carta de renuncia para presentar, y un viaje al doctor para su chequeo quincenal. Cindy debe haberse ido a casa también, ya que mi habitación estaba igualmente oscura.

Mantuvo el motor en marcha, sin embargo, para que el aire acondicionado enfriara el aire dentro de su Hummer.

No estaba planeando salir del vehículo, parecía. Tenía algo más en mente.

Mi cabeza estaba flotando. Los efectos del alcohol lo empeoraban por el subidón de adrenalina que tuve después de que dejamos el restaurante. Esos rufianes podrían haber robado mi bolso…una de mis posiciones más queridas. Rara vez, como en muy raras ocasiones, utilizaba este bolso. Lo guardaba para ocasiones especiales. ¿Y ellos querían robarlo? No podía permitir eso.

Noté mi voz arrastrando las palabras el camino entero, un signo claro de que estaba borracha. Todavía tenía total control sobre mis facultades, pero sentía que estaba gastando demasiada energía solo para mante-

nerme serena. Tenía algunos lapsos, sin embargo. Algunas malas palabras aquí y allá, cuando normalmente no maldecía. Permitiéndole a mis dedos acariciar su muslo solo para sentir la textura extraña de sus jeans porque me dijo que eran un par de *Evisus* de $700, sin siquiera pensar en cómo iba a tomar ese gesto. Involucrándolo en lo que pensé era una réplica inofensiva, ahora que lo había pensado, en realidad sonaba vulgar ("*si tú cuerpo me golpea, mi pechos te harían rebotar hacia atrás*" *duh, ¿Qué estaba pensando*?).

Sus manos no dejaron el volante por un minuto o algo así después de estacionar.

Y eso me puso muy ansiosa.

¿Qué estaba pensando en ese momento? ¿Cómo despedirme? ¿Cómo saber si pasó un buen rato o no? ¿Cómo planear nuestro próximo encuentro? Todo lo que él tenía que hacer era preguntar.

¿O estaba reflexionando sobre algo más?

¿Cómo besarme?

No, no, no… eso no era siquiera posible. No querría besarme. Incluso con esa estúpida apuesta con el primo de Cindy, tendría un tiempo muy difícil obligándose a besarme. Además, se entregó a si mismo hasta el fin de semana para ganar mi corazón y para ganar esa apuesta. Y era solo miércoles. Claro, él tenía otras cosas planeadas antes de que intentara hacer su movimiento… y antes de que tuviera que rechazarlo. Sí, sí… otras cosas…. otras cosas divertidas… otras cosas agradables… más cosas como esta noche… más charlas… más de su dulzura… más de su encanto desconcertante… más de él…

Su próximo movimiento llegó sin advertencia.

Lanzó su cabeza hacia mi boca, sus labios rápidamente apoderándose de los míos.

Y tan sensiblero como podría sonar y tan improbable como podría haber parecido… el tiempo se detuvo. Todo a mí alrededor se congeló, y en todo en lo que podía pensar y todo en lo que podía concentrarme era en la calidez de sus tiernos labios presionados contra los míos… y la

comprensión de que era algo que quería muchísimo y algo que no quería terminar.

Sus suaves, suaves labios atravesaron los contornos de mi boca con un ritmo muy metódico, resultando en una especie de sensual escalada de emoción. Comenzó con toques suaves que se intensificaron en pequeñas mordidas. Él permitió que su boca vagara, dándome una probada de las increíbles cosas que podría hacer con ella. Me probó cuando sus labios separaron la abertura de mi boca. Su lengua entró mientras intentaba encontrar la mía.

No tenía que hacerlo.

Para su sorpresa… y la mía, por voluntad propia encontré la suya. Nuestras lenguas se enfrentaron con movimientos fervientes que indicaban que la pasión se estaba gestando entre nosotros.

Debería haber parecido descuidado. Fue un pensamiento que antes me enfermaba. ¿Dos bocas intercambiando baba? No podía creer que una vez estuve disgustada de solo pensar en ello.

Pero ese beso… su beso… nuestro beso… no era repugnante en lo absoluto. Se sentía muy, muy bien… enloquecedoramente adictivo. No quería que se detuviera. No quería que la noche terminara.

Entonces así era como se sentía un beso, pensé para mí en medio de la felicidad pura que sus labios y su lengua me estaba dando. No era de extrañar que haya sido idealizado a través del tiempo. Era un acto satisfactorio… una reconfirmación de desear y ser deseado… una promesa sin que palabras tengan que ser dichas… una unión de dos almas que una vez eran extrañas… un preludio al amor… el puente entre los amantes…

Luego sentí algo extraño.

Su mano. Su enorme, enorme mano.

Estaba apretando mi pecho.

Abrí los ojos y vi que los suyos seguían cerrados. Estaba tan perdido en el momento mientras sus dedos se deslizaban dentro del escote de mi vestido y comenzaban a llegar a mis pechos. Quería detenerlo. Estaba tan contenta con el beso. No tenía que ir tan lejos.

Quería detenerlo, pero estaba paralizada de éxtasis. Su beso… profundo y lleno de ardor, posesivo pero permisivo, posesivo pero liberador, mojado y empapado y magistral en todos los sentidos… no tenía más remedio que rendirme.

Su mano encontró mi pecho. Lo acarició con sus hábiles dedos, sintiendo su contorno como si fuera la pieza de porcelana más frágil que alguna vez hubiera encontrado. Sentí el calor que emanaba de su palma un momento, y la firmeza de sus nudillos al próximo. Su mano danzó dentro de mi vestido con la flexibilidad de una pluma flotando en el aire.

Inadvertidamente, o no, realmente no importaba, su piel tocó mi pezón y mi cuerpo inmediatamente se estremeció de euforia. Le dio un suave apretón con su dedo y no tuvo más remedio que gemir. Se quedó en él por un rato, con el tiempo ahogándome en un océano de euforia.

Ni siquiera me di cuenta que sus labios habían dejado mi boca y habían procedido a mi cuello. Estaba lamiendo su camino hacia mi hombro, hacia el tirante de mi vestido. Movió el tirante con la lengua, atrayéndolo hacia mis brazos hasta que cayó. Hacia abajo hacia mi codo, trayendo la parte superior de mi vestido con él… exponiendo mi pecho por sus avances rapaces.

Eso lo excitó, creo, cuando la dulzura de su acercamiento fue remplazada por fervor salvaje y desenfrenado. Rápidamente tragó la totalidad de mi pecho con su boca, casi haciendo arcadas cuando probablemente calculó mal su tamaño. Inmediatamente recuperó su compostura y continuó manteniendo mi pecho dentro de su boca, succionando el aire atrapado alrededor, amasando mi piel en el proceso, su lengua demorándose sobre mi pezón… golpeándolo, sorbiéndolo, lamiéndolo, saboreándolo…

Era una noche de muchas primeras veces. Todo lo que me hacía, nunca antes lo había experimentado. En mi corazón, estaba encantada… me alegraba de que fuera él.

¡No, Phoebe! ¡Despierta! ¡Así no es como se supone que suceda! ¡Así no es como se supone que debe ser!

Sí… si… tenía que detenerlo… se suponía que tenía que negarme… se lo prometí a Cindy… se suponía que tenía que enseñarle una lección.

Pero entonces, su otra mano alcanzó el dobladillo de mi vestido, lo levantó y expuso mi tanga. Acarició anhelantemente mis muslos antes de colocarse en el borde inferior de mi ropa interior. Luego, insertó sus dedos e intento buscar mi coño.

Mi coño.

Nunca he usado esa palabra para referirme a eso, ni siquiera en mis pensamientos. Pero con todo lo que me está haciendo, con todo lo que me está haciendo soportar… comencé a sentirme sucia… una suciedad del tipo buena… la del tipo *te deseo tanto, vamos a follar toda la noche.*

Mi coño… ¡cómo me encantaría tener su *vara* dentro de mi coño!

Lo encontró después de un segundo o dos… mi *coño*. Sus dedos recorrieron la raja que llevaba hacia la parte más sagrada de mi feminidad. Me sentí tan avergonzada porque estaba empapada. Pero cuando sintió mi humedad, se volvió más entusiasta en sus movimientos, como si lo excitara más. Sus dedos esparcieron mi humedad por mi raja, haciendo que el área entera se volviera resbalosa para su toque.

Luego comenzó a frotar, y a eso le siguió pura éxtasis.

Siguió moviendo sus dedos de arriba a abajo entre mis piernas, y gemí más fuerte con cada vez y cada recorrido que hacía. Mi cuerpo comenzó a volverse y a retorcerse y tensarse, tanto que él tenía que presionarme abajo para mantener la placentera posición que previamente encontró.

¡Detente, Phoebe! ¡Detente ahora mismo! ¡Entre más le permitas hacer esto, más difícil será terminar la tarea que tienes que cumplir!

—Detente… por favor detente —supliqué gruñendo, mi cara era una mezcla de mociones… de ansia y vacilación y miedo.

No se detuvo. Siguió frotando mi *coño*, con tanto fervor. Siguió chupando mi pecho con tal deseosa intención. Y siguió mordisqueando mi pezón como si fuera hielo en un seco y caliente día.

Insertó un dedo, y la excitación que sentí rápidamente se convirtió en dolor… un dolor gozoso, uno que estaba más allá de la comparación. Su intrusión era como un cuchillo que perforaba un órgano vital aunque, en

vez de tormento, causó un terrible deseo de querer más y en vez de sangre, más de mis jugos fluyeron de mi feminidad.

Retiró su cabeza de mi pecho, algo que encontré tristemente frustrante. Luego, su boca se acercó a mi oído.

—Quiero follarte, Phoebe —susurró. Había un ansia determinada en su voz—. Quiero follarte ahora mismo.

Quería que me follara aquí y ahora. Pero la voz en mi cabeza…

¡Todavía no es muy tarde, Phoebe! ¡Eres una chica fuerte! ¡Puedes enfrentar esto! ¡Puedes hacer lo que se necesita hacer!

—E-Espera… —le dije, luchando por hablar.

—¿Por qué? —preguntó preocupado, y detuvo todo lo que estaba haciendo. Gemí en absoluta decepción.

Dile que no puedes hacerlo.

—No… No puedo hacer esto —le dije con renuencia.

—Solo estamos divirtiéndonos —respondió, mientras su mano comenzaba a acariciar mi muslo interno una vez más.

Dile que se detenga. Esta vez más firme.

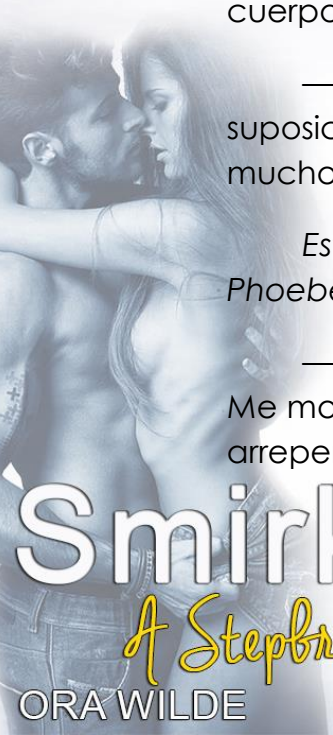
—¡Hayden! Dije que no puedo hacer esto. Por favor detente.

Su mano detuvo su expedición aventurera mientras apartaba su cuerpo del mío. Me miró perplejo, tratando de averiguar qué estaba mal.

—Si ibas a decirme que eres virgen, está bien —compartió su suposición—. Seré lento. Seré gentil. Es solo que… te deseo tanto, te necesito mucho ahora mismo.

Está lanzando sus palabras venenosas. Has sido advertida de esto, Phoebe. ¡Se fuerte, mujer! Dile que las cosas no funcionarán entre tú y él.

—Hayden… no creo que las cosas vayan a funcionar entre nosotros. —Me mordí los labios mientras soltaba esas palabras de las que sabía me iba arrepentir profundamente.



Vi la mirada de shock en su cara. Parecía como si estuviera desconcertado y enojado al mismo tiempo. Cindy estaba en lo correcto. No estaba acostumbrado a ser rechazado. Aunque por como estaba, dudaba mucho que antes hubiera sido rechazado.

—¿Por qué dices eso, Phoebe? —preguntó impaciente—. Apenas acabamos de comenzar. ¿No podemos darle una oportunidad a esto, al menos?

Dile que no puedes.

—No… No puedo, Hayden, lo siento…

—Pero, ¿por qué? ¿No estás feliz conmigo?

—¡Sí! —exclamé con toda sinceridad—. Oh Dios, considerando todo lo que ha pasado esta noche, aun así tuve la mejor noche de mi vida… y no hubiera sido posible sin ti.

—¿Entonces por qué? —repitió su pregunta—. ¿Por qué no podemos hacer esto? ¿Por qué no nos podemos dar la oportunidad de encontrar más felicidad juntos?

Ahora, da el golpe fatal, Phoebe.

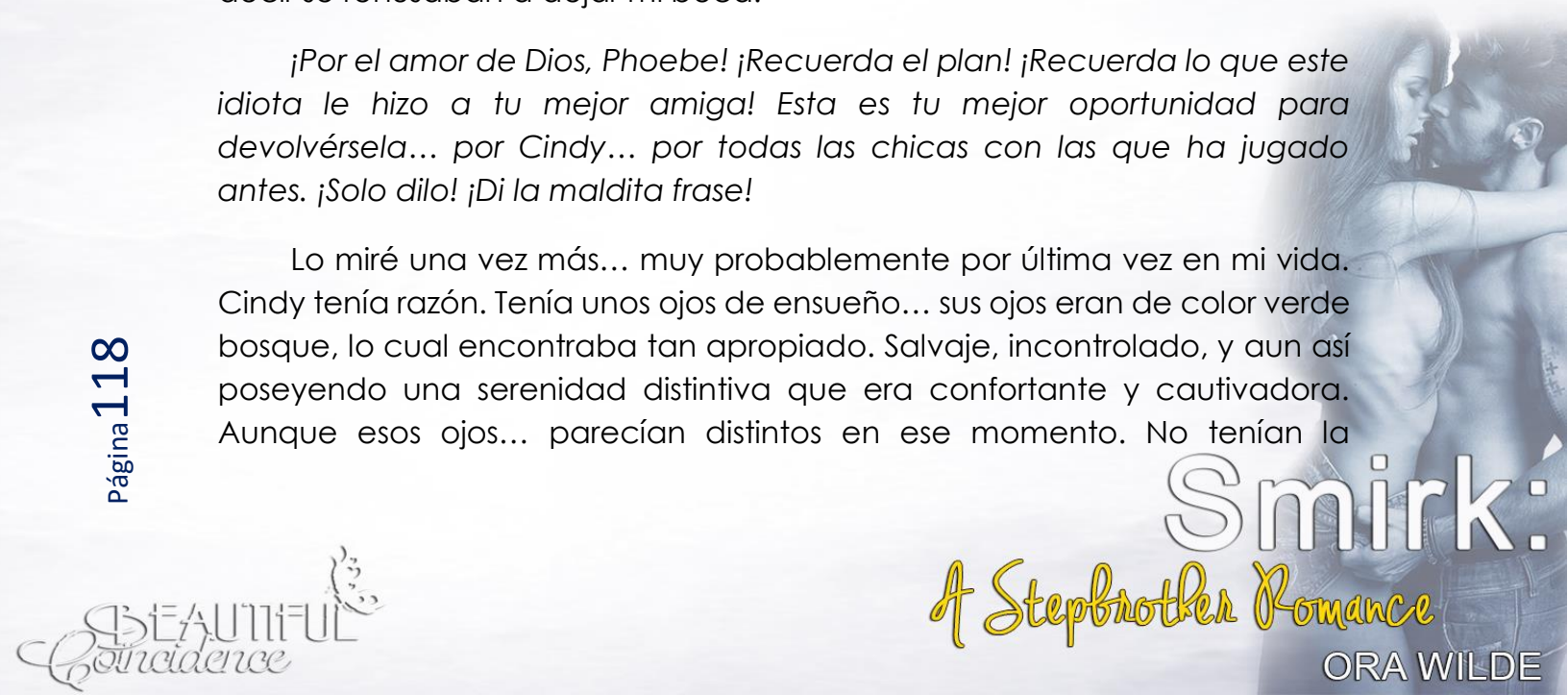
—Yo… —comencé a decir, pero encontré muy difícil continuar.

¡Phoebe! Ahora no es el momento para ser débil.

—Yo… —dije una vez más, pero las palabras que estaba planeando decir se rehusaban a dejar mi boca.

¡Por el amor de Dios, Phoebe! ¡Recuerda el plan! ¡Recuerda lo que este idiota le hizo a tu mejor amiga! Esta es tu mejor oportunidad para devolvérsela… por Cindy… por todas las chicas con las que ha jugado antes. ¡Solo dilo! ¡Di la maldita frase!

Lo miré una vez más… muy probablemente por última vez en mi vida. Cindy tenía razón. Tenía unos ojos de ensueño… sus ojos eran de color verde bosque, lo cual encontraba tan apropiado. Salvaje, incontrolado, y aun así poseyendo una serenidad distintiva que era confortante y cautivadora. Aunque esos ojos… parecían distintos en ese momento. No tenían la



petulancia por la que él se había hecho conocer. No exudaban la confianza que me he acostumbrado a esperar de él.

Sus ojos… se veían tan tristes…

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, casi murmurando.

¡Solo díselo, Phoebe! Dile ahora mismo

—Lo siento, Hayden… no eres tú… soy yo.

Fue allí cuando su pesadumbre se disipó, reemplazada con una aterrorizante furia que pensé que liberaría en mí. Tomó una profunda inspiración… de frustración y resignación en una apremiante necesidad de recuperar su presencia… antes de comenzar a hablar.

Pero fue interrumpido por el sonido de un auto llegando detrás de nosotros.

—¿Esperas compañía? —cuestionó con un tono que era tan frío e imponente.

—No. Debe de ser el vecino —dije.

Miró por el espejo retrovisor. Luego sus ojos se abrieron mucho, se quedó paralizado por lo que vio. Volteó la cabeza para mirar al vehículo detrás de su Hummer.

—¡Carajo! —gritó—. ¿Qué está pasando?

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté mientras el pánico comenzaba a agarrarme. Luego me volví para mirar el auto detrás de nosotros. Era un Bentley blanco. Luego vi a un hombre de mediana edad bajar de la puerta del pasajero de la parte trasera del auto. Comenzó a acercarse a nosotros, con un paso autoritario que claramente mostraba la nobleza de su herencia.

—Ese no es tu vecino —dijo Hayden, incluso más furioso que antes—. Ese es mi padre.

Capítulo 21

HAYDEN

—Este no es el lugar adecuado ni el momento adecuado para tener esta discusión.

Sus palabras eran firmes. Su tono era tajante. Probablemente pensaba que estaba en la sala de juntas, cuando en realidad, estábamos en la sala de estar de su perra por petición suya. *Por favor, pasen*, dijo, *todos tendremos café y arreglaremos las cosas*.

—Nunca es el momento adecuado para ti —le contesté—. Podrías haberme contado los detalles de tus citas y este... este... este humillante episodio podría haberse evitado.

—¡Cuida tu boca, Hayden! —ordenó.

Le respondí con una sonrisa. Siempre haría algo que le hiciera enojar. Derivaba de algún tipo de satisfacción en ello.

Phoebe, confundida y preocupada, estaba sentada en un taburete de la barra al final de la sala, justo al lado de la encimera que separaba la cocina del resto de la casa. Su madre, que resultó ser la amante clandestina de mi padre, estaba en el otro lado, preparando las tazas de café que nos prometió.

No quería nada de ella. No quería tener nada que ver con ella.

—¿Qué cuide mi boca? —repetí su declaración—. ¡Me hiciste salir con mi aspirante a hermanastra! ¿Qué tan enfermo es eso?

Sacudió la cabeza con exasperación.

»Oh, lo siento, padre —añadí—. No es tan repugnante, después de todo... al menos no tan repugnante como profanar la memoria de mi madre... como si no hubieras hecho suficientes cosas malas ya.

—¡Hayden! —llamó mi atención, lo cual era solo su manera formal de decirme que cerrara la boca—. Estás fuera de lugar.

Estaba tan enojado que quería decir más, pero me contuve de hacerlo. No porque él me ordenara que me detuviera. Furioso como estaba, todavía tenía que mostrar buenos modales. No era mi casa. Era la suya. Ella no se merecía mi respeto, pero estar en su casa requería un mínimo de cortesía.

—Solo quiero algunas respuestas —dije mientras me sentaba en el sofá.

—Las tendrás una vez que Martha esté aquí —respondió.

Como si fuera una señal, regresó a la sala de estar con una bandeja que tenía cuatro tazas de café. Estaba sonriendo. Quería preguntarle por qué. No había nada divertido con lo que estaba sucediendo.

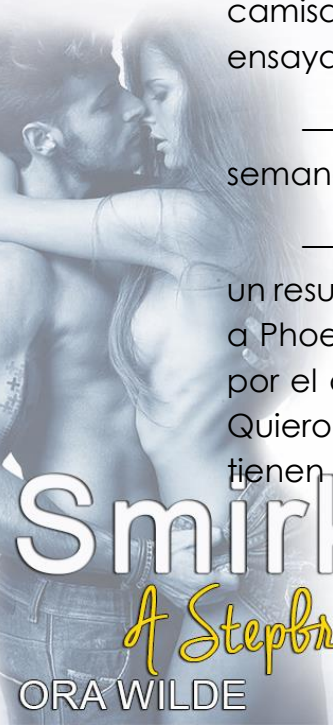
Tomé una taza y comprobé si había trazas de leche. No había ninguna. Tomé un sorbo antes de comenzar a hablar de nuevo.

—Así que... ¿cuál es el logro aquí? —pregunté a ambos.

Se miraron el uno al otro como niños que hubieran sido atrapados tonteando. Mi padre se enderezó el abrigo negro que llevaba sobre su camisa *La Coste*, se aclaró la garganta y dio una respuesta que sonaba muy ensayada para ser verdad.

—Martha y yo estamos enamorados y nos vamos a casar la próxima semana —explicó.

—Sí, sí... Sé sobre esa parte —lo interrumpí. No tenía la paciencia para un resumen de lo que ya sabía. Ha sido una noche muy cansada, no gracias a Phoebe y la apuesta que estaba en peligro de perder. Se hizo aún peor por el descubrimiento de la mujer con la que mi padre estaba saliendo—. Quiero saber los detalles. ¿Cuánto tiempo han sido amantes? ¿Por qué tienen que casarse tan pronto? ¿Y dónde carajos van a vivir?



—Te dije que cuidaras tu boca, muchacho —me recordó mi padre mientras me señalaba con el dedo, indignado.

—Bien, bien... solo continuemos con ello. Responde mis malditas preguntas ya.

Martha se sentó a su lado. Ella puso su mano en su muslo. Se miraron el uno al otro. Él le dio un asentimiento.

—Hayden, tu padre y yo hemos estado saliendo durante casi seis meses —dijo—. En cuanto a por qué tenemos que casarnos tan pronto...

—Está embarazada —se unió a la conversación una voz femenina. Era Phoebe, que seguía sentada lejos de nosotros.

¿Embarazada? ¿Mi viejo la dejó embarazada? ¡Joder!

Van a tener un hijo... y ¡ese niño tendrá que pasar por la agonía de tenerlo a él como padre! ¿Qué destino podría ser peor?

—No creí que aún puedas conseguirlo, padre —bromeé con desprecio.

Vi la sensación de incomodidad en el rostro de Martha. Me gustó.

—En cuanto a tu otra pregunta —empezó a decir mi padre—, van a vivir con nosotros después de la boda.

—¡¿Qué?! —respondí en shock.

—Espera... espera... Yo no sabía eso —se unió Phoebe a mí en señal de protesta—. Mamá... somos felices aquí. Nos acabamos de mudar a Van Nuys. ¿Por qué tenemos que mudarnos otra vez?

—Cariño... este lugar es bueno para las dos, sí —respondió Martha—. Pero seremos cuatro pronto... cinco si contamos a este bebé —añadió mientras se frotaba su estómago—. Este lugar no sería capaz de dar cabida a todos nosotros.

Esa no era la verdadera razón. Era obvio. La mujer es una buscadora de oro. Tenía la oportunidad de vivir en la casa de tres pisos de mi padre en Beverly Hills. ¿Por qué iba a dejar pasar esa oportunidad? No tenía que inventarse esa ridícula excusa que acababa de dar.

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Era la casa de mi padre. Era la vida de mi padre. Era la decisión de mi padre la que se tomaría.

Me puse de pie sin terminar mi café.

—Me tengo que ir —dije sin ni siquiera molestarme en explicarme.

—Hayden —dijo Martha—, es un placer conocerte finalmente. Estoy ansiosa por…

—Sí, sí... lo que sea. —No dejé que terminara. ¿Para qué? Yo sabía que solo estaba siendo amable. No le gustaba, y esa debería ser suficiente razón para que ella no me gustara tampoco. Además su hija, una fruta que no cayó lejos del árbol, estaba seguro, solo se negaba a mis avances, y podría haberme costado mi Hummer.

Fui directamente fuera sin siquiera mirar atrás.

Antes de que pudiera entrar en mi vehículo, sin embargo, una voz familiar dijo mi nombre.

—¡Hayden, espera! —gritó Phoebe. Me detuve a mirarla. ¿Estaba ya lamentando su decisión de rechazarme? ¿Cambió de opinión? Compartimos algo en común esa noche, después de todo: un sentimiento de ser traicionados por la gente en la que más debemos confiar. Los dos estábamos molestos.. y el sexo enojados puede ser una experiencia muy embriagadora.

—Sí, ¿por qué? —contesté.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo?

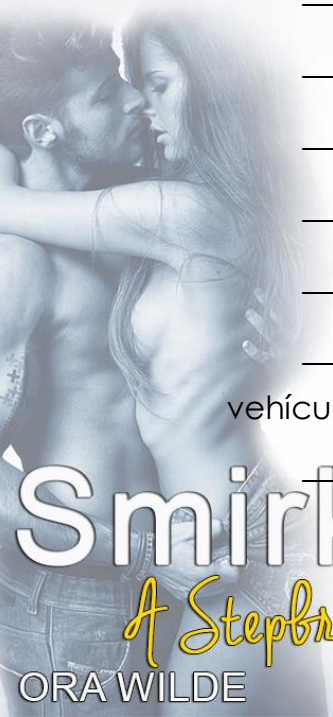
—No lo sé. Parecías tan... hostil allí.

—No me tomo muy bien las sorpresas.

—Yo tampoco.

—¿Hay alguna razón particular por la que me impidas montar en mi vehículo?

—Bueno... uhm...



—Lo siento, Phoebe. Ha sido una noche emocionalmente agotadora. Si sueno impaciente, es porque lo estoy. Puedo ser muy temperamental cuando estoy agotado de esta forma. Por lo tanto, si tienes algo que decir, dilo por favor.

Vi su cara caer. Quería decirme algo, sin embargo, no sabía si era lo correcto por hacer.

—Bueno —dijo finalmente—, solo quiero darte las gracias por una noche maravillosa.

Y con esas palabras, se puso de puntillas mientras su cuerpo se estiraba hasta mi cara. Me dio un beso en la mejilla.

Me quedé de piedra.

Más alarmante, me sorprendí preguntándome por qué me quedé de piedra.

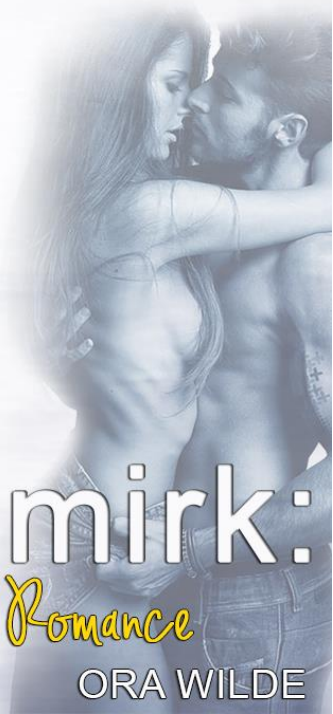
—Así que... ¿Esta es tu idea de *no eres tú, soy yo*? —le pregunté, con la esperanza de aclarar las confusas señales que me dio esta noche.

—Bueno... Más o menos... Tal vez... No lo sé... Estoy... es complicado eso.

Sonreí arrogantemente por su comentario.

—¿No somos todos criaturas complicadas? —dije mientras me daba la vuelta y me dirigía a mi Hummer...

Mi Hummer que todavía tenía la oportunidad de salvar.



Capítulo 22

PHOEBE

—¿Y, cómo estuvo?

Mi mamá estaba sonriendo mientras hacía la pregunta. La estaba ayudando a limpiar, despejando la pequeña mesa frente al sofá, poniendo las tazas de café, todos sin acabar, en la bandeja y limpiando la superficie con una franela.

—Estuvo bien —contesté con simulada indiferencia. No quería que supiera lo que tenía, lo que podría muy bien ser, el mejor momento de mi vida... no cuando nos dimos cuenta de que su futuro esposo era el padre de mi cita, ¿haciendo a Hayden mi futuro... hermanastro?

Oh no…

No sabía cómo sentirme acerca de ese pensamiento. ¿Se suponía que debería darme rechazo el hecho de salir en una cita y besar a alguien que, para la próxima semana, sería mi hermano? ¿Se suponía que debía estar asqueada por el recuerdo de sus dedos penetrando en un lugar en que ningún hombre, o mujer para el caso, me ha tocado nunca antes?

Debería. Una persona normal lo encontraría bastante repugnante... revolvería su estómago, incluso.

Pero ¿por qué siento algo más? Algo extraño. ¿Algo que sabía que no debería sentir?

¿Por qué me excitaría por el más débil recuerdo de su hermoso rostro?

—¿Nuevos? —murmuró mientras llevaba la bandeja a la cocina. Me uní a su marcha hacia el fregadero, llevando el plato de galletas que, al igual que las tazas de café, estaba intacto.

—¿Nuevos qué? —le pregunté.

—Tus zapatos. Son bonitos. De hombre, pero bonitos.

—Oh...

Oh...

Había olvidado totalmente los Retro Jordan que todavía estaba llevando.

—Uhm... gracias... supongo... —respondí con inquietud, en conflicto acerca de si debía contarle la historia detrás de la adquisición del par.

—¿Él te compró esos? —continuó cuestionando sin siquiera mirarme.

—Ehm.. ¡sí! —Fue una confirmación tentativa. Podría haber mentido. Quería mentir para evitar más preguntas. No quería que nuestra conversación llegara a ser un interrogatorio.

Pero ella es mi madre. Hablamos de todo. No había secretos entre nosotras. Dudo que un hombre fuera capaz de cambiar eso. Así que le dije la verdad.

—Me lo imaginé —dijo—. En el momento en que vi los tacones en el césped, sabía que comprarías un nuevo par.

—Oh Dios mío —grazné—. ¡Me olvidé de mis tacones! ¡Es un gran alivio que los hayas encontrado por mí, mamá!

Quería decirle más sobre el maravilloso, maravilloso momento que tuve, pero no podía. Sobre todo en ese momento, con todo lo que ha sucedido antes.

—¿Vas a salir con él de nuevo? —Era persistente sobre el tema, fingiendo que se trataba de un asunto menor, pero su lenguaje corporal, divagando y tenso, así como su tono, pareciendo indiferente con la calculada ejecución, revelaba lo que realmente estaba sintiendo.

—Probablemente no, mamá —traté de calmar sus temores—. Es agradable y todo, pero no es mi tipo.

¡Argh!

—Lamento… mucho escuchar eso —dijo con alivio moderado—. Es lo mejor, creo. Tú y él... bueno... van a vivir bajo el mismo techo después de la boda.

¡Yuck!

Nunca pensé mucho en eso. ¿Estar *tan* cerca de él? ¿Todos y cada uno de los días? ¿Todas y cada una de las noches? ¿Cómo iba a olvidarme de él... suponiendo que quisiera sacarlo de mi cabeza?

—¡Oye! —traté de cambiar el tema que se había vuelto incómodo para mí desde que Hayden y su padre salieron de la casa—. ¿Por qué estamos hablando de mí, mamá? Eres la que se va a casar, ¡y eres la única que nunca me dijo que ha estado saliendo con William Summersmith!

Ella tosió, aparentemente tratando de aclarar el nudo que se podría haber formado en su garganta.

—Es solo que... no estaba preparada para decirte sobre él, eso es todo —explicó—. Él es famoso, y es rico, y todo fue tan rápido. Estoy tratando de hacer frente a todo lo que ha sucedido y todo lo que está sucediendo. Lo siento, cariño... supongo que no tuve la oportunidad de planificar cómo decirte acerca de él... de nosotros... y sobre cómo será nuestra vida será después de que nos casemos.

¿Él es rico?

Ella hablaba de él como si fuera solo un tipo que era dueño de una tienda de abarrotes en la esquina de la calle. William Summersmith era mucho más que eso.

Todo el mundo sabía quién era William Summersmith. No era solo un tipo rico. Él era el más rico de los ricos. Su nombre está tan arriba con los gustos de Bill Gates, Warren Buffet, Jeff Bezos, Oprah Winfrey. Si ella iba a ser su esposa... su vida cambiaría instantáneamente. Va a dejar atrás la simple existencia con la que siempre hemos estado satisfechas, y entrará en un mundo de lujo, glamour y excentricidades que solo los ricos serían capaces

de entender; como fiestas extravagantes, joyas de lujo, ropa italiana, cristales de Swarovski, y polo.

Los Summersmith han poseído y operado las mayores compañías de electricidad y de tren al oeste de los Estados Unidos desde hace una eternidad. A lo largo de los años, han ramificado a otras industrias, muchas de ellas han logrado monopolizarlas. Recientemente, su empresa matriz, Summersmith Holdings, se ha hecho cargo de Amtel, la segunda mayor compañía de telecomunicaciones en el hemisferio occidental.

¿Mi mamá saliendo con alguien? Podría tomar eso.

¿Mi mamá quedándose embarazada? Ese es un motivo de alegría.

¿Mi madre casándose con uno de los hombres más ricos y poderosos de América? ¡Caray! Eso es simplemente demasiado para siquiera considerarlo, más que aceptarlo.

—Solo estás tratando con un montón de cosas, mamá —respondí—. Entiendo. Pero todavía no puedo creer que vas a ser la señora de William Summersmith. Quiero decir... ¡guau! ¡Simplemente guau!

Ella se dio la vuelta para mirarme. Sus ojos miraron profundamente en los míos.

—Cariño, nada tiene que cambiar para nosotras, ¿de acuerdo? —expresó—. Quienes somos en este momento, es quienes vamos a ser incluso después de que me case. Teniendo en cuenta su estatus, tendremos que ajustar nuestro correspondiente estilo de vida... pero no permitiremos que nos cambie, ¿de acuerdo?

—Está… Está bien —respondí.

Era una respuesta honesta.

Mientras yo crecía, pensaba cómo apreciar las cosas simples de la vida... el hecho de que hemos sido capaces de pagar nuestras necesidades mientras disfrutaba de algunos pequeños lujos de vez en cuando... el vínculo que compartíamos, que era irreprochable... la alegría que teníamos con lo que tenemos sin querer innecesariamente más... ella quería que mantuviéramos esos valores. No quería que los cambiáramos.

—William... Bill… es una figura muy destacada —continuó diciendo—. Pero es un buen hombre. Un muy buen hombre con el corazón más amable. La gente lo respeta mucho. Y está muy entusiasmado con nosotros yéndonos a vivir con él.

—¿En serio? —pregunté. William Summersmith podría estar entusiasmado, pero no sabía si me sentía de la misma manera. Una parte de mí estaba emocionada al respecto. Pero una parte aún mayor de mí temía esa eventualidad.

—¡Sí! —dijo con entusiasmo—. Pero por favor entiende que, dado su status público, tenemos que ser un poco más cuidadosos con nuestro trato, también. Lo que hacemos, lo que decimos, cómo reaccionamos... todo esto se refleja en él.

—Entiendo, mamá.

—No tenemos que cambiar, cariño, pero no vamos a hacer nada que pueda poner en peligro la forma en la que la gente lo ve, ¿de acuerdo?

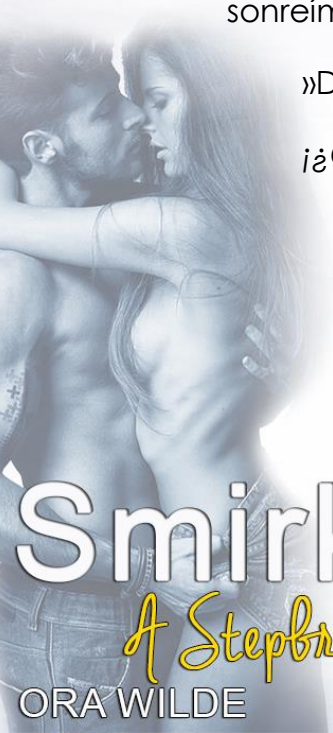
—¡Está bien! —contesté. Entendía completamente su punto. Los peligros de la fama, lo llamaban. Si íbamos a ser una gran familia feliz, no hace falta decir que no debíamos hacer nada que pudiera poner en peligro el nombre de un miembro de la familia... más si un miembro de la familia era tan distinguido como mi futuro padrastro.

—Bien —comentó mi mamá.

Sostuvimos las manos de la otra justo como solíamos hacerlo, y sonreímos.

»Decidido entonces —agregó—. No vas a salir con Hayden nunca más.

¡¿Qué?!



Capítulo 23

HAYDEN

—¡Lo siento mucho, jefe! Les asestaré unos buenos golpes en sus cabezas cuando los vea. Te avergonzaron. Me avergonzaron. ¡No podría permitir eso!

Zack ha estado disculpándose toda la mañana, la cual nosotros: él, Donnie y yo, pasamos en nuestro lugar en la esquina de la Oficina Titular y la Biblioteca Central. Donnie se ha estado riendo de él todo el tiempo, recordando la historia detrás de la conducta excesivamente arrepentida de Zack.

—No pasa nada, Zack —le dije, algo que no podía decir a uno de los dos chicos que él ayudó a contratar. Su ingle aún debía estar adolorida el día después de ese incidente.

—Bueno, ¿cómo estuvo? —preguntó Donnie entusiasmado con lo que iba a compartir con respecto a mi cita más desastrosa. La apuesta era de especial interés para él, después de todo. Si perdía, mi Hummer era suya.

—Increíble —le contesté.

—¿De buena manera? ¿O mala manera? —Trató de aclarar.

—Ninguna. Ella es un blanco fácil, de eso estoy seguro. Pero... algo inesperado ocurrió, un pequeño giro a esta historia.

—Una vuelta de tuerca, ¿eh? ¿Un giro que te haría entregar las llaves de tu Hummer? —Me dirigió una sonrisa arrogante.

—Difícilmente. Todavía tengo esto bajo control. Este… giro... es solo un obstáculo inesperado, un lamentable retraso.

—Yo espero que no sea un retroceso significativo —dijo Donnie con un aire de arrogancia que realmente rivalizaba con el mío—. Recuerda, ya es jueves, y si para el domingo, aún no la has *reclamado* como tuya, tu dulce Hummer es mía.

—No es nada importante —le dije—. Ustedes me conocen, Donnie... ¿He fallado en algo así?

—Siempre hay una primera vez para todo, jefe —interrumpió de repente Zack.

—Oh cierra la jodida boca, Zack. No voy a fallar, ¿de acuerdo? ¿Yo fallando? Eso es como dios estando teñido de imperfección.

—¿De nuevo, cuál es su nombre? —cuestionó Donnie.

—Phoebe. Phoebe Ellison —respondí.

—Ah. Phoebe Ellison. La no tan pequeña mancha en el expediente de otra manera perfecto de Hayden Summersmith —proclamó escandalosamente extendiendo sus manos y sacando sus dedos como si estuviera haciendo una toma en el aire.

—Caballeros... les permitiré disfrutar de este momento de burla —bromeé—, debido a que a finales de esta semana, voy a ser el que se ría, y encadenaré tu maldita consola de video juegos en mi Hummer y la arrastraré por todo el campus.

Donnie tragó con fuerza.

—¿Cu-cuál es el punto de eso? —preguntó con nerviosismo.

—Ninguno —le dije—. Solo un recordatorio de que jamás se debe dudar de mí cuando se trata de asuntos como este. —Le di una sonrisa jactanciosa, una dosis de su propia medicina.

—Así que, ¿cuál es este giro del que estabas hablando, jefe? —me recordó Zack, con los ojos llenos de curiosidad... una expresión infantil que era un marcado contraste con su excesivamente imponente cuerpo.

—Uhm... —No sabía si debería decirles o no.

—¿Cuál es este giro, Hayden? —presionó Donnie por una respuesta—. ¿Qué va a ser monja? ¿Qué ya está casada? ¿Qué es lesbiana?

—Uhm... —Iba a comprar algo de tiempo para pensar acerca de la forma correcta de compartir con ellos lo que pasó.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Donnie como si se hubiera dado cuenta de algo trascendental—. ¡¿Ya estás enamorado de ella?!

—No seas un jodido idiota, Donnie —le dije—. No es nada tan improbable como eso.

—¿Qué, pues, jefe? —preguntó Zack animadamente.

—Bueno... resulta que su madre está saliendo con mi padre.

—¡¿Qué carajos?! —comentó Donnie, por su reacción de sorpresa parecía que estaba al borde de un ataque, aunque en el camino su boca se abrió por lo mucho que quería reír por el extraño giro de los acontecimientos.

—Y se van a casar —añadí—. El próximo fin de semana.

—¡Caray! —Donnie no podía creer lo que acababa de decir.

—Eso es tan extraño, jefe —respondió Zack, otra vez, con ingenuo asombro mientras se rascaba su cabeza coronada por su desaliñado cabello castaño.

—Sí... lo es, Zack —pronuncié—. Ella y yo... vamos a ser hermanos.

—¡Eso es tan enfermo! —gritó Donnie con disgusto, solo para que sus labios se curvaran en una sonrisa lasciva inmediatamente después—. ¡Sin embargo, es tan jodidamente caliente! ¡Vas a follarte a tu hermana! Quiero decir... ¿No es genial?

Zack empezó a saltar arriba y abajo con entusiasmo.

—No sé si sea caliente —dije—, pero sí sé que puedo usar eso a mi favor.

—¿Realmente ahora? —preguntó Donnie con escepticismo—. ¿Cómo?

—Ya verás —le dije con una sonrisa de suficiencia.

Sus palabras, sin embargo, se mantenían sonando en mi cabeza.

Vas a follarte a tu hermana.

La respuesta inmediata a ese pensamiento era repulsión, naturalmente. A su madre no le gustaría. A las personas que conocemos no les gustaría. A mi padre no le gustaría.

Mi padre...

Hmmmm....

Vas a follarte a tu hermana.

De alguna manera, la declaración de Donnie rápidamente se estaba convirtiendo en una idea muy maravillosa.

Capítulo 24

PHOEBE

—Oh! Por! Dios! Lo siento Phoebe... esto es demasiado para procesar. Necesito sentarme y beber algo.

Le ofrecí a Cindy mi lata de refresco. Ella tragó todo su contenido. Estaba así de sedienta. Y estaba así de sorprendida por lo que le había revelado.

Miró alrededor de la cafetería para ver si había gente alrededor de nosotras... gente que podrían conocer a Hayden Summersmith. Cuando estaba segura de que estábamos a salvo, comenzó a hablar otra vez.

»Así que, déjame entender esto. Saliste en una cita. Luego él trató de besarte. Después lo rechazaste. Luego, él insistió en pasar a segunda base, tercera base, o cualquier base contigo. Después tú le dijiste las palabras que él me dijo la semana pasada. ¿Y se enojó?

—Básicamente, si —confirmé.

—¡Sí! —gritó con júbilo, mientras me daba un fuerte abrazo—. ¡Te amo, te amo, te amo! ¡Eres malditamente buena! ¡Dime más, Phoebe! ¡Por favor, dime más!

—Bueno, fue una cita fantástica.

—Lo es. Pero es una farsa. Él te hará sentir como si fueras tan malditamente especial solo para poder entrar en tus faldas. Y una vez que haya terminado contigo, te tirará y seguirá adelante hacia su próximo objetivo.

—Por momentos parecía sincero.

—¿Hola? ¿Phoebe? Por supuesto que iba a parecer sincero. Está actuando. Y la actuación es inútil si ese actor no es convincente.

—Supongo que tienes razón.

—Así que... ¿Fue un buen besador?

—Ehm...

—¡Espera un minuto! —jadeó antes de continuar—. Solo se besaron, ¿verdad?

—Por supuesto, duh, eso fue todo lo hicimos, nada más ni nada menos quiero decir... duh... ¿qué más podíamos hacer? ¿En nuestra primera cita? Caray. ¿En qué estabas pensando?

—Uhm... ¿en que estás hablando muy rápido otra vez?

¡Oh maldición! *Estaba* hablando rápido...

Ella me frunció el ceño mientras me miraba dudosamente.

—¿Me estás mintiendo, chica? —preguntó con tanta inquietud y duda.

—No... solo nos besamos... ¡lo juro!

—¡Aja! Así que se besaron. ¿Cómo estuvo?

—Estuvo... bien, supongo...

—¿Bien? Eso es apenas un adjetivo.

—No lo sé, realmente. No es cómo si hubiese besado a muchos chicos antes. Bueno...no es como si hubiera besado *a un* chico antes.

—Bueno, ¿quién comenzó el beso entonces?

—¡Él lo hizo! —grité con certeza para así no darle ninguna idea estúpida de que yo fui quién inició todo el asunto del beso.

—¿Estuvo implicada la acción de alguna lengua?

—Uhm...

—¡Oh por Dios, Phoebe! ¡Ya no eres una boca virgen!

—¿No soy una qué?

—¡Una boca virgen! ¡Tu dulce e inocente boca ha sido asaltada y violada por su sucia lengua! ¡Ewwwwww! —Rio y rio después de decir esas palabras.

Humedecí mis labios, contemplando si había algo de verdad en lo que dijo.

—De cualquier manera... ¿Cómo terminó la noche? —preguntó.

—Bueno, lo empujé lejos y le dije lo que tú querías que le dijera.

—¿Qué no es él, que eres tú?

—Sí.

—¡Ja! ¡Te entiendo, bastarda asquerosa! Y, ¿cómo reaccionó?

—Estaba enojado. Yo estaba tan asustada. Pensé que iría contra mí como un loco de mierda.

—Y ahí fue cuando tú saliste de su Hummer y lo dejaste ahí, revolcándose en frustración e ira, ¿verdad?

—Uhm... no exactamente.

—¿No exactamente?

—Uhm, Cindy... mi mamá llegó y nos vio en su auto.

—¡Oh mierda! ¿Ella los vio besándose?

—Yo... no lo creo

—Oh, gracias a Dios. Sabes, mi mamá me atrapó una vez mientras estaba besando a un chico. Me dio el infierno después de eso, y estuve castigada por un mes.

—Sí, lo recuerdo. Collin McDervish, ¿verdad? El chico con un grueso acento escocés?

—¡Correcto! ¡Guau! Sabes, había olvidado su nombre... pero tu memoria, Phoebe... ¡es increíble!

No le dije que la mayoría de mi conocimiento sobre los hombres de nuestra especie venían de sus historias.

»Bueno, afortunadamente tu mamá no te atrapó —repitió una vez más—, por cierto, ¿por qué regresó tarde a casa? ¿Se duerme como... a qué hora? ¿9 de la noche? ¿Para su turno de la mañana?

—Uhm... —Estaba tan vacilante de responder a su pregunta—. Ella... ella en realidad volvía de una cita —dije finalmente.

Cindy explotó en risas. Ya fuera porque no podía creer que mi mamá, a su edad, todavía estaba en la búsqueda de prospectos románticos; o si estaba asombrada por el hecho de que nosotras dos tuvimos citas en la misma noche.

—Ooooh... tu mamá debe estar acalorada —dijo en broma—. ¿Quién es el afortunado?

—Ehm... ¿William?

—¿William?

—¿William... Summersmith?

El rostro de Cindy inmediatamente se volvió horriblemente pálido, como si toda su sangre fuese arrastrada fuera de ella. Sus ojos, estirados amplios y aturdidos, me miraron fijamente, como si estuviese esperando... rezando… para que dijera que solo estaba bromeando.

Desearía que así fuera.

»Y mi mamá... está embarazada, de su bebé, y van a casarse —añadí. Qué demonios. Como podía bien contarle todo y no hacerla sufrir gradualmente—. La próxima semana. Nos mudaremos a su casa, en Beverly Hills.

Su lenguaje corporal indicaba que estaba al punto del desmayo. Afortunadamente, las sillas donde estábamos sentadas tenían respaldos. Estampó todo su peso en el soporte acolchonado, mientras trataba de absorber todo lo que había compartido.

—¿Ese cabronazo... va a ser tu... hermano? —preguntó, aunque sabía muy bien la respuesta.

—*Hermanastro*, en realidad —la corregí.

—Esto lo cambia todo —pronunció con aire taciturno—, tal vez no te hayas enamorado de él, pero es prácticamente de tu familia ahora. No puedes posiblemente odiarlo tanto como yo lo hago.

Quería decirle las palabras que quería escuchar, que sí, lo aborrecía con cada fibra de mi ser; que sí, creía que él era el tipo más bajo de basura en esta tierra; que sí, continuaría detestándolo después de todo lo que había pasado e incluso después de convertirse en mi familia...

Pero no pude.

Hayden... es un joven muy complicado. Egocéntrico aunque encantador, despiadado pero romántico, con necesidades superficiales, pero con inclinaciones profundas. Era un enigma que estaba rogando por ser resuelto... un enigma tan cautivadoramente desconcertante... un enigma en el que yo me había vuelto mucho más absorta.

—Nada ha cambiado, Cindy —le dije firmemente, aunque dudaba si creía en mis propias palabras.

Ella me miró y sonrió, con alivio más que nada más.

—Eres mi mejor amiga para toda la vida, ¿está bien? —preguntó, todavía esperando por cualquier seguridad que pudiera darle.

—Por supuesto —respondí, mientras colocaba mi brazo a su alrededor y descansaba mi cabeza en su hombro.

—Pero no puedes enamorarte de él, ¿entendido? —añadió de repente con severo presentimiento.

—Nunca —dije, mientras mordía mis labios lejos de su mirada, temiendo que tal vez me arrepentiría de esa palabra en el futuro.

Entonces mi teléfono sonó, señalando un mensaje de texto.

Deslicé un dedo a través de la pantalla para ver de quién era. El nombre del destinatario apareció: *idiota,* la etiqueta que adjunté al número de Hayden.

A escondidas, abrí el mensaje, asegurándome de que Cindy no pudiera verlo.

Veámonos esta noche. Vestíbulo, Beverly Wilshire.

La furia comenzó a construirse dentro de mi mientras me daba cuenta cuan descarado era su mensaje. Él ni siquiera me dio una opción. Asumió que diría que sí. Pensó que me tenía bajo su hechizo, a pesar de que lo rechacé anoche. Es un presumido idiota. Estúpido, sucio, autoritario, altanero hijo de…

Mi teléfono sonó otra vez.

Abrí el mensaje...

Te extraño.

De repente mis dedos comenzaron a hundirse para responder.

¿A qué hora?

Capítulo 25

HAYDEN

Tan pronto como la pequeña manecilla de mi reloj paso el segundo contador, comencé a sentirme nervioso. Llegaba tarde, y esperar no era realmente lo mío, especialmente en el lobby de un hotel donde docenas de turistas me pasaban, apestando a sudor y esencias de perfumes extraños que nunca usaré en mi vida. Odiaba esperar, más aun cuando tenía tanto preparado para ella esa noche. El tiempo era esencial, y lo estábamos desperdiciando.

Tenía que calmar mis nervios.

Me levanté del sofá en el salón y procedí a salir a fumar. Sin embargo, antes de que pudiera prender mi cigarrillo un taxi se detuvo, y ella salió.

Su cabello estaba limpiamente atado en una cola de caballo revelando la suave piel de su cuello. Estaba usando una camisa muy suelta de Nirvana, por qué, no lo sabría, ya que el grunge está tan pasado de moda y un par de jeans de color negro. Lo que me sorprendió más fue que también estaba usando los Retro Jordan que le compré anoche.

Estaba un poco demasiado mal vestida para la ocasión, pero no importaba.

Tiré mi cigarrillo y corrí hacia el taxi. Me sonrió tan pronto como me vio. Cerré la puerta por ella.

Lección de vida de Hayden No. 29: *Siempre hazle creer a una mujer que la caballerosidad no está muerta. Solo se convierte en un Paso Rápido para llegar a su cama.*

—¡Hola! —la saludé.

—¡Hola! —me saludó de vuelta—. Siento llegar tarde. Tuve un mal rato saliendo a escondidas de mi casa.

—Hmmmm. ¿Tú mamá no quiere que salgas dos noches consecutivas?

—Ehm… no realmente. Es por una….razón totalmente diferente.

Le ofrecí mi brazo y ella lo sostuvo mientras me daba una sonrisa.

»Entonces… ¿Qué vamos a hacer esta noche? —preguntó.

Con impaciencia, si me permiten añadir. Si solo lo supiera. Está noche era la noche en que las defensas que le quedaban caerían. Está noche era la noche en que se entregaría a mí.

Lección de vida de Hayden No.41: *Cuando una mujer demuestra emoción, correspóndela con una avidez calmada para moderar sus expectativas y hacer tu sorpresa aún más desarmante.*

—No mucho —respondí—. Solo quería un… tiempo a solas contigo. Para hablar. Llegar a conocernos mejor.

—Ya veo, ¿pero no hicimos eso anoche?

—Podemos hacer eso cada noche, y no me cansaré de ello —contesté con una sonrisa.

Estaba visiblemente emocionada por mi demostración de dulzura. No sabía si saltar de arriba a abajo con alegría, o mantenerse en silencio o preservar su dignidad. Eligió la última, aunque el bastante peculiar enroscamiento de sus labios reveló lo mucho que estaba disfrutando el momento.

Lección de vida de Hayden No. 17: *La adulación te llevará a todas partes, pero un simple acto de ternura te llevaría directamente dentro de su falda.*

O sus jeans, según el caso.

La llevó hasta el ascensor y el operador nos saludó con algunas cortesías. De hecho me reconoció.

—Buenas noches, Sr. Summersmith —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Cómo puedo ayudarlo esta hermosa noche?

—El pent-house, por favor —respondí.

Él asintió y presionó el botón con la etiqueta P.

—¿El pent-house? —preguntó Phoebe, tensa de repente. Probablemente pensaba que la estaba llevando a una habitación.

Todavía no.

—Ya verás —le dije mientras le acariciaba suavemente el codo, invitándola a confiar en mí.

Confía en mí.

Ahora eso es gracioso. Si solo ella supiera. Si todas las chicas antes de ella solo supieran. La confianza era tan fácil de ganar. Amabilidad fingida, cortesía simulada, fingir escuchar cuando estás muriendo de aburrimiento… eso es más que suficiente para convencerlas de que eres digno de su fe.

El ascensor sonó, señalando que hemos llegado a nuestro destino. Tan pronto como las puertas se abrieron, fuimos recibidos por un amplio pasillo que estaba ricamente adornado con alrededor de media docena de candelabros, todos italianos, por lo que podía decir, y una alfombra de color rojo oscuro que era suave, podía sentir su textura a través de mis zapatos.

Phoebe no dejaba de mirar alrededor, visiblemente asombrada ante el espectáculo de su entorno. Hubo un par de veces cuando tocó la pared para asegurarse, tal vez, que no estaba hecha de pieles.

Eso fue dulce.

Había solo dos puertas en el pasillo. La primera puerta era la suite del pent-house, el alojamiento más caro en el hotel, e incluso en la ciudad. Era mi habitación por la noche.

Nuestra habitación, para ser más exacto.

Pero antes de que pudiera llevarla ahí, debía primero desarmar sus defensas haciéndola sentir como la mujer más especial en el mundo. Después de todo…

Lección de vida de Hayden No. 39: *Trátala como una princesa y ella te dará la llave de su cinturón de castidad.*

La segunda puerta guiaba hacia la terraza, un jardín en la azotea con vistas a la ciudad. Era un lugar romántico, pero me aseguré que se volviera aún más *idílico* con las modificaciones que pedí.

—Este lugar se ve tan… vacío —compartió su observación cuando nos aproximábamos a dicha puerta.

—¿De verdad? —respondí—. Phoebe… la única cosa vacía aquí es mi corazón…

Ella elevó una ceja como si no creyera lo que acababa de oír.

»…y tiene un signo en la parte superior de ella que dice *VENDIDA A LA SEÑORITA ELLISON* —continué.

Chasqueó la lengua y me dio un empujón juguetón.

—Esa es la línea más estúpida que he escuchado —dijo—. Una que no esperaba de alguien como usted, Sr. Summersmith.

—¿Qué puedo hacer? —contesté—. El amor hace al hombre sabio un tonto.

Abrí la puerta y la fragancia de Heliotropos y Resedas nos saludó. Innumerables flores colgaban de los pilares del enrejado que guiaba hacia el borde exterior de la terraza. En la parte superior del camino había incluso más flores colgando sobre nosotros, bañándonos con sus pétalos de vez en cuando.

Me le quedé mirando y vi la mirada de asombro en su rostro. Ella, con los ojos bien abiertos y aturdidos en su camiseta blanca y pantalones de veinte dólares, su peinado que exudaba un encanto inocente, era todo un espectáculo. No era la primera vez que hacía algo así por una chica, pero las otras… parecían haberlo esperado. Algunas incluso sentían que se lo merecían. Ella, en cambio, ni siquiera sabía lo que estaba pasando.

A medida que nos acercábamos al centro de la terraza, un violín comenzó a sonar. La canción: *Eres Tan Hermosa*, de Joe Cocker. El compás: lento y romántico.

Sus ojos se ampliaron más cuando escuchó la serenata del instrumento tocado por un solo hombre, vestido con un esmoquin y quien anunciaba sus servicios en Craiglist. No me decepcionó.

El violinista estaba apostado justo al lado de una mesa redonda, cubierta por un elegante mantel de terciopelo. Una botella de vino estaba en el centro, rodeada por dos copas, platos de una Fina Vajilla China, y utensilios moldeados de plata pura. Un camarero se acercó a nosotros y sonrió educadamente. Extendió su mano gentilmente hacia la mesa.

Ella siguió mirando todo el lugar, asombrada por el despejado cielo nocturno salpicado con estrellas. Había luna nueva y el aire estaba fresco. En el horizonte, las brillantes luces de Los Ángeles relucían como luciérnagas bailando en un mar negro.

—Guau… —dijo, una sola palabra que fue tan suave, tan tímida, que casi no la entendí.

—¿Qué es tan *guau* sobre esto? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—¿Cuánto costó todo esto? —cuestionó tímidamente.

—No tanto como creerías —contesté—. Aunque me siento terrible.

—¿Terrible? ¿Por qué?

—El coro que contraté no pudo venir esta noche.

—¡¿Coro?!

—Solo bromeaba —aclaré con una gran sonrisa mientras le sacaba la silla.

Estaba demasiado pasmada para reírse. Tomó asiento y siguió mirando alrededor con clara incredulidad por lo mucho que había preparado esta noche. Preguntó cuánto costó. No me atrevería a decirle el total, pero maldición sí no era menos costoso que mi Hummer.

—Hayden, yo… yo… no sé qué decir —murmuró de nuevo.

—Shh, señorita —le dije, mientras me sentaba en la silla opuesta a su lado de la mesa—. Solo disfrute esta noche y todos mis esfuerzos habrán valido la pena.

—De-de acuerdo —dijo con voz entrecortada, mientras bajaba la cabeza, en su forma de ser reservada… la misma reserva que quería dispersar en una hora o dos.

Siguieron unos minutos de silencio. Esperé que hablara, pero no habló. Entonces pregunté lo que esperaba fuera algo efectivo para romper el hielo.

—¿Estás soltera?

—¿Qué-Qué? —Mi pregunta la tomó por sorpresa.

—¿Estás soltera? ¿O estás viendo a alguien?

—Oh… no, no… No salgo con nadie… Soy… bueno… para ser honesta… nunca antes he salido con nadie.

—¿Cómo nunca?

—Bueno, excepto por nuestra primera cita, claro.

Justo como esperaba.

—Encuentro eso difícil creer —dije.

—Oh por favor, Hayden… Sé que esa declaración es la preliminar de un muy falso comentario halagador.

—¿Qué? ¿Estás esperando que diga que no puedo creer que no hayas salido con nadie antes porque eres tan bonita?

—Sí, o un adjetivo similar.

—Bueno… siento decepcionarla, señorita Ellison.

Vi un rastro de consternación en su cara. Fue algo fugaz. Pasó muy rápido. Pero fue un rastro de todas maneras… y una señal de que mi acercamiento estaba funcionando.

—Oh… —respondió, un poco avergonzada de su errónea suposición.

—No puedo creer que no hayas salido con nadie antes porque usualmente nunca soy así de afortunado.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Que soy muy afortunado. Imagínate… ¿A cuántos chicos has rechazado? Y aun así, me dijiste que sí a mí.

—¿Qué? Ni siquiera es así, Hayden…

—Pfff. Haz la excusa que quieras —contesté, mientras llenaba nuestras copas con vino—. ¡Pero esta noche, brindaré por mi buena fortuna!

Y finalmente, se rio. Fue la primera vez desde que llegamos al jardín del pent-house.

Lección de Vida de Hayden No. 73: *Si puedes hacer reír a una mujer, puedes hacer que haga cualquier cosa (robada de Marilyn Monroe)*.

Le pedí que probara el vino que preparé, un Domaine Leroy Echezaux Grand Cru, pero se rehusó… muy frenéticamente debo añadir. El incidente en el restaurante japonés probablemente estaba fresco en su mente, con eso de que se emborrachó tanto que se armó de valor para vencer al matón que contraté.

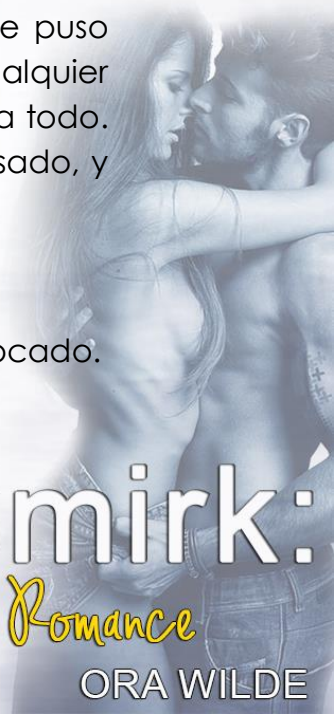
La cena fue servida: un suntuoso surtido de caviar, caracoles y foie gras; una porción abundante de cortes de ribeye con pure de papa; y una deliciosa porción de trufas de chocolate blanco para coronar.

La música nunca se detuvo incluso mientras comíamos. Ella se puso incómoda algunas veces, sintiéndose mal por el violinista más que cualquier cosa. No tenía qué decir nada. La intranquilidad en sus ojos lo decía todo. Solo le articulé que estaba bien, que iba a ser muy bien recompensado, y que debería de disfrutar su comida.

Y así hizo.

—Estoy taaaan llena —comentó después de comer su ultimo bocado.

Bien.



Lección de vida de Hayden No. 75: *Dale a una chica una grandiosa comida y ella te dará un buen acostón.*

Después hablamos de una variedad de cosas. Sus pasatiempos, sus intereses, sus gustos y disgustos, sus planes para el futuro… me aseguré de que la conversación se tratara de ella para que tuviera la idea de lo mucho que estaba interesado en ella. Contestó resueltamente cada pregunta.

Hablamos un buen periodo de tiempo hasta que nos quedamos sin cosas que discutir. Ella dijo algo para romper el silencio.

»Entonces… ¿tu papá va casarse con mi mamá, eh?

Oh amigo En realidad estaba disfrutando esta noche, pero tenía que mencionar eso.

—Síp —contesté casualmente.

—¿Ambos no lo sabíamos, verdad? Ese fue un momento incómodo, cuando me llevaste a casa y se estacionaron atrás…

—Síp —repetí, esperando que mis obviamente despreocupadas respuestas le informaran que no quería hablar de ello.

—Seremos una familia pronto —dijo con un rastro sombrío en su voz. No dejaría de hablar del tema.

—Síp.

—Tú y yo seremos hermanos.

—Síp.

—Entonces… ¿esta sería la última vez que haríamos algo como esto, verdad?

Me detuve por un momento antes de contestar.

—Síp.

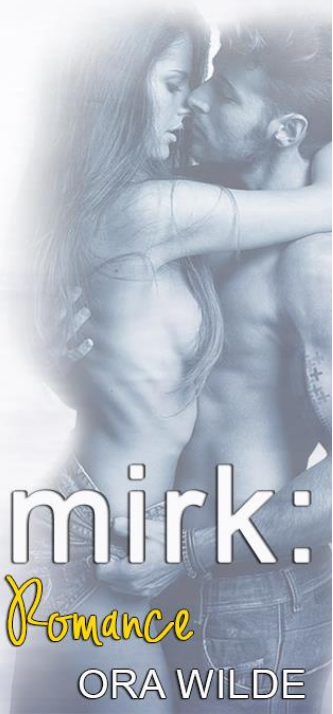
—Eso es… eso es muy triste… pero supongo que es como es —dijo, el tono taciturno se había convertido en desaliento.

—Bueno… no somos hermano y hermana todavía. —Traté de tranquilizarla con una sonrisa—. Solo vamos a disfrutar este momento. La noche todavía es joven.

Sonrió de vuelta.

—Bueno entonces —comentó alegremente—. ¿Qué tenemos a continuación?

Pensé que nunca preguntaría…



Capítulo 26

PHOEBE

Había muchas cosas de las que me arrepentía en mi vida.

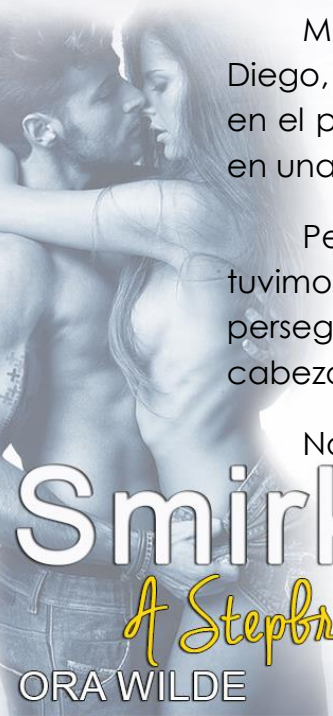
Me arrepiento de no haber comprado ese lindo vestido blanco en Walmart cuando tenía dieciocho porque pensé que lo encontraría a un precio mucho más barato en algún otro lugar. Cuando finalmente me di cuenta de cuanto lo quería, ya no estaba en el aparador, y la dependienta dijo que era el último lote.

Me arrepiento de no haber visitado a mi padre cuando seguíamos en Chalfant cuando él y mi madre acababan de divorciarse. Estaba demasiado asustada de que me rechazara… de que fingiera que no me conocía… todo porque ya tenía otra familia. Los años pasaron, y ahora, estoy segura que él ni siquiera me diría como estaba el clima.

Me arrepiento de fallar al ingresar una aplicación para la UC de San Diego, donde los programas de medicina y pre-medicina eran los mejores en el país. UCLA no era una mala opción pero la UC de San Diego estaba en una liga propia.

Permitir que Hayden me llevara a su habitación en el mismo piso donde tuvimos una cena maravillosa era una de las cosas que siempre me perseguirían. En los años venideros, sabía que siempre querría golpear mi cabeza en la pared cada que recordara ese momento.

No sabía porque dije que sí.



No sabía si de hecho dije que sí.

Él solo me condujo ahí, y yo lo seguí… de buena gana… como si estuviera tan hipnotizada por sus encantos que mis pies solo se movían hacia la dirección que él indicara. No se hablaron palabras durante la lenta marcha hacia su habitación mientras él estaba sosteniendo mi mano y yo no hacía el intento, ni siquiera el más ligero esfuerzo, por alejarme. Él solo fue ahí y yo lo seguí.

Su habitación era gigantesca. Era más grande que la zona de nuestra casa en Van Nuys. Era un piso con vistas hacia una cama que era más grande que dos camas matrimoniales colocadas juntas. Había una cocina, una sala de estar con una televisión que era casi tan grande como la pantalla del Cine Twin en Bishop, que se encontraba a veintitrés minutos en autobús lejos de Chalfant el cual era el cine más cercano a nuestro lugar.

Había un bar, también, con gabinetes de virio que alojaban una variedad de bebidas alcohólicas.

Pero Hayden no me ofreció una bebida.

No.

Me condujo hacia el espejo a un lado de la cama, el vidrio de este era tan grande, que podría haber reflejado a una docena de personas paradas la una al lado de la otra.

Sostuvo mis brazos y me acomodó para que pudiera ver mi reflejo. Entonces se puso detrás de mí, acariciando la piel desnuda de mis brazos con tanta gentileza que hizo que mi piel se erizara.

Comenzó a besar mi cuello.

No debería haber pasado. Pero de nuevo, no hice nada para detenerlo.

Su lengua se deslizó de arriba a abajo por la superficie de mi cuello, y se sintió bien. Despertó mis sentidos en una especie de extraño frenesí… como si quisiera demasiado algo y haría cualquier cosa, cualquiera, solo para aliviar la dolorosa necesitad que estaba experimentando.

No podía creer que le estaba permitiendo hacerme eso… de nuevo.

Fue solo cuando trató de alzar mi blusa, mientras seguía frente al espejo, cuando tomé sus manos para expresar mi desacuerdo.

Vi su reflejo mientras me miraba. Estaba sonriendo arrogantemente.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

Estaba aterrorizada. No quería que me viera… completa… vulnerable y desnuda. No quería que viera lo flácidos que eran mis brazos en realidad sin la ilusión creada por el finamente atado vestido. No quería que viera la carne extra que tenía alrededor de mis caderas. No quería que viera las feas marcas sobre mi área pélvica, creadas por años de forzarme a entrar en jeans talla 37.

Estaba demasiado ocupada estando petrificada que fallé en responder su pregunta.

»No lo tengas —susurró en un tono reconfortante—. *Eres* hermosa.

Y con esas palabras procedió a desvestirme. Mi camiseta salió, y él rápidamente desabotonó mis jeans después. No sabía que se me había metido mientras lo ayudaba removiendo mis zapatos fuera de mis pies, uno después del otro.

Bajé mi ropa interior, e instintivamente cubrí mis pechos.

Duh, ¡Phoebe! De todas las cosas que no quieres que vea, ¿escoges esconder tu mejor atractivo?

Él desabrochó mi sostén en un fluido movimiento. Parecía un experto. Lo había hecho antes. Incontables veces, demasiadas probablemente. Lo quitó y lo tiró al suelo. Continué presionando mis brazos sobre mis pechos.

Quitó mis manos, y las remplazó con las suyas. Apretó mis montículos, tiernamente, cariñosamente, como si fueran frágiles globos llenos de agua que no quería reventar. Mientras estaba haciendo eso, sus cálidos labios viajaron de mi cuello a mi oreja, la cual lamió muy sensualmente.

Una mano dejó mi pecho y fue más al sur. Insertó sus dedos dentro de la abertura de mi tanga e inmediatamente tocó mi clítoris.

Estaba empapada, un hecho que rápidamente descubrió a juzgar por la sonrisa que apareció instantáneamente.

»Quiero hacerte el amor —murmuró, de nuevo, tal como la noche anterior, y con todo lo que pude responder fue con un gemido mientras abría mi entrada femenina con un dedo, yo estaba tan húmeda que entró con facilidad.

Sabía que tenía que detenerlo.

Sabía que tenía que decir que no.

Pero las cosas que estaba haciendo… la manera en que mi cuerpo estaba respondiendo ante cada acción… la manera en que mi piel estaba ansiando su toque… la manera en que mi corazón estaba gritando su nombre… solo quería saborear el momento. *Solo un minuto*, me prometí, *un minuto de placer y lo terminaré*.

Entre la locura de cada segundo, me pregunté: ¿Era esto todavía una actuación, un componente de su treta? ¿Seguía activa la apuesta con Donnie? ¿Esta tarde era parte de ello? ¿Debería de importarme?

¿Siquiera me importaba?

Se quitó su camiseta de manga larga y sus pantalones. Podía ver por su reflejo que se quitó su ropa interior también…

Pero cuando una sólida roca… estaba apretada entre su cuerpo y la base de mi espalda, supe… supe… que estaba completamente desnudo.

Y eso me excitó mucho más.

Comenzó a mover sus caderas, arriba y abajo y circularmente, contra la parte baja de mi espalda mientras continuaba succionando y mordiendo mi oreja, amasando mi pecho, y llenando mi vagina con su dedo. La grandeza de su erección se volvió bastante aparente mientras empujaba mi cuerpo contra el suyo… haciéndome sentir más de él… haciéndome sentirlo por completo.

¿Y el minuto que me prometí?

Se fue más rápido que la caída de una bola de hierro.

Entonces, él colocó un pie entre los míos. Empujó mi pie derecho hacia un lado hasta que mis piernas estuvieron abiertas ampliamente.

Su mano dejó mi pecho y la colocó en mi espalda. Me empujó hacia adelante hasta que me incliné, mi palma descansando en el espejo por apoyo.

Sostuvo su eje y lo acarició vigorosamente, asegurándose que estuviera lo suficientemente duro. Se colocó justo en mi entrada, antes de darme una mirada. Tenía esa sonrisa burlona de nuevo… una sonrisa que parecía preguntar: *¿Estás lista?*

Cerré mis ojos y me preparé para lo peor…

Muy en el fondo, con cualquier cordura que había quedado, sabía…

Sabía…

Que no estaba lista…

Capítulo 27

HAYDEN

—¿Estás seguro, hermano?

La pregunta era difícilmente inocente. Él tenía ese tono burlón, con un intento menos que furtivo para regodearse de su victoria. Éramos amigos, sí. Eso hacía la vergüenza menos difícil de soportar. Pero también hacía el dolor de la pérdida más difícil de olvidar.

—Una apuesta es una apuesta —le dije—. Tienes las llaves. Lárgate. Tómalo para una jodida escapada o algo. No me importa. Solo lárgate de mí vista.

—Hayden Summersmith… siempre el perdedor adolorido —dijo con una risa mientras hacía *clic* en el botón del control remoto para abrir las puertas de mi Hummer… *mi* Hummer que acababa de perder—. Odio hacerte esto en la víspera de la boda de tu papá…

—Ni siquiera vayas allí —le advertí. Él sabía de mi menos que ideal relación con mi padre. Probablemente tenía buenas intenciones, pero aun así, no me gustaba.

—Bien, bien, relájate, hermano —dijo, mientras sostenía sus manos en el aire, con una de ellas todavía sosteniendo las llaves de mi vehículo—. Voy a irme ahora. Pero Hayden… solo un consejo de amigos… mantente tranquilo mañana, ¿de acuerdo?

No le respondí.

»Puedes odiar a tu papá con todo tu corazón… —continuó, innecesariamente—. Pero sus colegas estarán allí… personas que lo respetan. Dale un día… un solo día. No tienes que estar feliz por él. Solo no tienes que agravar las cosas porque desprecias tener que asistir a ese evento.

Hice un gesto para que se fuera. Él me dio una sonrisa y entró al vehículo. El motor rugió y se alejó.

No quería mirar… pero esa Hummer y yo hemos compartido muchos recuerdos juntos. No pude apartar mis ojos hasta que estaba fuera de mi vista.

Finalmente, estaba solo en la glorieta frente al edificio de Ingeniería. El anochecer ha llegado y el campus rápidamente estaba tornándose vacío. Lo prefiero así. Menos personas, más tiempo para pensar.

Y tenía mucho que pensar.

No puedo creer que ella dijo que no.

Estábamos casi allí. Estaba solo a un empuje de romper su maldito himen y ganar la apuesta. Pero me detuvo, y me dijo que no estaba lista.

Podría haber fingido que no la escuché. Un segundo… solo un segundo… era todo lo que necesitaba para conseguir entrar en ella.

Tengo que aceptar que soy una mala persona, y he llegado a disfrutar esa identidad.

Pero no soy un violador.

Una gran parte de la emoción era ganar su consentimiento, haciéndola tan vulnerable que no tuviera otro recurso que permitirme tener mi camino en ella. Llegamos a ese punto. Estaba en su punto débil. Mi táctica había funcionado. Pero en el último momento, se resistió.

Y eso fue todo.

Solo un puñado de palabras fueron dichas antes de que ella saliera de la habitación.

No puedo

¿Por qué?

Porque.

Pero…

Adiós.

Y yo me quedé pensando en cómo las cosas terminaron de esa manera. La noche marchó realmente bien. Todo lo que había planeado fue ejecutado perfectamente. Ella se abrió a mí. Estaba tan dispuesta a dejar que pasara todo… a compartir una noche de pasión imprudente conmigo.

Entonces se alejó.

Ha pasado más de una semana desde esa noche, pero su reacción está todavía fresca en mi mente. ¿Cómo podría no estarlo? El recuerdo de ese momento seguía persiguiéndome. Era la primera vez que una mujer me rechazaba…y ni siquiera estaba interesando en esta chica en particular, en primer lugar.

Ella me dejó.

Maldición.

Pero no era la última vez que la vería, no.

Mañana, mi padre se casará con su mamá, y seremos una gran familia feliz.

Mierda.

¿El vejestorio la embarazó y decidió casarse con ella, de repente? ¿Qué tan completamente idiota era eso? Si yo fuera tan descuidado como para embarazar a cualquiera de las chicas con las que he follado, ni siquiera consideraría el matrimonio. ¿Para estar atado a una mujer por el resto de mi vida? Solo la idea de eso me asfixia.

Y tendré que vivir con una mujer que pronto llamará su esposa. Conociéndolo, querrá que la llame *mamá*. Que se joda. No quiero tener nada que ver con ella, y nunca, nunca la llamaré por ese nombre. Si él pudo fácilmente profanar la memoria de mi madre porque su polla no puede

mantenerse bajo su control, entonces que se joda. Ese es su problema. Yo tengo mi propia vida… tengo mi propia opinión… y estoy facultado para tomar mis propias decisiones. Llamarla por un nombre cariñoso nunca será una de ellas.

Y su hija….

Su dulce e inocente hija…

¿Hermanastra, eh?

Viviría en la misma casa que yo por una semana y podría fácilmente convertirla en una zorra.

Fácilmente.

Pero, ¿cuál es el punto?

Ella se alejó. Desestimó mis avances. Perdió su oportunidad. Solo debería olvidarla y seguir adelante. Hay chicas más bonitas ahí afuera. Más delgadas… más glamorosas… más elegantes… más refinadas… más hermosas.

¿No me desea? Está bien. Es su pérdida, no la mía. Después de todo…

Lección de vida de Hayden No. 182: *Recuerda siempre, ella es solo una chica, perfectamente reemplazable. Si no quiere tener nada que ver contigo, déjala y encuentra a alguien más.*

Ella no vale mi tiempo. Rumiar sobre los *y sí y lo que podría haber sido,* solo sería un desperdicio. Debería seguir adelante… y olvidarme de ella.

Pero de alguna manera…

De alguna manera, siempre empezaba a odiarme cuando intentaba explicar por qué no puedo dejar de pensar en ella.

Capítulo 28

PHOEBE

Tarde para Biología. Tengo que correr más rápido.

Demasiada gente estorba en el pasillo. Es difícil pasar entre la multitud de estudiantes charlando y merodeando fuera de sus aulas.

Casi perdí mi virginidad. ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida!

¿Olvidé mi almuerzo? No. Debe estar en mi bolsa.

Un grupo de estudiantes acaparando el espacio del pasillo. ¡Cuán insensibles!

Di "con permiso". Olvida tu enojo. Eres una estudiante de primer año. Respeta la tradición.

—Con permiso —dije, mientras me abría paso entre la multitud de alrededor de siete personas acurrucadas juntas formando un bloqueo por el muy estrecho pasillo que conducía a mi clase de Biología. Me dieron miradas agudas. No me importaba. Solo terminé forzando mi camino por delante de ellos. Llegué tarde... y había tantas cosas en mi mente.

Ha pasado más de una semana. ¿Por qué no he oído hablar de él?

Mañana era la boda de mi mamá pero la idea de eso todavía no se asentaba en mí. Estaba demasiado preocupada por él.

¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Estaba siendo sincero? Cuando dijo que era hermosa, ¿lo quiso decir de verdad? El esfuerzo que hizo, los preparativos que ha hecho, los gestos que ha mostrado... ¿ninguno de ellos fue real?

¡Para con esto, Phoebe! ¡Es solo un chico! Y probablemente no es para ti, de todos modos. Es solo parte de la apuesta que le obligaste a tomar. Todo esto es una farsa.

Mientras la campana sonaba para señalar el comienzo del tercer periodo del día, el pasillo comenzó a aclararse, haciendo más fácil para mí lanzarme hacia mi salón asignado. Era apenas girando a la derecha al final del pasillo. Solo unos pocos pasos más...

Unos cuantos pasos más...

Un ruido sordo me saludó mientras giraba la derecha. Me tambaleé hacia atrás, dejando caer mis libros al suelo.

¡Mierda! De todas las veces que podría tropezarme con alguien, tenía que ser ahora, cuando llegaba tarde y mi mente era un desastre total.

—Oh, Dios mío, lo siento mucho —dijo la voz mientras me arrodillaba para agarrar mis pertenencias. Era la voz de un hombre, profunda pero con encanto, con un inequívoco acento sureño, sin duda, bastante agradable.

Lo suficientemente agradable para hacerme mirarlo.

Alto y corpulento, oscuro cabello corto, una mandíbula cuadrada que era masculina en todos los sentidos, y ojos del color del mar más azul que me podría imaginar, brillando aún más cuando sonreía.

Se acercó al suelo para ayudarme a recoger mis cosas, pidiendo disculpas en repetidas ocasiones por lo que percibía era su descuido.

—No... Está bien —le dije—. Es mi culpa, no estaba mirando.

Tomó el último cuaderno que estaba en el suelo, se levantó y me lo dio.

—No, en realidad yo era el único que no estaba mirando —dijo. Tenía un tono distinto que simplemente rezumaba gentil virilidad.

Lo miré y vi su rostro lleno de remordimientos. Verlo me hizo sonreír.

—Los dos somos torpes, entonces —bromeé.

—Creo que lo somos —dijo mientras sus labios se curvaban en una sonrisa.

¡Ah... tenía razón! Sus ojos brillaban con más intensidad cuando sonreía.

—Soy Joshua, por cierto —se presentó mientras me tendía la mano—. Joshua Taylor.

—Un placer conocerte, Joshua —contesté mientras le estrechaba la mano—. Mi nombre es Phoebe. Phoebe Ellison. Y voy tarde para Biología.

—Y yo voy tarde para Comunicación de las Artes II —contestó.

—¿Estudiante de segundo año?

—¿Estudiante de primer año?

—Tristemente, sí.

—Bueno, no vamos a permitir que ninguno de esas cosas desagradables te fastidien, Phoebe Ellison —aconsejó—. Y si lo hacen, solo tienes que buscarme como refuerzo. Estaré… justo por los alrededores.

—Nos vemos... por ahí... entonces, Joshua Taylor.

—Sí, señora. Nos vemos… por ahí.

Él empezó a caminar hacia la curva por dónde venía, pero antes de que pudiera dar una vuelta, miró hacia atrás y me dio una última sonrisa.

Esa fue una agradable sorpresa.

Un bienvenido respiro de lo pésimo que me he estado sintiendo la semana pasada, de la incertidumbre rodeando los sentimientos de Hayden hacia mí... y mis propios sentimientos hacia él.

Apenas llegué a la clase a tiempo. El profesor estaba a punto de hacer el pase de lista cuando entré en el salón. Me dirigí hacia mi asiento y abrí mi libro, con la esperanza de ahogarme en la tarea en cuestión que me permitiera olvidarme del torbellino de emociones que me ha atormentado durante días.

Joshua.

Parecía un tipo muy agradable. Bien educado. Un caballero. Muy cortés. Muy... genuino.

Algo que no podía decir sobre Hayden.

Pero incluso mientras la fantasía paseaba alrededor de mi cabeza, mientras que el profesor daba su conferencia... Joshua y las posibilidades románticas con él... la boda de mi mamá y cuán grande sería... el nuevo sistema de vida que podría ser en realidad bastante agradable... aun así no podía dejar de pensar...

En el hombre que robó mi corazón...

En el hombre que me ha llevado al borde de la locura con los misterios detrás de sus caminos...

En el hombre que, mañana a esta hora, sería mi hermano...

Capítulo 29

HAYDEN

—¿Por qué carajos no ha empezado la ceremonia?

Puede que hubiera hecho esa pregunta en voz demasiado alta ya que mi voz hizo un poco de eco a través de los interiores expansivos de la Iglesia El Buen Pastor. Anton, mi primo que era uno de los padrinos de boda, puso su dedo sobre sus labios, recordándome bajar mi voz.

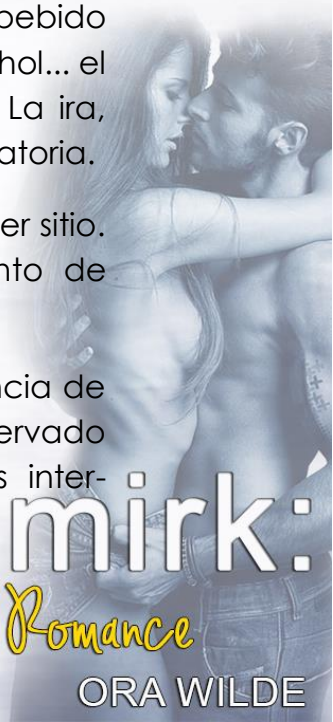
—Tu mamá no está todavía aquí —dijo con una sonrisa irónica.

—Oh, ¡cállate la boca! —le grité. Él sabía lo que sentía por la situación, y con solo pronunciar esas palabras me sacaba de quicio.

He estado maldiciendo... más de lo normal... a cada paso. He bebido un poco demasiado antes de salir de casa y venir a la iglesia. El alcohol... el refugio para vadear la ira y la angustia. Angustia, tenía un poco. La ira, estaba rebosante. El día que temía había llegado, y no había escapatoria.

Me podría haber quedado en casa. O en otro lugar. En cualquier sitio. Lejos de esta iglesia. Lejos de la ceremonia que estaba a punto de celebrarse.

Pero el viejo me hizo su padrino, y si no fuera por la vieja creencia de que rechazar tal honor traería años de mala suerte, me hubiera reservado un vuelo a Tahití para disfrutar de una Margarita mientras ellos inter-



cambiaban sus superficiales *acepto* frente a las personas que tenían que aplaudir por educación.

»Ese es un buen comienzo para su matrimonio —comenté sarcásticamente.

—No pienses demasiado en ello —dijo Anton—. Las novias siempre llegan tarde.

—¿De verdad?

—¿Qué? ¿No has asistido a una boda antes?

Dos o tres veces, si recuerdo correctamente. La verdad era: que odiaba las bodas. Excesivas celebraciones glorificadas por algo que, estadísticamente hablando, terminaría en desastre de todas formas. Era solo una razón para que la gente bebiera y fuera feliz honrando la unión de dos corazones.

No sabía nada de la parte de *ser feliz,* pero seguro como el infierno que estaba pensando en *beber* más este día.

Anton decidió ir dentro de la iglesia con el resto de los padrinos de boda, dejándome solo con la soledad que prefería. Saqué mi paquete de Dunhill y encendí un cigarrillo. Veía a las personas que llenaban rápidamente la catedral. Todo el mundo llegaba con sus mejores trajes y vestidos... unas pocas personas que conocía, un montón que ni siquiera había visto en toda mi vida. ¿Cuántos de ellos eran amigos de mi padre? me preguntaba ¿Cuántos eran de la familia de esa zorra?

Varios de ellos traían algunos regalos suntuosos a la iglesia. No es que yo supiera qué había dentro de las cajas envueltas, pero los tamaños de sus regalos, muchos de los cuales eran llevados por su propio *personal privado*, darían una pista sobre el valor de lo que había dentro. Me reí. Sus dones, sus sonrisas, sus comportamientos emocionados... era todo para el espectáculo. Era una iglesia, ¡por el amor de Dios! Un lugar de culto. ¿Dónde carajos van a poner sus regalos? ¿En el maldito pasillo? Si su intención era que la novia trastabillara, me encomendaría a ellos. Pero no eran tan brillantes. Solo querían que todos pudieran ver lo mucho que se habían preparado para el gran día de mi padre, con la esperanza de que él firmara en la línea punteada de un documento que le estaban vendiendo, o consiguiendo

que sus hijos trabajaran para él, o les concediera un préstamo, una *inversión* como ellos lo llamarían, por alguna empresa que, dada su propensión a la teatralidad, resultaría ser todo brillo sin sustancia.

Antes de que terminara mi cigarrillo, sin embargo, la multitud empezó a ponerse de pie y mirar hacia afuera donde yo estaba. Estaban sonriendo y charlando, y algunos incluso ululaban. Miré detrás de mí para ver lo que estaban mirando.

Era el auto nupcial que se había estacionado delante de la gran puerta de entrada de la iglesia.

Una pequeña mujer de mediana edad ordenaba frenéticamente a la gente que fuera a sus respectivos lugares. Muy probablemente era la coordinadora de bodas. Llamó a las damas de honor, algunas de las cuales se veían muy bien y muy factibles, sobre todo la rubia que no dejó de mirarme durante la última hora o así, destellando su sonrisa pretenciosa que trataba de encubrir con fingida timidez, y los padrinos, incluido yo, por desgracia, y nos pidió que formáramos una línea al final del pasillo y nos preparáramos para la marcha.

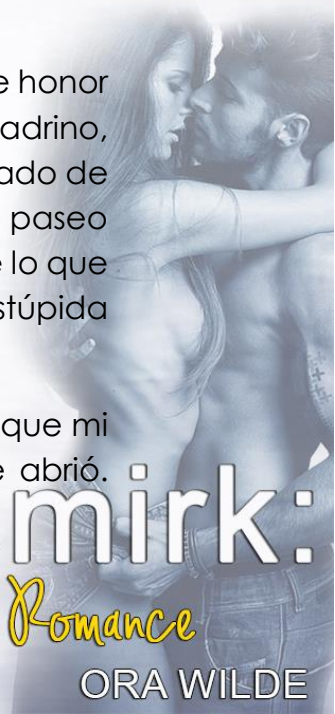
La marcha...

Era más como un desfile. No del tipo que estaba lleno de pompa y glamour. El tipo que la gente del circo solía hacer en los viejos tiempos, cuando anunciaban su llegada a la ciudad.

Vi a mi padre de pie en el otro extremo del pasillo, justo enfrente del altar. Parecía feliz. ¿Cómo no iba a estar feliz? Tenía una mujer mucho más joven para follar cada noche.

Se suponía que camináramos hacia la primera fila. Las damas de honor se sentarían en la izquierda y los padrinos a la derecha. Yo, siendo padrino, la idea era suficiente para hacer hervir mi sangre, tenía que estar al lado de mi padre y esperaríamos a que la novia terminara su largo paseo perseverante hacia nosotros. Solo esperaba que fuera más rápido de lo que temía. Cuanto antes llegara, antes habría terminado la estúpida celebración.

La puerta del auto nupcial, una limusina Rolls Royce blanca, ya que mi padre parecía haber abierto todas las paradas para el evento, se abrió.



Esperaba que la caza-fortunas saliera. En cambio, una joven figura, una mujer vestida con un entubado vestido blanco real con bordados adornos intrincados que palidecían en comparación con el resplandor de su presencia, bajó del vehículo.

Tenía la cabeza inclinada hacia abajo mientras tenía cuidado de no pisar el borde de su vestido. Mantuvo la cabeza inclinada mientras daba sus primeros pasos hacia la fila que esperaba por ella.

El incómodo caminar sin gracia y agonía. La incomodidad de sus tacones. La sofisticada simplicidad de su actuar.

No tenía que verle la cara.

Era ella.

Tomó su posición en la parte de atrás de la fila, justo a mi lado. Ni siquiera dijo hola. Seguí mirándola, con una sonrisa que esperaba llamara su atención... en vano.

El órgano sonó, una versión lenta de *Todo de Mí*. Si yo fuera el novio, despediría a la coordinadora de bodas.

La coordinadora nos pidió a las damas de honor y a los padrinos que iniciáramos la marcha por parejas. De dos en dos, las líneas disminuyeron hasta que solo quedamos ella y yo.

»Se supone que coloques tu mano alrededor de la mía —le dije con una sonrisa seca.

Ella chasqueó la lengua y metió la mano por el espacio entre el arco de mi brazo.

Entonces empezamos a caminar hacia el altar. Ella estaba sonriendo a los invitados, aunque tímidamente. No se sentía cómoda recibiendo mucha atención. Debería saberlo. La llené de propuestas para una noche y casi me la follé.

—¿Por qué el trato tan frío? —le pregunté mientras avanzábamos.

—Sabes por qué —respondió, todavía sin mirarme.

—¡Oye! No es mi culpa que te pusieras frígida de repente.

—Shhhh —respondió de forma consternada—. Hay como miles de personas rodeándonos...

—Por lo menos cuatrocientas —la corregí—. Esta iglesia solo puede albergar a quinientas personas.

—Parecen más que esas.

—Por lo cual estoy agradecido.

—Guau. Sociable, de repente, ¿eh?

—Nop. Solo aprecio el hecho de que su número te obligó a hacer una pregunta que yo pudiera responder. Debido a eso, por fin estoy hablando contigo en este momento.

Ella me dio una mirada burlona.

—Ahí va de nuevo con su extraño proceso de pensamiento, Sr. Summersmith —dijo.

—Y ahí vas de nuevo, tratando de seducirme con tu comentario sagaz —repliqué.

—¡¿Qué?!

—Shhhh. Muchas personas nos rodean, ¿recuerdas?

—Eres... eres... eres totalmente incorregible.

—¿Te he dicho cuan follable estás en ese deslumbrante vestido?

—¡Y un terco bastardo también!

Solo sonreí mientras llegábamos al altar.

Ella se fue a su lado del pasillo, y fui a donde estaba mi padre.

Y de alguna manera... Sentí un deje de tristeza.

De alguna manera... Sentí que la larga caminata no fue lo suficientemente larga...

Capítulo 30

PHOEBE

—¿Hayden? ¡La cena está lista!

Nunca me acostumbraría a mi mamá llamándolo así, como si fuera su propio hijo. Ella estaba emocionada de mostrarle a Bill y a Hayden lo que había preparado para la cena. No era una buena cocinera de ninguna forma, pero su persistencia y entusiasmo lo hicieron por ella. No se detuvo de cocinar guisar, agitar y probar hasta que consiguió el sabor correcto.

Bill se aproximó por detrás, enredando sus brazos alrededor de la parte superior de su cuerpo, y le dio un beso.

Nunca me acostumbraría a eso tampoco. El único hombre al que había visto siendo así de íntimo con mi mamá fue mi padre… y era demasiado joven en ese entonces para recordar cada detalle de sus dulces momentos.

»Espero que les guste la carne asada en cazuela —le dijo mi mamá mientras colocaba un beso en su mejilla.

—¡Excelente! —dijo con entusiasmo—. Amo la carne en cazuela. ¿Chavo hirvió la carne por al menos ocho horas?

—Uhm… de hecho, yo la cociné —respondió tímidamente.

—¿Qué? Le pagamos a personas para hacer eso, Martha. No tienes que cocinar para nosotros.

—Lo sé, lo sé, pero me gusta cocinar y quería hacer algo especial para ti y Hayden —dijo—. Y también para ti, Phoebe —añadió como si fuera un pensamiento de último minuto.

Se liberó de su abrazo y continuó arreglando los platos y los utensilios en la larga y gran mesa para cenar, la cual francamente, era demasiado grande, como la mitad de nuestra casa anterior.

—Martha… le pagamos a la sirvienta para hacer eso, también —la interrumpió—. Por favor… déjalos hacer su trabajo.

Amorosamente la alejó de la mesa, sus manos aun estirándose por el plato que estaba limpiando. Dos sirvientas en inmaculados uniformes blancos y delantales azules, quienes estaban reducidas a simples espectadoras hace unos minutos, inmediatamente procedieron a arreglar la mesa para nosotros.

—¿Dónde está Hayden? —preguntó mamá—. Le llamé hace un minuto. Probablemente no me escuchó.

—Mamá… es una casa bastante grande —le recordé lo que era un hecho muy obvio—. No es como nuestra casa en Van Nuys donde podíamos escucharnos la una a la otra susurrando. Está arriba, tal vez encerrado en su habitación. No te escuchó.

—Oh… —murmuró con un tono inconforme.

—Phoebe… ¿podrías tocar la puerta de su habitación y decirle que la cena está lisa? —pidió Bill—. No queremos que la comida de tu madre se enfríe antes de que podamos probarla.

—Sí, Phoebe —concordó mi madre—. Ve arriba y llámalo.

—Pero… pero… —Traté de encontrar una excusa para no ir a su habitación. No estaba cómoda con eso. No nos habíamos hablado el uno al otro desde ayer, después de que caminamos juntos hacia el altar.

—Ve, Phoebe —continuó suplicando mamá—. Es una buena forma de que te acerques a tu hermano.

Hermano.

Otra cosa a la que nunca me acostumbraría.

Me encogí de hombros y me giré hacia la escalera de espiral que llevaba hasta el segundo piso de la casa. Las escaleras eran inmensas… impresionantemente colosales. Cada escalón estaba alfombrado con terciopelo rojo, enmarcado con un revestimiento dorado que hacían ver el diseño completo impresionantemente elegante. Nuestra vieja casa era un apartamento de un solo piso. No estaba acostumbrada a vivir en una residencia con escaleras reales. Y la naturaleza descomunal de las escaleras me hizo jadear mientras llegaba al piso superior.

El pasillo que me saludó era tan majestuoso como la escalera por la que había subido. El área era tan amplia y el techo estaba tan alto, que sentí que mi voz haría eco si gritaba. El piso estaba cubierto de alfombra también. Me quité mis zapatos… los Jordan Retro que Hayden me había comprado… y los dejé en la parte superior de las escaleras. No quería ensuciar la alfombra.

Había al menos tres habitación en el piso. La primera era un baño… el cual era tan grande y casi tan enrome como un salón entero en la UCLA.

La de en medio era mía. No había tenido la oportunidad de desempacar y mis maletas seguían abajo, aunque ya había visto cómo se veía mi habitación. Era linda. Todo dentro era blanco… una puerta blanca, gabinetes blancos, cómodas blancas, un vestidor blanco… incluso las sábanas eran blancas. Probablemente era usada como la habitación de invitados antes de que me la asignaran, pensé.

La habitación en la parte más alejada del pasillo era la de Hayden. Si mi habitación tenía un decorado blanco, estaba tentada a apostar que tenía negro como su decoración. Solo mirar su puerta reforzó mi creencia. Estaba pintada con el tono más oscuro de negro. ¿Qué había con él y ese color? Me pregunté. Su habitación era negra. Su Hummer… o la que solía ser su Hummer… era negra. Tenía una preferencia por la ropa negra. Si no lo conociera mejor, habría pensado que era alguna clase de adorador del diablo.

Dudé antes de tocar su puerta. No sabía qué decir. Seguro, solo le diría que la cena estaba lista… pero, ¿qué pasa si me daba esa mirada… la mirada que decía cuanto me quería… cuanto me deseaba?

Tomé una respiración profunda y estiré mi mano, lista para golpear en la brecha de ébano que protegía su sector de esa masiva, masiva casa.

Pero antes de que mis nudillos pudieran tocar la superficie de madera en su habitación, un sonido de un chirrido emanó del otro extremo del pasillo.

La puerta del baño.

Salió, apenas cubierto en la toalla más pequeña que había visto, la tela apenas estaba atada en sus caderas como si luchara por cubrir la parte baja de su cuerpo, revelando sus musculosos muslos y fuertes piernas que comenzaron su camino hacia su habitación… hacia mí.

Sostenía otra toalla. Estaba secando su cabello mientras caminaba, sin ver que estaba ahí, afuera de su habitación, paralizada, mi mano aún alzada y preparada para tocar.

Me congelé donde estaba. No sabía qué hacer. Estaba casi desnudo y estaba acercándose a mí.

Tenía que pensar en algo. Cualquier cosa. ¿Debería fingir estar viendo a los alrededores familiarizándome con el lugar? ¿Debería solo correr a su lado y rezar para que no me haya notado, o al menos que me confundiera como una de las ayudantes de la casa? ¿Debería solo actuar como si me estuviera desmayando, así eliminaba la necesitad de contacto visual y conversación?

Estaba pensando tanto que ni siquiera noté cuan cerca estaba de mí.

Él seguía sin ver a donde estaba yendo, su atención consumida por su inclinación a secar su cabello antes de siquiera poder llegar a su habitación.

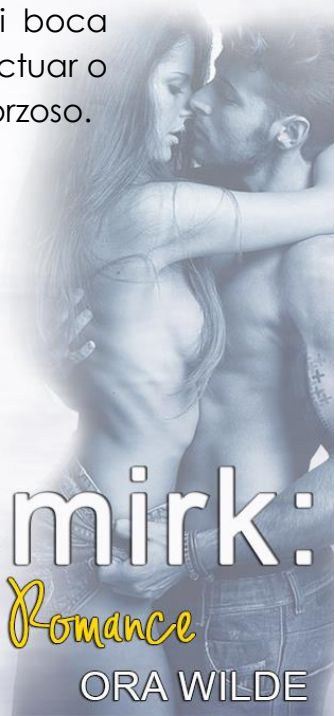
Y yo seguía ahí de pie, como una tonta, con mis ojos y mi boca ampliamente abiertos, completamente perdida en cómo debería actuar o cómo debería responder o cómo debería tratar con un encuentro forzoso.

Estaba demasiado sorprendida. Estaba demasiado paralizada.

Era demasiado estúpida como para no moverme.

Estaba demasiado asustada.

¿O tal vez era aterrorizada?



¿Podía ser posible que estuviera hipnotizada por su cuerpo? ¿Su sólido pecho? ¿Sus abdominales de lavadero que brillaban con el agua que permanecía en su torso? ¿Sus fuertes hombros? ¿Sus musculosos bíceps y sus tensos brazos que parecían cada vez más buenos cada vez que los alzaba para guiar la toalla a través de su cabello? ¿Su delgado cuerpo que hacía ver todos sus rasgos varoniles más marcados sin ser robusto? ¿La manera en que caminaba, sin preocupaciones, aun masculino en cada paso, lo que era totalmente diferente comparado con sus pasos cuando estaba cubierto de ropa?

Un fuerte golpe frenó mis reflexiones… y tal vez, terminó mi mundo también.

Chocó contra mí con tanta fuerza que me empujó hacia atrás contra la dura superficie de su puerta. Él, también, rebotó lejos de mí tan violentamente que tiró la toalla que estaba sosteniendo.

—¿Qué carajos?! —exclamó sorprendido.

Entonces me miró… y por un segundo o dos, hizo una pausa. Estaba sin habla. ¿Fue porque lo había visto? ¿O era por algo más?

»¿Tú? —preguntó finalmente incrédulo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Había furia en su voz, una que me hizo sentir cuánto me detestaba, cuánto no quería que estuviera aquí.

Tragué.

¡Piensa, Phoebe, piensa! ¡No dejes que tenga la última palabra!

—¿Qué estoy haciendo aquí? —repetí su pregunta, con un tono tan furioso como el suyo—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¡Está es mi jodida habitación!

Estúpida, Phoebe. Verdaderamente estúpida…

—Sí, ¡Y yo solo estoy aquí para decirte que la cena está lista! —le grité, con un deje de orgullo para recuperarme del tropezón anterior.

—Pueden empezar sin mí —dijo con repentina frialdad—. Voy a salir, y realmente no estoy hambriento.

No esperaba mi respuesta que siguió. Solo escapó de mi boca como un grito salvaje después de una eternidad de tormento.

—No hagas esto más difícil para todos, Hayden —le dije—. Nadie está realmente cómodo con este… este… este nuevo arreglo. No lo hagas peor. Por una vez en tu vida, deja de actuar como un mocoso malcriado. Deja de sentirte tan superior. Deja de hacer los problemas peores, y en cambio, comienza a ser parte de la solución.

Lindo. Realmente lindo, Phoebe.

Me dio una mirada desconcertada. ¿Me las había arreglado para hacer sentirse derrotado, al *gran* Hayden Summersmith? ¿Había conseguido dejarle estupefacto?

Justo cuando estaba comenzando a disfrutar la gloria de la victoria, comenzó a hablar y a torcer todas las cosas.

—¿Crees que soy un mocoso malcriado? —preguntó con renovada furia—. ¿Jodidamente crees que soy un mocoso malcriado? —Estaba echando humo por la rabia.

Se fuerte, Phoebe. Se fuerte. Puedes hacer esto. Lo has golpeado en donde le duele. Solo sigue empujando. Sigue presionando la herida.

—¡Sí! —grité con resolución. —¡Eres un jo... jo… jodido mocoso malcriado! ¡Eres un cabrón! ¡Un idiota egoísta! ¡Un sucio sinvergüenza que vive del dinero de su padre! Un apestoso, convenenciero, vanidoso…

—¿Cabeza dura? —me interrumpió.

¿Qué le hizo terminar declaración? ¿Cómo sabía que esa era la palabra que iba a decir? ¿Y por qué demonios estaba sonriendo burlonamente de repente?

—Entonces… ¿Quieres que *nosotros* vayamos abajo a cenar con ustedes? —preguntó de nuevo, con esa disimulada risa *oh tan* molesta.

Espera. ¿Dijo *nosotros*?

Extendió sus brazos a sus lados como si quisiera mostrarme algo. Pero ¿Qué podría mostrarme? No trajo nada con él… solo la toalla que estaba cayendo alrededor de su…

Oh… mi… Señor…

El impacto de nuestra colisión hizo que su toalla cayera y… y… y…

¡Alza la mirada Phoebe! ¡No te embobes con eso!

Estaba impresionada por la vista de su pene, duro y completamente erecto, señalando hacia mí. Era la primera vez que había visto la parte más privada de un hombre… en persona al menos… y no había nada para compararlo. Pero en ese momento, no pensé que ninguna clase de comparación fuera posible. No necesitaba una guía para saber que era grande… ¡era épicamente grande! Casi habíamos tenido sexo hace una semana, pero él estaba detrás de mí y no había sido capaz de tener un vistazo de su… su… su herramienta. Esto había cambiado ciertamente…

¡Maldición Phoebe! ¡Alza la mirada! ¡Ahora!

Era tan largo que se había extendido al área justo debajo de su ombligo. Y su circunferencia era aterradoramente gruesa… era casi tan grande como una lata de Pringles. Estoy exagerando, sí, pero realmente se veía de esa manera desde esta perspectiva en particular.

¡Phoebe! ¡Espabílate! ¡Alza la mirada! ¡Rápido!

¿Cómo podía encajar esa cosa en la vagina de una mujer? Me pregunté. Solo imaginarlo me hacía hacer una mueca de dolor.

¿Por qué te estás imaginando esa clase de cosas, Phoebe? ¡Alza la mirada! ¡Ahora!

Era una mujer grande, pero no creía que mi abertura fuera lo suficientemente grande para esa… esa… esa cosa. Además, las mamadas de las que Cindy siempre estaba hablando… chupar el pene de un hombre… ¿cómo podría esa cosa caber en la boca de una mujer?

»¿Te gusta lo que ves? —preguntó.

Inmediatamente miré hacia arriba y sus ojos encontraron los míos. La diversión en su sonrisa era exasperante. Su actitud presumida era intolerable. Su alma sin compasión era enloquecedora. Su hermosa cara…

Su hermosa cara con esos divinos hoyuelos…

Era… era…

—¡Por el amor de Cristo, Hayden, cúbrete! —le ordené.

Él solo se encogió de hombros.

—Lo haría, para preservar la pequeña modestia que me queda —contestó—. Pero parece que no puedo encontrar mi toalla.

—¡Shhh Hayden! ¡Déjate de juegos! —Tomé la toalla que estaba justo debajo de sus pies—. Está justo a…

No fui capaz de terminar lo que estaba diciendo.

—Déjame tomarla —dijo, inclinándose por la misma toalla que estaba tratando de tomar. Mi cuerpo estaba en su camino, así que arqueó su torso para pasar sobre mí. Y fue cuando lo sentí.

Su pene.

En mi mejilla.

La rigidez de su eje frotándose contra la suavidad de mi cara. Era un acto violatorio, pero la manera en la que su cosa me acariciaba era todo menos forzada. Era gentil. Era lenta. Era como si quisiera que lo sintiera, que lo disfrutara, que lo saboreara.

Rápidamente tomé la toalla y la empujé contra su pecho. Instintivamente la tomó. Me puse de pie y di un par de pasos hacia atrás. Estaba respirando tan rápido que tenía dificultades en recuperar el aliento.

Él seguía sonriendo burlonamente.

—Solo… solo… ponte la toalla, por favor —rogué.

—Está bien —respondió. Colocó la toalla sobre su hombro—. ¿Ya estás feliz?

Me quedé pasmada por su audacia e imprudencia. Caminó hacia mí y con renuencia di un paso a un lado, mi espalda presionada contra la pared. Ni siquiera se molestó en evitar chocar conmigo. Su brazo cepilló contra mi pecho mientras caminaba por delante de mí. Era intencional. La mirada lasciva que me dio me lo dijo.

—Quiero que sepas que bajaré en un segundo —dijo mientras continuaba hacia su habitación—. Pero no necesariamente para cenar.

Ni siquiera se giró para mirarme. Mis ojos lo siguieron, dándome una buena vista de su espalda. Incluso su parte posterior era viril.

Y su culo. Firme. Bien torneado. ¿También era músculo?

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Que bajaré en un segundo, pero no necesariamente para cenar —repitió. Entonces me miró y guiñó un ojo—. ¿Quién sabe? Podría solo bajar por ti.

Capítulo 31

HAYDEN

Ella estaba visiblemente afectada por el truco que saqué antes. Durante la cena, siguió moviéndose inquieta en su asiento, como si estuviera en una gran incomodidad. Apuesto a que lo estaba. ¿Cómo podría incluso sentirse a gusto en esas bragas muy húmedas?

Viéndola retorcerse literalmente delante de mí mientras me veía en toda mi resplandeciente gloria fue, sin duda, una experiencia muy agradable. Siempre me gustaba cada vez que volvía loca a una chica, cuando trataba en lo posible de no mostrar cuan afectada estaba con mi cuerpo desnudo solo para vacilar y, sin querer, revelar algunos toques de sus más profundos y oscuros deseos. Porque en esos momentos, son más vulnerables… sus defensas están en su punto más débil… y sus gestos más simples solo me dirían, sin intención como podrían serlo, que están mucho más que listas para ser tomadas.

—Me alegro de que puedas unirte a nosotros para la cena de esta noche —dijo Martha mientras le pasaba el tazón a su hija. Yo no me les he unido para nada desde la boda. Despreciaba las nuevas disposiciones. Despreciaba su presencia en nuestra casa. La despreciaba a ella.

Pero, ciertamente, no tanto como lo despreciaba a él.

—Bueno, tengo hambre, es por eso —le contesté mientras tomaba el tazón de las manos de Phoebe, frotando intencionalmente sus dedos con los míos en el proceso. Ella me dio una mirada acerada. Yo solo le di una sonrisa de complicidad.

—Estoy feliz… y sorprendida —añadió mi *muy querida* madrastra innecesariamente—. Por lo general sales a esta hora de la noche, y…

Por supuesto, mi padre no le permitió continuar. Él tiene este hábito de imponer su voluntad en cualquiera y todas las cosas. Lástima que a menudo yo era el objetivo de su capricho.

—Bueno, él no puede ir a ninguna parte en este momento —dijo—. Acaba de perder su maldito auto. —Pude ver las venas en su frente abultándose con rabia contenida. Estaba ejerciendo tanto esfuerzo en reprimir su ira que era casi divertido… era como un idiota estreñido forzándose a sí mismo en el inodoro.

Por el rabillo de mi ojo, vi a Phoebe morderse los labios, como si supiera de antemano que mi Hummer se había ido. Me pregunté por qué. ¿Discutieron este asunto mientras yo estaba fuera? Las palabras de sorpresa de Martha me dijeron que no lo hicieron.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¿Qué pasó? ¿Te robaron?

Yo no quería contestarle, no porque habría mentido… no tenía problemas con mentir… sino porque ella no se merecía una respuesta. No se merecía nada.

Mi padre respondió por mí, sin embargo.

—Dijo que solo estacionó en la escuela —compartió con su voz llena de escepticismo—, y que había desaparecido *misteriosamente* cuando regresó.

—Duda de mi historia todo lo que quieras, padre —respondí—, pero eso es exactamente lo que sucedió. ¿No te sientes aliviado, sin embargo? Quiero decir… Estoy aquí, vivo e ileso. Suerte la mía. La Hummer fue la única víctima. Es solo un auto.

—¡¿Solo un auto?! —No pudo controlar más su ira. Estaba a punto de enloquecer—. ¡¿Solo un auto?! ¡Ese maldito auto me costó $40.000! ¿Y lo perdiste, así como así? ¿Simplemente… desapareció? ¿Qué? ¡¿Cómo magia?!

—$35.000 en realidad —le corregí con una especie de calma que sabía que lo enfurecería aún más—. No es una cantidad importante para ti, padre. Lo sé. Y sé que Martha también lo sabe —le di una sonrisa irónica a ella.

Ella fingió que no me oyó. Solo siguió cortando su comida con su cuchillo de mesa.

Phoebe quiso interceder. No sabía si era porque estaba enojada conmigo por tratar a la perra de su madre así, o si solo quería una tranquila cena *familiar*.

Mi padre, bueno, lo que hizo a continuación era lo esperado.

—Por una vez en tu vida, Hayden, ¿no puedes actuar como un adulto? —preguntó con enojo—. Sé que no has aceptado plenamente el hecho de que me he enamorado de nuevo y que estoy casado ahora, pero sé un hombre, ¡maldita sea! ¡Trátala con respeto!

—Guau… —dije mientras le daba a su entusiasta actuación un suave aplauso—. Tratarla con respeto… ¿no es así, padre? ¿Así como tú trataste a mi madre con respeto?

Rápidamente se levantó de su silla y estrelló su puño contra la mesa.

—¡Nunca… nunca… traigas a tu madre en esto! —gritó. Su voz era tan fuerte y estaba tan enfurecido que hizo que las sirvientas detrás de él se encogieran de miedo.

—Oh… ¿preferirías dejarla en el olvido, verdad, padre? —le pregunté burlonamente—. ¿Preferirías mantenerla enterrada?

Estaba a punto de acercarse a mí, pero Martha se levantó y lo detuvo. Ella trató de calmarlo. Agradable. Al menos era buena para algo.

»Bueno, supongo que eso es todo —dije mientras me levantaba—. Gracias por una encantadora cena, *mamá*. —Solo podía esperar que el escarnio en mi uso de esa palabra no se perdiera para ella.

Caminé hacia la puerta principal y Barton abrió los cerrojos y la abrió para mí.

Permanecí afuera de la casa, en el jardín más allá de la fuente en el centro de la calzada. Quería ir a algún lugar… cualquier lugar… siempre y cuando estuviera lejos de allí. Pero no tenía un auto.

¡Que se joda!

Espero que Donnie estuviera cuidándola, por lo menos.

Encendí un cigarrillo.

Ni siquiera me di cuenta de cuan emocional estaba hasta que tuve mi primera calada. El humo entró en mis pulmones y calmó mis nervios, y empecé a pensar en todo lo que simplemente ocurrió. Ella estaba allí. Él estaba ahí. Y yo estaba allí. Esos son los ingredientes naturales para una cena desastrosa.

Antes de que pudiera saborear mi segunda calada, sin embargo, alguien dijo mi nombre desde atrás.

—Hayden, tenemos que hablar.

Era Phoebe. Me di la vuelta para mirarla. Su rostro estaba pintado con odio y angustia. Estaba furiosa… probablemente tan furiosa como mi padre… probablemente tan furiosa como yo. No era el mejor momento para una charla.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó con severidad.

—¿Qué fue qué? —le contesté con falsa inocencia.

—¡No te hagas el tonto! —gritó—. ¿Por qué trataste a mi madre de esa manera?

Le volví la espalda. Miré a las brillantes luces del centro de Los Ángeles que se mostraban en el horizonte. Deseé que hubiera estado allí en lugar de donde yo estaba… en casa, con ellos, desesperado por el reciente giro de los acontecimientos que llevaron a algunos cambios que no me gustaban.

»No es como que queramos estar aquí —dijo—. Si tuviéramos una elección, estaríamos viviendo con tu padre en Van Nuys. Puedes tener esa estúpida mansión para ti mismo.

—Oh… estamos hablando de eso ahora, ¿eh?

—¿De qué más deberíamos hablar?

—Bueno… pensé que estabas decepcionada de que no llegué a darte el trabajo que te prometí.

—¡¿Qué?! No juegues ese juego conmigo, Hayden. Tú siempre eres así. Cada vez que eres empujado a un rincón por algo cruel que hiciste, siempre actúas de manera impertinente… tan descarado. Deja ese mecanismo de defensa y sé lo suficientemente hombre para al menos darme una respuesta directa.

¿Ser un hombre?

Esa es la segunda vez que alguien me dice eso esta noche.

¿Quieren que sea un hombre? bien. Voy a darles lo que quieren. Pero no deben culparme si no les gustan las consecuencias.

Me volví hacia ella una vez más. La miré fijamente. Quería que supiera lo mucho que me había insultado. Quería que supiera que aunque sentía que no merecía la verdad, aun así le daría la verdad. Quería que supiera que las cosas que escondía de ella me hacían incluso *más que* el hombre que ella quería que yo fuera.

»¿Qué quieres saber? —le pregunté, mi tono lleno de implacable determinación.

—Vamos a empezar con, ¿por qué odias tanto a tu padre? He estado observándolos desde esa noche cuando todos nos encontramos por casualidad. Es obvio que no se llevan bien. Pero es mucho más que eso, ¿no? Lo odias. Odias a mi mamá sobre todo porque lo odias a él y él la ama. ¿Por qué odias a tu padre, Hayden? ¿Por qué?

La miré por lo que parecieron segundos. Estaba tan decidido a responderle todas las preguntas. Pero no estaba preparado para esa en particular.

—Te equivocas —dije—. No odio a tu madre porque él la ama.

—¿Entonces por qué la odias? —preguntó. Su voz se había suavizado. Comenzó a darse cuenta de que me estaba abriendo a ella.

—No la odio porque es la nueva esposa de mi padre —dije—. La odio porque no es mi madre.

Fue su turno para responder con silencio. Estaba perdida en sus pensamientos, pensando en lo que dije.

—Bueno. Eso tiene sentido —afirmó—. Pero, ¿por qué odias a tu padre?

Le di la espalda una vez más. No quería ver su reacción una vez que le dijera la verdad. Peor aún, no quería que viera cómo estaría una vez que contestara su pregunta.

—Odio a mi padre —empecé a hablar—, porque él mató a mi madre.

Capítulo 32

PHOEBE

El mató a mi madre…

Él mató a mi madre…

Él mató a mi madre…

Esas palabras siguieron reverberando en mi cabeza al día siguiente. A pesar de mis súplicas para conseguir más información sobre el asunto, él se negó a responder. Con el tiempo, simplemente se alejó, retirándose de nuevo a la casa… en su mayoría probablemente a la soledad de su habitación.

¿Qué exactamente quiso decir con eso? ¿Acaso Bill realmente mató a la madre de Hayden? ¿Con un arma de fuego? ¿Un cuchillo? ¿Veneno? O tal vez, él no quería que sus manos se ensuciaran y solo contrató a algún asesino profesional o algo así.

Eso no parece correcto. He llegado a conocer a Bill como un hombre bueno y decente. Él no puede ser un asesino.

¿O fueron figurativas esas palabras? Tal vez Bill en realidad no la mató. Tal vez, las cosas no iban bien entre ellos y peleaban todo el tiempo. Tal vez, él tenía algún tipo de trastorno de la personalidad que lo hacía alguien muy difícil con quien vivir. Tal vez, esas cosas no mataron exactamente a la madre de Hayden… simplemente llevaron a su muerte, de una manera u otra.

Aun así… lo que Hayden compartió era muy alarmante, sobre todo porque mi mamá estaba casada con su padre. Debo advertirle. ¿Pero cómo? Ni siquiera sabía toda la historia y Hayden no tenía ningún deseo de revelar más.

Una idea surgió en mi cabeza durante la clase de química. Tal vez, como la química, debería separar el problema en elementos identificables para que pudiera juntarlos de nuevo y obtener una imagen más brillante de lo que realmente sucedió.

¿Cuáles eran los elementos identificables aquí? ¿Cuáles eran las cosas que ya conocía?

Uno, la madre de Hayden murió cuando él era un niño. No sabía la causa de la muerte.

Dos, Hayden siempre ha odiado a su padre. Su odio era tan fuerte, que uno solo podía suponer que la razón era muy grave.

Tres, sus palabras. *Él mató a mi madre*. La forma en que lo dijo, era como que no tenía dudas sobre su veracidad. Estaba tan seguro de ello. Pero los detalles… los detalles estaban faltando.

Me sentí tan tensa e inquieta todo el día. Pensamientos sobre el asunto me consumían. No podía concentrarme en mis clases. No tenía apetito y ni siquiera me di cuenta de que no asistí a comer ni una sola comida. Y casi me tropecé varias veces porque no estaba prestando atención a dónde iba.

Esa tarde, me metí en problemas.

Me estrellé con un par de chicos, chicos de fraternidad, al parecer, dadas las chaquetas con letras griegas que llevaban, y no les gustó ni un poquito.

—¡Joder, novata! ¿Estás ciega o algo así? —preguntó uno de ellos airadamente.

—Lo siento… lo siento mucho —me disculpé profusamente mientras recogía mis libros que cayeron al suelo.

—Conoce tu lugar, novata, ¿me oyes? —dijo el otro con una voz lo suficientemente fuerte como para que todo el mundo en el pasillo escuchara.

—Oye, escucha, no quiero causar ningún problema —les dije—. Lo siento mucho, pero solo que hay un montón de cosas en mi mente ahora mismo…

—Y respetar a los estudiantes de clase superior debe estar en la parte superior de las cosas en tu cabeza —gritó el primero burlonamente mientras empujaba mi sien con su dedo.

Me levanté y me enfrenté a él. Maldita sea la tradición. No estaba aceptando nada de esa mierda, sobre todo, no en ese momento cuando estaba pensando en el bienestar de mi madre.

—Estás empujando esto demasiado lejos, ¿no crees? —le pregunté desafiante.

—¿Y qué si lo hago, novata? —respondió fastidiosamente mientras permanecía de pie frente a mí, su rostro tan cerca del mío.

Fue entonces cuando me arrepentí de mi decisión de luchar por mí misma. Esos dos chicos… eran tan grandes. Podrían fácilmente salirse con la suya conmigo, especialmente cuando los desafié frente a todos los estudiantes que abandonaron lo que sea que estaban haciendo solo para ver el incidente que se estaba desarrollando.

—Chicos, sé que esta es la tradición por aquí pero en serio, no hay necesidad de ir hasta el extremo, todos somos una gran familia feliz en la UCLA y lo que pasó fue solo un accidente, y yo ni siquiera quise que pasara así que si tú pudieras solo permitirme que me vaya te prometo que no volverá a suceder, y ni siquiera tendrás que verme nunca más…

—¿Uhm, Gary? —habló el más pequeño de los dos—. Ella está hablando demasiado rápido.

¡Maldita sea! ¡Lo estaba haciendo! Oh mierda…

—Lo cual la hace aún más molesta —dijo el llamado Gary—. Hiciste algo malo, novata. Debemos honrar la tradición. Tienes que ser castigada.

—¡¿Qué?! No, no, no… yo ni siquiera quise hacerlo —traté de razonar mientras el pánico se estaba apoderando de mí.

—Herbert, ve a buscar esa silla de ahí —instruyó Gary a su compañero. Herbert rápidamente cumplió y jaló el asiento que estaba fuera del salón más cercano a nosotros. Gary se sentó y sonrió muy maliciosamente.

Tuve un mal presentimiento sobre lo que tenía en mente.

»Ahora novata, si pudieras hacer una cosa, una simple cosa, entonces todo será perdonado y olvidado —habló Gary.

—¿Qué-Qué tengo que hacer? —pregunté nerviosamente.

—No mucho. Solo un rápido baile erótico de regazo —respondió él con la sonrisa más perversa que he visto nunca.

Estaba congelada donde me encontraba. Miré alrededor mío y todo el mundo, todo el mundo, en el pasillo nos estaba viendo. ¿Que estaban pensando? ¿Tenía su simpatía? ¿O estaban esperando a que cumpliera con su ridícula demanda?

—¿Qué estás esperando, novata? —preguntó Gary impaciente-mente—. ¿Tenemos que desnudarte así serías capaz de… relacionarte… con tu papel? —Él se rio como si dijera algo ingenioso.

Quería darle una cachetada en la cara. Él me estaba faltando el respeto inmensamente. Pero no podía. No era tan valiente, y no sabía cómo se sentirían los otros si yo deshonraba la estúpida costumbre de la escuela.

Cerré los ojos y recé…

Por un terremoto así todos correrían hacia la seguridad y yo sería capaz de escapar de esa situación…

Porque un profesor pasara e interrumpiera las cosas, aunque dudaba de si el profesor estaría dispuesto a romper una tradición que él también sufrió cuando era estudiante de primer año…

Para que sonara el timbre así la gente, incluyendo a estos Gary y Herbert se apresuraran a sus clases y me dejaran tranquila…

»¡¿Qué carajo, novata?! —me reprendió Gary—. ¡No tenemos todo el día! Ve a bailar y hazlo sexy!

—Pero… —intenté una última súplica.

—¡No vas a romper la tradición, novata! —me dijo—. Mueve esas malditas caderas y se rápida al respecto. ¿O necesitas un poco de música?

Herbert comenzó a tararear una melodía que uno podría esperar de un club de desnudistas. Gary rio e hizo un gesto para que hiciera lo que ordenaba.

—¿Por qué no bailas en su lugar? —preguntó alguien detrás de ellos.

Ellos se dieron la vuelta para ver quién era. Mis ojos siguieron los suyos.

Y allí estaba él parado.

El chico que, anoche, actuó como el mayor idiota del mundo. El hombre cuyo corazón se suponía yo iba a romper como parte de una apuesta, y aunque ganamos esa apuesta, dudaba si incluso dejé la más mínima mella en su alma de piedra fría.

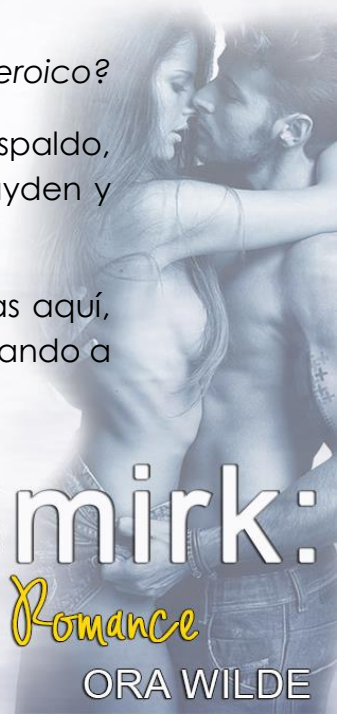
Sin embargo, él estaba allí, fresco y sereno como siempre, viéndose maravilloso en su camisa de manga larga color negro, suelta, la cual estaba hecha de lino fino, las mangas dobladas hasta los codos, sus jeans con un ajuste perfecto para su muy buena forma, y sus tenis, un par de Retro Jordan, las cuales eran muy similares a las mías.

Y él se puso de pie por mí, en contra de los dos idiotas que querían humillarme por la más simple de las transgresiones.

Se puso de pie alto. Se puso de pie valiente. Se puso de pie… *¿heroico?*

Gary se levantó de su asiento y agarró la silla por su respaldo, preparándola como un arma que podría utilizar. Él se acercó a Hayden y Herbert lo siguió.

—¿Tienes un problema con la forma en que hacemos las cosas aquí, Summermith? —preguntó agresivamente, como si lo estuviera desafiando a una pelea.



—Francamente, no me importa si ella hubiera bailado para ustedes —respondió arrogantemente con su sonrisa de marca registrada—. Realmente la habría disfrutado con ustedes, incluso.

¡¿Qué?!

¡Ese idiota!

—Mi problema es que, bueno, ella es mi hermana —agregó—. Y, por mucho que no quiera participar, la familia es la familia y voy a tener que… protegerla —terminó su intervención con un suspiro.

Era la primera vez que se refería a mí como su hermana. Había algo profundamente conmovedor y extrañamente molesto por la forma en que lo dijo.

—¡Oh… qué suerte de mierda! —replicó Gary—. Esta maldita escuela ya ha sido contaminado por un Summersmith… ¿ahora tenemos que lidiar con dos de ellos?

—Lo sé, ¿verdad? —Hayden se rio entre dientes—. Somos como gremlins. Una sola gota de agua hace que nos multipliquemos. No se atrevan a alimentarnos después de la medianoche, sin embargo.

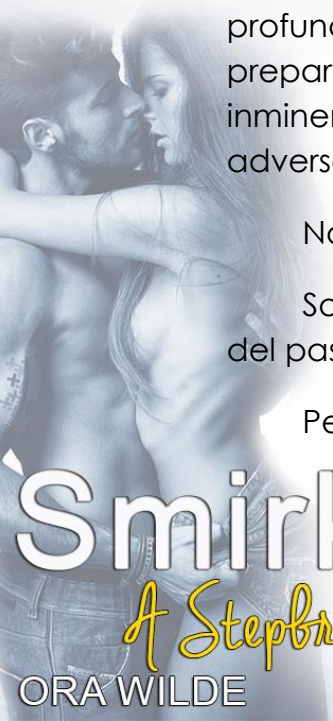
—¡Deja tus putas bromas, Summersmith! —gritó Gary—. La novata es nuestra. Ella nos dañó. Debe pagar el precio. Esa es la tradición de la escuela. Tú, más que nadie, debería saber cómo valorar la tradición, ¿correcto?

Los ojos de Hayden se lanzaron hacia arriba, como si estuviera en una profunda reflexión. ¿Estaba preparando su próximo movimiento? ¿Estaba preparando estrategias para el enfrentamiento físico que era bastante inminente en ese momento? Él era más alto que sus dos aspirantes a adversarios, pero ellos eran mucho más musculosos de lo que él era.

No tenía ninguna oportunidad…

Solo debería alejarse. Dejarlo ir. Yo podría correr hacia el otro extremo del pasillo, y todo estará bien. Nadie tenía que salir lastimado.

Pero esa no era la forma en que él era.



—Bueno —comenzó a responder, aún con esa sonrisa que seguramente irritaba aún más a los dos deportistas —. A la mierda la tradición… y ¡tú vete a la mierda! —le gritó a su antagonista, dándole un par de dedos medios justo enfrente de su cara.

Gary estaba sorprendido por la muestra de Hayden de pura bravuconería.

—Yo… sé lo que estás tratando de hacer —dijo el sólido tipo—. Quieres que te golpeé. ¿Crees que soy tan estúpido, eh Summersmith? Sé quién es tu padre. ¡Mierda! Todos en el maldito mundo saben quién es tu padre. Y si te golpeo… o incluso solo pongo un dedo encima de ti… rápidamente sería demandado. ¿No es así como son los chicos ricos, Summersmith? —preguntó burlonamente—. ¿No es así como es tu padre? ¿Protector de su único heredero… su oh tan querido dulce *bebé*?

Vi la rabia en los ojos de Hayden cuando estrelló su codo en la nariz de Gary.

Fue entonces cuando se desató todo el infierno.

Gary empujó a Hayden tan duro que él casi perdió el equilibrio. Casi. Hayden fue rápido en recuperarse. Vio el brazo de Gary balanceándose hacia él, su enorme puño listo para golpear su hermoso rostro. Pero Hayden se agachó con una impresionante agilidad. Y así cuando el puño de Gary dividió el aire por encima de su cabeza, Hayden lo golpeó con su propio golpe, justo en la tripa de su corpulento rival. Ese golpe tambaleó al bruto, haciéndolo caer de rodillas ante su enemigo más digno.

—Como estaba diciendo… —continuó Hayden diciendo, burlona, pomposa y desdeñosamente… sin el menor rastro de humildad en su ser.

Entonces, de repente, fue tumbado desde atrás por el compañero de su enemigo caído. El puro peso de Herbert fue capaz de llevar a Hayden al suelo, justo al lado del lugar donde Gary estaba arrodillado.

El ruido de puños golpeando carne siguió. Miré a la pila de humanidad en el suelo. No podía distinguir quién era quién. Ellos siguieron girando y rodando, cada uno tratando de luchar por el control sobre el otro. Un numeroso grupo de estudiantes convergió en un círculo alrededor de la

fuente de la conmoción. Algunos estaban incitando a seguir adelante con gritos de *¡pelea! ¡Pelea! ¡Pelea!*

Finalmente, un par de chicos intervino y trató de separar al trío en disputa. Apartaron a los dos deportistas de Hayden, y una vez que el ambiente se aclaró, mi corazón se hundió ante lo que vi.

Maltratado y golpeado, con algunas partes de su camisa desgarradas, yacía en el suelo, inmóvil.

No se merecía eso. Sí, era arrogante, y grosero, y cabeza dura y egoísta… pero no debería haber sacrificado su bienestar así… no a mi costa. Nadie… absolutamente nadie… nunca ha hecho algo así por mí. Yo no merezco su acto de valentía.

Pero entonces, vi algo que hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

Allí estaba él, tendido en el suelo con los brazos y los pies separados como si se estuviera preparando para hacer ángeles de nieve en el concreto… sin embargo, algo inexplicablemente extraño y desconcer-tante se formó en su cara…

Una sonrisa.

Una engreída sonrisa dominante.

Capítulo 33

HAYDEN

Le dije que estaba bien, pero ella no quiso escuchar. ¿Y una vez me llamó un *bastardo testarudo*?

Lamí mis labios y probé sangre. Era dulce. Ha pasado mucho tiempo desde que me corté el labio… incluso más tiempo desde que me lo rompí. Octavo grado, creo, cuando llamé a Cedric Wharton, el matón residente de la escuela, un marica circuncidado. No era algo políticamente correcto a decir, y si pronunciara esas palabras hoy, me metería en un montón de problemas. Pero era la escuela primaria, y los términos despectivos eran tan normales como hacerle travesuras al nerd llenando su mochila con excremento. Sin embargo me metió en problemas. Un labio partido, sí. Pero tuve que decirle a mi madre sobre el lápiz que perforó la mano de Cedric Wharton… y los gastos médicos que tuvimos que pagar por su recuperación.

Mi madre.

Ese fue el último año que pasé con ella.

A menudo, me preguntaba… ¿y si ella todavía estuviera viva hoy? ¿Sería tan sin sentido como actualmente lo era?

—Quizás… —dijo de repente Phoebe.

—¿Disculpa? —le pregunté, perplejo en cuanto al por qué dijo esa palabra.

—Quiero decir… quizás es mejor si te metemos furtivamente a mi habitación —continuó ella.

—Ah. Entonces… ¿es esa tu idea de atraer a alguien para tener sexo? —le di una sonrisa de complicidad.

—Cállate, Hayden —murmuró, mirando al taxista que nos transpor-taba a casa, dando a entender que debíamos evitar conversaciones que podrían ser malinterpretadas.

Tenía razón. El taxista nos estaba llevando a casa y podía fácilmente reconocerla como la residencia de mi padre. Si le dábamos la más mínima idea de que estábamos teniendo una aventura, él podría simplemente venderles esa información a algunos reporteros y seríamos el objeto de titulares escandalosos en la primera plana de muchos tabloides para mañana. A mi padre no le gustaría eso.

Pero a mí sin duda sí.

—No, realmente —dije con revitalizado deleite—. ¿Por qué más una chica como tú, mi *hermana,* invitaría a un chico como yo, tu *hermano,* a su habitación? —hice hincapié en esas palabras familiares para asegurarme de que el taxista escuchara cada una de ellas. Lo miré a través del espejo lateral. Lo vi lanzando algunas miradas rápidas hacia el espejo sobre el tablero, esperando, quizás, para ver si hablábamos en serio. Mi sonrisa se volvió incluso más grande.

—Cállate, Hayden —repitió apretando los dientes para murmurar las palabras.

Me reí todo el tiempo hasta que llegamos a nuestra casa en Beverly Hills. Le entregué cien dólares al taxista y le di un guiño. Le pedí que se quedara el cambio. Quería decirle que estaba bien compartir lo que aprendió esa noche, pero estaba demasiado contento con el dinero que le di que dudaba si siquiera entendía lo que estaba tratando de decir.

—Silencio —instruyó Phoebe mientras se quitaba los tenis, los Retro Jordan que compramos hace casi dos semanas. ¿Tiene siquiera otro par de zapatos de goma?—. No dejes que las doncellas te oigan —añadió.

—¿Por qué tenemos que hacer esto? —le pregunté—. Oh… escabullirte te excita, ¿eh?

—Por el amor de Dios, ¡Hayden! Solo silencio… ¿está bien? Vamos a escabullirnos en mi habitación y… te curaré. Te ves hecho un desastre. No querríamos que nadie te viera así.

¿Me veo hecho un desastre? No me he mirado al espejo para descubrir lo mucho que fui golpeado. Me estaba sintiendo bien, sin embargo. Algo de dolor, aquí y allá, pero nada mayor.

—¿Por qué tú habitación? —cuestioné su decisión—. ¿Por qué no mi habitación?

—Porque todas las cosas que necesito están en mi habitación —respondió, mientras entraba por la puerta principal y miraba alrededor, intentando determinar si la costa estaba despejada.

Sostuvo mi mano… su toque fue extrañamente cálido y tierno y, ciertamente, muy reconfortante. Me guía hacia la escalera de caracol. Haciendo su camino en puntillas por las escaleras, señalándome hacer lo mismo. Solo le di una mirada consternada.

—Estoy bien —le dije mientras abrazaba las paredes del pasillo mientras procedía a su habitación—. No hay necesidad de esto.

No respondió. En vez de eso, abrió la puerta de su recamara y me tiró adentro.

Encendió las luces y vi que aún tenía que desempacar sus cosas. Tres maletas de equipaje estaban ahí, dos junto a gabinete y una que ya estaba abierta tirada en la cama. Me senté al lado del equipaje desplegado.

Ella fue hacia una de las maletas sin abrir y la abrió. Agarró algo de su contenido… una pequeña caja que parecía estar llena con botellas, entre otras cosas.

»¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Una bolsa llena de vibradores?

Me dio una mirada afilada antes de sentarse a mi lado.

—No deberías haber hecho eso, ¿sabes? —dijo mientras abría el pequeño saco y sacaba recipientes de lo que parecía alcohol o alguna variación del mismo, algodón, vendajes, y otras cosas similares. Era un kit de medicina, como tardíamente me di cuenta—. Podrías haber hecho que te mataran —añadió.

—Cierto —contenté sarcásticamente—. Pensé que lo hice bastante bien, considerando que ellos eran dos.

—¿Bastante bien? —elevó la voz con rabia transmitida por profunda preocupación—. Hayden, ¡te tenían clavado al suelo! Te estaban golpeando como si fueras un saco de papas sin vida.

—Pero no marqué el ritmo —me reí.

—¿Qué?

No entendió la referencia.

—No importa —dije.

Ella aplicó un poco de líquido rojo sobre un pedazo de algodón y lo frotó en la parte superior de mi mejilla.

—¡Aaaaaauch! —reaccioné cuando dolió como el infierno—. ¿Qué demonios es eso?

—Mercurio cromado —respondió—. Para limpiar tú herida.

—¿Tengo… tengo una herida?

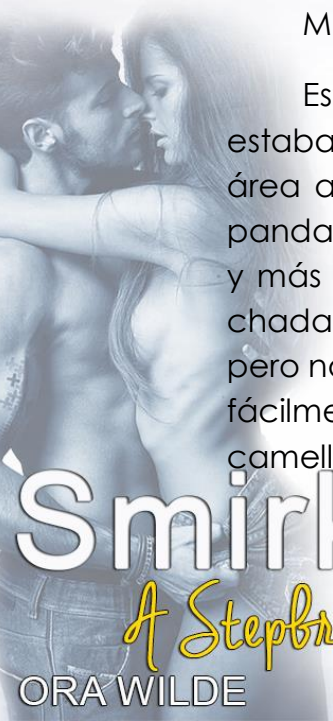
—Sí… una grande.

—¡¿Qué!?

Rápidamente me di vuelta hacia el espejo en la cómoda frente a su cama, y por primera vez desde ese incidente, me vi a mí mismo.

Me veía como mierda.

Estaba esperando un punto negro debajo de mi ojo izquierdo, pero no estaba esperando que fuera lo suficientemente grande para cubrir toda el área alrededor… y había uno para cada ojo. Me veía como un maldito panda. La herida de la que ella había hablado estaba ahí y era más larga y más amplia de lo que pensé que sería… como una bragueta desabrochada exponiendo la carne en el interior. Sabía que mis labios estaban rotos, pero no anticipé que se vieran así de hinchados… podría haber confundido fácilmente mi boca haciendo la mueca de un beso con un mohín de camello.



»Caray… ¿Cuánto tiempo voy a tener este aspecto? —le pregunté, esperando que tuviera una respuesta educada.

—No estoy muy segura —contestó mientras continuaba aplicando el líquido rojo sobre mi corte—. Tus labios deberían curarse en al menos tres días. Tú herida no es profunda, pero la piel se extiende a lo ancho. Podemos cocerla en la clínica de la escuela mañana. Eso acelerará su curación. ¿Pero tus ojos? Bueno… —Hizo una pausa mientras chasqueaba la lengua—. Eso podría tomar un par de semanas.

—¡Mierda! —fue la única respuesta que pude dar considerando lo frustrado que estaba con lo que ella acababa de compartir.

—Puedo ir a revisar si hay algunas piñas o papayas con Chavo, sin embargo.

—¿Por qué? ¿Tienes hambre?

—No, tonto. Las cortamos y las aplicamos sobre tus ojos. Eso se supone que reduce la inflamación y acelera el proceso de curación.

—¿Cómo… como sabes todo esto? —pregunté, impresionado por el conocimiento que mostraba.

—Por mi papá —respondió.

—¿Es doctor?

—Nop. Es paramédico. O quizás, *era* paramédico. No lo sé.

—¿No lo sabes?

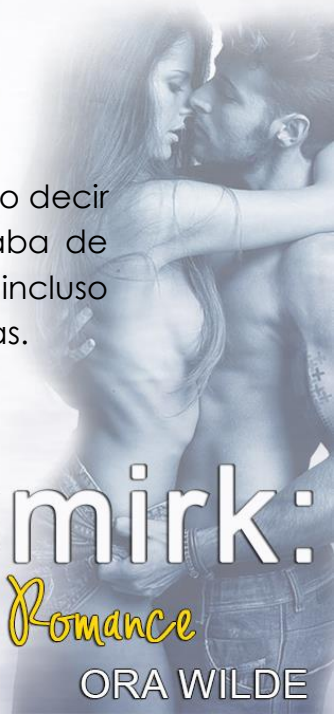
—Nop. No he hablado con él, ni lo he visto en años.

—Oh.

—No estuvo realmente presente mientras crecía… bueno, quiero decir tan presente como una niña esperaría de su padre. Siempre estaba de guardia. Y casi siempre recibía llamadas para presentarse a trabajar incluso durante sus días libres. Respuestas de emergencia… ese tipo de cosas.

—Quizás mucha gente necesitaba piñas y papayas.

Ella se rio.



—Quizás. Eventualmente, sin embargo, mi mamá descubrió porque siempre estaba lejos.

—¿Por qué?

—Tenía otra familia. En el mismo estado, pero más al norte de Benton.

—Yo… Phoebe… siento mucho oír eso.

Era lo más educado para decir. Pero mi corazón en realidad era insensible cuando se trataba de historias para sollozar como esa. No me importaba realmente.

—Sí… bueno… es lo que es —dijo mientras secaba el Mercurio cromado con un nuevo pedazo de algodón.

—¿Qué tan joven eras cuando tus padres se divorciaron?

Fue entonces cuando se me ocurrió. Si no me importaba, entonces. ¿cómo es que me encontré haciendo tantas preguntas sobre su vida privada?

—Oh… era muy joven —contestó—. Alrededor de ocho o nueve años, creo. Apenas recuerdo su rostro.

—¿Tú… no lo sé… quizás lo buscaste en Facebook?

—No.

—¿Por qué?

—No tiene caso.

—¿Por qué no?

—El pasado está en el pasado. Si me siento mal por lo que ha pasado y por continuar aferrándome a algo que ni siquiera mejorará las cosas, solo sería injusto para mí. Me perdería de las cosas importantes en las que debería de concentrarme en su lugar.

—¿Cómo qué? ¿La universidad? ¿Tu futuro?

—Entre otras cosas, sí. Como la felicidad de mi mamá. Como poder saborear la alegría de tener una nueva familia. Como tener un hermano mayor, para variar… uno protector por cierto, eso parece.

¿Qué pasa con esta chica? Es tan positiva, tan optimista. ¿No se da cuenta de que su absurdo optimismo probará ser su ruina?

—¿Estás hablando de lo abrumadoramente irresistible que soy que estás esforzándote por hacer a un lado esos sentimientos al llamarme tu *hermano mayor*? —pregunté burlón, solo para recodarle que no fuera tan positiva.

En verdad estaba asombrada por mi intento de bromea. Incluso creo que la vi inhalar.

—Estoy hablando sobre esa escena que hiciste en la escuela —dijo mientras aplicaba una sustancia gelatinosa en mis labios—. Eso fue muy de… *hermano mayor*.

—¿Ah, sí? ¿O podría ser posible que solo me metí con ellos porque no me gustaban sus peinados con estilo de los noventas?

—Quizá —respondió con una sonrisa—. Aunque lo que me hizo ruido fue lo que dijiste antes de que te metieras en esa pelea. Sobre que la familia era familia, y que tenías que hacer todo lo que pudieras para protegerme.

—¿Qué hay de sorprendente en eso?

—Porque nunca supe que te sentías de esa manera.

—Quizá no lo dije en serio —dije.

Vi la decepción surgir en su cara. Quería discutir el tema mucho más, pero mi réplica la dejó consternada y sin palabras.

»Además —añadí—, tengo otros… sentimientos… sobre los que no sabes. —Le di otra sonrisa maliciosa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, su voz temblaba con inocencia.

Agarré su mano y la aparté de mis labios. La guie hacia la pretina de mis jeans, por dentro de los bordes, pasando mis boxers, hasta que tocó mi polla. Vi sus ojos ampliarse y su boca abrirse… ya sea en asombro o con alguna inclinación Freudiana de la que no era consciente. Cerré mis dedos sobre los de ella, y los ayudé a cerrarse para tener un buen agarre de mi longitud ya endurecida.

Como si fuera el glaseado del pastel, dejé salir un gruñido solo para hacerle saber lo placentero que era para mí.

Pero entonces sentí algo muy muy distinto. Una sensación de quemazón, como si pene estuviera en fuego.

—¿Pero qué carajos? —grité con dolor mientras apartaba su mano de mi masculinidad. Rápidamente me paré, desabroché la bragueta e instintivamente soplé algo de aire hacia mi pene. No ayudaría, claro, pero fue lo primero que se me vino a la mente en ese momento de pánico. Por exagerado que parezca mañana, pero en este caso, sentí que toda mi vida pasó por mis ojos… junto con algunas preguntas que podrían haber sonado retóricas, pero demandaban respuestas inmediatas.

¿Qué?

¿Cómo?

¿Por qué, Dios, por qué?

Me froté el tronco del pene y sentí algún tipo de líquido pegajoso que tenía una fuerte sensación mentolada. Lo reconocí como el mismo gel que ella había puesto en mis labios antes de que intentara seducirla.

Entonces la vi.

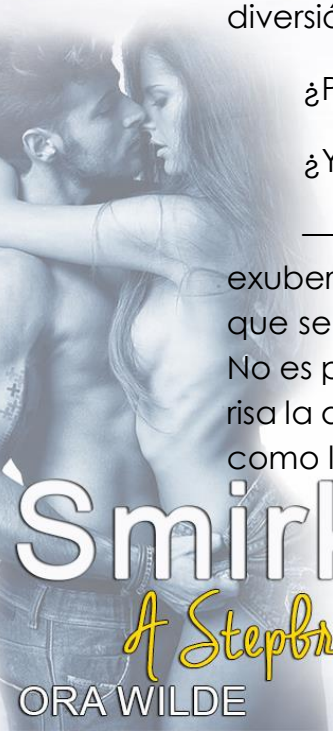
Riéndose como una niña. Vivaracha. Genuina. Ferviente.

Ese momento de tormento, cuando pensé que mi pene se volvería cenizas y se derrumbaría, me hizo verla bajo una luz diferente. Su risa… su diversión… su panorama imposiblemente positivo de la vida…

¿Por qué los detestaba tanto?

¿Y por qué los encontraba tan contagiosos?

—Es un bálsamo chino para labios —se esforzó por explicar entre sus exuberantes carcajadas. Su estómago podría estar doliendo por su risa, ya que se agarraba el estómago y se encorvaba—. Es para labios inflamados. No es para piel… mucho menos… —Intentó recuperar su postura mientras la risa la devoraba una vez más—. Mucho menos… ¡para una piel tan delgada como la que tienes allí abajo!



—¡Mierda! —dije—. ¿Qué debería de hacer? ¿Debería de quitarlo? ¿Debería de tomar algo para el dolor?

Continuó riéndose como loca.

—No seas ridículo —me recordó, todavía recuperándose de su risa desenfrenada—. No le prestes atención. Se quitará pronto.

—¿Cómo cuánto? —Estaba impaciente.

—Semanas… meses quizá… depende de la cantidad aplicada. —La repentina seriedad en su tono me aterró.

—¿Qué? ¡Oh Dios mío, Phoebe! ¿Qué me has hecho?

Volvió a carcajearse.

—Solo estoy bromeando —reveló—. Dale un par de minutos… y deja de moverte. El aire solo empeorará el área afectada.

Me congelé inmediatamente, manteniendo mi posición, con las manos en mis costados medio agitado. De alguna manera, ella lo encontró más gracioso al reírse más fuerte.

Aunque una vez que la risa decayó, clarificó otro asunto.

—Por cierto, yo no te hice nada —dijo—. Tú eres el que agarró mi brazo y lo llevó a tu… tu…

No podía decirlo. Era demasiado virtuosa para decir esa palabra enfrente de un hombre.

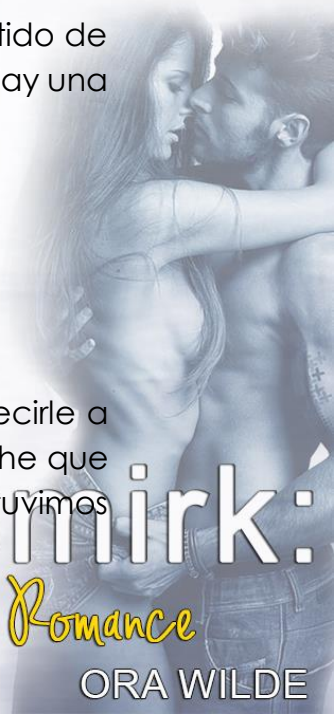
—Dilo —le ordené, queriendo probar los límites de su limpio sentido de la moral—. ¡Vamos, Phoebe, dilo! ¡Sé que puedes hacerlo! —Sé que hay una rebelde escondiéndose allí en algún lugar.

—Tu… tu… —siguió murmurando.

—¡Vamos! Dilo, dilo, o si no…

—¿O sino qué?

—O sino… —Pensé en algo con la cual podía amenazarla. ¿Decirle a su madre sobre esa experiencia cercana al sexo que tuvimos la noche que la llevé a casa de nuestra cita? ¿La casi follada de despedida que tuvimos



en el hotel justo antes de la boda? Esos eran pensamientos tentadores. Su madre seguramente se sentiría mal si averiguara sobre eso. Y ella le diría a mi pare, y él estaría furioso. Así es… un pensamiento muy tentador.

La miré. Todavía estaba sentada en la orilla de mi cama, mirándome, preguntándose qué estaba en mi mente. Había emoción en su mirada. Miedo, también… pero el tipo de miedo bueno… el miedo a lo desconocido que, aunque permanecía como una invariable, tenía tanta promesa.

»O sino… —comencé una vez más.

—¿O sino qué? —preguntó de nuevo.

—O sino… ¡te haré cosquillas hasta que se te salgan los pulmones por gritar!

¿Por qué carajos dije eso? Fue tan… tan… tan juvenil… tan empalagoso… tan enfermo…

—¡Nooooo! —gritó mientras me acercaba a ella con mis dedos extendidos, listos para volverla loca. Ella retrocedió hasta el lugar más lejano de su cama, su cara era un reflejo del horror y euforia… como si estuviera atemorizada de que le provocaran una risa incontrolable y aun así gozosa de la emoción de un momento así.

—¡Entonces continúa, dilo! —repetí de nuevo—. Di pene. O polla. O verga. O rabo. ¡Dilo!

—¡Noooo! —Se retorció y se volteó en su cama mientras intentaba poner sus antebrazos a los costados de su estómago.

—Palanca. Vara. Plátano. Máquina de corridas. ¡Dilo!

—¡Nooooo! ¡Detente por favor!

—Palo. Troncol. Salchicha. Chile. El Gran Masturbador. ¡Dilo!

—¡Noooo! —Permaneció desafiante incluso mientras mis dedos se acercaban a sus partes cosquilludas.

—Dragón de un ojo. Demonio de ojo rasgado. Cruce del cérvix. ¡Dilo!

—¡Nooooo… Hayden, estás siendo ridículo! ¿Dónde conseguiste esos nombres?

—Merodeador de la selva. Invasor de la matriz. Dora la Exploradora….

—Nooo…. Espera… ¿Dora la exploradora?

—Oye, ¿por qué no? Es apto.

Y ella se rio y se rio y se rio, sin necesidad de mis dedos tocándola. Encontró eso tan gracioso que cubrió su cara con la almohada para ahogar el sonido que estaba haciendo.

Era una vista encantadora.

Pero una que estaba cargada de inseguridad.

Porque mientras se reía, me encontré haciendo algo que nunca pensé que haría.

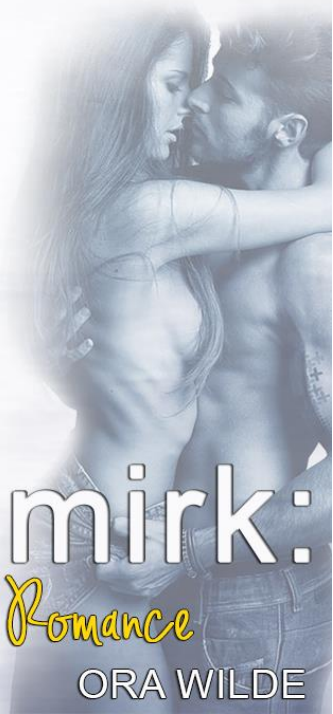
Me estaba riendo con ella.

Nos reímos por minutos. Nos detuvimos por un segundo o dos, entonces nuestros ojos se encontrarían y nos acordaríamos de ese estúpido personaje de caricatura cuyo nombre estaba relacionado con el genital masculino. Entonces nos reímos de nuevo, más fuerte y más tiempo que la última vez.

Sin embargo, lo que es peor, es que me encontré sintiendo algo que nunca pensé que sentiría.

Felicidad.

Un tipo genuino de felicidad que cosquilleaba en mi corazón.



Capítulo 34

PHOEBE

—Así que, ¿no tienes idea, ni idea en absoluto, de cómo obtuvo esos cortes y contusiones en su cara?

Mi madre no estaba enfadada. Solo curiosa. Lo más probable es que ella quisiera saber los detalles para poder proteger a Hayden de la ira de su padre. *Se cayó por las escaleras, o fue atropellado por una moto a toda velocidad, o se peleó con una chica que no quería follar*... algo así. Podría haberle dicho la verdad, que Hayden salió en mi defensa, que se enfrentó en una pelea, que simplemente estaba en inferioridad numérica, que finalmente sucumbió a las probabilidades apilándose en su contra. Pero él ha construido una reputación por sí mismo desde que mi madre lo conoció, y no era buena en absoluto. Solo pensaría que él comenzó la pelea, y no sé cómo afectará su ya falible relación. Así que...

—Lo siento, realmente no sé lo que pasó, mamá —mentí.

Ella suspiró.

—Bueno, al menos está bien. Solo espero que no sea algo, bueno, de naturaleza criminal. Como una redada de drogas. O un proxeneta al que no le pagó. O...

—Mamá, tu imaginación está fuera de control otra vez —le recordé. Ella tenía esa tendencia a sobre analizar cosas y llegar a las ideas más locas sobre ellas.

—Está bien, está bien... Lo siento, cariño —se disculpó—. Solo me preocupé cuando lo vi esta mañana. Parecía que salió de un combate de boxeo.

Un combate de lucha hubiera sido una analogía más adecuada, por la forma en que abrazaron el suelo.

—Probablemente se metió en una simple pelea con alguien por alguna... razón mundana —le dije—. Ya sabes, los chicos siempre serán chicos.

—Oh bueno... —trató de desestimar el tema mientras continuaba aspirando los cubre sofás una tarea que no debería estar haciendo, pero una que ha sido profundamente grabada en su sistema. Todavía podía recordar el primer sofá que tuvimos en nuestra casa en Chalfant, cuando el repartidor nos lo trajo y ella le explicó orgullosamente que derrochamos el bono de ese año en el bonito conjunto de sofás que vio en Walmart. Ella cuidó de ese sofá. Fue una de las cosas más importantes que trajimos con nosotras cuando nos mudamos a Van Nuys. Si tuviera opción, lo hubiera traído a la mansión de Bill en Beverly Hills, también.

La observé mientras iba sobre su tarea. El brillo y el glamour de nuestra nueva vida no la han cambiado ni un poco. Su rostro seguía siendo el de una madre soltera, con determinada pasión, con un propósito singular: criarme bien. Pero yo no era su única hija por más tiempo. Su barriga no era grande todavía. Tomará un par de meses más antes de que se hinche y se haga visible. Estaba emocionada por ella. Estaba emocionada por mí como nunca imaginé, a mi edad, me gustaría tener la oportunidad de ser una hermana mayor de un bebé recién nacido.

Por supuesto, ella tenía otro hijo, aparte de nosotros, dos así... técnicamente hablando.

Hayden.

—Está bien, mamá, me voy a la escuela ahora —le dije.

—Ten cuidado cariño. Vuelve para la cena, ¿de acuerdo?

Al salir, vi a Barton, el mayordomo residente en casa, poniendo algunas cartas en el mostrador cerca de la puerta. Él tenía la edad suficiente para jubilarse, creía. Su cabello desvaneciéndose lleno de mechones blancos

revelaba mucho. Por qué continuaba trabajando para los Summersmith, no lo sabría. ¿Tal vez por un profundo sentido de la lealtad? ¿O tal vez era tan simple como que la paga era buena?

Me sonrió cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Cartas? —pregunté.

—Facturas, muy probablemente, señora —respondió.

—Sr. Barton, por favor no me llame señora —le dije—. Soy lo suficientemente joven para ser su nieta.

—Bisnieta, incluso —agregó.

Era refrescante ver que en realidad tenía sentido del humor.

Examiné las cartas en el mostrador. Me preguntaba si algunas eran mías. Cambiamos nuestra dirección de facturación antes de la boda, después de todo. Quería saber si las empresas que normalmente nos enviaban sus facturas tenían nuestra dirección correcta.

Todas las cartas eran para Bill. Ninguna era para mí o mi mamá.

Pero había un sobre en particular que estaba destinado a Hayden.

Había algo muy peculiar. No era una factura de cualquier empresa, como la mayoría de las cartas. El nombre y los datos del remitente estaban en la parte superior derecha de la tapa:

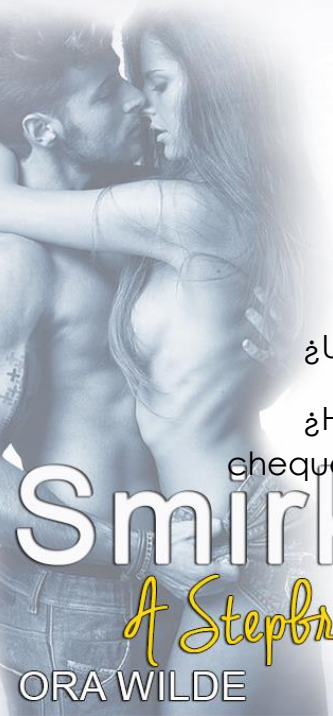
De: La clínica de la Dra. Linda S. Scott

43 Sunbeam Road, Beverly Hills

CA, 92010

¿Una clínica?

¿Hayden estaba enfermo? ¿Estaba pidiendo visitar a este médico para chequeos regulares? ¿Qué estaba sufriendo?



Teniendo en cuenta su promiscuo estilo de vida, espero que no fuera algún tipo de enfermedad de transmisión sexual o algo así.

Me reí ante ese pensamiento, pero en el fondo, sentí un tipo de preocupación trepando y una sensación de alarma persistente acerca de la misteriosa condición de mi hermanastro.

Tenía que saber.

No por curiosidad ni nada de eso. Pero me preocupaba por él, y no me gustaba la sensación de no saber de qué estaba enfermo.

¿Te preocupas por él, Phoebe?

Como un hermano, aunque nuestra relación no se forjara en la sangre, sí.

¿Justo ahora?

Él es... diferente. No creo que haya nadie en el mundo como él. Lo sé, lo sé. No he tenido citas, ni conocido, a un montón de chicos con los que pudiera compararlo… sin embargo, hay algo especial en él que me afecta de una manera que no puedo comprender totalmente.

Él tiene esta capacidad única de hacerme sentir muy especial... incluso en aquellos momentos en los que al parecer me estaba alejando... incluso durante esas noches cuando trataba de hacer el amor conmigo solo para ganar una apuesta... incluso durante los días en que su corazón estaba lleno de ira y odio por razones que aún no conocía.

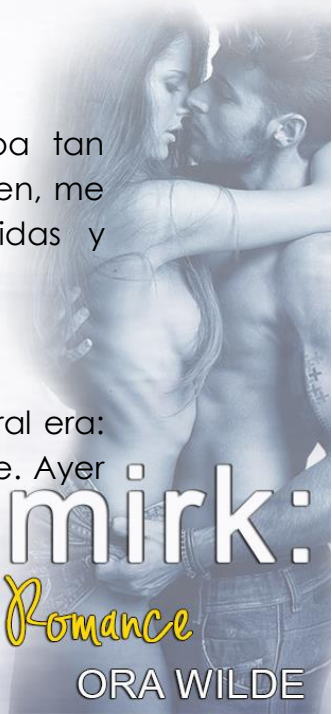
Razones.

Eso me recordó algo que dijo. *Él mató a mi madre.*

Podría haberle preguntado ayer por la noche. Pero estaba tan preocupada por su condición. Y cuando me mostró que estaba bien, me balanceé con sus payasadas que, sinceramente, eran divertidas y estimulantes.

¿Y eufóricas?

Puede ser. Pero fue un respiro de la forma en que por lo general era: arrogante y cruel un momento y oscuro y de mal humor al siguiente. Ayer



por la noche, estaba tan flojo, tan vibrante, tan despreocupado, tan... entrañable.

Miré la carta una vez más.

Sabía que podía encontrar algunas respuestas en su interior. Si tan solo pudiera echar un vistazo...

Pero eso sería violar su privacidad. A él no le gustaría. No me gustaría si me pasara a mí.

Así que puse el sobre en mi bolso, con la esperanza de que me tropezara con él en la escuela ese día y le entregaría la carta, personalmente. Barton me ofreció un aventón, cortesía de uno de los choferes empleados por Bill. Me negué cortésmente. Se ofreció a conseguirme un taxi en su lugar. Le di las gracias por su amabilidad.

En el camino a la escuela, comprobé mis notas y me preparé para las asignaturas a las que tenía que asistir ese día. Abrí mi teléfono y presioné la aplicación de calendario para ver si había asuntos que necesitaban mi tiempo. Era un día claro. Tenía toda la tarde libre. Pensé en lo que podía hacer para ser productiva durante esas horas. Una gran cantidad de ideas me vinieron a la mente... comenzar a leer un nuevo libro... echar un vistazo a los nuevos solicitantes de nuestra banda... pedir información sobre el puesto de estudiante asistente de Escritorio de Ayuda en mi universidad... ¡un montón de posibilidades!

Pero de alguna manera...

De alguna manera, no puedo dejar de pensar en la carta dentro de mi bolso.

Capítulo 35

HAYDEN

No sabía por qué me pidió ir a su oficina esa mañana. Él sabía que tenía escuela. Podría haber hablado conmigo en casa antes de irme. Pero solo tenía que mandarme un mensaje de texto para encontrarme con él en el trabajo para algo *muy importante*, o eso es lo que dijo.

Podría haberle dicho que iba a perder mis clases. Pero no lo hice. La verdad era, que realmente nunca asistía a la mayoría de ellas. Pasaba mucho tiempo con Donnie y Zack pasando el rato, solo comiéndonos con los ojos a las chicas lindas que pasaban y perdían el tiempo.

Muy importante, su mensaje seguía brillando en mi cabeza.

Así que fui al edificio de la compañía de su madre en World Way, llamado, epónimamente, *La Escalera al Cielo Summersmith* Me habría gustado la aliteración, de no ser por el hecho de que sonaba tan... narcisista.

Era un lindo edificio, le daba eso. La fachada estaba hecha de mármol blanco de arriba hacia abajo, salpicado de granito que era importado de Egipto. Fue construido en los noventas, cuando yo solo era un niño... cuando mi madre todavía estaba viva. A ella nunca le gustó. *Es un lugar nefasto, decía, donde los hombres se reunían para conspirar la caída de los demás.* Ella siempre tuvo una buena comprensión de las complejidades de las Fusiones y Adquisiciones.

La recepción era enorme. Un hermoso candelabro recibía a los visitantes mientras ellos entraban por la puerta giratoria estilo cincuentas. El

escritorio de recepción no era como ninguno de los otros edificios en Los Ángeles. Había varios contadores, listos para aceptar consultas de gente con la que la compañía tenía negocios.

Incluso con mis gafas de sol, los empleados me reconocieron. Ellos me dieron sus amables *buenos días* y preguntaron cómo podían ayudarme ese día. Solo respondí sus saludos con una sonrisa y silencio.

Me agradaba Barry, el operador del ascensor quién ha estado ahí desde los primeros momentos, o así parecía. Él me saludó diferente tan pronto entré en el compartimiento.

—¡Hola!—dijo con una jerga marginal que sonó muy incómoda, considerando su vieja edad.

—¿Qué hay, Berry? —pregunté mientras palmeaba su hombro.

—Los Lakers consiguieron a ese chico D´Russell en el draft —mencionó con entusiasmo—. ¿No es emocionante? ¿O ahora eres fanático de los Clippers?

—En realidad, de los Worriors. Ellos tienen más agallas.

—Ciertamente, las tienen. ¡Maldito traidor!

La oficina de mi padre estaba en el piso setenta y dos del edificio. Emmie estaba justo afuera de su privado, tomando algunas llamadas y haciendo notas. Inmediatamente terminó la llamada que tomó tan pronto me vio.

—¡Hayden! —me saludó, un poco sorprendida—. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que te vi y... oh por Dios... ¿estás bien? —su cara se transformó en conmoción mientras notaba mis cortes y moretones.

—Si... accidente de navegación —le dije calmadamente.

—Ya veo —respondió, escéptica pero amable—. Tu padre está esperándote adentro.

—¿Seguro que no está ocupado? —pregunté—. ¿Ninguna reunión de negocios? ¿Ninguna sesión de análisis de datos? ¿Ninguna persona adentro? ¿Ni siquiera un empleado que él esté a punto de despedir?

—En realidad, mantuvo su agenda libre esta mañana —dijo Emmie.

—Ah. Gracias.

Me dirigí adentro. Contemplé tocar la masiva puerta roja hecha de madera de teca. ¡Madera de teca! ¿Por qué siquiera usaría esa clase de madera cuando la lluvia no se escapaba del techo?

No toqué. Solo giré el picaporte y entré.

Él estaba mirando afuera del panel de vidrio expansivo que cubría todo el lado opuesto a la puerta, maravillado por la ciudad, preguntán-dose de cuál compañía-en-apuros se apoderaría.

»Hola, padre —pronuncié. Quería que comenzáramos lo antes posible. Tan pronto comenzáramos, más pronto terminaríamos. No tenía sentido prolongar el desconcierto de nuestra reunión.

Él giró para mirarme, y justo como Emmie, estaba sorprendido por cuán gravemente golpeada estaba mi cara.

—¿Qué te pasó? —preguntó furiosamente—. ¡Te ves como un sangriento desastre!

—Phoebe —respondí tranquilamente—. Accidentalmente me pateó cuando intenté hacerle cosquillas.

—Eso no se ve como algo que una simple patada causaría.

—¿Qué puedo decir? Aquella salvaje, loca y violenta.

Suspiró mientras se sentaba en su trono como silla. Me invitó a tomar asiento enfrente de su escritorio. No lo hice. Quería salir de aquí tan rápido como fuera posible.

—¿Por qué tenemos que hablar aquí? —cuestioné.

—Porque no quiero que el resto de nuestra familia se entere de lo que vamos a discutir.

Familia. Ja. Han pasado tres días desde la boda y él se está refiriendo a ellas como si hubieran estado allí siempre.

—Y, ¿qué es lo que vamos a discutir?

—Tu futuro.

—¿Qué hay sobre mi futuro?

—Exactamente. No te veo como el hombre que tiene todo planeado. No te veo como un hombre en absoluto. —Su voz severa, seria y burlona, como si estuviera desafiándome a pelear—. Has estado de excursión en la universidad, algo que deberías estar terminando al final de este semestre.

—Estoy en eso —le dije—. Te lo dije, solo me retrasé un semestre.

—No. Estás retrasado un año y medio. ¡Al menos!

¿Cómo supo eso?

Oh, cierto... Emmie. Probablemente le pidió que comprobara mis archivos.

—Gran problema —respondí despreocupadamente—. Aprendo más cosas afuera de mis clases, de cualquier manera.

—¿Cómo qué? ¿Entrar en peleas y conseguir tu culo derrotado?

—Te lo dije, no estaba en una pelea —refuté su declaración con una mentira, mi tono lleno de exasperación.

—Independientemente —dijo—. Este verano, vas a estar trabajando. He arreglado todo. Serás pasante como asociado de mercadotecnia para Benson Hodges.

—¿Un asociado de mercadotecnia? ¿Como un maldito vendedor? ¿Y con Hodges? ¡Ese hombre es cruel! ¿Sabes cuántos de sus empleados quieren envenenarlo?

—No importa. Él me debe una, y le he pedido hacer esto por mí como una manera de devolverme el favor.

Estaba hirviendo de rabia en ese momento. Él estaba tratando de controlar mi vida... otra vez... justo como lo hizo cuando mi madre murió... cuando me envió a un internado en Massachusetts.. .cuando arregló esas sesiones con la psiquiatra... cuando sobornó mi camino en UCLA....

—¿Siquiera consideraste preguntarme sobre mis planes para este verano?

—¿Qué bien haría eso? Solo saldrías con un motivo que es tan insignificante como tu carrera.

Su actitud displicente estaba alimentando mi enojo.

—No puedes obligarme a hacer algo que no quiero hacer. No soy un niño.

—Entonces pruébalo.

—¡Que se joda! —grité mientras le daba la espalda. Me dirigí hacia la puerta... lejos de su oficina... lejos de su vista... lejos de él...

—Por cierto —dijo con el mismo nivel de calma que me irritó todo el tiempo de nuestra conversación—. El Departamento de Policía de Los Angeles me llamó. Tienen una pista de tu Hummer perdida.

¡¿Qué?!

¡Mierda! ¿Él la reportó como perdida? Me odio a mí mismo por fallar en anticipar eso.

Donnie.

Tenía que encontrar a Donnie antes de que la policía llegue a él.

Di un portazo tan pronto salí. Presioné el botón del ascensor, pero ambos compartimientos todavía estaban en el subsuelo. Me disparé hacia las escaleras de emergencia, corriendo, y marcando su maldito número mientras lo hacía.

No estaba contestando.

Tan pronto salí del edificio, me subí a mi Ducati y comencé mi camino hacia la escuela. Sabía dónde estaba... donde debería estar… .podía advertirle personalmente.

Violé como mil leyes de tránsito en mi camino hacia el campus. No me importó. Tenía que llegar allí rápido. Tenía que advertirle.

Estacioné justo afuera del edificio de Artes y Ciencias. Mientras corría pasando la cafetería, vi a Phoebe. Ella me estaba sonriendo, como si quisiera decirme algo.

—Oh... *él* Hayden Summersmith esta apurado —dijo—. Estoy segura de que no es para clases. ¿Cuál es el problema? ¿Policías tras de ti?

—Phoebe... ahora no... por favor —le rogué mientras trataba de recuperar el aliento.

Pero ella no se movería fuera de mi camino. Alcanzó algo en su bolso. Un sobre.

—Tienes correo —me dijo—. Llegó esta mañana.

—¿De quién?

—De la clínica de la Dra. Linda S. Scott

¡Mierda!

Agarré la carta de sus manos y la rompí. Arrugué los pedazos y los tiré en el bote de basura al lado nuestro.

»¿Por qué hiciste eso? —preguntó, asombrada.

—Phoebe... te lo dije… ahora no, por favor...

Gentilmente la empujé a un lado y comencé a correr, tan rápido como pude, hacia la Oficina Titular, hacia las mesas que servían para pasar el rato. Eran las 10:18 de la mañana. Él no tenía clases. Tendría que estar allí.

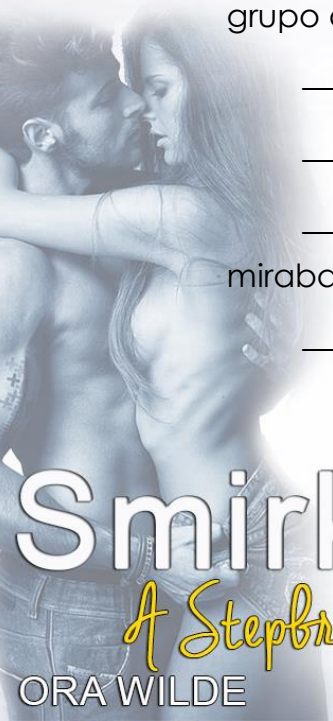
Tan pronto como llegué a nuestro lugar, sin embargo, inmediatamente vi un par de policías rodeando a un chico que estaba sentado en nuestra mesa. Sus manos estaban cubriendo su cara, como si tuviera vergüenza. Un grupo de estudiantes estaban reuniéndose alrededor de ellos.

—¡Donnie! —llamé, y él inmediatamente me miró.

—Hayden... lo siento tanto...

—¿Lo sientes por qué? —pregunté, mientras los oficiales de policía miraban en mi dirección.

—Yo... Yo tuve que decirles todo... —contestó.



Capítulo 36

PHOEBE

—¿Tiene una cita? —preguntó cortésmente la señora en la recepción.

—Uhm…no, realmente no —respondí—. De verdad no estoy aquí para una sesión. Solo quería hacerle a la Dra. Scott algunas preguntas sobre un paciente de ella.

Sus cejas se levantaron como si escuchara algo sospechoso, luego ella comprobó sus notas antes de girarse para mirarme de nuevo.

—¿Su nombre por favor?

—Phoebe, Phoebe Ellison

—¿Y está aquí para preguntar sobre?

—Hayden Summersmith

Su expresión cambió repentinamente de escéptica a alarmada. Se retorció un poco en su silla antes de aclarar su garganta.

—Si… Si solo puede tomar asiento allí, ¿señorita Ellison? —ofreció—. Iré a consultar con la Dra. Scott para ver si… si estaría dispuesta a hablar de tal asunto.

Asentí.

Ella se dirigió adentro, más allá del vidrio separador con grabados ahumados. Me senté en el sofá enfrente de su escritorio. A ella le tomó alrededor de cinco minutos más o menos antes de que saliera.

—Señorita Ellison, a la Dra. Scott le gustaría verla ahora —me informó.

Le di las gracias mientras ella me guiaba a una habitación solo a unos pocos metros de distancia de la pared de vidrio. Estaba suponiendo ver a la doctora esperando detrás de su escritorio con sus archivos listos. Lo que me recibió fue la vista de una mujer de mediana edad, vestida en un traje formal color blanco, parada al lado de la puerta. Ella estaba ansiosa de verme.

—Srta. Ellison —llamó mi nombre—. Estoy sumamente ansiosa sobre el propósito de su visita, ¿le ha sucedió algo a Hayden?

—Oh no… nada en lo absoluto, él está perfectamente… saludable.

El alivio que ella expresó fue casi tangible.

—Venga, venga… póngase cómoda, por favor —dijo.

Entré y vi otro sofá abrazando la pared perpendicular a la puerta. Tomé asiento, el cojín era muy cómodo. Este era probablemente el sofá donde a los pacientes se les pedían descansar… para relajarse a ellos mismos antes de que la doctora comenzara sus preguntas de sondeo.

Ella se sentó a mi lado.

—¿Cómo esta Hayden? —preguntó con sincera preocupación.

—Él está bien, supongo.

—Lo siento, fallé en preguntar, ¿qué relación tiene con él? ¿Es su novia?

¡Ah!

—No, no… en realidad soy su… hermana —la corregí.

—¿Hermana? —preguntó perpleja—. No lo recuerdo teniendo hermanos…

—Soy una *muy nueva* hermana —se me ocurrió con una sonrisa.

—Ah, el Sr. William se casó recientemente, ¿supongo?

—Si, en realidad, justo este fin de semana pasado.

—Eso es agradable de oír, pero… lo siento si tengo que ser sincera aquí, señorita Ellison. De verdad estoy curiosa sobre por qué me visitó hoy.

Respiré profundamente para componerme a mí misma. Sabía que había una gran posibilidad de que ella no respondería mis preguntas, pero tenía que tomar ese riesgo, tenía que saber. *Él mató a mi madre*… sus palabras seguían obsesionándome. Ellas me hicieron preocuparme por mi mamá. Estaba esperando que la Dra. Scott al menos me aportaría algunas pistas de lo que realmente sucedió.

—Hayden… él recibió una carta de su clínica —comencé a decir—. Pero cuando se la di, él solo la rompió en pedazos y tiró los trozos. Solo me estaba preguntando por qué hizo eso.

—Tal vez solo odia a los loqueros —respondió la Dra. Scott con una sonrisa, esperando que encontrara graciosas sus palabras.

—Tal vez… pero la manera en que reaccionó cuando vio la carta… él se puso tan… tan… tan enojado… como si le hubiesen hecho mucho daño.

Ella se puso de pie y se paseó alrededor de su habitación, dio pasos calculados y caminó a un ritmo meticuloso, estaba pensando. Estaba sopesando las cosas, quizás, estaba reflexionando sobre lo que puede o no puede divulgar acerca de su paciente.

—Estoy obligada por una relación fiduciaria con mis clientes —confirmó—. Es contra mi juramento revelar cualquier detalle sobre las cosas que mis clientes comparten en confianza.

—Lo sé, señora —dije suplicantemente—. Pero por favor… de verdad tengo que saber. Hayden… me dijo que su padre mató a su madre.

Su mirada cambió de pensativa a perpleja conmoción.

—¿Mató a su madre? —dijo con incredulidad—. No, no, no… Bill no cometió tal atrocidad.

—Entonces, ¿qué sucedió? —supliqué por una respuesta—. ¿Por qué Hayden diría eso? Por favor, señora de verdad necesito saber, tengo miedo por mi madre.

Ella se sentó a mi lado de nuevo.

—No tiene que preocuparse por su madre, señorita Ellison —me garantizó—. Bill… es un buen hombre, un muy, muy buen hombre. Una de las personas más amables que he conocido. Él… hizo algo… algo que no creo que nadie más sea capaz de hacer… que me hizo respetarlo mucho.

—Entonces, ¿por qué Hayden lo odia tanto? ¿Hasta el punto que lo acusaría de matar a su madre?

La Dra. Scott desvió la mirada por unos pocos segundos, inmersa en sus pensamientos una vez más.

—Escuche —habló finalmente—. Lo que estoy a punto de contarle no debería, bajo ninguna circunstancia, salir de esta habitación, ¿entiende?

—Sí, señora, lo prometo.

—Bill no mató a Marlena —reveló. Asumí que Marlena era el nombre de la primera esposa de Bill, la madre de Hayden—. Marlena… ella se quitó la vida.

Fui tomada por sorpresa por lo que ella reveló. Nadie me dijo sobre eso. Mi mamá probablemente sabia, pero por alguna razón, nunca habló de ello.

—Oh por Dios —fue todo lo que pude decir en esa ocasión.

—Es una historia triste —continuó—. Se ahorcó con una sábana envuelta alrededor de su cuello, el otro extremo enganchado al candelabro de la habitación principal.

—¿Hayden sa-sabe que su madre se suicidó? —pregunté, mi voz temblando con tristeza.

—Sí, lo sabe —confirmó la doctora—. Hayden fue el primero que la vio.

—¿Que?

—Él pidió ayuda, pero era demasiado tarde. Marlena estaba sin vida cuando ellos consiguieron liberarla. Hayden… se aferró a su brazo, suplicándole que despertara. Fue una experiencia demasiado traumática… especialmente para un niño de ocho años.

Cuando mi papá nos abandonó, me sentí realmente, realmente triste porque sabía que no sería capaz de verlo de nuevo… al menos no tantas veces como quería. Fue el peor día de mi vida, verlo arrastrar sus maletas fuera de nuestra casa en Chalfant, pero él estaba vivo. Sabia, en lo profundo de mi corazón, que si alguna vez quería verlo, él solo estaría a cientos de kilómetros lejos.

Hayden lo tenía de manera diferente, su madre se fue. Él no sería capaz de verla de nuevo… hablar con ella… escuchar sus historias… sentir su tacto… disfrutar sus besos en su frente.

Peor, él vio cómo murió, y se aferró a la más pequeña de las esperanzas de que sobreviviría a esa dura experiencia. Ella no lo hizo, y él estuvo allí para presenciarlo.

—¿Esa es la razón por qué se convirtió en su paciente? —le pregunté a la Dra, Scott, rezando para descubrir más sobre los eventos que moldearon al Hayden que conozco.

—Sí —confirmó—. Bill me lo trajo. Atención postraumática. Debía ayudarlo a lidiar con la pena, aceptar la pérdida de su madre, y vivir su vida tan normal como fuera posible.

—¿Hasta ahora?

—No, él dejó de visitarme cuando tenía doce años… lo cual fue alrededor de diez u once años atrás.

—¿Pero la carta?

—Es automatizada. Las cartas son enviadas a los pacientes de la clínica cada tres meses, para recordarles sus citas planificadas.

—Ya veo, pero, ¿por qué dejó de visitarla? ¿Se curó? ¿Fue capaz de ayudarlo?

—No, no fui capaz de ayudarlo, señorita Ellison —dijo hoscamente la Dra. Scott—. Él solo dejó de asistir a sus sesiones.

—¿Por qué?

—Yo… realmente no sé, incluso Bill no fue capaz de convencerlo de regresar. Nosotros solo esperamos… y aun continuamos esperando… que él

reanudara su terapia, o al final, que fuera capaz de encontrar la paz que necesitaba sin nuestra ayuda.

—Pero sus palabras, señora… *él mató a mi madre*... ¿Qué quiere decir con eso?

—Una condena equivocada.

—¿Perdón?

—Hayden culpa a su padre por la muerte de su madre. Verá, antes de que su madre muriera, Hayden siempre veía a sus padres discutiendo. Ellos se gritarían el uno al otro, no estarían de acuerdo sobre las cosas más pequeñas. Hubo un par de veces que aquellas disputas se volvieron físicas.

—¿Bill golpeaba a su esposa? —pregunté mientras el pánico comenzaba a envolver mi alma. Si Bill tenía una historia de violencia doméstica, entonces siempre tendría que preocuparme sobre mi mamá.

—Oh…no —dijo la Dra. Scott mientras sacudía vehementemente su cabeza—. Como he dicho anteriormente, Bill es un buen hombre, bondadoso. Él nunca golpearía a una mujer, aun menos a su esposa.

—Pero, ¿pensé que las cosas se pusieron físicas?

—Si… pero fue Marlena quien se puso violenta.

—¿Qué? —No podía creer lo que oía. Siempre imaginé a la madre de Hayden como una mujer amable y amorosa, debido a la manera en que Hayden estaba muy unido a ella.

—Marlena estaba sufriendo de trastorno bipolar, señorita Ellison —continuó—. Empeoró con el paso de los años, sus cambios de humor se volvieron demasiado impredecibles. Bill… no tengo más que elogios sobre cómo la manejó. Él fue muy paciente, muy comprensivo, muy amoroso… hasta el final.

—¿Entonces por qué Hayden le echaría la culpa?

—Porque Hayden solo vio las peleas que ellos tenían, aquellos momentos tumultuosos fueron los que él más recordó.

—¿Y nadie le dijo la verdad?

—Yo podría habérselo dicho, pero Bill me pidió que no. Él dijo que era mejor de esa forma, así Hayden siempre recordaría a su madre de la mejor forma.

—Oh por Dios… eso es tan triste.

Su asistente entró al consultorio y trajo dos tazas de café, o quizás te. No sabría. No me molesté en mirar. Estaba demasiado estupefacta por lo que descubrí que incluso olvidé darle las gracias. La Dra. Scott tomó un sorbo antes de continuar.

—¿Cuan cercana es a Hayden, señorita. Ellison?

Su pregunta me atrapó por sorpresa, tanto que sentí cada nervio en mi cuerpo ponerse tenso casi al instante. *¿Cuán cercana era a Hayden?*

—No realmente así de cercana —le dije—. Solo hemos tenido la oportunidad conocernos después de la boda, y eso fue solo el fin de semana pasado. —No era realmente una mentira, solo no mencioné algunos de los detalles *irrelevantes.*

—Bueno, ustedes son hermanos ahora —dijo—. Me gustaría suplicarle, señorita Ellison que cuide a su hermano. Él puede ser muy… volátil… a veces, especialmente durante ocasiones cuando él ha recordado a su madre.

—¿Cómo cuales ocasiones? —pregunté con preocupación.

—Hasta donde yo sé, basada en nuestras sesiones anteriores, a Hayden no le gustaba el contacto físico con mujeres.

Realmente ahora…

Supongo que eso sería una suposición entendible, considerando que él solo tenía doce años cuando ella lo vio por última vez.

—De todas formas, no creo que sea algo que obstaculice su desarrollo sexual —continuó, y silenciosamente estuve de acuerdo—. Pero creo, en el curso de relaciones íntimas, la otra persona puede que involuntariamente lo trate… bueno… con *afecto maternal.*

—¿Afecto maternal?

—Sí, es muy común en relaciones amorosas. Gestos de ternura, etiquetas, lenguaje infantil… muchos de estos pueden ser muy similares, sin embargo no en esencia pero si en ejecución, cómo una madre cuidaría de su hijo. Una madre, después de todo, es la única que nos dio la idea de la verdadera naturaleza del amor.

—¿Y estos… estos actos… lo enfadan?

—Le afectan considerablemente. La ira es solo una manifestación.

—¿Podría haber otros tipos de repercusiones?

—Potencialmente, aislamiento.

Hayden era una persona muy sociable, dudé si el aislamiento era una de las consecuencias del dolor que él tenía que aguantar.

La Dra. Scott probablemente vio la inseguridad en mis ojos por lo que decidió profundizar más.

»El aislamiento no tiene que ser una existencia de ermitaño —dijo—. A veces, incluso si está rodeado de amigos… aún puede sentirse muy solitario. Él construiría paredes alrededor de sí mismo, y no permitiría entrar a nadie. Él está demasiado dolorido, demasiado asustado.

—¿De qué está asustado?

—De ser herido de nuevo, pero más que eso, está asustado de ser descifrado… perder el control… ser expuesto por quién realmente es… un chico pequeño aun de luto por la pérdida de la mujer que él amó sinceramente.

¿Esa era la razón de sus costumbres de mujeriego? ¿Su desvergon-zada indiferencia por los sentimientos de las chicas que había herido? ¿Su deseo constante de ganar sus corazones y su aparente aversión a comprometerse con ellas? ¿La aparente falta de rumbo de su vida? ¿Eran todas esas sus formas de esconderse de sí mismo, porque en el fondo… estaba enojado y solitario y avergonzado?

»Señorita Ellison, le estoy contando todo esto porque usted es la primera persona en preguntar sobre Hayden en casi una década, y por su relación con él. Quiero continuar ayudándolo, pero no puedo. Confió en que, con

todo lo que le he revelado, sería capaz de entenderlo… guiarlo cuando sea que él necesite guía.

Asentí.

—Él puede ser terco a veces —continuó diciendo.

—*Muy* terco —estuve de acuerdo.

—Ciertamente… pero tendrá que estar allí para él durante aquellas veces cuando la necesitara más. Él tratara de apartarla, pero tendrá que encontrar maneras con las cuales pueda ayudarlo incluso si él no quiere que lo haga.

De nuevo, asentí incluso si no sabía cómo sería capaz de lograr lo que ella estaba solicitando.

—Muchas gracias por todo lo que ha compartido, Dra. Scott —expresé—. Dios sabe cuánto me ha ayudado hoy. Durante bastante tiempo, en realidad estuve preocupada de que mi nuevo padrastro fuera un asesino en serie —terminé mi declaración con una risita, la cual ella correspondió

—Bueno, gracias por visitarme, señorita. Ellison —respondió.

Cuando estaba a punto de ponerme de pie y despedirme, una pregunta me vino a la mente, una que solo tenía que hacer.

—Dra. Scott, ¿de verdad no tiene idea en absoluto de por qué Hayden deja de visitarla? Quiero decir… usted es una doctora muy accesible y amable. Es fácil sentirse cómodo con usted, ¿por qué él rechazaría su ayuda?

Su reacción me sorprendió.

Ella inclinó su cabeza y jugueteó con sus dedos nerviosamente. Se calló por unos pocos segundos, antes de girarse para verme de nuevo.

—Yo… cometí un error —respondió—. Cometí un estúpido error que, hasta el día de hoy, lamento profundamente.

El tono sombrío de su voz me hizo preocuparme.

—¿Qué error? —pregunte, esperando que ella proporcionaría una respuesta.

—Yo... yo no quiero hablar de ello —dijo.

—¿No concierne a su padre? —Quería saber si la Dra. Scott fue de alguna forma forzada a hacer algo a causa de una instrucción del papá de Hayden… algo con lo que ella estaba fuertemente en contra pero que fue forzada a hacer

—Oh, no… no… querido Dios —Ella fue rápida en aplacar mi temor—. No puedo decir esto suficiente, pero Bill es un hombre muy amable, tiene una gran corazón y él ha sacrificado mucho. Él ama a Hayden, y si Hayden supiera qué tipo de hombre es realmente Bill, sabría cuan verdaderamente bendecida ha sido su vida. Él ni siquiera es…

Se detuvo, como si estuviera conmocionada de darse cuenta que estaba a punto de decir algo que no debería.

—Uhm… está bien —le dije—. Solo estoy aliviada… y feliz… de escuchar que Bill es así. —No quería que arriesgara su prestigio profesional más de lo que ya lo ha hecho.

—Está bien, entonces. Gracias por su visita, señorita Ellison.

—No… gracias a *usted,* Dra. Scott. Ha compartido mucho para aliviar mis preocupaciones.

Mientras dejaba su clínica, me deleité en el descubrimiento de que mi madre no se casó con el próximo "hijo de Sam". De todas formas, estaba poseída por un inquietante sentimiento… el tipo de sentimiento que siempre tenía cuando estaba a punto de descubrir algo que no debería saber… el tipo de sentimiento de que todo lo que sabía que era verdad estaba a punto de cambiar...

Capítulo 37

HAYDEN

—¿Perdiste tu Hummer por una apuesta?

No lo había visto así de enojado antes. Exasperado, sí. Frustrado, todo el tiempo. ¿Pero hirviendo con furia? Ese siempre ha sido mi sueño, y me dio tanta satisfacción finalmente haberlo puesto así de furioso.

—Oye, casi gané —dije, mientras le daba mi mochila a Barton—. Ahora, ¿qué preparó tu esposa ordenada por correo para cenar esta vez?

Vi los nervios en sus sienes temblar con rabia. Estaba dando lo mejor para controlar su ira, pero estaba en un punto de quiebre. *Solo un poco más*, me recordé.

—Eso es lo más irresponsable que has hecho en la larga lista de indiscreciones que has cometido —continúo—, tienes una flagrante desconsideración hacia todo aquello con lo que fuiste bendecido.

—Calma —repliqué—. Parece como un buen rendimiento de las inversiones. Era algo totalmente ganable, si no fuera por el imprevisto menor que arruinó todo.

Donnie no relevó en su declaración que la apuesta era sobre reclamar la virginidad de mi nueva hermanastra. Aunque hubiera preferido que revelara ese hecho. Hubiera vuelto loco a mi padre.

—¡Una apuesta no es una inversión! —gritó.

—Bueno, puede ser un buen entrenamiento para la carrera que has planeado para mí, padre —contesté con la sonrisa más socarrona que pude hacer—. Estoy seguro de que tu buen amigo, Benson Hodges, estaría de acuerdo.

Me dio la espalda. No quería que lo viera en su peor momento. Estaba muriendo por verlo así. Probablemente no quería que disfrutara del momento.

Comenzó a alejarse, hacia las escaleras para refugiarse en su habitación en donde estaría en esa situación cuando su único hijo le ha causado gran humillación y desesperación.

»Entonces, ¿solo vas a darte la vuelta, solo así? —pregunté burlón—. ¿No vas a cortar mis tarjetas de crédito? ¿Anular mi fideicomiso? ¿Castigarme? —Me reí entre dientes por la sola idea de que me confinara en mi habitación—. ¿No vas a, no lo sé, desheredarme?

Se detuvo de subir las escaleras pero no se volteó para verme.

—Algún día, hijo… crecerás, serás un adulto, dejarás de lado todo el odio y el enojo —dijo—. Esperaré eso. Y cuando ese día venga, estaré orgulloso de ti.

Y entonces continúo su camino hacia su habitación, desapareciendo de mi vista.

¡Carajo!

¿Después de todo lo que había hecho, esa era su mejor respuesta?

Me hizo creer lo que he sospechado todo el tiempo, que simplemente no le importaba. Estaba demasiado preocupado por hacer dinero que ser afectado por mis acciones. No podía soportar que esa respuesta le diera un sentido de victoria.

Como siempre era el caso, me disponía a hacerlo rabiar, y al final, yo era el que se quedaba frustrado.

—¡Barton! —llamé al mayordomo.

—¿Sí, señor? —pregunto mientras venía corriendo hacia mí con una notable cojera causada por los frágiles huesos de su edad avanzada.

—¿Tienes un maldito encendedor? —pregunté mientras sacaba mi cajetilla de Dunhills de mi bolsillo.

Buscó en todos los bolsillos de su traje para encontrar uno. Finalmente, me tendió un Zippo blanco. Gentilmente palmeé su pecho para agradecerle.

Salí de la casa. La Hummer estaba estacionada en el camino de entrada. Donnie la entregó inmediatamente después de que la policía lo confrontó. *No la robé*, dijo. *La gané, vayan a preguntarle a Hayden*. Ese idiota. Entró en pánico muy rápido. Deseé haber estado allí para haber podido reírme de él.

Le dijo todo a la policía. Tuvo que hacerlo. Sospecharon de él como un ladrón de autos.

También les dijo, como después me dijo a mí, la verdad detrás de *la verdad* de nuestra pequeña apuesta. Nunca supe que él era el primo de Candy.

Espera. ¿Su nombre era Candy? ¿O Cindy? Cindy, probablemente. Prefería morir que salir con una chica llamada Candy. ¿Qué tipo de padre le daría a su hija un nombre como ese?

En fin, una chica vengativa no era nada nuevo. Muchas de las mujeres con las que he estado antes han intentado peores formas de venganza. Una incluso amenazó con distribuir un video sexual que hicimos. Cuando le dije que podía ser mi boleto para mi estrellato en la pornografía, dejó esa idea inmediatamente.

¿Un plan para enseñarme una lección?

Como ese tipo de cosas como desayuno.

Encendí mi cigarrillo y fui a mi lugar favorito, justo pasando el camino de entrada, cerca del borde del jardín que ofrecía una gran vista de Los Ángeles por la noche… las brillantes y danzantes luces… los rascacielos que alcanzaban los cielos… una luna nueva que se cernía sobre la ciudad. Me senté en el césped para disfrutar de la vista. Me ayudaba a relajarme. Disparaba mi imaginación.

Un cigarrillo se volvió otro. Dos se volvieron tres. Fumé y fumé y fumé hasta que perdí la cuenta del número de cigarrillos que encendí, pero la delgada anchura de la cajetilla me informó que había consumido muchos.

Entonces ella se sentó a mi lado. Sabía que era ella. Las esencias de lilas y colonia de bebé eran muy distintivas.

»Hola —la saludé.

—Hola tú —me saludó.

—Es la primera vez que llegas a casa más tarde que yo —comenté.

—Solo han pasado tres días desde que nos mudamos. Estoy segura de que habrá más noches cuando yo venga mucho más más tarde que tú.

—Bueno, no lo hagas un hábito. ¿Una chica bonita como tú en una ciudad de chicos hambrientos de sexo? Es una receta para un crimen sexual.

—¡Ah! No sé qué es más gracioso… tu repentina preocupación o que me llames bonita.

—Las dos cosas, si estuviera haciendo una broma. Pero hablo en serio.

Se quedó callada mientras me miraba. Podía verla por el rabillo del ojo, aunque mi mirada todavía estaba enfocada en el horizonte.

—¿Está todo bien? —preguntó preocupada.

—Todo está muy bien —dije—. ¿Por qué piensas que pasa algo?

—Suenas muy… abatido.

—¿Abatido? Eso es apenas un adjetivo para describirme.

—Pero lo estás. No eres el mismo de siempre.

—¿Y cómo soy siempre?

—Un idiota.

Eso me hizo carcajearme.

—¿Ser un idiota es lo mismo que ser un imbécil?

—Eh… no realmente. Un imbécil es un patán total, en cada forma posible. Un idiota es un imbécil, aunque un poco más bromista.

—Ya veo. Entonces…

—Entonces…

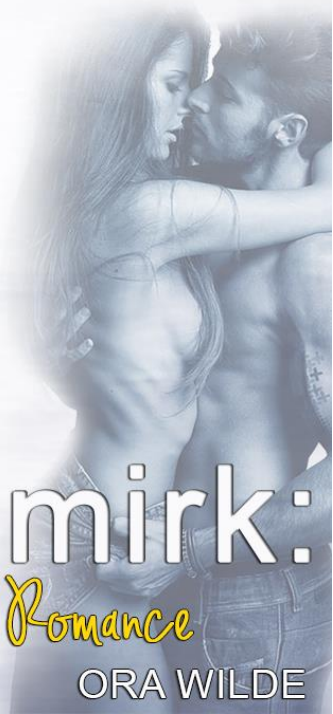
—¿Qué piensa tu amiga? ¿Que soy un idiota o solo un imbécil?

—¿Amiga? ¿Cuál amiga?

—Tu mejor amiga Cindy.

El terror golpea a las personas de distintas maneras. Algunas gritan con puro terror. Algunas merodean y rezan por lo mejor. Y algunas, bueno… solo se quedan calladas, repantigándose en el fango de su vergüenza.

Y por un minuto o más, Phoebe no dijo ni una palabra. Solo jugó con sus manos en el césped, deseando estar en algún otro lugar



Capítulo 38

PHOEBE

Lo miré con sorpresa durante lo que se sintió como una eternidad.

Quería decir algo, cualquier cosa, pero las únicas palabras que sería capaz de pronunciar eran excusas fraudulentas y era tan mala para mentir. Solo me pondría en un inconveniente tan pronto como abriera mi boca.

¿Cómo lo sabía?

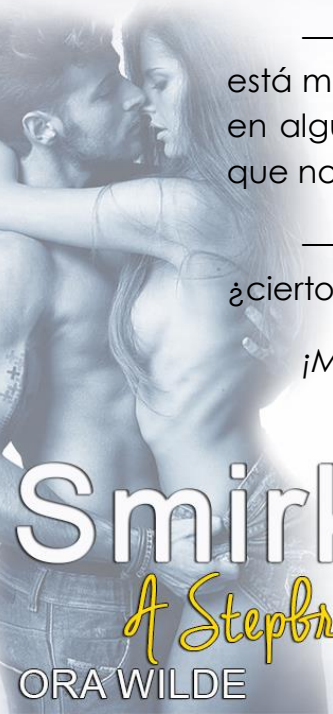
Juramos sobre nuestra tumba que no se lo diría a nadie. ¿Es posible que Cindy rompiera nuestro juramento cuando tuvo la oportunidad de regodearse sobre cómo ella… nosotras… le enseñamos una lección?

—¿Cómo está ella, de todas formas? —preguntó con esa sonrisa característica que odiaba y amaba al mismo tiempo.

—¿Ci-Cindy? Está bien, sacó una B- en su examen de matemáticas y está muy feliz porque pensó que reprobaba y quería que festejara con ella en algún momento de esta semana, pero no he dicho que sí todavía, así que no sé si eso saldrá adelante o no y…

—Te das cuenta que estás hablando demasiado rápido de nuevo, ¿cierto? —comentó, todavía con la más arrogante de las sonrisas.

¡Maldición!



»No te agites tanto al respecto —dijo con calma mientras se volvía para mirar el cielo nocturno sobre el paisaje de Los Ángeles—. De hecho, lo encuentro… divertido.

¿En serio?

—Imagínate —continuo—, inventar un plan para… ¿cuál es la frase que usaron? *¿Enseñarme una lección?* Luego me persuadieron a hacer una apuesta y, todo el tiempo, pensaba que era yo quien estaba jugando contigo. Bueno… sorpresa, sorpresa… era yo quien estaba siendo humillado… ¡a lo grande!

—Uhm…

—Sabes, podría estar deprimido sobre esto… revolcarme en la desesperación… hacer un gran alboroto sobre la confianza y ser traicionado… ¡pero oye! ¿Qué carajos es mi vida? ¿Un libro de romance?

—Ehm…

—La realidad de todo esto es que lo que hiciste y lo que me engañaste a hacer… fue divertido. Una merecida diversión. Y me gustaría agradecerte por eso.

¿En serio? ¿No estaba bromeando? ¿No estaba tramando algo vengativo y aquietarme con este falso sentido de confort solo para luego apuñalarme con un giro traicionero?

Bajé la cabeza dado que su reacción me hizo sentir más avergonzada sobre el hecho de que participé a sabiendas. Jugué con sus emociones y eso nunca era algo bueno. Me hacía igual de malvada que él con las chicas que jugó antes.

—Pero te costó tu auto… —murmuré.

—Oh, recuperé la Hummer —respondió mientras señalaba hacia el camino de entrada—. Así que… no pasa nada, en serio.

Todo parecía muy extraño. Me estaba dejando escapar tan fácilmente. No era así cómo operaba *el* Hayden Summersmith. Debía haber una trampa. Debería haber una trampa.

Pero entonces recordé las cosas que me reveló la Dra. Scott sobre él…

En el fondo, él siempre está solo…

Tiene demasiado miedo… demasiado dolor…

Teme constantemente el ser descifrado… ser vulnerado… ser expuesto por el chico que todavía era, en duelo por la pérdida de la mujer más importante en su vida…

Tal vez él eligió tener ese tipo de actitud despreocupada. Tal vez le ayudaba a lidiar con el dolor que continuaba soportando. Tal vez ese dolor ha entumecido su corazón y transgresiones, como la que yo cometí, realmente no le afectaban mucho.

O tal vez realmente había una trampa… una que todavía no he descubierto.

Mi confusión me llevó al primer error que cometí esa noche.

—Hayden… lo siento —dije, mi voz llena de pesar—. ¿Cómo puedo compensártelo?

De todas las cosas estúpidas que podría decirle a *el* Hayden Summermith, elegí usar esas palabras… ¡uh!

Se volvió para mirarme, su sonrisa se volvió más intensa… terriblemente excitante, seductoramente malévola.

—Bueno… tenemos un asunto que dejamos pendiente —dijo mientras esos malditos irresistibles hoyuelos se formaban en sus mejillas.

—¿Qué-Qué asunto pendiente? —le pregunté nerviosamente.

Se abalanzó sobre mí con la rapidez de un auto de carreras que perdió sus frenos. Su boca buscó la mía y su cuerpo siguió el mismo camino. En menos de un segundo, estaba encima de mí, su peso empujando sobre el pasto donde fui obligada a yacer. Sus labios tocaron los míos… presionando… imponiendo… conquistando…

Con mis ojos muy abiertos, traté de hablar, mis labios escapando del agarre de su boca.

»¿Ha-Hayden? ¿Aquí?

—¿Por qué no? —respondió mientras sentía su boca curvarse en una sonrisa lasciva.

—Ge-Gente… nuestros padres… podrían vernos… nos verán…

—No, no nos verán —me aseguró mientras sus labios continuaban superando mi voluntad.

Aunque tenía razón. El lugar en el que estábamos era en una pendiente que nos escondía de la casa. Estábamos tumbados y nadie podría vernos. Aparte de Hayden, la única persona que vi que vagaba en esta área eran los dos jardineros y ellos solo cortaban el césped por las mañanas.

Aun así, no podía estar demasiado segura. Estábamos haciendo algo malo… algo escandaloso… y eso siempre causará que sea paranoica.

Mordió mi labio interior con tanta pasión, como si estuviera diciéndome lo mucho que ha anhelado este momento y lo mucho que me ha anhelado. Entonces su lengua se extendió para tocar mi labio superior, mojándolo, haciéndolo más resbaladizo… más suave… más atractivo.

Su lengua… su magistral, magistral lengua… la misma lengua que, no hacía mucho tiempo, trató de viajar dentro de mí… abrió mi boca y llegó a la mía.

Solo un beso, Phoebe. Nada más. No hay nada malo en eso, ¿cierto? Solo un beso. Solo un poco de tonteo…

Correspondí a su ardor con la misma cantidad de entusiasmo. Me encontré con su lengua y jugueteé con esta; eran como dos colibríes que jugaban en el aire, bailando al son de una melodía que solo ellos podían oír, con sus movimientos desenfrenados.

Entonces su mano se extendió sobre la parte inferior de mi camisa. Acarició suavemente mi estómago, lo que me hizo sentir incómoda. Sintió mi malestar, por lo que mordió mis labios una vez más y sonrió… su forma de asegurarme que me deseaba por quién era.

Pero su mano no subió hacia mis pechos, a diferencia de antes. Bajó, hacia el interior del borde de mis jeans, dentro de la liga de mi ropa interior y hacia la hendidura de mi feminidad.

Se dio cuenta que estaba mojada. ¿Cómo podría no estarlo? Estaba goteando desde el momento en que sentí la suavidad de sus labios y el fervor de su beso.

Con sus dedos, me frotó allí abajo… y se sintió maravillosamente bien… una letal combinación de desenfrenada excitación y desesperada alegría.

Phoebe, ¿qué estás hacienda? ¿Se suponía que solo lo ibas a besar? ¿Por qué le estás permitiendo que te haga eso? Sabes a dónde los llevará, ¿cierto?

Continúo dirigiendo sus dedos sobre mi hendidura y comencé a gemir. Su toque era tibio… como un recordatorio de lo mucho que me deseaba y lo bien que se haría cargo de mí.

Lentamente, uno de sus dedos me penetró y dejé escapar un gemido más fuerte. Mordió mi labio una vez más para recordarme dónde estábamos… que a pesar de que estábamos lejos de la vista de cualquier persona, todavía estábamos al alcance de sus oídos. Con mis ojos cerrados, disfrutando de la hermosa agonía causada por su intrusión, le di un leve asentimiento.

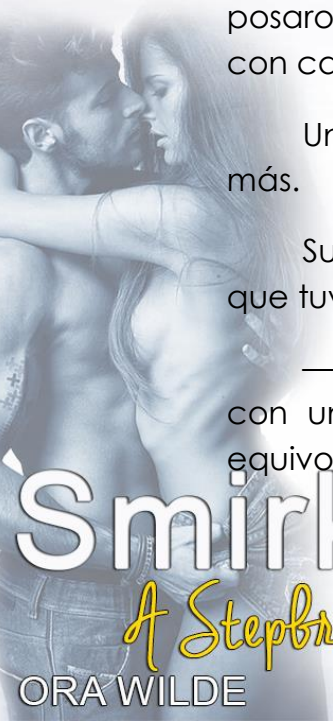
Phoebe, ¡tienes que detenerte! ¡En este momento!

Su otra mano se metió dentro de mi camisa, llegando a mi pecho, deslizándose dentro de mi sujetador. Sintió todo eso… su plenitud estaba desnuda para que lo disfrutara. La palma de su mano acarició cada centímetro de mi montículo, saboreando la suavidad de mi piel y el carácter sagrado del área que ningún hombre ha visto ni tocado antes. Sus dedos se posaron en mi pezón, apretándolo con tanta delicadeza que me hizo chillar con cada pellizco.

Una mordida de sus labios. Un recordatorio de estar tranquila, una vez más.

Su dedo fue más profundamente dentro de mi vagina… tan profundo que tuve que detenerlo.

—Relájate —le susurré cariñosamente. No quería perder mi virginidad con un dedo. Eso sería demasiado memorable, por todas las razones equivocadas.



Sentí su sonrisa sobre mi boca una vez más. Me entendió.

Retiró su mano de mis jeans y se desabrochó sus pantalones rápidamente. Abrió la cremallera y se bajó los pantalones junto con su ropa interior, calzoncillos o bóxers, no sé con certeza, solo lo suficiente como para liberar su pene.

Entonces agarró mi mano y me guio hacia sus partes más privadas.

Sus dedos se deslizaron sobre los míos mientras posicionaba mi mano sobre el eje de su virilidad. Cerró su mano, empujando la mía hasta cerrarla… y sentí la totalidad de su… su… su polla.

Su muy dotada polla.

Ni siquiera podía sujetar mi mano sobre el grosor de su pene duro como una roca. La idea me hizo jadear. Si fuera a perder mi virginidad con él, ¿sería este el instrumento que utilizaría para reclamar mi inocencia?

¿Siquiera entraría?

¡Deja de pensar así, Phoebe! ¡Sabes que esto no debería suceder! Es el único hombre que tienes prohibido anhelar. Es poco fiable, irresponsable, cruel, despiadado y ¡un idiota! Y nunca… nunca… ¡te olvides del hecho de que es tu hermano ahora!

Su mano se deslizó hacia mi muñeca y la guio arriba y abajo y arriba y abajo por su eje… una distancia que era demasiado larga para ser real. Pero era real. ¿Era esta la razón por la que las chicas a las que se tiraba no podían olvidarse de él? ¿Por su magistral destreza en la cama? ¿Debido a la magnitud de su herramienta?

Soltó mi muñeca y mi mano continuó con el movimiento. Sus labios abandonaron los míos y hundió su boca en mi cuello. Lo oí gemir… suavemente… con ternura… apasionadamente… y el sonido estimuló aún más mis sentidos, llevando a que mi mano acariciara su pene más rápido, más fuerte que antes.

Lo que estaba hacienda parecía tener un efecto sobre él. Enterró su rostro en mi cuello más profundamente. Apretó mi pezón con más fuerza. Su otra mano presionó mi brazo muy fuerte. Él estaba jadeando, respirando con más y más dificultad mientras apresuraba mi ritmo.

—Oh Dios… Phoebe… no te detengas… —luchó por decir y comenzó a lamer la piel debajo de mi oreja, olfateándome en el proceso como si quisiera que mi fragancia se quedara con él para siempre.

Hice lo que me ordenó… no me detuve… solo acaricié más rápido.

»Oh Dios… oh Dios… oh Dios… —continuó repitiendo hasta que sus palabras se volvieron incomprensibles.

Aun así, no me detuve.

Su cuerpo se endureció, haciéndome sentir el peso de todo su cuerpo. Sus manos se volvieron tremendamente inquietas, agarrando cualquier cosa que podía encontrar… mis mejillas, mi cabello, mi camisa, mis pechos…

Entonces, con un grito que fue casi primitivo, sucedió.

Un chorro de líquido irrumpió por la punta de su pene, formando charcos de viscosidad en mi mano y la palma de esta.

Poco a poco, sus delirantes movimientos cesaron y descansó encima de mí.

»Eso fue fantástico —murmuró.

Sonreí.

—¿Lista para la segunda ronda?

—¿¡Qué!?

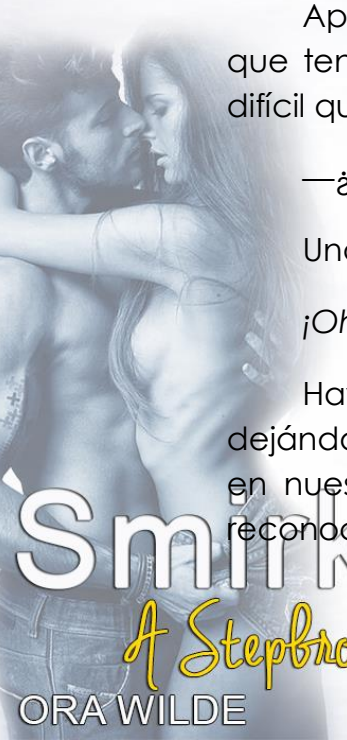
Aparte de su dominio en la cama y el tamaño de su pene, supongo que tenía un deseo insaciable y una increíble resistencia que hacía muy difícil que sus chicas se olvidaran de él.

—¿Señor?

Una voz. Detrás de nosotros. Justo por encima de la colina.

¡Oh, mierda!

Hayden se levantó rápidamente y se arregló sus pantalones, dejándome expuesta ante los ojos de la persona que se había entrometido en nuestra privacidad. Instintivamente, me cubrí el rostro. No quería ser reconocida… lo que era bastante imposible.



—Oh. Hola, Barton. —Lo oí hablar.

Separé mis dedos para echar un vistazo. De hecho, era Barton, de pie sobre la colina, sobre nosotros, tan digno como siempre.

—Phoebe… —dijo Hayden—. Es solo Barton.

Quité mis manos de mi rostro y noté la sustancia pegajosa adherida a mis mejillas y alrededor de mis ojos. Hayden me miró. Sus ojos se abrieron antes de irrumpir en risas.

¡Mierda! ¡Su esperma está por todo mi rostro!

Llena de vergüenza y culpa, me volví hacia Barton. Estaba tan digno como siempre… pero algo llamó mi atención.

Barton… su rostro estaba generalmente inexpresivo, algo que una vez descarté como un rasgo que requiriera su trabajo.

Pero en ese momento, demostró una emoción… una fuerte. ¿Era inquietud? ¿Era preocupación? ¿Era impotencia?

No.

Parecía que era…

Él estaba…

Asustado.

—¡Señor! —llamó la atención de Hayden una vez más.

—¿Qué sucede, Barton? —preguntó impacientemente—. No es como si esta fuera la primera vez que me atrapas haciendo algo así.

—Señor… —repitió Barton con aterrada urgencia—. Tendrá que venir conmigo rápidamente.

—¿Qué? —cuestionó Hayden. Odiaba que le dijeran qué hacer, especialmente si la orden provenía de alguien que consideraba un subordinado—. ¿Por qué?

La respuesta de Barton hizo que mi corazón se detuviera y descubrí la razón detrás de su miedo.

—Es su padre, señor. Algo malo ha sucedido.

Capítulo 39

HAYDEN

—Lo único que puedo decir en este punto, señora Summersmith, es que estamos haciendo lo mejor que podemos para ayudar a su esposo.

Martha irrumpió en llanto repentinamente. No puedo culparla. Las palabras del doctor, aunque no eran concluyentes, eran bastante sombrías. Si él estuviera bien o al menos lo suficientemente bien para sobrevivir a esta terrible experiencia, el doctor lo hubiera mencionado. Pero no lo hizo. Solo había una conclusión lógica.

Phoebe intentó consolar a su madre, pero ella continuó sollozando incontrolablemente. Ayudó a que Martha se sentara en el rincón más alejado de la fila donde yo estaba sentado. Podría haberme acercado a ellas. Podría haberles dicho algo que aliviaría sus preocupaciones. Podría haberles dicho que estábamos juntos en esto.

Pero no lo hice.

De una manera extraña, encontré cierto placer en verla así. Aunque, era cierto, no estaba tan emocionado como pensé que lo estaría.

¿Era porque estaba igual de preocupado por mi padre?

Simplemente me senté donde estaba, mirando fijamente la mesa de recepción de enfermeros mientras el personal médico pasaba a mi lado. Odiaba lo que estaba sintiendo. Odiaba odiarlo a él. Odiaba odiarla a ella. Odiaba no poder odiar a ninguno de ellos en ese momento.

Phoebe probablemente confundió melancolía con dolor. Se acercó a mí y acarició mi espalda.

—Va a estar bien —me dijo—. Es un tipo duro. Superará esto.

Su amabilidad era agradable, pero era apenas confortante. No era un profesional médico para saber que mi padre saldría adelante. Aposté que lo siguiente que diría sería: *Todo estará bien.*

—Todo estará bien —murmuró, justo como esperaba.

Pero todo no estaría bien. La situación era demasiado grave. La tasa de mortalidad era demasiado desalentadora. Y el pronóstico era tan vago que humedecía cualquier esperanza a la que pudiéramos aferrarnos.

—No lo sabes —le dije—. Así que deja de decir eso.

Se quedó en silencio, pero no mostró ningún signo de ser menospreciada. Entendió mi repuesta. Y probablemente pensó que estaba meditando sobre la incertidumbre del destino de mi padre.

Pero no lo estaba.

Estaba enfadado.

Estaba enfadado porque nadie, ni nada, debería causarle miseria. Ese era mi derecho y solamente mío.

—Mi abuela —empezó a compartir—, también sufrió de insuficiencia renal. Pero pudieron arreglarlo. Vivió durante diez años más y era vieja. Estoy segura de que tu papá…

—Padre —la corregí—. Es mi padre. —El término *papá* era demasiado personal y nosotros nunca éramos así.

—Lo siento… tu padre… es mucho más joven que mi abuela. Es mucho más fuerte. Tiene mejor probabilidad de superar esto.

—¿Sabes qué es lo gracioso de esto? —le pregunté.

—¿Hay… hay algo gracioso sobre esta situación? —respondió con sorpresa.

—Sí. No creo que el viejo chiflado siquiera supiera que tenía problemas renales. Yo no lo sabía. Tu madre no lo sabía. Emmy, su secretaria, no lo sabía. Creo que estaba demasiado ocupado para realmente escuchar lo que su cuerpo le estaba diciendo. Creo que estaba demasiado ocupado para preocuparse. —Reí con esa última línea.

—¿Se supone que eso es gracioso? —cuestionó una vez más, incrédula ante cómo estaba reaccionando.

No respondí. Solo alejé la mirada. Continuó mirándome, sin embargo, con la ira hirviendo en sus ojos. Ja. Probablemente estaba frustrada. Después de todo, no pudo llegar al clímax.

—No puedes culparlo siempre por lo que le sucedió a tu madre, sabes.

¿Qué?

¿Qué acaba de decir?

¿Estaba hablando de mi madre en un momento así?

Me volví para mirarla, enfrentando su furia con la mía.

—No te atrevas a hablar de mi madre —le dije con severidad. En el fondo de mi mente, estaba recordándome mantener las cosas con calma… no perder el control… regular mi respiración antes de que mi rabia se apoderara completamente de mí.

Esperaba que se echara atrás. Pero no lo hizo. Continuó desafiándome.

—Sabes muy bien que tu padre no mató a tu madre, Hayden —me respondió, casi gritando—. Tu padre es un hombre muy, muy bueno… más de lo que nunca sabrás… más de lo que te permitirás saber.

—Por última vez, ¡te lo advierto! Deja de hablar de mi madre…

—¿O qué? Respóndeme. ¿O qué, Hayden? Conozco cada truco de tu maldito libro. ¿Qué es posible que me hagas que sea peor de lo que estás haciéndole continuamente a tu padre?

No sabía que podía haberle hecho en ese momento, pero estaba seguro que sería algo de lo que me arrepentiría luego. Podría haberla

abofeteado. Podría haber condenado a su madre y haberla marginado por la caza fortunas que realmente era. Podría haberle dicho que ella es simplemente un juguete para mí, un capricho pasajero que ha agotado su uso.

Pero el medico salió de la sala y Martha se puso de pie de donde estaba sentada para acercarse a él. Phoebe también se puso de pie y se unió a su madre. Y la suerte quiso que los tres convergieran justo frente a mí. ¡Joder!

—Señora Summersmith —comenzó a decir el doctor—. Me temo que tengo… noticias no muy buenas… para entregarle.

¡Mierda! ¡Solo di lo que tengas que decir!

—¿Qué sucede? —preguntó Martha con lágrimas todavía goteando de sus ojos.

—El señor Summersmith está cerca de la fase terminal de insuficiencia renal —respondió—. Tendremos que hacerle un trasplante de riñón tan pronto como sea posible. Y quiero decir… *tan pronto como sea posible*. No podemos esperar hasta mañana.

—¡Entonces háganlo! —respondió Martha—. Tienen mi permiso. ¿Dónde está la conformidad que tengo que firmar?

—No es así de fácil, señora Summersmith —intentó explicarle el doctor sombríamente—. Hay una lista de espera para donantes de riñón.

—¿Cu-Cuán larga es la lista de espera?

—Hay enlistadas noventa y tres mil personas en este momento.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Alrededor de cinco a seis años.

Martha comenzó a sollozar violentamente una vez más.

—Doctor, mi esposo… puede pagar para adelantarse en esa lista —rogó desesperadamente—. No importa cuánto cueste… solo consígale un nuevo riñón… por favor…

—Martha —el doctor la llamó por su nombre de pila, lo que parecería indicar lo desesperada que realmente era la situación—. Sé quién es su esposo. Le proporciona trabajo a cientos y miles de personas… y algunos de mis parientes trabajan para alguna de sus empresas. Pero tiene que entender… hay cosas que el dinero no puede comprar y esta es una de ellas. Si se le permite que pague para ser el primero en la lista, costaría la vida de las personas que deberían estar antes que él.

Martha casi cae de rodillas por su desesperación, si no fuera por su hija que le sostenía el brazo, impidiendo que se derrumbara. La carga de impotencia era demasiado para ella, al parecer.

»Solo desearía haber descubierto el problema renal antes —añadió el doctor—. Pero en su estado actual, fue traído solamente hoy y puede que sea demasiado tarde.

—Solo lo vimos en el suelo —recordó Martha, sus palabras casi ininteligibles porque estaba llorando—. Estaba inconsciente. Ni siquiera se quejó de nada antes de eso.

—Su sangre estaba envenenada —explicó el doctor—. Sus riñones ya habían fallado en limpiar su sistema. Aunque estoy seguro de que ha estado sintiendo alguno de los síntomas durante meses, quizás años, antes de hoy. Tal vez solo tenía… miedo… de reconocerlo.

—¿Y si podemos encontrar un donante? —sugirió Phoebe de repente—. ¿Eso ayudaría?

—Bueno… sí, siempre y cuando sea un donante sano y tengamos una compatibilidad por encima de cincuenta por ciento —respondió.

Sus ojos se iluminaron con el rayo de esperanza que se les dio. Comenzaron a susurrar entre ellas, nombrando a personas que conocían que estarían dispuestas a donar un órgano vital de sus cuerpos en cuestión de horas.

Quería llamar su atención por lo estúpida que era su discusión.

Al menos un cincuenta por ciento de compatibilidad. Un procedimiento que no puede esperar hasta mañana. El donante debería tener un buen estado de salud.

¡Oh, que se joda esta mierda!

Siempre odié ser un simple espectador.

—Yo lo haré —dije mientras suspiraba, levantando mi mano para recordarles que estaba ahí.

Martha y Phoebe me miraron como si fuera una especie de payaso sorpresa que saltaba justo frente a ellas, conteniendo una sorpresa que sabían que era demasiado buena para ser verdad. La expresión de Phoebe era aún más impagable… esos ojos pequeños y brillantes tan amplios como el sol y esa mirada que trasmitía tanto admiración como temor.

—Hayden… —fue todo lo que pudo decir Martha.

—Lo siento… ¿quién es usted? —preguntó el doctor.

No quería decirle que era el hijo de su paciente, pero Martha habló en mi nombre.

—Él es Hayden… Hayden Summersmith. Es nuestro hijo.

¿*Nuestro* hijo? Podría haberla hecho sufrir por eso, pero me contuve de hacerlo.

—Bueno… eso funcionaría —intervino el doctor—. Puedo programar los preparativos de inmediato. Pero debo preguntar… ¿está seguro de esto?

—¿Me ofrecería si no lo estuviera? —le pregunté. A veces, incluso los profesionales dicen estupideces.

—Bien, bien… está arreglado, entonces —respondió el doctor—. ¿Podría venir conmigo, por favor? Podemos hacer las pruebas.

Me puse de pie para seguirlo. Pero antes de que pudiera dar un paso, agarré el brazo de Phoebe. La arrastré conmigo. Él me miró con sorpresa. No dije nada. Quería compañía. Le tenía miedo a las agujas y ella tenía una manera de hacerme reír. Deseaba que pudiera alejar mi mente de los procedimientos que me harían.

El doctor nos guio al segundo piso, donde se encontraba el laboratorio de química sanguínea. Justo como temía, una enfermera se acercó para

perforar una aguja a través de mi piel en mi brazo derecho. Agarré la mano de Phoebe tan fuerte como pude.

Es como la mordedura de una hormiga, dijo la enfermera.

¡Mordedura de hormiga mi culo! Recordaría esa picadura por un largo, largo tiempo.

La enfermera se llevó la muestra de sangre que tomó, detrás de las puertas cerradas del laboratorio. Nos pidieron que esperáramos unos minutos.

—¿Por qué me trajiste contigo? —preguntó Phoebe, todavía con un tono enojado. No había superado la discusión que tuvimos antes.

No estaba de humor para bromas ingeniosas, por lo que le dije la verdad.

—Me haces sentir más fuerte —le dije.

Su respuesta fue un desconcertado silencio, seguido de una sonrisa reprimida.

—Tienes miedo a las agujas, ¿eh? —preguntó.

—Miedo no. Solo… incomodidad.

—Uhm… ¿no va a ser algo peor una vez que te saquen el riñón?

¡Joder! No había pensado en eso.

¿Y qué le pasa? Se suponía que me proporcionaría comodidad y apoyo moral.

Habían pasado cinco minutos o algo así cuando la enfermera salió y conversó con el doctor. El doctor se acercó a nosotros.

—Su sangre no es la misma que la del paciente —dijo.

—Eso es raro —respondí—. ¿No deberíamos tener el mismo tipo de sangre? Por favor, no me diga que ha habido un error porque no quiero pasar por esa cosa de la aguja de nuevo.

—No es raro que padre e hijo tengan tipos de sangre diferentes —explicó el doctor—. A menudo, el niño recibe el tipo de sangre de la madre.

—Por favor, ahórrese la información innecesaria. Solo dígame qué sucederá después. ¿Puedo donar el riñón o no?

—Bueno, por suerte, su tipo de sangre es O y la de su padre es A. Tenemos compatibilidad.

—De acuerdo. Entonces… no perdamos más tiempo. ¿Me pondrá a dormir durante la operación?

—Sí, lo haremos… pero ya llegaremos a eso. Hay un factor más de compatibilidad que tengo que checar…

Estudió los resultados que estaban sujetos a una carpeta que estaba llevando. Sus dedos se movieron rápidamente a través de cada página y sus ojos mantenían un ritmo.

Pero entonces, en la tercera página, su dedo se detuvo. Le dio una mirada más cercana al documento. Se formaron arrugas en su frente y su boca se movió en una línea torcida.

»Esto… esto no puede ser… —murmuró.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —pregunté, curioso acerca de lo que causó la súbita perturbación del doctor.

Me miró antes de devolver su mirada a los resultados.

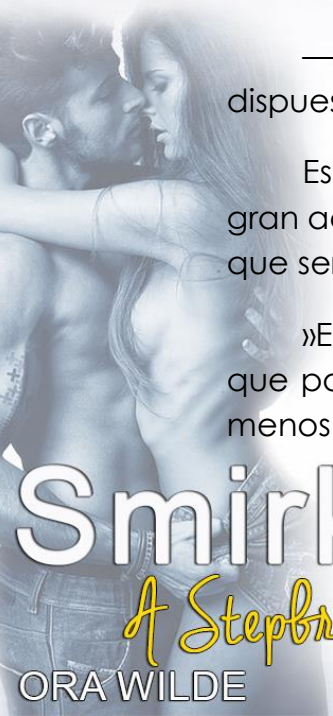
—Sus… sus antígenos leucocitarios humanos no coinciden en absoluto —dijo finalmente—. Sus tejidos no son compatibles.

—¿Ese es un problema?

—¡Sí! Significa que su padre no podrá usar el órgano que usted está dispuesto a donar.

Estaba impresionado más allá de la creencia. Allí estaba, con mi primer gran acto de benevolencia hacia mi padre, ¿y el doctor tenía que decirme que sería inútil?

»Esto es imposible —murmuró para sí mismo, completamente ajeno de que podíamos escuchar cada palabra—. Padre e hijo… debería haber al menos un cincuenta por ciento de compatibilidad…



Sentí los dedos de Phoebe deslizarse alrededor de mi muñeca, incitando a que me fuera con ella, invitándome a tomar asiento para poder relajarme. Aparté mi brazo de un tirón y me enfrenté al doctor.

—¿Qué significa eso? —le pregunté con rabia—. ¡Respóndame! ¿Qué significa?

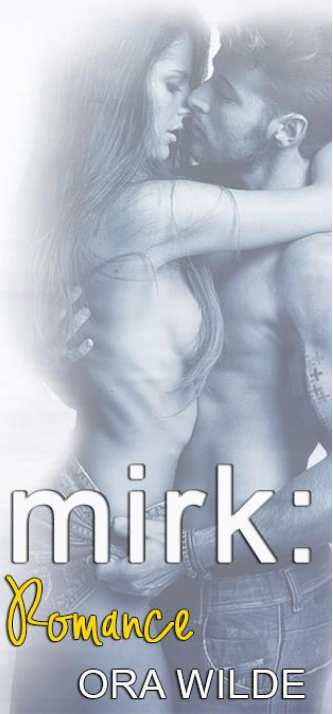
—No… no lo sé —fue su asediada respuesta.

Agarré los bordes de su bata y lo tiré cerca de mí. Continué gritando en su rostro, lo suficientemente alto para que los otros doctores y enfermeras pudieran escuchar, lo suficientemente alto para que intervinieran y me lanzaran lejos de él.

—¡Dígame que puedo ayudar! —grité—. ¡Dígame que hay otra opción! ¡Dígame que soy bueno para alguna otra cosa!

—Hayden, por favor, cálmate —me rogó Phoebe. No la escuché.

—¡Dígame! —continué gritándole—. ¡Dígame que puedo salvar a mi padre!



Capítulo 40

PHOEBE

—¿Despertó después del procedimiento? —preguntó la enfermera de guardia.

—Solo una vez, pero volvió a dormirse rápidamente —respondí mientras revisaba sus signos vitales en la máquina que estaba colgando sobre la cama.

Acaricié su frente y arreglé su cabello. Ha pasado por una noche dura. Una montaña rusa de emociones. Y una operación que ha removido una parte vital de su cuerpo.

Después de llenar varias páginas de preguntas, muchas de la cuales me pidió que respondiera por él, fue sometido a una batería de pruebas que duró hasta altas horas de la mañana. Una vez que los resultados fueron liberados, los médicos estuvieron convencidos de que Hayden era un donante saludable y que su riñón no planteaba ningún problema al prospectivo donatario.

Uno de los funcionarios del hospital hizo una serie de llamadas telefónicas. Le pidió a mi mamá que lo acompañara. Estaban buscando un programa abierto de intercambio de órganos donde el riñón de Hayden sería ofrecido a otro paciente con el que fuera compatible. El riñón que se supone sería donado a ese paciente sería ofrecido a nosotros entonces, siempre y cuando fuera compatible con el cuerpo de Bill. Es una posibilidad remota, dijo el funcionario, pero valía la pena intentarlo.

Afortunadamente, encontraron un prospecto en Las Vegas. Martha ofreció el jet privado de la compañía para entregar el riñón de Hayden y recoger el órgano que estaba destinado para Bill.

El trasplante de riñón de Bill inició finalmente alrededor de las ocho de la siguiente mañana. Todavía estábamos esperando noticias de cómo fue.

Miré a Hayden. Estaba profundamente dormido. No había rastro de dolor en su hermoso rostro. Fue sedado antes de que comenzara el procedimiento. Aún no sabe qué ha pasado y cómo fueron las cosas.

Toqué su mejilla. Hizo algo valiente… algo que no esperaba que haría.

Se volvió histérico cuando el doctor le dijo que su riñón no era compatible con su padre. Se puso tan furioso que la gente a nuestro alrededor tuvo que contenerlo. *Debe haber una manera,* dijo en repetidas ocasiones, firmemente al principio, pero gimoteando más adelante cuando el peso de impotencia comenzó a aplastar su corazón.

Hayden se estremeció un poco justo cuando comencé a pasar mis dedos sobre su barbilla.

Entonces abrió sus ojos, con fuerza. Le tomó unos segundos antes de reconocer quién era yo.

—¿Pho-Phoebe? —preguntó.

—Sí. Estoy aquí —le respondí mientras sostenía su mano.

—Do-Dónde… auch… —gimió cuando el dolor sobre las costillas del lado izquierdo de su cuerpo se manifestó. Probablemente no recordaba que le fue removido un riñón.

—Relájate, Hayden —le dije—. No te muevas demasiado. Puedes abrir la incisión que acaban de coser.

—¿Incisión? Oh… ¡mierda! —Finalmente se percató de lo que había sucedido—. Es cierto. ¿Có-Cómo estuvo?

—Fue bien —dije con entusiasmo—. No hay complicaciones. Deberías recuperarte en un par de días, dijeron, aunque te sentirás un poco débil durante una o dos semanas. Sin embargo, preguntaron sobre los moretones en tu cuerpo.

—¿Qué moretones? —cuestionó, confundido—. ¡Oh, cierto! De la pelea con esos dos imbéciles…

—Les dije que te caíste de las escaleras.

—¿Compraron esa excusa poco convincente?

—Estarías sorprendido.

Comenzó a reírse, pero la herida comenzó a palpitar por lo que su risa terminó abruptamente. Quería sentir la zona en la que fue cortado, pero agarré su mano inmediatamente y le impedí hacerlo.

—Te lo dije, podrías abrirla —le dije.

—Pero pica —concluyó.

—Bueno, sopórtalo. Al menos tendrías un tipo de comezón que te las arreglarías para no rascar.

—Oooohhh… touché.

Trató de moverse hacia su costado, esperando encontrar una mejor posición. Lo ayudé. Pero tan pronto como su cuerpo se giró, se volvió hacia mí con una mirada de preocupación en su rostro.

—¿Có-Cómo está mi padre? —preguntó preocupado, recordando para qué fue toda su terrible experiencia.

—Él está… bueno… todavía no lo sabemos.

—¿A qué te refieres con que no sabemos?

—Su operación está en curso. Comenzaron a las ocho y el doctor dijo que durará al menos tres horas. Todavía estamos esperando noticias de…

—Oh, ¡que se joda! —gritó mientras intentaba ponerse de pie, tropezando con los cables que estaban monitoreando sus signos vitales. Sonó una alarma y las enfermeras se apresuraron a llegar.

—¿Qué estás haciendo, Hayden? No te levantes. No estás en forma para levantarte. —Traté de detenerlo, pero no escuchaba.

—Señor Summersmth, por favor, cálmese —dijo una de las enfermeras mientras las otras sostenían sus brazos y lo empujaban de nuevo a la cama.

—No, no… ¡tengo que ver a mi padre! —gritó Hayden desafiante mientras se resistía al intento de las enfermeras por controlarlo. Pero estaba demasiado débil y, eventualmente, dejó de luchar y las enfermeras pudieron apaciguarlo.

»Tengo… tengo que ver a mi padre —repitió débilmente—. Phoebe… tengo que ver a mi padre… —continuó mientras su mano tomaba la mía.

—Iré a comprobar con los médicos si su operación ha terminado —le aseguré—. Pero tendrás que prometerme que te comportarás aquí, Hayden. No hagas un numerito como este de nuevo, ¿está bien?

Simplemente asintió con una mirada derrotada en su rostro.

»Está bien, entonces —dije—. Espérame aquí.

—¿Phoebe? —llamó mi atención justo antes de que estuviera a punto de salir.

Me volví para mirarlo. Había algo en su rostro… algo completamente diferente al joven arrogante y presuntuoso que he llegado a conocer. Lucía tan perdido… tan triste… tan angustiado…

Tan desesperado.

»Puedes… —continuó diciendo—. ¿Puedes… buscar a alguien llamada Heidi en la estación de enfermeras en el tercer piso?

—¿Heidi? ¿Por qué?

—Le dejé mis cosas de valor antes de que me llevaran a la sala de operaciones.

—Oh… está bien. Entonces pasaré por el tercer piso. ¿Debería traerte tus cosas?

—No hay necesidad. Solo… solo pídele que las traiga hasta aquí.

—Muy bien. Te veo más tarde, Hayden.

Cuando salí de la habitación, no pude evitar pensar en lo humilde que parecía en ese momento. Y la preocupación que mostraba por su padre era muy, muy admirable.

Quizás la Dra. Scott tenía razón.

Quizás hay un tipo de persona diferente bajo el exterior de arrogancia y pomposidad que ha construido alrededor de él.

Quizás…

Quizás…

Quizás ese era el verdadero Hayden a quien acababa de presenciar.

Capítulo 41

HAYDEN

—¿Có… Cómo pagaré? —preguntó Heidi mientras nerviosamente miraba detrás de ella, comprobando si alguien de repente estaba escuchando a escondidas nuestra conversación. Ella tenía alrededor de treinta años, madre de varios hijos, a juzgar por la forma de su cuerpo, y estaba luchando para llegar a fin de mes, lo cual era algo facil de deducir debido a la fatiga en sus ojos.

Ella era la candidata perfecta.

Y dijo que sí.

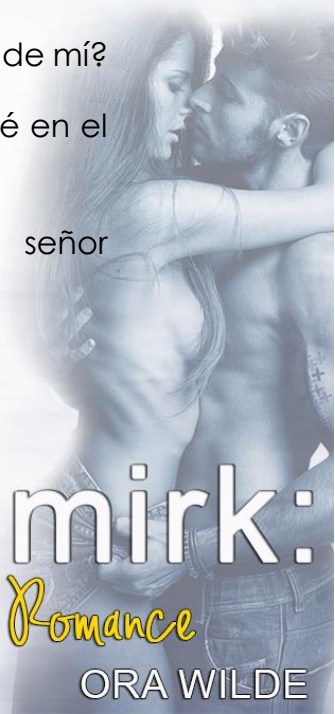
—Te di mi número de celular —le respondí mientras abría el folder marrón que me dio—. Mándame un mensaje con tus datos bancarios y te enviaré el pago tan pronto como salga de este hospital.

—De… De acuerdo, señor —dijo—. ¿Hay algo más que necesite de mí?

—No. Puedes salir ahora —dije sin siquiera mirarla. Me concentré en el contenido del documento que me entregó.

—Muy bien entonces. Por favor no se olvide del pago, señor Summersmith —me recordó por última vez.

—No lo haré. Ahora, por favor déjame.



Ella hizo lo que le instruí. Necesitaba mi privacidad. Tenía mis sospechas y no sabía cómo iba a tomarlo si, por casualidad, mis corazonadas eran verificadas. Necesitaba estar solo.

Empecé a leer el papel dentro del folder.

Era una prueba de ADN, una que le pedí que consiguiera para mí antes de que me llevaran a la sala de operaciones. Le ordené que obtuviera una muestra de mi padre, un mechón de cabello, una muestra de tejido, un pedazo de uña, cualquier cosa, y la comparara con la mía.

Quería saber.

Necesitaba saber.

¿Cómo es que nuestros órganos no han sido compatibles cuando el médico dijo que deberían haber sido por lo menos cincuenta por ciento compatibles?

Solo había una respuesta posible a eso. Y necesitaba saber a ciencia cierta.

Examiné los resultados. Vi una lista de etiquetas y números que no entendía.

D21S11: 27, 32; 28, 33

D7S829: 7, 9; 11; 12

TH01: 15, 16; 14, 18

D13S317: 7, 9; 10; 11

D19S433: 14, 15; 13; 17

¿Qué es lo que siquiera significaban?

Si se suponía que era una prueba de paternidad, entonces algunos de los números debían coincidir... pero ninguno de ellos lo hacía.

Mientras me desplazaba hacia abajo del documento, la respuesta se hizo evidente.

INTERPRETACIÓN: *Los resultados indican que el presunto padre no es el padre biológico del hijo.*

Me sentí como que el mundo a mí alrededor se derrumbaba en el olvido, no a causa de shock, más bien, porque no era realmente el mundo que creía conocer. Era una realidad falsificada, y mi existencia podía muy bien ser tan falsa. Todo lo que he llegado a aceptar como verdadero, no lo era.

Y todo lo que sabía sobre mí era solo una mentira.

No me extraña que lo odiara tanto. ¡Ni siquiera estábamos emparentados!

No tenía derecho a imponer su voluntad en mí... decirme qué hacer... decirme cómo debo vivir mi vida... darme las metas que él quería que lograra cuando en realidad, estaban destinadas a impulsar su ego.

Su maldito ego que no debería siquiera involucrarme. No soy su hijo. Nunca lo fui. Nunca lo seré.

¿Y le di mi riñón?

¡Mierda!

¿Arriesgué mi vida por un extraño?

Estaba respirando rápidamente, casi palpitando. Mi visión se volvió negra. Me temblaban las manos. Rompí los papeles que contenían los resultados y arrojé los pedazos al suelo. Revisé la máquina detrás de mí. Había un botón de apagado. Lo presioné. Eso detendría el pitido de la maldita cosa cuando mis signos vitales cambiaran. Me quité todos los estúpidos tubos y cables conectados a mi cuerpo. Me puse de pie y comencé a caminar hacia el otro extremo de la habitación.

¡Joder!

Estaba demasiado débil que me dejé caer de rodillas.

Debo hacer esto. Debo levantarme y salir de ese lugar... fuera de su alcance... de su jodida vida.

Me puse de pie una vez más y me las arreglé para llegar al vestidor enfrente de la cama. Abrí la puerta y vi mi ropa interior. Me quité la bata de hospital que llevaba puesta y me puse mi camisa, mis jeans y mis zapatos.

Furtivamente salí de ese hospital, fue más fácil de lo que pensaba. La parte más difícil fue abstenerme de agarrar el lado izquierdo de mi abdomen, el cual dolía como el infierno mientras caminaba. Una vez que pasé el vestíbulo, lo sostuve con mi mano. La zona estaba mojada. Estaba sangrando.

Cuando llegué más allá de la primera cuadra del hospital, miré hacia atrás.

Él todavía estaba allí, probablemente recuperándose de la operación por la que tuvo que pasar.

Desde la distancia, le enseñé al edificio los dos dedos del medio.

Un último *jódete* a la vida de mentiras que dejaba atrás.

Capítulo 42

PHOEBE

—No podemos llamar a la policía porque él no es un delincuente, señora.

La respuesta del empleado casi me enfureció. Hayden estaba desaparecido. Se escapó de su habitación en algún momento dentro de los veinte minutos más o menos que pasé lejos de él. Él había planeado todo desde el principio. Fingió estar abrumado por un momento y hosco el siguiente, todo porque quería ganarse mi simpatía para que lo dejara en paz y pudiera comenzar su huida.

—Es una persona desaparecida —le dije con severidad—. ¿No deberían las autoridades saberlo?

—No es una persona desaparecida... al menos no en las próximas veintitrés horas y media, señora.

—Pero acaba de salir de una operación...

—No hay peligro de muerte, señora. Solo le dolerá bastante, me imagino, pero eso no debería ser fatal.

Me senté en la cama... su cama... en total exasperación. Solo había sido tanto lo que había sucedido desde la noche anterior, y el más reciente truco de Hayden acababa de hacer las cosas aún peor.

»Entiendo su frustración, señora —dijo el empleado—, pero lo crea o no, este tipo de cosas suceden todo el tiempo. Algunos escapan para evitar el

pago de sus facturas. Algunos simplemente no pueden soportar estar en un hospital. Y unos pocos... bueno... solo quieren saber si pueden salirse con la suya, al igual que en las películas.

Él era un tipo jovial, pero yo no estaba con buen sentido del humor. Probablemente él vio eso, por lo que salió de la habitación, dejándome sola para reflexionar acerca de qué hacer a continuación.

¿Dónde puede estar? ¿A dónde iría? Más importante aún, ¿por qué se iría así como así, cuando su padre estaba luchando por su vida?

Entonces vi algunos pedazos de papel en el suelo.

Sin duda, no eran a causa de las enfermeras. ¿Los rompió Hayden? Pero, ¿por qué? ¿Qué podría estar allí que lo pondría tan enojado? La última vez que hizo algo así fue cuando le di la carta de la clínica de la Dra. Scott.

Oh, no...

Agarré todos y cada uno de los pedacitos de papel que pude encontrar. Los coloqué sobre la cama y traté de ponerlos juntos de nuevo, al igual que un rompecabezas. Afortunadamente, no había muchas partes del documento. Tuve la oportunidad de ensamblarlos rápidamente.

Lo que pude leer me rompió mi corazón.

Bill no era el padre biológico de Hayden.

Al principio fue muy difícil creerlo, pero todas las piezas se juntaron. Las palabras de la Dra. Scott... *Bill es un buen, buen hombre... una de las personas más amables que he conocido... él hizo algo que me hizo respetarlo mucho... si Hayden supiera qué clase de hombre es, sabrá cuan verdaderamente bendecida ha sido su vida...*

Bill trataba a Hayden como a su propio hijo.

Bill amaba a Hayden como a su propio hijo.

Esto, a pesar del hecho de que él no era de su propia carne y sangre.

Traté de deshacerme de la tristeza que envolvía mi alma. Si me permitía ser engullida por las emociones, no sería capaz de hacer lo que debía

hacerse. Hayden estaba desaparecido, y no estaba en condiciones de cuidar de sí mismo. Pero, ¿dónde podría estar? ¿A dónde podría haber ido?

Me entretuvo la idea de decirle a mi mamá sobre la desaparición de Hayden, pero ella ya estaba tratando con demasiado. No quería cargarla con más preocupaciones. Además, si le dijera, ella podría decírselo al mismo Bill, y eso no sería de ayuda dada su condición actual.

Estaba completamente sola.

Piensa, Phoebe, piensa…

Desearía haberlo conocido mejor así podría predecir lo que iba a hacer a continuación. Pero no podía. Quería, pero no podía. Era muy distante. Embelesaba a la gente con sus encantadores modales, pero todo eso era una fachada para ocultar a la persona afligida que estaba debajo de su manto de arrogancia y egocentrismo. Él hacía a la gente creer que no le importaba un comino nada, pero en el fondo, le preocupaba... preocupaba mucho.

Dudo que fuera la única que se dio cuenta de eso.

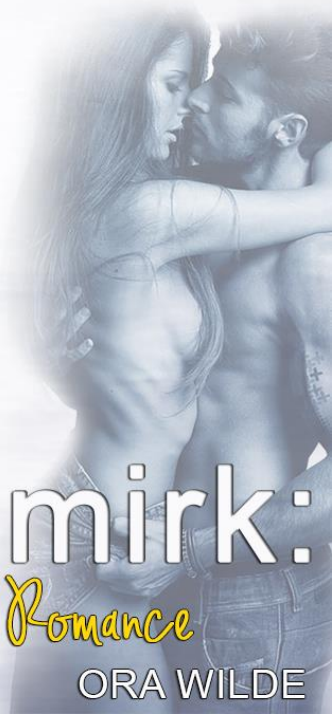
Creía firmemente que todos alrededor de él sabían quién era el verdadero Hayden... todos excepto él.

Solo tiene que aceptarse a sí mismo como... *él mismo*, en lugar de esconderse detrás de una armadura de arrogancia y odio.

Si solo...

Si tan solo pudiera hacerle comprenderlo.

Pero yo ni siquiera sabía dónde estaba.



Capítulo 43

HAYDEN

Los círculos negros alrededor de mis ojos hinchados, lo cuales mis gafas oscuras fallaron en ocultar por completo, hicieron a la florista sospechar acerca de mi intención. Después de mucho escrutinio, finalmente me permitió comprar un ramo de tulipanes blancos. Sin embargo, tuvo que pedirme una identificación. De alguna manera, no quería creer que la tarjeta de crédito que utilicé era realmente mía.

Hollywood Forever, a lo largo del Boulevard de Santa Mónica, se suponía que estaba a un par de minutos en auto desde el hospital. Pero no traje mi Hummer. La dejé allí, junto con la vida que conocía. No quería ninguna parte de sus riquezas. No quería ninguna parte de él.

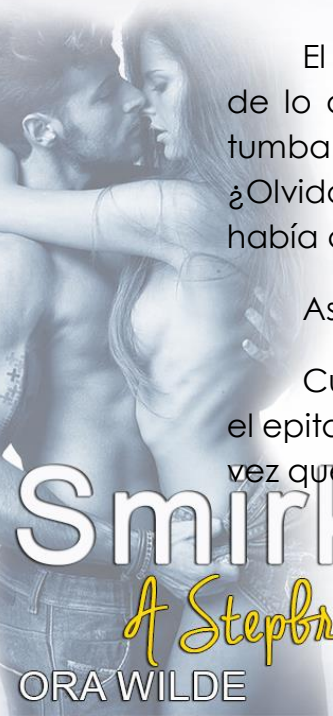
¿Cómo podría?

Ni siquiera era una parte de él.

El cementerio estaba muy tranquilo por la tarde... incluso más sereno de lo que normalmente estaba. Solo vi dos personas en mi camino a la tumba de mi madre. ¿Esa era la forma en cómo honrábamos a los muertos? ¿Olvidando su recuerdo así ellos experimentarían el dolor que su pérdida había causado?

Así no era como quería recordar a mi madre.

Cuando llegué a la bóveda de hormigón que albergaba sus restos, leí el epitafio que fue grabado en la lápida... algo que siempre he hecho cada vez que la visitaba.



Una maravillosa esposa. Una madre amorosa. Por siempre.

Palabras sencillas que nunca fallaban en darme una apariencia de comodidad. Cuando era más joven, esos escritos hicieron la agonía un poco menos difícil de soportar. Me recordaron cuan... cariñosa, hermosa y amable era.

Pero en ese momento, la primera línea causó cierta inquietud: *una maravillosa esposa.*

Ellos siempre peleaban. Hasta la noche antes de que yo la encontrara muerta, todavía peleaban. Ellos estaban en desacuerdo en las cosas más simples. Los podía oír desde mi habitación. Los podía oír desde abajo. Una vez, se gritaron el uno al otro en la sala de estar. Me escondí cerca de las escaleras y escuché. No entendí lo que estaban discutiendo. Todo lo que podía recordar eran las palabras que, cuando era niño, se suponía que no tenía que escuchar.

Una esposa maravillosa.

¡Sí cómo no!

Él le dio el infierno. Por ninguna razón en absoluto, trataba a mi madre como basura. Abusó verbalmente de ella, y creo, con todo mi corazón, que eso es lo que la llevó a quitarse la vida.

Acomodé las flores sobre su tumba.

Recordé el momento, pocos años después de su muerte, cuando la loquera que mi padre, o el hombre quien yo pensaba era mi padre, contrató habló con él en su clínica, sin saber que me quedé cerca de la puerta, escuchando cada palabra que se decían el uno al otro.

Bill, él necesita tu amor, dijo ella. *Sus heridas son demasiado profundas. Él está roto.*

¿Roto?

¿Miles de dólares por sus servicios y eso es lo mejor que pudo decir? ¿Qué estoy jodidamente roto?

Si estaba roto entonces, ¿cómo me describiría ahora?

El hombre que ella pensó podría ayudarme ni siquiera es mi verdadero padre.

Solo hay una persona en el mundo entero que puede hacer las cosas bien para mí. Solo una persona que puede mostrarme lo que debo hacer con mi vida. Solo una persona que realmente me amaba.

Y está enterrada bajo la tierra delante de mí.

—Mamá —empecé a decir, sin preocuparme por cualquiera que pudiera oírme—. Te necesito. Siempre te he necesitado. Me siento tan solo... tan perdido sin ti.

No había ninguna duda en mi mente de que ella era mi verdadera madre. Yo la conocía mucho. Ella me trataba con tanto amor... tanto cariño... eso me hizo saber... con toda seguridad... que yo salí de su vientre.

Pero esa certeza ahora causaba que una pregunta me persiguiera por el resto de mi vida.

¿Quién es mi padre?

Hice las matemáticas en el taxi de camino a Hollywood Forever. Bill y ella... se casaron un año y medio antes de que yo naciera. Así que... si Bill no es mi padre... la única conclusión lógica es que mi mamá tuvo una aventura.

Pero, ¿con quién?

¿Y por qué?

Eh. ¿Debería incluso preguntar?

Bill la obligó a buscar a alguien más. La forma en que la trataba... ella no tuvo más remedio que encontrar el amor que necesitaba en otro hombre.

Y yo era el producto de su infidelidad.

¿En qué me convierte eso?

¿En el bastardo de mi madre? ¿Un marginado? ¿Un fraude?

Y todo es por culpa de él... mi supuesto padre...

¡Lo odio! ¡Jodidamente lo odio!

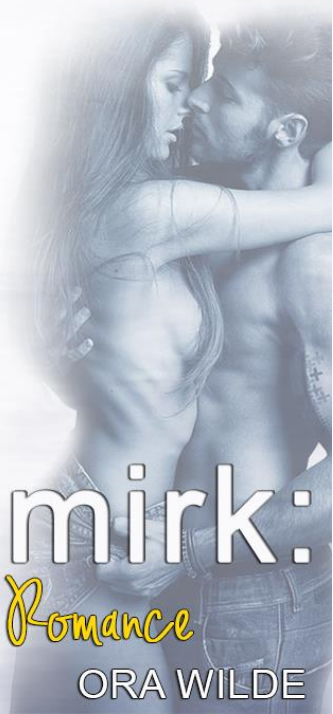
Le di una patada a la tierra a los pies de la tumba de mi madre, en furia y frustración por las cosas que descubrí y cómo ellas han puesto de cabeza mi vida.

—No hagas eso —dijo alguien detrás de mí. Una voz familiar. Amable. Tranquila. Calmante.

No tuve que dar la vuelta para saber quién era.

—¿Cómo me encontraste?

—Bueno señor Summersmith —empezó a responder—, si está planeando ir de incógnito, podría dejar de usar la tarjeta de crédito de la compañía.



Capítulo 44

PHOEBE

Probablemente pensaba que estaba siendo una cerebrito, que mi respuesta estaba menospreciando el peso de su desesperación. Pero solo quería aligerar el estado de ánimo… hacerlo sentir que estaba en compañía de alguien en quien podía confiar.

Eso y porque estaba feliz de encontrarlo. Ya no estaba *perdido*.

—Dame un jodido descanso, ¿s? —dijo con enojo—. Necesito estar solo.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—¡Mucho!

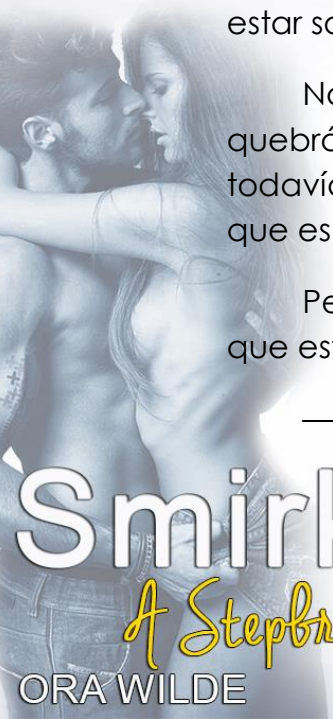
—¿Cuánto es mucho?

—Semanas… meses… una eternidad… ¿cómo carajos lo sé? Quiero estar solo, ¿está bien?

No quería volverse. No quería que lo viera. Pero a juzgar por cómo se quebró su voz mientras estaba hablando, había estado llorando. O quizás todavía estaba llorando y estaba siendo el hombre orgulloso y arrogante que es, no quería que nadie presenciara su peor momento.

Pero tenía que estar allí. No sabía por qué… pero solo sabía que tenía que estar allí para él.

—Sé cómo te estás sintiendo —comencé a decir, pero me interrumpió.



—¿En serio? ¿Cómo podrías saberlo? Un bastardo tendría mejores oportunidades de entenderme, más de lo que tú lo harías.

—Él te ama, sabes.

Finalmente, se volvió hacia mí. Estaba en lo correcto acerca de mi sospecha. Lágrimas estaban goteando por debajo de sus gafas de sol. Estaba llorando.

—No quiero saber nada de él nunca más —me dijo, haciendo su mayor esfuerzo para mantener sus emociones bajo control.

—Hayden… lo sé… vi los papeles que rompiste…

—¿Sabes que soy el bastardo de mi madre? Gran cosa, ¿cierto? Gran jodida cosa…

—Más que eso, sé que te trató como su propio hijo a pesar… a pesar… a pesar de todo.

—¿Su propio hijo? ¿Cómo sabes eso? ¡Siempre me trató como un maldito extraño y ahora sé por qué!

Estaba tan enfadado. Odiaba a su padre. Y ahora, probablemente lo odiaba más. ¿Cómo podría hacerlo ver lo que es correcto, cuando en lo profundo de su corazón, estaba fuertemente convencido que fue agraviado… que toda su identidad era una gran mentira?

Entonces se me ocurrió.

Un recuerdo.

De nuestra primera cita.

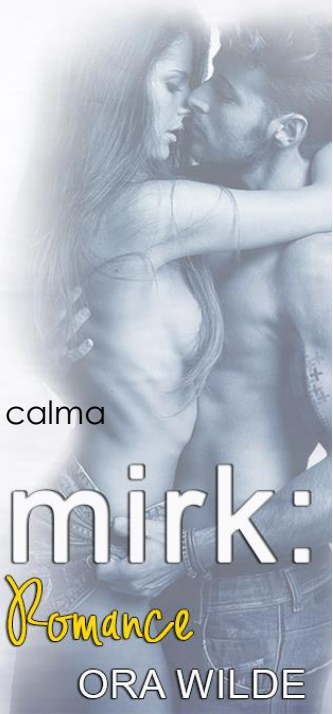
Pregunta.

Respuesta.

Entendimiento.

Esclarecimiento.

—¿Cómo te trató como un extraño? —le pregunté, con toda la calma que pude.



Le tomó unos segundos antes de darme su respuesta.

—No lo entenderías.

—Pruébame. ¿Cómo te trató como un extraño?

—¡Al no ser un padre para mí! —replicó ferozmente.

—¿Y cómo no es un padre para ti?

—Nunca me hablaba —dijo, su voz comenzó a tranquilizarse—. No como un padre a su hijo. Siempre estaba ocupado con su trabajo… y cada vez que tenía que hablar conmigo, lo hacía a través de su secretaria o algún otro emisario.

—¿Y esa es razón suficiente para creer que no ha sido un padre para ti?

Me lanzó una mirada que me atravesó.

—¿Qué carajos es esto? *¿Veinte preguntas?*

—Solo respóndeme, por favor —le supliqué—. ¿Es razón suficiente para creer que falló en ser un padre para ti?

—Sí, ¡si consideras el hecho de que mató a mi madre! —Su ira volvió, más feroz que antes.

Tragué un poco de aire antes de continuar.

—¿Realmente mató a tu madre? —le pregunté.

No respondió. Fue sorprendido por mi pregunta. Y por primera vez desde que lo conozco, realmente lo vi cediendo un poco.

»¿Realmente mató a tu madre, Hayden? —le pregunté de nuevo, más firme.

Miró la tumba de su madre antes de volverse y enfocar su mirada en el distante horizonte. Supuse que quería estar en algún otro lugar… cualquier lugar… lejos, lejos de mi boca indiscreta. Pero no le daría la oportunidad. Era algo que tenía que enfrentar y no podía esperar otro momento.

»Respóndeme, Hayden, por favor —le rogué—. ¿Realmente mató a tu madre?

Inclinó la cabeza para esconder la mirada de resignación en su rostro. Parecía como si se hubiera debilitado repentinamente, de modo que se sentó en la tumba de su madre. Luego cubrió su rostro con sus manos, limpiando la superficie. Quizás era su forma de reunir el valor suficiente para enfrentarse a la verdad. Solo podía esperar.

—Él… no lo hizo —confesó finalmente—. Pero eso no quiere decir que no causara su muerte…

—¿Cómo causó su muerte? —continué presionando.

—Ellos… siempre estaban peleando… discutiendo… ella se veía tan triste… tan deprimida… entonces un día… ella solo… —Su voz se estaba rompiendo intermitentemente. Estaba luchando para decir lo que quería compartir. Era algo que no estaba listo para enfrentar… pero no podía darle el lujo de enterrar la verdad a mayor profundidad.

—Hayden, quiero que recuerdes esos días —le dije mientras me sentaba a su lado y sostenía su mano—. ¿Sobre qué estaban peleando? ¿Qué escuchaste?

—Palabras… —Todavía fracasaba en hablar—. Solo puedo recordar algunas palabras… no sé el contexto… no sé de qué trataban…

—¿Cuáles eran esas palabras?

—Solo palabras sin sentido. Preguntas. *¿Por qué? ¿Me merecía esto? ¿Qué he hecho mal?* Y…

—¿Y?

Comenzó a llorar… suavemente al principio, pero pronto escaló a un llanto incontrolable. El hombre engreído y arrogante que he llegado a adorar se había abierto… recuerdos fragmentados estaban comenzando a tomar forma… y la agonía de recodarlo había comenzado a pulverizar su corazón.

Pero no podía detenerme. No debería. Tenía que preguntar. Necesitaba decirlo. Necesitaba aceptar la verdad.

—¿Y? —pregunté una vez más, desesperada por una respuesta.

—Y… *¿todavía me amas?*

Con ese recuerdo, se quebró completamente. Se volvió tan inconsolable que no importaba lo mucho que lo intentara, no podía aliviar el dolor que estaba sintiendo… un tipo de dolor forjado por años de agresiva negación y aborrecimiento equivocado, por años de hostilidad innecesaria y animosidad injustificada hacia la única persona que lo aceptaba y lo amaba.

Sus padres no estaban peleando por la más simple de las cosas. Su padre no estaba discutiendo indebidamente con su mamá.

Ella lo engañó. Y él la descubrió.

Aun así, no la dejó. Quería saber por qué lo hizo. Quería saber si había una oportunidad de que su matrimonio fuera salvado. Quería saber si todavía lo amaba.

Y cuando la madre de Hayden murió, él se hizo cargo de un niño que no era suyo y lo trató como si fuera su propio hijo. Lo preparó para ser su sucesor. Le dio a su *hijo* todo lo que necesitaba. Recorrió largas distancias solo para asegurarse de que Hayden tendría lo mejor que la vida pudiera ofrecerle.

Y a pesar de todo eso, Hayden eligió odiarlo…

Todo porque nunca quiso aceptar el hecho de que su madre fue quien cometió un error.

Sostuve un costado de su rostro mientras lloraba y llevé su cabeza hacia mi hombro. Estaba esperando que se resistiera, que su orgullo solo considerara mi gesto como un acto de misericordia, uno que él nunca permitiría.

Pero no se opuso a mi movimiento. Su cabeza fue directo a mi hombro, voluntariamente, y continuó llorando como un niño perdido en la lluvia.

Acaricié su cabello y besé su frente. Quería decirle que todo estaría bien… porque era la verdad. Él solo tenía que aceptar las cosas que siempre ha negado.

—Tienes razón —dije suavemente con una ligera sonrisa.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó mientras se enjugaba la nariz.

—Método socrático. Una serie de preguntas continuas que nunca terminará hasta haber llegado a una conclusión definitiva.

—Oh, joder. ¿Por qué tuve que contarte eso? Caray. —Su voz se fue suavizando. Sus lágrimas comenzaron a secarse. Casi lo hice reír, pero era tan engreído que se contuvo.

Siguió el silencio. Duró unos minutos. Incluso horas. Llegó el anochecer y el cielo nos cubrió de oscuridad y aire fresco. Sin embargo, nos quedamos sin hablar, contentos con la compañía del otro y la comodidad que le dábamos al otro.

—Te ama —dije finalmente, mi voz rompiendo la monotonía del sonido de los grillos y el ulular de algunos búhos.

—Supongo que sí —respondió, su voz con un tono de tranquila resignación.

—No están emparentados por sangre, ¿pero eso debería importar? Es el único padre que has conocido y no creo que eso debería cambiar.

—Lo sé —acordó, para mi sorpresa. Su cambio fue bastante drástico. No había ni un rastro de odio en sus palabras. Solo aceptación—. ¿Cómo está? —preguntó, recordando la condición incierta en la que se encontraba su padre cuando él se fue del hospital.

—Recuperándose —respondí—. El trasplante fue un éxito. Está respondiendo bien.

Vi una sonrisa formarse en su rostro.

—Y estará preocupado cuando descubra que te has ido —añadí.

—Supongo que tenemos que ir a casa, entonces —dijo mientras jugueteaba con sus dedos.

—Síp. Vayamos a casa, Hayden…

—Sabes… nadie nunca me hizo abrirme de esta manera —mencionó de repente.

—Es solo porque ha sido un día emotivo para todos nosotros. —Traté de quitarle importancia a su comentario.

—No —contestó firmemente—. No es por eso.

Mis ojos se entrecerraron. Tuve que acomodar mis lentes y llevar mi cabeza más cerca de su rostro para poder determinar si estaba hablando en serio o si solo me estaba preparando para alguna réplica ingeniosa.

A pesar de la oscuridad, conseguí un buen vistazo de su rostro.

Estaba siendo sincero.

»Es por ti —dijo mientras se volvía para mirarme.

Tragué saliva. No estaba esperando que hiciera ese tipo de declaración (¿o era una confesión sincera?) en un momento como este. ¡Y frente a la tumba de su madre, nada menos!

»Phoebe —continuó diciendo—, nadie me ha hecho sentir de esta manera… así de… pacífico…

—Ja. Todo lo que hice fue hacer que te dieras cuenta de que podrías hacer muy bien en tomar conciencia de ti mismo.

—Sí… pero si fueras otra persona, no habría sido receptivo.

Estuve profundamente honrada por su comentario, pero me pareció aterrador al mismo tiempo. Estaba feliz de tener ese tipo de efecto en él, pero aterrada de que condujera a un sentimiento más profundo que no pudiéramos detener.

Y suficientemente cierto, pronunció su siguiente oración.

»Phoebe… dado que estamos en el proceso de aceptar lo que hay verdaderamente en nuestros corazones —dijo—, me gustaría que supieras que… que… —Luchó por decir sus próximas palabras, lo cual fue bastante extraño dado lo confiado que era siempre.

—¿Que? —lo incité a proseguir, aunque sabía que lo que estaba planeando decir cambiaría todo entre nosotros.

—Que… que creo que estoy enamorado de ti…

Supe, en ese mismo momento, que era una declaración que recordaría para siempre. Cada detalle de ese momento estaría congelado en mi memoria. Los pétales rojo pálido de las magnolias cayendo sobre nuestras

cabezas. El sonido crujiente de las hojas secas en el suelo mientras movía mis pies sin parar desde donde estaba sentada. El aire frío que habría sido insoportable sin una chaqueta, aunque apenas me molestaba ya que mi mente estaba en otra parte.

Y sus palabras… que por mucho tiempo temí y por mucho tiempo esperé… tan suaves como el viento veraniego, tan prometedoras como un capullo a punto de florecer, tan aterradoras como el primer paso dentro de un lugar en el que siempre te dijeron que no deberías entrar…

—Sabes que no podemos estar juntos, ¿cierto? —le dije, una respuesta que había ensayado una y otra vez en mi mente cada vez que soñaba con esa instancia, siempre que esperaba que mis sentimientos por él fueran retribuidos.

Inclinó su cabeza una vez más, en señal de rendición y desilusión y sufrimiento, más que nada.

Ahí estaba, el hombre orgulloso y arrogante, en lo que probable-mente fuera la primera vez en su vida, abriendo su corazón a una chica y ella le dijo que su amor no podía prosperar.

»Siempre seremos familia, Hayden. —Traté de consolarlo mientras frotaba su espalda—. Siempre estaremos juntos… pero no de la manera que creo que quieres…

—¿Pero no te sientes de la misma manera? —preguntó, su voz quebrada por el desaliento.

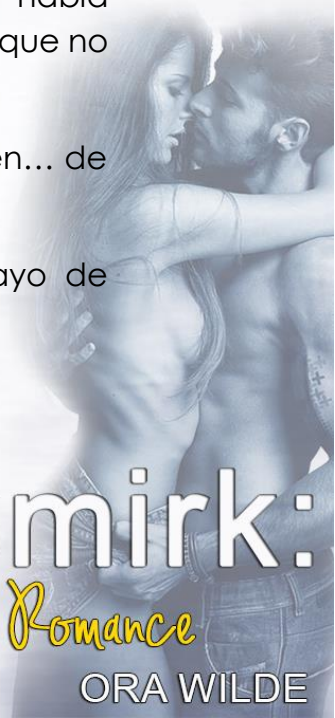
—Yo… —Se suponía que dijera que sí. Pero me detuve. No había necesidad de hacer que el asunto fuera más complicado—. Yo… sé que no deberíamos estar *juntos*, juntos.

Entonces destelló esa sonrisa que he llegado a conocer tan bien… de confianza en sí mismo y vanidad, de narcisismo y confianza audaz.

—Eso no es exactamente un *no,* ¿cierto? —preguntó, un rayo de esperanza brillando en sus ojos.

Mis labios se curvaron de una manera incómoda.

—Ehhh… es realmente un no, Hayden —aclaré.



—Y es un no… por ahora y solo ahora, ¿cierto? ¿No es un no para siempre? —Estaba siendo persistente.

Lo miré directamente a los ojos, tomé una respiración profunda y comencé a hablar las palabras que sabía, en el fondo de mi corazón, que no quería creer, pero de alguna manera creía firmemente que era lo correcto.

—Hayden, lo siento… no podemos estar juntos, nunca.

Capítulo 45

HAYDEN

—¡¿Tú tienes qué?!

No podía creer lo que acababa de decir después de que la vi descender por las escaleras con su maquillaje, usando ese vestido negro con los pequeños tirantes que llevaba cuando salimos por primera vez.

—Tengo una cita —repitió, con una sonrisa que parecía burlarse de mí.

—Ella tiene una cita —se hizo eco Martha, con una sonrisa. Estaban conspirando en mí contra.

—No, no, no... tú no tienes una cita —le dije mientras movía mi dedo delante de su cara—. No creo que tengas una cita.

—Bueno, como quieras —respondió mientras me daba un encogimiento de hombros—. Yo... voy a divertirme esta noche.

—¿Quién es el estúpido coño con el que estás saliendo? —pregunté.

—Lenguaje... —recordó Martha.

Han pasado tres semanas desde que, con excepción de mi padre, hablamos de cómo hacer del hogar un ambiente más propicio para su pronta recuperación. Tanto Martha como Phoebe sugirieron que la casa debía estar libre de malas palabras.

A regañadientes, acepté.

¿Qué podía hacer? Era extremadamente superado en número.

—Su nombre es Joshua, y es un caballero... un chico muy agradable —respondió Phoebe.

—Sí, Joshua... realmente es un chico muy dulce —añadió Martha.

—¡Oh, Dios mío! —grité—. Suenan muy a la... defensiva.

—¿Defensivas? Solo estamos siendo honestas —explicó Martha.

Un bocinazo resonó desde el camino de entrada.

—¡Ese es él! ¡Me tengo que ir! —pronunció Phoebe mientras se movía rápidamente hacia la puerta. Era como si estuviera entrando en pánico. No quería que esperara. Barton estaba listo en la entrada para verla salir.

Le di a Martha una mirada que en silencio le preguntaba: *¿vas a permitir que tu hija salga con ese desconocido que podría ser un psicópata?*

Y al igual que su hija hizo antes, se encogió de hombros y me dio una sonrisa torcida.

Corrí tras Phoebe y sostuve su brazo justo antes de que pudiera llegar a la puerta. Le hice señas a Barton para que nos diera algo de privacidad. Él lo hizo inclinando la cabeza y saliendo.

—¿Realmente vas a hacer esto? —le pregunté fijamente.

—Sí, ya que tengo todo el derecho —contestó casualmente.

—Sabes cuánto me está afectando esto.

—Uhm... no realmente.

—¿No realmente?

—¿Por qué está esto afectándote?

—Porque sabes lo que siento por ti.

—¡Ah! Pero hicimos una promesa. En el cementerio. ¿Recuerdas?

—Sí, pero esa promesa... era solo... temporal... ¿verdad? —Odiaba la forma en que sonaba. Era como si estuviera desesperado.

Tal vez lo estaba.

—Ehm... no —dijo—. Hayden... hemos hablado de esto. Tú y yo, nosotros no podemos estar juntos. Ahora somos familia. Hemos hablado de esto. Ambos acordamos los términos. Por favor... solo... deja de lado cualquier sentimiento que tengas hacia mí. ¿Por favor, Hayden?

—Es fácil para ti decir eso —le dije de mala gana—. Es increíble cuán rápido has avanzado. Imagina, aquí estoy... suspirando por ti... contigo estando tan cerca pero tan lejos. Y ahí estás, tan bonito y vestida... a punto de ir a una estúpida cita con un tipo que está muy probablemente pensando en hacer su camino dentro de tu vestido mientras hablamos...

—Oh... ¿cómo si hubiera hecho una apuesta con alguien? —preguntó con una sonrisa socarrona.

Su comentario me tambaleó un poco. Podría haber replicado fácilmente con el hecho de que la apuesta fue el resultado del plan que ella y su mejor amiga habían hecho, pero me abstuve de hacerlo. No quería enfrascarme en una discusión con ella.

Solo quería que se quedara en casa.

Cerca de mí.

—¿De verdad tienes que ir? —le pregunté al cabo de unos segundos de silencio.

—Sí, Hayden, tengo que hacer esto —dijo—. No es porque quiera. Es porque lo necesito. Tengo que ver a otras personas...

—¿Por qué?

—Así podría... olvidar.

—¿Olvidar qué?

—Oh, Hayden... deja de hacer preguntas de las cuales sabes las respuestas.

Ella acercó su cara a la mía y me dio un suave beso en la mejilla. La calidez de sus labios en ese momento iba a permanecer toda la noche, mientras esperaba a que llegara a casa.

»Adiós Hayden, nos vemos más tarde o mañana, ¿de acuerdo? —ofreció.

—Adiós —dije débilmente mientras la desesperanza e impotencia comenzaban a inundar mi alma.

No me molesté en verla encontrarse con su cita. Me di la vuelta y caminé hacia las escaleras. Quería volver a mi habitación, para pasar toda la noche revolcándome en la desesperación, contando los minutos y las horas hasta que ella regresara a casa.

Sin embargo, justo antes de que pudiera llegar a mi habitación, decidí ir hasta el siguiente tramo de escaleras hacia el tercer piso. Quería hacer una corta parada.

Tan pronto como entré en la habitación principal, vi que mi padre todavía estaba despierto, estudiando algunos documentos que eran muy probablemente para su trabajo.

—Estás con permiso por enfermedad —le dije.

—¡Eh! Eso es para clasificar y archivar —fue su respuesta, la cual fue seguida por una leve tos.

—Si alguno de tus subordinados tuviera un trasplante de riñón, estoy seguro de que no llevarían su trabajo a casa.

—Entonces, no me conoces como jefe.

—Oh... te sorprenderías. ¿Sabes cuántos de ellos se acercaron a mí para quejarse de cuan explotador eres?

Él se rio con cierta dificultad.

»En serio, están pensando en presentar algunos casos ante Derechos de los Trabajadores —añadí.

—Bueno, para eso es que le pago a mis abogados —respondió con confianza—. Para hacerse cargo de este tipo de problemas. Por lo menos sus altos costos serían puestos a buen uso.

—No suenas como alguien que acaba de tener un trasplante de riñón —comenté.

—Y tú no suenas como alguien a quien le acaban de quitar un riñón —espetó en contestación—. Hablando de eso... me pregunto quién fue el desafortunado individuo que recibió tu órgano.

—Bueno, quienquiera que sea, apuesto a que tendrá hijos guapos en el futuro —repliqué—. Después de todo, ahora tiene una parte de mí.

—Bueno, incluso si sus hijos resultan ser feos, estoy seguro de que no va a amarlos menos —dijo—. Así es como son los padres.

—Y estoy seguro de que incluso si él mismo es realmente feo, sus hijos aún lo amarían. Después de todo, así es como son los hijos.

Él me dio una sonrisa. Un tipo de sonrisa de complicidad. Una sonrisa que aparentemente decía lo feliz y orgulloso que estaba de mí en ese momento.

—Bueno, es mejor que descanses un poco, *papá* —le dije—. Te veré en la mañana antes de ir a la escuela, ¿de acuerdo?

—Muy bien, hijo. Buenas noches.

Tan pronto como llegué a mi habitación, mi noche de miseria comenzó.

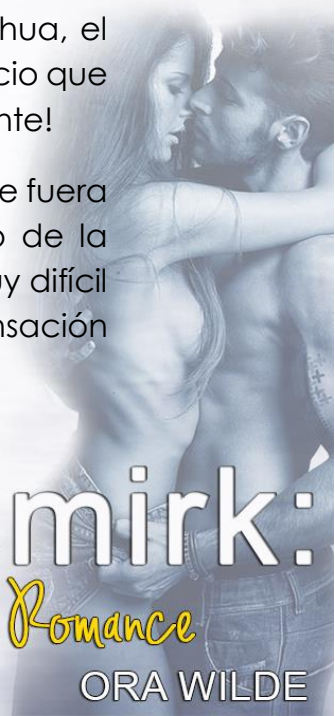
Me odiaba a mí mismo por sentirme de esa manera. Más por una chica. Era algo que no había experimentado antes. Era como si tuviera esta abrumadora necesidad de solo tomarla y abrazarla para que ella no fuera capaz de ir a otro lugar... especialmente no con ese tipo llamado Joshua.

¿Quién carajos es ese Joshua de todos modos?

Ahora que lo pienso, ella lo mencionó la semana pasada. Joshua, el estudiante de Odontología cuyas materias estaban en el mismo edificio que las de ella. ¡Ese jodido hijo de puta, probablemente la veía diariamente!

Caminé alrededor de mi habitación, tratando de contener lo que fuera que estaba experimentando. Ira. Odio. Miedo. Envidia. Un cuerno de la abundancia de emociones que, tomadas en conjunto, resultaba muy difícil de contener. Lo odiaba. Y lo detestaba aún más porque era una sensación que era completamente ajena a mí.

¿Qué estaba sintiendo, de todos modos?



¡Mierda!

Eso eran...

¿Celos?

No, no, no, no... no pueden ser celos. Nunca tuve celos de alguien. Simplemente no los tuve. No puedo tenerlos.

Pero... ¿cómo si no podría explicarlo?

Me senté al lado de mi cama y enterré mi cara en mis manos. Quería recuperar el control sobre mis emociones... sobre mí... pero no pude. La desesperación estaba abrumándome rápidamente, y la despreciaba... y temía que...

Espera un minuto...

Espera un maldito jodido minuto...

La deseo.

La necesito.

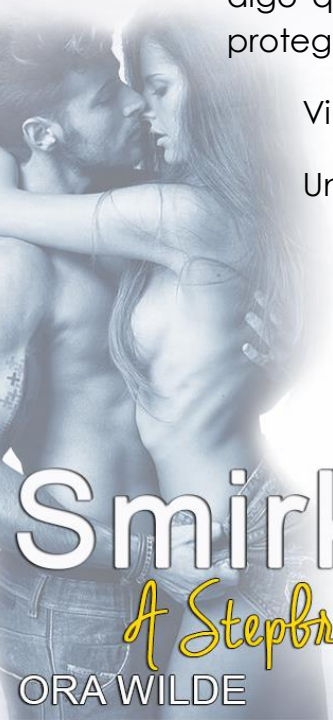
Yo... probablemente... la amo.

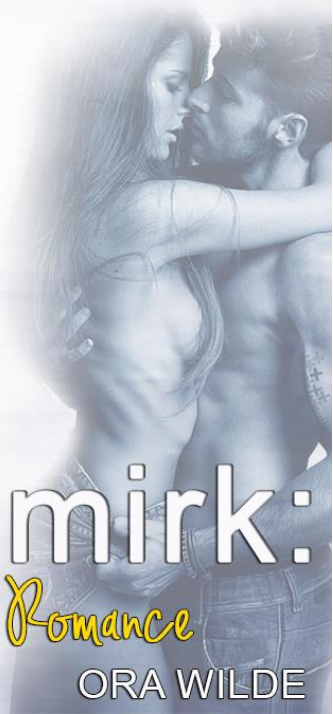
Y no me atrevería a verla alejarse... especialmente no con alguien que sería un aburrido dentista en unos pocos años.

Me puse de pie y me miré en el espejo... y vi algo que no había visto en semanas. Vi algo que me recordó quién era y lo que tenía que hacer. Vi algo que me dijo que mi vanidad e insolencia no eran una manta para protegerme del mundo... eran quien soy.

Vi algo que nunca pensé que fuera a extrañar.

Una sonrisa de suficiencia.





Smirk:

A Stepbrother Romance

ORA WILDE

BEAUTIFUL Coincidence

Capítulo 46

PHOEBE

—Uhm... uhm...

No sabía si estaba realmente segura de lo que quería ordenar o si todavía estaba en estado de shock acerca del lugar al que me llevó a cenar.

—¿Te gustaría pedir lo mismo que yo? —ofreció como sugerencia—. ¿Mismo sabor?

—Uhm... bien —dije finalmente, aunque nunca me gustaron las anchoas.

Me pregunté por qué, de todos los lugares, me llevó a Alvin's Pizzería Alvin justo a las afueras del campus. Probablemente porque era el restaurante con el que estaba más familiarizado, dado que vivía en un dormitorio cercano. Aun así, me sentía tan avergonzada, estando demasiado bien vestida para el lugar y todo. Solo deseaba que él hubiera pensado en eso antes de llevarme allí.

Sin embargo, aunque sabía poco acerca de Joshua, estaba segura de que no quería faltarme al respeto. Era un chico tímido y humilde. Tal vez, no estaba acostumbrado a cómo suelen pensar las chicas.

Supongo que no hay hombre vivo que sepa cómo piensa una chica realmente.

Hombres *heterosexuales,* debo calificar. Mis conocidos homosexuales son tan divertidos que a veces se me olvida que orinan de pie.

Joshua levantó la mano para llamar la atención del camarero.

Inmediatamente, un gran y brutal tipo se nos acercó.

Gracioso. Cindy y yo somos asiduas en Alvin's Pizzeria. Cenamos allí al menos tres veces a la semana. No he visto a este camarero antes. Dado su enorme tamaño, lo habría notado. Era nuevo. Probablemente acababa de comenzar ese día.

—Hola jefe —reconoció el camarero—. ¿Qué pasa?, ¿qué van a ordenar?

—Sí, queremos la pizza combo con anchoas extras, por favor —respondió Joshua.

—¿Pizza de Anchoas... con... extra... combo? —El camarero luchó por repetir la orden. Lo que decía no tenía sentido.

—No, no... la pizza combo con anchoas extras, por favor —respondió Joshua.

—Oye jefe, ¿puedes hablar un poco más lento? —solicitó el camarero—. No puedo recordar toda la cosa. Mi escritura no puede ponerse al día contigo, jefe. ¿Ves? —Él le mostró a Joshua el trozo de papel donde estaba anotando nuestra orden—. Aquí es donde me detuve jefe... pizza de anchoas...

—No, no... no es pizza de anchoas —trató de explicar Joshua, mientras reía. Él era muy paciente con el camarero quien claramente no era apto para el trabajo—. Es pizza combo... ya sabes... ¿la que tiene toda la carne y las verduras?

—Oh... ¿te refieres al refugiado? —comentó el camarero mientras señalaba hacia la cocina.

—¿Pero qué...? No, no... estoy ordenando pizza —le dijo Joshua. Realmente se estaba confundiendo con su discusión.

—Sí, jefe, estás ordenando pizza —respondió el camarero—. Es por eso que estás aquí, ¿no?

Vi las gruesas cejas de Joshua curvarse por la frustración mientras trataba de mantener su paciencia. Mostraba tanta tolerancia. Yo hubiera reaccionado con más dureza si el camarero estuviera hablándome de esa manera.

—Solo... solo dile a los de la cocina que preparan esto —dijo con un tono de resignación mientras señalaba la imagen de la pizza combo en el menú.

—¡Correcto! ¡Lo tienes, jefe! —respondió el camarero mientras movía su gran figura hacia el mostrador.

Joshua me dio una mirada de asombro.

—*¿Qué fue eso?* —articuló, antes de reírse.

Hablamos de muchas cosas mientras esperábamos la pizza. Él narró cómo, cuando era un niño en Carolina del Sur, creció en compañía de los animales de granja. Estaba muy sorprendida por los hechos poco conocidos que compartió acerca de las vacas y cerdos y pollos.... como los cerdos son considerados como la cuarta especie animal más inteligente del mundo, lo cual hizo que me arrepintiera de comer todas esas delicias de cerdo que he venido a disfrutar... o cómo los pollos son los descendientes vivos más cercanos del Tiranosaurio Rex, lo que me hizo preguntarme por qué no estuvieron en ninguna de las películas de Parque Jurasico... o cómo las vacas pueden sentir la llegada de una tormenta, y se recostarían sobre sus estómagos para prepararse para la tormenta que puede estar a miles de kilómetros de distancia.

Nuestra conversación gravitó hacia cosas más personales.

»¿Estás viendo a alguien? —preguntó.

—Nop —le contesté con bastante entusiasmo, de lo cual me di cuenta tardíamente.

—Lo siento, esa fue una pregunta estúpida —admitió tímidamente—. Si así fuera, no estarías... ya sabes... conmigo en este momento...

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso? —Estaba intrigada por saber.

—Porque no eres ese tipo de chica —respondió con una sonrisa de niño que lo mostró aún más hermoso bajo la luz amarilla de la lámpara colgando por encima de nuestra mesa.

Pude haberme sonrojado pero fui lo suficientemente rápida para cambiar el tema de nuestra conversación.

—Así que... ¿por qué elegiste este lugar? —pregunté. Pudo sonar superficial, pero era una pregunta que se mantuvo molestándome desde que bajamos de su auto y caminamos hacia la pizzería.

—Bueno... la pizza aquí es buena —dijo entusiasmado.

—Lo es —estuve de acuerdo.

—Oh... ¿has estado aquí antes?

Ehm…

—Algunas veces —mentí.

Dio unos golpecitos con sus dedos sobre la mesa mientras me miraba de una manera extraña... como si estuviera contento de que estuviéramos juntos esa noche, pero quería decir algo que no era cómodo decirlo así como así.

—Sé lo que estás pensando —por fin habló—. Probablemente te estés preguntando por qué te traje a una pizzería en nuestra primera cita.

—Uhm... —Quería ser cuidadosa con mis palabras, con un solo descuido podría herir sus sentimientos.

—Y la respuesta a la otra pregunta es sí —continuó—, sé que puedes verte muy bien vestida en este tipo de restaurante, con lo bonita que eres, vestida con ese adorable vestido te ves más hermosa... más de lo habitual, por supuesto.

¡Guauu! Él tiene una habilidad con las palabras.

—Bueno... la idea en realidad no entraba en mi mente —mentí de nuevo—. Pero ahora que lo has mencionado... ¿por qué?

—Porque, Phoebe, así es como soy —respondió con confianza.

Era una especie de confianza que era tan diferente a la de Hayden. La confianza en sí mismo de Joshua provenía del hecho de que sabía quién era exactamente, y estaba feliz por eso. Hayden... bueno... él simplemente no quería que la gente viera lo angustiado que estaba por dentro.

»Te puedo llevar a un restaurante de lujo —continuó—, pero honestamente, lugares como ese me hacen sentir incómodo. Además, los precios están muy por fuera de mí presupuesto...

—¡Por no hablar de injustificados! —agregué con severidad.

—E injustificados —acordó con una risita.

Nos reímos de esa idea por bastante tiempo, contentos con el hecho de que compartíamos una creencia en común acerca de algo que era peculiarmente divertido.

—Pareces tan... perfecto —le admití—. Chicos como tú son raros. Debe haber una trampa. Dime. Tienes novia, ¿verdad? ¿Casado tal vez? ¿Eres gay?

Rio ante cada pregunta que le lancé, moviendo la cabeza en negación e incredulidad.

—No hay ninguna trampa, Phoebe —me dijo—. Este soy yo. Esto es todo lo que puedo ofrecer.

Le sonreí, pensando en que lo que él puede ofrecer era más de lo que yo esperaba.

—¿Estás seguro que no estás ocultando algo? —pregunté de nuevo.

—Nop.

—¿No eres un millonario secreto?

—Oh Dios... ¡Desearía serlo!

—¿Un vampiro?

—¿Qué? ¡No!

—¿Un hombre lobo?

—¡Ja! ¿Ahora estamos yendo como en *Crepúsculo*?

—¿Un hombre oso?

—Lo siento... ¿un qué?

—Olvídalo...

—No hay ninguna trampa, Phoebe... nada por…

Su declaración fue interrumpida por un chorrito de soda fría sobre su camisa blanca, seguida de un gran plato de pizza que embadurnó su inmaculada playera interior con vetas de color rojo, amarillo y verde.

—Ups... lo siento, jefe... —se disculpó a medias el camarero.

—¿Qué de... qué... ¿por qué? —murmuró Joshua mientras extendía las manos a los lados y miraba el desastre en que se convirtió su vestimenta previamente impecable.

Miré al camarero una vez más y parecía como... como... como si él estuviera sonriendo.

Rápidamente me puse de pie y empujé al camarero a un lado. Fui directamente hacia el mostrador donde Alvin, el propietario, estaba generalmente ubicado.

—¡Hola! ¿Qué pasa Phoebe? —preguntó mientras me veía caminar hacia él.

—Alvin... ¿quién es ese... ese... maldito nuevo camarero? —le pregunté con furia—. ¿Ese chico enorme que parece un jugador de fútbol?

—Oh... ¿Zack? —respondió mientras seguía contando el dinero en la caja registradora—. Sip. Es nuevo. En realidad solo comenzó unos minutos antes de que llegaras aquí.

—¿Acaba de empezar? ¿En miércoles? Alvin... ¿desde cuándo inicias la contratación de personas al momento?

—¿Desde esta noche? —respondió con desdén—. Zack simplemente se acercó y preguntó si podía hacerse cargo del turno de Sheila.

—¿Solo así? ¿Lo contrataste así como así? ¿Cuánto estás incluso pagándole?

—¿Pagarle? —preguntó confusamente. Se dio la vuelta para mirarme—. No le estoy pagando nada. Él está insuficientemente calificado para este trabajo.

—¿Está haciendo esto de forma gratuita?

—Básicamente, sí.

—¿Es por eso que lo tienes, así como así?

—Bueno, sí... y también está pagándome por dejarlo atender las mesas ésta noche.

—¡¿Qué?!

Miré de nuevo a nuestra mesa. El gigantesco tipo todavía se disculpaba profusamente con Joshua. Sin embargo, no parecía sincero. No era solo por esa sonrisa que tenía cuando dejó caer el plato de bebidas y pizza sobre mi cita. Era su lenguaje corporal... la forma en que se quedó con lo que parecía una pose de satisfacción... la forma en que sus manos se movían muy lentamente a pesar del caos que habíacausado... la forma en que su cuerpo se mantuvo en calma, no inquieto, nunca nervioso, como si estuviera completamente inafectado por lo que había hecho.

Este tipo Zack dejó nuestra mesa mientras Joshua aún estaba ocupado limpiando los pimientos y la salsa de tomate y las anchoas de su camisa. Volví con él, pero antes de que pudiera llegar a mi asiento, vi al gran tipo sacar el celular de su bolsillo. Vertiginosamente, marcó un número y habló con alguien a quien seguía refiriéndose como *jefe*.

—¿Estás bien? —le pregunté a Joshua mientras le entregaba unas servilletas de mi bolsa, sin embargo mis ojos no se apartaban del gran tipo que estaba a solo unos pasos de distancia de nosotros.

—Sí, sí... no pasa nada... fue solo un accidente —me aseguró Joshua. Su calma era, de hecho, muy admirable.

—Vamos... solo vámonos, Joshua —solicité. Nuestra cita no había tenido un buen comienzo. Pensé que, tal vez, un cambio de escenario cambiaría nuestra fortuna.

—Está bien —estuvo de acuerdo—. ¿Hay que pagar por... —miró hacia las manchas en su camisa—, esto? Lo pedimos, después de todo.

—No, no hay necesidad —dije—. Hablaré con Alvin y resolveré esto.

Alvin tuvo la amabilidad de ofrecernos algo de comida para llevar, pero me negué. Solo quería un nuevo comienzo para nuestra noche, y cuanto antes pudiéramos salir de ese lugar, más pronto podríamos cambiar a otra ubicación.

—Entonces, ¿hacia dónde vamos ahora? —pregunté a Joshua mientras salíamos de Alvin's Pizzería.

—Conozco este lugar increíble que quiero compartir contigo —exclamó con entusiasmo.

—¡Bien! ¡No puedo esperar para llegar allí!

Sin embargo, antes de que pudiéramos llegar a su auto, dos desconocidos se acercaron a nosotros. Uno pequeño y bastante frágil, el otro era grande y corpulento, aunque no era tan grande como el nuevo camarero de Alvin.

Se veían muy familiares...

—¡Caray! ¡Joshua, mi hombre! —gritó el hombre más pequeño.

Miré a Joshua y vi su rostro lleno de asombro y conmoción.

—¿Qué onda hermano? —preguntó el extraño, como si hubiera conocido a Joshua durante mucho, mucho tiempo.

Sin embrago, mientras hablaba, el tipo más grande siguió jalando de su brazo, susurrando algo que no pude oír. Tenía una mirada de preocupación y alarma en el rostro.

—¿Los conoces? —le pregunté a Joshua.

—No, no los conozco —dijo con firmeza.

—Joshua, me parece que tienes algunos asuntos pendientes de los cuales hacerte cargo —dijo el chico más pequeño mientras desechaba las preocupaciones de su compañero más grande.

¿Asuntos pendientes?

¿Con esas personas que parecían sin escrúpulos?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Joshua, su ira devorando rápidamente su confusión.

—¿De qué estoy hablando? —repitió su pregunta el hombre más pequeño—. Pssst. ¿Has oído eso, Tommy? Este tipo puede ser muy gracioso a veces.

Cuando el chico más grande, Tommy, habló, inmediatamente reconocí su voz e identifiqué quiénes eran.

—Muy gracioso, Estregan, muy gracioso —respondió Tommy Boy, mientras continuaba mirándome de reojo con mucho malestar.

¡Fue entonces cuando recordé *exactamente* quiénes eran! Estaba bastante oscuro cuando los vi la primera vez que los encontramos, pero sus cuerpos y sus voces... ¡eran inconfundibles!

¡Eran los matones que intentaron robar mi bolso Dolce & Gabbana cuando Hayden y yo salimos! ¡El mismo bolso que llevaba esta noche! ¡*Oh Dios mío*! ¡¿Joshua estaba asociado con estos matones?!

—Joshua, ¿puedes explicarme qué está pasando? —le pregunté con furia.

—Yo no tengo nada que expli…

Fue interrumpido por el tipo llamado Estregan.

—¿Por qué le debes una explicación, Josh? —preguntó—. Eso es tan diferente de ti. No tratas a tus otras chicas así, ¿verdad?

—¿Otras chicas? —interrogué mientras me daba vuelta para mirar al desconocido más pequeño.

—¡See! —confirmó—. Las otras chicas a las que ha estado regenteando. ¿Qué? ¿Crees que eres la única prostituta con la que está haciendo negocios?

Mis ojos se abrieron y mi mandíbula casi cayó en el pavimento.

—Oye, oye, hombre. —Joshua se adelantó en una postura protectora, acomodándome detrás de él—. No hables con ella de esa manera, ¿de acuerdo? Escucha... ni siquiera te conozco.

Estregan aplaudió.

—Joshua nene, siempre supe que eras un gran actor —dijo—. Mira, vamos a terminar con esto para que puedas llevar a la puta con cualquiera que sea su cliente por esta noche, ¿de acuerdo?

Sacó algo escondido en plástico de su bolsillo de atrás.

—¿Qué carajos es eso? —preguntó Joshua. Era la primera vez que lo oía maldecir.

—Oh... *qué carajos es eso,* dijo. —Estregan se rio—. Esta es la mercancía que se supone que entregues muchacho.

—¡¿Qué ?! —respondió Joshua.

—¡La mer-can-cía! —reiteró Estregan—. La Mary Jane. La ganja. El 420. La hierba. El pasto. ¡Dios! ¿Tengo que precisártelo? ¡Es la jodida cannabis, hermano!

¿Cannabis? ¿Marihuana?

¿Joshua era traficante de drogas?

Él dio un paso atrás. No quería tocar el paquete que Estregan le estaba extendiendo.

—Creo que deberíamos hablar con él en otra ocasión, Estregan —susurró el tipo grande—. Está con la chica... ya sabes... la chica que pateó mi culo... —añadió, cubriéndose la boca con la mano, con la esperanza de que no lo escucharía.

—¡Oh! ¡Así que era usted! —gritó Estregan, sorprendido—. Escuche señorita, lo siento por confundirla con una prostituta. No queremos ningún problema ¿de acuerdo?

—Sí señora, no queremos ningún problema —reiteró Tommy con voz temerosa.

—Aquí solo queremos terminar nuestro negocio con Josh y los dejaremos solos, ¿de acuerdo? —continuó Estregan.

¡Guauu!

Sabía que había una trampa.

¡*Siempre* había una maldita trampa!

Eso lo *debería* haber aprendido de Hayden, pero no lo hice. ¡Soy tan malditamente estúpida!

—Sí, terminen sus asuntos pendientes —dije enfurecida—. ¡Me voy a casa!

—¡Phoebe, espera! —suplicó Joshua—. Te llevaré a casa...

—¡No! —grité con severidad—. Ve a hacer lo que tengas que hacer, Joshua. Estoy tomando un taxi.

—Pero... pero... pero yo ni siquiera sé quiénes son estos hijos de puta...

—Estoy segura de que no lo haces —dije mientras me daba la vuelta y me alejaba.

Llamé a un taxi y le dije al conductor mi dirección. A lo largo del camino, no pude dejar de pensar en lo idiota que era por haber caído en sus encantos. Debería haberlo sabido.

Chicos... no se puede confiar en ellos... ¡en lo absoluto!

Siempre hay una trampa. ¡Siempre!

No podía esperar a llegar a mi habitación, cerrar la puerta, y solo desperdiciar mi tiempo mirando el techo y rumiando acerca de mi maldita ingenuidad.

Tal vez estaba destinada a estar sola toda mi vida.

Tal vez estaría mejor de esa manera.

Mucho mejor...

Capítulo 47

HAYDEN

—Una mala cita, ¿eh?

La esperé hasta que llegó a casa, lo cual fue antes de lo que esperaba. Se dirigió a la puerta y se veía como una niña que acababa de perder una pelea con algún matón que se burlaba de ella por su apariencia. Parecía tan triste y enojada y desesperada y exhausta. Todavía se veía bonita en su ajustado vestido negro, sin embargo. Y la forma en que llevaba sus tacones, los cuales le dieron una noche de total incomodidad estaba seguro, era bastante linda.

—No tienes ni idea —fue su fatalista respuesta.

—En realidad, lo hago —le dije con una sonrisa de satisfacción—. Te dije, que algo estaba mal con ese tipo Jason…

—Joshua... su nombre es Joshua...

—Joshua entonces... como si fuera a importar cuando lo olvidarás, ¿verdad? De todos modos, hay algo extraño en ese tipo. Es como que él está... está... está ocultando algo.

Sus ojos se iluminaron, y me dio una gran vista de esas maravillosas perlas que reflejaban perfectamente su inocencia infantil y su maravilloso sentido de fascinación.

—¡Eso es! —estuvo profundamente de acuerdo—. Hay algo malo en él.

—Bueno... *malo* es una palabra demasiado fuerte, Phoebe. —Traté de parecer ajeno al asunto. No quería que sospechara nada—. ¿Raro, tal vez? ¿Marica? ¿Extraño, incluso?

—¡Sí! Él… —hizo una pausa y pensó si debía compartir los detalles de su cita o no—, él parecía tan perfecto.

Sus ojos comenzaron a humedecerse. Estaba al borde de las lágrimas.

—Silencio ahora —dije mientras ponía mi brazo alrededor de su hombro—. Hay muchos peces en el mar, y eres una buena pescadora.

Era una de las líneas más frívolas con las que he salido, pero aun así la hizo reír.

»No todos los hombres son así —le dije mientras apretaba su brazo antes de acariciar su cabello—. Algunos... bueno... algunos realmente viven para las inyecciones y eso —agregué con ironía.

—¿Sí? ¿Como quién? —preguntó con una pequeña mueca linda.

—Como... bueno... no sé. Estoy seguro de que alguien está justo allí a la espera de la oportunidad de ganar tu corazón... de cuidarte de la forma en que debes ser cuidada... amarte de la manera más pura posible...

—Guau Hayden —respondió con sorpresa—. Tienes una forma de endulzar las palabras…

—Bueno... ya me conoces... siempre el romántico empedernido...

—Al igual que Joshua…

—¿Qué? ¡No! ¡No, no, no! —negué frenéticamente—. ¡No soy para nada como él!

—¿No eres un traficante de drogas oculto?

—¡No lo soy! —Hice lo mejor para no decir nada que pudiera revelar mis maquinaciones que arruinaron su noche—. Espera... ¿quién es un traficante de drogas? —Traté de continuar mi fachada de inocencia.

—No lo sé, Hayden —dijo mientras se alejaba de mi tacto—. De alguna manera, creo que tienes algo que ver con lo que pasó esta noche, durante mi cita con Joshua.

¡Mierda! ¿Estaba empezando a sospechar?

—¡¿Yo?! —le pregunté con fingida incredulidad—. Yo estaba aquí, en casa, viendo el partido de los Warriors.

—¿Ves lo que quiero decir? —replicó—. Ni siquiera preguntaste lo que sucedió durante mi cita, pero ya estás todo tan a la defensiva de repente. Es como si ya supieras lo que ocurrió.

—No, no... No lo sé —mentí—. ¿Qué pasó?

—Demasiado tarde para preguntar eso —respondió mientras su rostro se ponía triste—. Por cierto, me encontré con Zack y me pidió que te dijera hola.

—¿Él dijo eso? —le pregunté sin siquiera pensar. Estaba tan preocupado de que el descomunal idiota pudiera haber pronunciado algo que no debería haber hecho.

—¡Ajá! —gritó triunfante—. ¿Ves? ¿Ves? ¡Ni siquiera se suponía que sepa quién es este Zack! Solo estaba comprobando si lo conocías... ¡y lo haces!

—Todo el mundo conoce a Zack —razoné—. Es el apoyador de partida de los Bruins.

—¿El apoyador de partida al que le pediste trabajar en Alvin's Pizzería solo para que pudiera hacer mi noche miserable?

—Oye, oye, oye... cálmate, niña —le dije, con la esperanza de que la calma que estaba mostrando pudiera reflejarse en ella—. En primer lugar, Zack es solo un conoci... ¡espera un minuto! ¿Ese idiota te llevó a una pizzería?

Inclinó la cabeza mientras su cara mostraba un tinte de vergüenza.

—Sí, lo hizo… —murmuró.

Y me reí.

Por supuesto, ya sabía a dónde la llevó a cenar ese idiota. Este tipo Joshua resultó ser amigo de la chica de la Oficina de Asuntos Estudiantiles, la misma chica a la que le envié un mensaje tan pronto como Phoebe se fue a su cita esa misma tarde, solo para obtener cierta información personal

sobre el tipo. Me dijo lo mucho que estaba enamorado de ella, así como sus planes para su cita. ¡Qué montón de mierda! Nadie debería amarla. ¡Nadie!

La risa que se me escapó, sin embargo, era genuina. Era tan diferente cuando ella lo decía con un tono de absoluta consternación en su voz.

Su respuesta no se hizo esperar. Comenzó con unas risitas. Luego se convirtió en una avalancha de carcajadas. Muy pronto, nos reíamos hasta dolernos el estómago en la sala de estar. Fue tan fuerte que Barton salió de su habitación cerca de la cocina para comprobar si todo estaba bien. Cuando nos vio riéndonos, se fue a su habitación.

La llevé al sofá donde nos sentamos, sin dejar de reír del mal gusto de Joshua para las cosas románticas.

—¿Sabes por qué un chico no debe llevar a una chica a una pizzería en una primera cita? —le pregunté.

—¿Por qué?

—Debido a que la pizza es un alimento que es muy difícil comer. Solo imagínate, cuando está hablando contigo, abriría su boca y verías una aceituna negro colgando de sus dientes.

—Eeewwww…

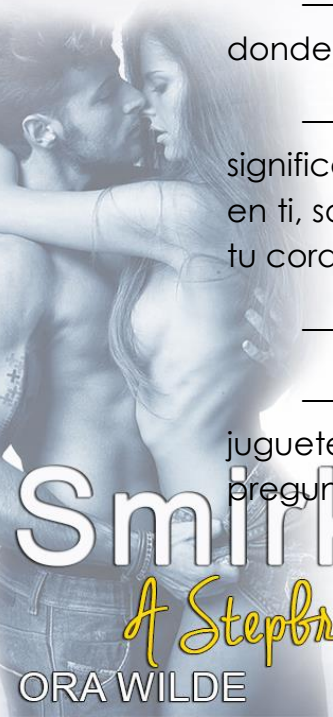
—¿Ves? Los Restaurantes de gama alta pueden ser muy costosos, pero no ofrecen comida desordenada, por lo que son muy propicios para las citas serias.

—¿Restaurantes de gama alta? ¿Como el restaurante japonés en donde comimos?

—¡Sí! Más importante que la calidad de la comida, sin embargo, es el significado de todo esto. Cuando un hombre está dispuesto a gastar mucho en ti, solo puede significar que irá hasta los confines de la tierra para ganar tu corazón.

—No lo sé, Hayden —dijo con escepticismo—. Eso suena tan... egoísta...

—Egoísta, ¿eh? —repetí sus palabras mientras inclinaba la cabeza y jugueteaba con mis dedos. Por el rabillo de mi ojo, la vi mirándome... preguntándose tal vez si había dicho algo malo... algo que pudiera



haberme menospreciado... algo que pudiera haber herido mis sentimientos…

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Phoebe... —empecé a decir—, si ser egoísta significa hacerme feliz haciendo todo lo posible para estar con la única mujer en el mundo que me puede dar ese tipo de alegría... entonces sí... Soy el tipo más egoísta en el mundo.

Me dio una mirada extraña, atónita, como si no creyera lo que dije porque era demasiado bueno para ser verdad pero quería aferrarse a la idea de que era sincero... que era real.

—Hayden... solo me invitaste a salir por una apuesta —me recordó.

—Al principio, sí. Pero a medida que llegué a conocerte mejor, me di cuenta, aunque la verdad, me resistí al principio, de lo hermosa que realmente eres... y las muchas ganas que me dan de ser mejor que la patética persona que era... el patético irresponsable que todavía soy.

—Pero... pero trataste de engañarme para acostarte conmigo.

—Ya sabes lo que dicen de los viejos hábitos —le dije para aligerar el estado de ánimo—. Pero en serio, todavía estaba tan confundido en ese entonces. Me obligué a creer que eras una chica cuyo amor tenía que ganar... pero las cosas que haces... las cosas *más simples* que haces... nunca dejan de tirar de mi corazón en cada momento para recordarte... incluso en los momentos más mundanos de mi día, pensamientos sobre ti siempre me perseguían... siempre. Hubo momentos en que pensé que me estaba volviendo loco... que me estaba convirtiendo en alguien que no era. Pero estaba tan equivocado. No me estabas cambiando para convertirme en otra persona. Solo estabas pelando la superficie de mi ser para permitirme, al verdadero yo, salir. Nadie... nadie... tiene ese efecto en mí, Phoebe. Excepto tu...

Su mirada estupefacta se convirtió en una de anhelo. Tragó un poco de aire, mientras trataba de alejar las lágrimas que amenazaban con caer de sus hermosos ojos. Sostuve su mano y ella no la apartó.

—Pero Hayden... nuestra promesa... en el cementerio... no podemos estar juntos... —me recordó—. No es... no es correcto...

—Tal vez no lo es —estuve de acuerdo—. ¿Pero eso no sería injusto para nosotros? Ya es bastante difícil fingir que está bien dejar de lado algo que sé que no debería suceder... pero es cien veces más difícil recordar que es todo lo que siempre quise.

Una solitaria lágrima finalmente resbaló por su mejilla.

—Estás siendo egoísta de nuevo —dijo malhumorada.

—¿No te sientes de la misma manera?

—Yo... yo... —luchó para responder.

Capítulo 48

PHOEBE

Lo miré a los ojos y vi la autenticidad en sus palabras. Pero en el fondo, estaba preocupada. No... no preocupada. Asustada de muerte...

Asustada de que se tratara de algún tipo de artimaña, una vez más...

Asustada de que no fuera un engaño, y que todo lo que él había compartido fuera cierto...

Asustada de que le permitiera convertirse en una parte de mi vida... una parte de mí...

Asustada de que me amara tanto como dijo que me amaba...

Se veía tan triste. No respondí a su pregunta, y probablemente estaba pensando que no lo quería, al menos, no tanto como él a mí. Había dolor en sus ojos... dolor que fue suficiente para romper mi propio corazón.

Esos ojos...

Esos hermosos ojos azules que brillaban cada vez que sonreía, que lo hacían lucir tan hermoso, incluso cuando desplegaba su actitud petulante...

Esos pobres ojos que fueron testigos de la muerte de su propia madre, un evento que lo formó en el hombre engreído, egoísta y cruel que era...

Esos encantadores ojos que me dieron un vistazo de su alma y me hicieron ver que él realmente estaba debajo de su armadura de arrogancia...

Odiaba ver esos ojos con dolor.

Así que sostuve su mejilla, y le sonreí.

—Señor Hayden Summersmith —empecé a decir—, descendiente de multimillonario, Filósofo, Rompecorazones, Playboy…

—*Ex playboy* —me corrigió como un rayo.

—Ex playboy —repetí—, Vanidad Personificada, Encantador, Amable, Hermano…

—*Hermanastro* —me corrigió de nuevo.

—Hermanastro… y con un alma buena debajo de todo…

Él me dio una mirada de expectación, como si no fuera a respirar hasta que le dijera lo que quería decir.

—Te amo —pronuncié, con palabras tan liberadoras que hicieron que mi corazón aleteara de puro deleite—. Te amo con todo mi corazón y con todo lo que soy, y me gustaría romper esa promesa ahora.

No dijo una palabra en respuesta a mi confesión.

Solo me dio una sonrisa.

No, no *solo* una sonrisa.

Una vana, arrogante, sonrisa casi jactanciosa que estaba llena de confianza...

Una sonrisa de satisfacción.

Entonces su cabeza se acercó a la mía, con la boca dirigida a mis labios, su mano acarició mi nuca y me atrajo hacia él... y sentí el calor de su cuerpo duro con el que, sin duda, he soñado en mi más íntimo de los momentos... y sentí sus propios labios que estaban aún más tibios que el calor de su torso.

Me besó.

Y le devolví el beso.

Y al igual que las tres veces anteriores, nuestras lenguas se enfrentaron con tanta pasión y anhelo, enviándonos arremolinándonos en un vórtice de deseo, un limbo deshabitado de ninguna otra alma a un lado de las nuestras.

Sus manos estaban inquietas, como si quisieran tocar todo de mí a la vez. Solo envolví mis brazos alrededor de su nuca, atrayéndolo más cerca para que pudiera sentir más de él contra mi cuerpo, en un intento de saciar un desesperado sentido de deseo que se ha ido acumulando desde el día en que nos conocimos en mi clase de química.

Clase de química...

Tenemos química juntos...

Sus palabras que entonces estaban destinadas a ser humorísticas. No las encontré divertidas en este momento. En su lugar, estaba desesperada porque fueran verdad... que tuviéramos química juntos.... no solo en ese momento... sino al día siguiente, la próxima semana, el próximo mes... para siempre…

Mientras estaba rumiando sobre lo que era, me di cuenta de dónde estábamos. Como un balde de agua helada vertiéndose sobre mí, similar a esos videos del reto ALS en YouTube, fui sacada de esa magia, y el temor de ser descubiertos de repente me aterró.

»Hayden, detente —murmuré—. La gente nos verá…

No se detuvo. En cambio, apretó su cabeza con más fuerza contra la mía, enterrando su lengua profundamente en mi boca, y no me dejó más remedio que empujarlo de vuelta con la mía. Mis pechos regordetes y tiernos, fueron aplastados contra su pecho sólido. Yo lo sentí... y él me sintió a mí.

»Hayden, por favor… —susurré de nuevo en un breve momento de lucidez.

Entonces, sin su boca separándose de mis labios, se puso de pie. Metió los brazos bajo mis muslos y me cargó... y no paraba de besarme. Caminó hacia las escaleras, subiendo en volandas con tanta facilidad que parecía regodearse de su fuerza, hasta que llegamos al rellano de la siguiente planta.

Con pasos cuidadosos que se hacían difíciles por la intensa pasión del momento, rozó el costado de la pared hacia mi habitación. Giró el pomo y abrió la puerta. Una vez que estuvimos dentro, y con nuestras bocas todavía bloqueadas y nuestras lenguas todavía entrelazadas con ferviente vigor, cerró la puerta y se dirigió a la cama donde me dejó caer.

Se cernió sobre mí, parpadeando esa sonrisa que siempre había sido molesta y encantadora al mismo tiempo. Se quitó la camisa, y me dio una gran vista de su maravilloso cuerpo. Cada centímetro de él estaba tenso... su pecho robusto, sus hombros fuertes, sus brazos musculosos, y sus abdominales fenomenales... estaba orgulloso de su cuerpo, y por buenas razones. Y por la forma en que me miró, parecía que quería que yo disfrutara de lo que estaba viendo...

Parecía que quería que supiera que cada centímetro suyo era mío y solo mío.

Entonces acercó su torso desnudo al mío, apoyando su peso con las manos. Me besó en la nariz con la ternura del viento tocando el pétalo de una rosa en un hermoso día de verano. Fue un gesto cariñoso, que me hizo sonreír... es decir, hasta que comenzó a desabrochar mi cremallera y tiró hacia abajo de mis jeans…

Probablemente vio la mirada de angustia en mí cara, así que me dio un beso en la mejilla... otro gesto de amor que me tranquilizó sobre la verdadera intención de su corazón.

Tan pronto como mis jeans fueron sacados comenzó a quitarse los suyos. Se había quedado en bóxers y me encontré mirándolo... al maravilloso espécimen físico delante de mí.

Y me pregunté...

¿Era este magnífico, magnífico hombre, realmente mío?

No sé qué me pasó. Sentí una terrible necesidad de querer ser satisfecha. Comenzó en mi ingle y rápidamente subió a través de mi cuerpo... y cada centímetro que pasaba a través de un cosquilleo de placer. La sensación era tan eufórica que probablemente me llevó a un estado de delirio, mientras hacía algo que nunca pensé que iba a hacer...

Extendí mi pie hacia su abdomen... hacia las costuras de sus bóxers... insertando mis dedos de los pies debajo de la pretina y tirando de él hacia abajo, muy lentamente, siempre tan en broma, hasta que su completa desnudez se reveló ante mí...

Toda una vida de ser tímida y reservada se fue por el desagüe en esos pocos segundos de deseo desenfrenado.

Y era solo el comienzo.

Él salió de su ropa interior tan pronto como cayó al suelo. Luego se fue encima de mí y me quitó mi camisa. Me estremecí. Dudé. No quería que me viera. Yo, que intentaría todo lo posible para solo encajar en un vestido talla 12... yo, que saltaría de una dieta a otra con la esperanza de que la solución milagrosa me haría perder peso sin renunciar a mis papilas gustativas... yo, que daría siempre un paso fuera de la escala de peso cada una y todas las mañanas con un corazón tan pesado como una roca.

Tenía tantas inseguridades acerca de cómo estaba y cómo me veía que no quería que arruinaran su humor en ese momento.

No lo hicieron.

Sintió mi aprensión, y su boca de inmediato se acercó a mi oreja.

—Eres hermosa —susurró—, y eres mía.

Y justo así todos mis temores se calmaron y decidí abrazar el momento como lo que realmente era... una primera vez debe ser especial... un recuerdo que siempre recordaré con nostalgia y alegría... un acto de amor que era tan significativo mientras anunciaba el inicio de un por siempre con él.

Lo abracé con fuerza, mis brazos alrededor de su poderoso cuello. Su boca se acercó a mi oreja, mordisqueando el borde exterior, extendiendo su lengua para perforar su santuario interior... y se sentía extasiadamente bien. Su lengua empujó y jugo e hizo cosquillas... haciéndome desear más de sus intrusiones... que cualquier parte suya permaneciera, partes que podrían penetrar en los rincones más profundos de mi ser.

Dejó caer algo de su peso sobre mi cuerpo, y sentí todo de él. Fue una unión de carne y almas... un silencioso acuerdo de corazones unidos por el

cariño y la devoción... una confesión y una promesa de las cosas maravillosas que podían venir.

Su pene se frotó contra mi muslo, su dureza tiró de mi piel desnuda, despertándome aún más. Dios, cuánto deseaba esa… esa... esa *polla* suya... Lo deseaba demasiado... Lo deseaba demasiado a él…

Desde mi oreja, deslizó su lengua hacia abajo por mi hombro, lamiendo cada área en el medio. Le dio a mi brazo un par de tiernos besos antes de viajar hacia el centro de mi cuerpo, colocándose en mi pecho más cerca de su costado. Al llegar a mi montículo, su dulzura desapareció, reemplazada por el celo indomable mientras tragaba la totalidad de mi pecho. Me tomó por sorpresa, pero más que eso, la pura felicidad de ser consumida por él... me hizo perder el control. Arqueé mi espalda mientras dejaba escapar un gemido bastante ruidoso.

No se detuvo.

Succionó mi pecho con tanta pasión mientras su lengua jugaba con mi pezón.

Y mientras yo gemía en éxtasis absoluto, su otra mano bajó a mis muslos, acariciándolos suavemente como una pluma haría en la piel de un bebé.

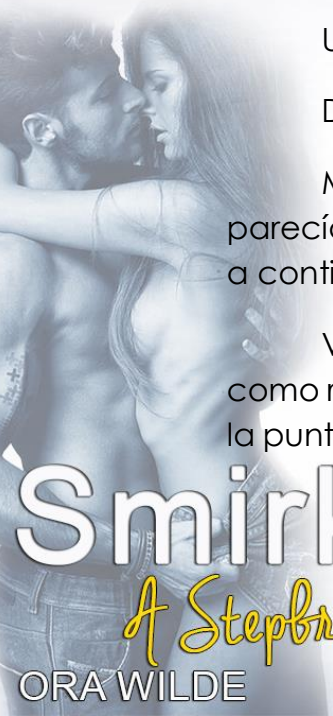
Sus dedos eran demasiado juguetones, sin embargo, a medida que se deslizaban hasta el muslo y frotaban la hendidura de mi feminidad. Mientras continuaba consumiendo mi pecho, sentí sus labios torciéndose hacia arriba, lo que significaba una sonrisa.

U otra sonrisa arrogante.

Descubrió que estaba mojada. Le gustó. Mucho.

Me quitó las bragas por completo, con un rápido movimiento que parecía indicar que tenía prisa. ¿Prisa para qué?, me pregunté. Lo que hizo a continuación respondió a mi pregunta fuera de toda duda.

Volvió encima de mí, extendiendo mis piernas, colocando su dura como roca masculinidad en mi área vaginal, girando sus caderas para frotar la punta contra la resbaladiza humedad de mi abertura. Se sentía increíble...



una burla que prometía tanto, una picazón que rogaba por una cura, un impulso que estaba desesperado por la saciedad.

Pero mi rostro no mostraba alegría.

No.

Revelaba ansiedad. Sin embargo, no del tipo preocupante de aprensión. Más bien, una agitación que uno normalmente sentiría cuando se aventuraba en un nuevo territorio del que poco sabía.

Porque en ese momento, estaba a punto de perder mi inocencia...

Con él...

Con el hombre que amo.

Él me miró con los ojos llenos de preocupación. Se dio cuenta de mi malestar. Probablemente quería preguntarme si estaba bien, si estaba de acuerdo en continuar. No tuvo que abrir la boca. Le respondí con un gesto antes de que pudiera pronunciar una sola palabra.

Entonces sucedió.

Un movimiento lento.

Una especie de dolor perforante que me hizo gemir de intensa agonía y placer.

Una retirada que proporcionó un interludio de descanso y anhelo angustiado.

Otra penetración que me hizo gruñir de felicidad.

Y la serie de intrusiones que siguieron, con cada movimiento más rápido y más fuerte que el anterior. El dolor seguía allí, pero no se sentía más como una herida de puñalada. Más bien, era una especie de dolor sordo que seguía palpitando y recordándome que estaba hecho... lo que había perdido… y que era suya.

Ahogamiento en un océano de éxtasis puro. Esa es la única manera en que podría describir lo que sentí. Estaba tan perdida en la alegría que me estaba dando que tardíamente noté cómo había enganchado mis

piernas alrededor de su cintura, acercándolo más a mí, su polla profundamente dentro de mi cuerpo con cada intrusión.

Estaba gimiendo y jadeando. Sus movimiento se hicieron más intensos, su ritmo se intensificó en un frenesí.

La pasión que compartíamos creció rápidamente en una vorágine de éxtasis, amenazando con explotar con cada segundo que pasaba.

Su respiración se hizo más rápida.

Mis gemidos se hicieron más fuertes.

Y entonces...

Mi cuerpo se tensó, mis dedos se cerraron, mi espalda se arqueó y extendí mi cuerpo hacia adelante hacía él... y sentí ola tras ola tras ola de sensaciones de euforia. En todo lo que podía pensar en ese momento era en lo cerca que estaba de mí, lo feliz que estaba con él, y lo muy enamorada que estaba del hombre que sostenía en mis brazos...

Con un fuerte gemido me corrí, pero él no se detuvo.

Siguió empujando su enorme polla dentro de mí mientras enterraba su rostro en mi hombro.

—Phoebe... vas a hacer que me corra —murmuró, dificultándosele el hablar con la emoción que sentía.

»Phoebe... Phoebe… Phoebe… —siguió murmurando, hasta que culminó en un grito primal con mi nombre...

Y sentí líquido caliente llenando mi feminidad, goteando en mis muslos internos, lo que significaba que lo había hecho feliz.

Me dio un beso en la frente antes de rodar a mi lado. Puso su brazo sobre mi cuerpo, y comenzó a bañar mi mejilla con olorosos besos.

Eso me hizo sonreír.

De repente, como si recordara algo muy importante, se levantó de la cama y comenzó a buscar en mi habitación. Encontró lo que buscaba en la percha justo al lado de la puerta. Se lanzó hacia ella y volvió a la cama, llevando una toalla con él. Limpió mi hendidura y mis muslos con la tela.

—Estás sangrando —dijo con una mirada de profunda preocupación.

—Supongo que lo hago —le contesté mordiéndome el labio inferior.

—Phoebe... yo... yo... —No sabía qué decir.

—Hayden, está bien —le aseguré—. Estoy feliz. Estoy feliz de que fuiste tú.

Me sonrió mientras sostenía mi barbilla. Me besó en los labios.

—Phoebe Marie Ellison... te amo —pronunció.

—Y yo te amo a ti —le respondí.

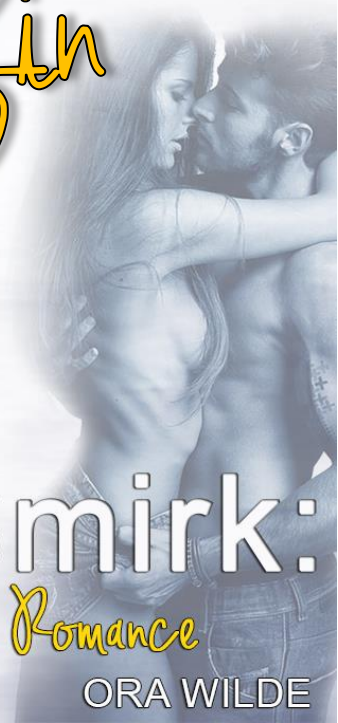
Comenzó con un corazón roto y una apuesta, y casi terminó en una tragedia. Ahora, estábamos empezando algo nuevo... algo que ambos deseamos... algo que no deberíamos hacer...

No sé qué pueda traer el mañana, pero tengo fe en él y en nuestro amor. Lo que sea que el futuro pueda lanzar en nuestro camino, sé... con toda seguridad... que vamos a seguir estando juntos hasta el final.

Porque en mi corazón, ya no es *el* Hayden Summersmith que me encantaba odiar y me encantaba amar.

Él es *mi* Hayden Summersmith.

Fin



Te esperamos con más lecturas.

Visítanos dando clic en la imagen